



LA DAGA
DEL
DESTINO

CANADÁ V

Mariah Evans

La daga
del
destino

(Canadá V)

—Mariah Evans—

Índice

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

AGRACEDIMIENTOS

Sobre la autora

Título: *La daga del destino* © 2018, Mariah Evans

De la maquetación: 2018, Romeo Ediciones Del diseño de la cubierta: 2018, Marien Fernández

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Esta novela está dedicada con todo mi cariño a Ana Marta Oficialdegui.

*Muchísimas gracias por esas horas de conversación en las que me
divierto tanto.*

*Espero que sigan durante mucho tiempo. Gracias por darme tu amistad y
mostrarme todo tu apoyo durante todo este tiempo.*

Un fuerte abrazo.

Maríah.

Prólogo

Abraham Fisher sujetó el móvil entre sus manos temblorosas, se apoyó en la pared de aquella oscura cabaña de madera y buscó rápidamente en la aplicación el privado por el que había hablado por última vez con su amiga.

Sabía que ese momento llegaría, aunque no esperaba que fuese tan pronto. Notó como sus dedos temblaban sobre el teclado, consciente de que debía escribir lo más rápido posible el mensaje para intentar salvar la vida de ella. Él, al contrario, ya estaba muerto.

“Me han encontrado. Huye”

Suspiró cuando vio que el mensaje se enviaba y, en ese momento, sintió cierto alivio. Aquel sentimiento no duró mucho tiempo, pues se vio obligado a desviar su mirada hacia el techo de madera de la pequeña cabaña situada a las afueras de Talkeetna, un pequeño poblado en el sur de Alaska, al escuchar unos fuertes golpes.

Ahí estaban.

Gimió y corrió hacia la cocina, abrió el cajón y tomó un cuchillo en su mano. Sabía que no tendría nada que hacer frente a ellos, pero al menos, moriría luchando.

Había pasado ahí los últimos meses, escondido, sabiendo que lo buscaban. Todos sus compañeros ya estaban muertos. Michael había sido el primero, su cuerpo se había hallado en Colombia. Poco después había caído el segundo, Owen. Lo habían encontrado en Sudán. La tercera había sido Brigitte. Hacía apenas cuatro días que había muerto. Sabía que ella se encontraba en Kuala Lumpur, Malasia.

Ahora, era su turno.

—¡Largo de aquí, malditos chupasangres! —gritó con todas sus fuerzas mientras empuñaba el largo cuchillo en su mano, mirando directamente al techo.

Miró de un lado a otro, internado en la oscuridad que había tanto dentro como fuera de la cabaña.

Los golpes se sucedieron haciendo que su corazón palpitase con más fuerza y gritó cuando escuchó los rápidos pasos por el tejado.

Arrojó el teléfono con todas sus fuerzas al suelo y lo piso destrozándolo. Al menos, no la encontrarían a ella. Pudo ver, en aquella oscuridad, como el teléfono se había dividido en varios trozos y algunas teclas habían saltado. La pantalla estaba destrozada. No dejaría ninguna pista que les permitiese localizarla.

Alzó la vista controlando cada rincón de su pequeña cabaña. El pequeño hornillo de gas donde había cocinado aquellos últimos días, la cama donde había dormido... Era un lugar remoto, alejado de toda la civilización. Nadie acudiría en su búsqueda. Nadie le ayudaría. Estaba totalmente solo.

Gritó cuando la puerta de la cabaña salió despedida y una corriente de aire cargada de nieve le hizo retroceder.

Cayó sobre el suelo temblando mientras un remolino de aire y copos de nieve lo rodeaba.

Una figura se materializó bajo el marco de la puerta. Sabía a lo que se enfrentaba, lo que iba a ocurrir.

Se arrastró hacia atrás sin perder el contacto visual con aquella silueta oscura, sujetando con fuerza el cuchillo.

El vampiro lo observaba con odio, totalmente paralizado.

—No ha sido tan difícil. Esperaba más de ti —pronunció dando unos pasos al interior de la cabaña.

Abraham se puso en pie, tembloroso, apuntándolo directamente con el cuchillo mientras una gota de sudor frío bajaba por su mejilla.

—No lograrás nada —sollozó con odio—. Jamás conseguiréis destruir lo

que... —El vampiro ladeó su rostro hacia él y una macabra sonrisa apareció en su rostro—, hemos protegido durante tanto...

Abraham ni siquiera pudo reaccionar. El vampiro fue demasiado rápido. En ese momento estaba de pie sujetando el cuchillo y, al siguiente, estaba agachado sobre la madera de su cabaña, llevándose la mano al cuello mientras notaba como el vampiro había diseccionado su garganta y la sangre bajaba por su pecho, tiñendo sus ropas, desangrándose.

Se llevó la mano al cuello intentando contener la hemorragia mientras su vista se nublaba. Un segundo antes de perder el conocimiento pudo ver como más vampiros entraban en la cabaña.

El vampiro no bajó su rostro para observarlo dar su último aliento. Se quedó mirando el interior mientras su compañeros comenzaban a inspeccionarlo todo, intentando hallar alguna pista de dónde se encontraba el próximo al que debían matar.

—Uno menos —susurró mientras bajaba finalmente su rostro hacia el cuerpo ya sin vida de Abraham. Se giró hacia sus compañeros y les indicó con un movimiento de su rostro el cuerpo sin vida—. Alimentaros.

Varios vampiros salieron disparados hacia él.

—Drake —dijo uno de ellos colocándose frente a él—. Estaba solo.

Drake lo miró con cierto desdén.

—Ya lo imaginaba —gruñó. Luego se giró hacia el resto de vampiros que inspeccionaban la cabaña—. Buscad cualquier pista que nos pueda llevar hasta el quinto oráculo. —Luego miró con una sonrisa al vampiro que lo había informado—. Solo queda uno.

Dicho esto, se dio media vuelta rodeando el cuerpo de Abraham del que se alimentaban sus compañeros y salió de la cabaña mientras una corriente de aire mecía sus ropas negras hacia atrás. Cogió su teléfono y marcó el número.

Ni si quiera hizo falta que acabase de sonar el primer tono para que contestasen al otro lado de la línea.

—Dime —dijo una voz pausada, grave.

—Hecho.

Mabus se tomó unos segundos en responder, como si saborease el éxito que estaba llevando a cabo su misión.

—A ella traédmela viva —contestó.

—Por supuesto, mi señor.

Colgó el teléfono y se quedó mirando hacia el horizonte mientras la nieve golpeaba su rostro y el viento helado chocaba contra su piel.

Pronto la misión que se le había encomendado llegaría a su fin y el mundo que le habían prometido resurgiría. Pronto, muy pronto.

Cintya depositó su móvil sobre la cama mientras entraba en un repentino estado de shock. Era el cuarto mensaje que recibía de este estilo en el último mes. Sabía lo que significaba. Todos sus compañeros habían caído: Michael, Owen, Brigitte y, ahora, Abraham. Todos muertos.

El mensaje era claro. *“Me han encontrado. Huye”*

Intentó ordenar sus pensamientos. Llevaba más de un mes huyendo, escondiéndose al igual que ellos.

Aquello no podía estar pasando, no podía ser real.

Se forzó a salir de su repentino estado de shock y corrió hacia el armario. Lo tenía todo preparado. Con cada nuevo mensaje recibido se movía al otro lado del mundo intentando evitar que la encontrasen. Aquella era la cuarta vez que iba a huir, y sabía que no recibiría ningún mensaje más. Ella era la última y, ahora, sabía sin ninguna duda que irían a por ella igual que habían hecho con el resto de sus amigos.

Abrió el armario y depositó sobre el suelo la mochila que tenía preparada. La abrió para asegurarse de que lo tenía todo. Un par de mudas de ropa y un sobre que contenía un buen puñado de dólares y nueva documentación. Cogió el sobre, lo abrió y observó su nuevo pasaporte. En él estaba su fotografía y su nuevo nombre. Alison Wilson. Ya ni siquiera sabía quién era. Era el cuarto nombre falso que iba a usar, con el único propósito de esconderse de aquellos que la buscaban.

Se puso en pie mientras se echaba la mochila a la espalda, cogió el móvil y un par de baterías y corrió por el pasillo rumbo a la puerta.

Debía desaparecer de nuevo, ser un fantasma.

Irlanda siempre le había gustado, de hecho, había crecido allí. Su padre, irlandés, la llevó a ese país cuando su madre murió. Había vivido desde los seis años hasta los doce allí, en Belfast. Su último escondite había sido en Carryduff, un pequeño pueblo cercano a la ciudad donde se sentía bastante segura. Una ciudad que había amado siempre y que consideraba su hogar, pues era el único lugar donde había permanecido más tiempo.

Poco después, su padre, militar, había ingresado en el cuerpo de marines de E.E.U.U. y había sido destinado a Texas. Su madre era de allí, así que cuando él había sido destinado a un lugar lejano se había quedado a vivir con sus abuelos maternos y aquello, había sido el inicio de su pesadilla. No era de extrañar que su madre hubiese decidido dejar Texas y a su familia cuando se había casado con su padre. Desprecios, palizas... su abuelo se transformaba en una auténtica bestia cuando bebía y su abuela jamás había intentado protegerla. Suponía que ya le iba bien a la anciana, pues de aquella forma ya no descargaba su furia contra ella. Había intentado huir varias veces, pero jamás lo había conseguido, e incluso cuando intentaba explicarle a su padre lo que le ocurría él no la escuchaba. Gregor solo vivía para su ejército, refugiándose de aquella forma del dolor por haber perdido a su amada esposa.

Sus abuelos no habían dudado en entregarla cuando unos hombres del Pentágono se habían personado en su hogar. Se había sentido aliviada hasta cierto punto, pues poco había cambiado. Había pasado de vivir en un prisión a otra. De pertenecer a unos abuelos maltratadores a un grupo de hombres que pretendían aprovecharse de un don que decían que tenía. Aquello no era un don, era su mayor pesadilla, la causa de las palizas, los maltratos y las denigraciones que había sufrido aquellos últimos años a causa de sus abuelos.

Irlanda había sido su único hogar, pero ahora también debía abandonarlo.

Bajó las escaleras a toda prisa del piso que había alquilado y salió a la calle. Había bastante movimiento para ser las doce de la noche.

Corrió pasando por delante de un grupo de fieles que se dirigían a la iglesia para rezar sus oraciones. No pudo evitar quedarse unos segundos contemplándolos. Pobres, ni siquiera eran conscientes de lo que ocurría, de lo

que estaba por venir.

Siguió corriendo hasta que alzó la mano al ver un taxi y, solo cuando se sentó en la parte trasera pudo respirar tranquila. Sabía que aquella tranquilidad solo era pasajera y psicológica, lo cierto, es que no estaba a salvo.

—¿Adónde la llevo, señorita? —preguntó el taxista.

—Al aeropuerto de Belfast —respondió extrayendo su teléfono móvil del bolsillo.

Miró la pantalla y tuvo que contenerse de no echarse a llorar cuando leyó de nuevo el mensaje de Abraham. Se obligó a centrarse y abrió el buscador de internet.

—Menudo lío se está armando, eh —dijo el taxista como si quisiera dar conversación.

Elevó la mirada un segundo hacia delante mientras el taxista se movía tranquilo por las calles del poblado.

—Sí, mucho lío —susurró ella volviendo su atención a la pantalla.

Abrió el buscador de vuelos baratos y observó su reloj. Las doce y cuarto de la noche.

—¿Va con su familia? —preguntó el taxista.

Ella resopló ante la insistencia del taxista.

—Sí —mintió.

—¿Ellos están bien?

Cintya entró en la web y miró los próximos vuelos. No eran muchos, pues tal y como el taxista había dicho todo estaba revuelto. Raro era el país que no había sufrido alguna catástrofe natural. El mundo que ella conocía estaba desapareciendo, se estaba transformando en algo más oscuro, sin vida.

—Sí —dijo sin prestar atención.

—Tiene suerte —susurró el taxista mientras giraba una esquina para tomar la autopista directo a Belfast—. Yo tengo familia en Múnich.

Cintya tragó saliva y durante unos segundos lo miró con compasión. Ayer

mismo un terremoto había sacudido la ciudad haciéndola desaparecer.

—¿Sabe algo de ellos? —preguntó al final.

—Mis padres están bien, pero aún están buscando a mi hermano y su mujer —susurró sincerándose.

Se quedó contemplándolo unos segundos y cuando la luz de la pantalla la iluminó al cargarse de horario de vuelos miró su próximo destino.

—Las Vegas —susurró.

No era un lugar que desease visitar, pero sabía que mucha gente seguía yendo ahí, gastándose los últimos ahorros y disfrutando de sus últimas horas como si el mundo fuese a llegar a su fin y, en parte, así era. Allí podría esconderse entre una gran multitud, pues sabía que Abraham había optado por un lugar apartado de toda civilización y no había funcionado.

—¿Mil seiscientos dólares? —gritó furiosa al ver el precio del billete.

El taxista miró a través del retrovisor.

—¿Está bien?

Ella resopló y miró la hora de salida. Si lo compraba en ese momento en tres horas estaría volando.

No lo pensó más y dio a aceptar, completando sus datos, aunque tuvo que abrir su mochila y mirar el nuevo nombre en su pasaporte, pues no lo recordaba.

Poco dinero debía quedarle en la cuenta pero, al menos, la transferencia se había realizado.

Pasó el resto del viaje en silencio, observando por la ventana una de las pocas ciudades que quedaban en pie. Sabía que todo cambiaría, que en poco tiempo, todo lo que observaba desaparecía.

Pagó la carrera al taxista y bajó.

—Espero que todo se solucione y encuentre a su hermano y su mujer—dijo mientras le daba unos billetes.

El taxista sonrió agradecido por sus palabras mientras cogía el dinero y lo guardaba en su bolsillo.

—Vaya con cuidado, señorita —pronunció antes de arrancar.

Suspiró y se quedó mirando el aeropuerto mientras colocaba correctamente la mochila en su espalda. ¿Qué iba a hacer? ¿Aquella iba a ser su vida hasta que la encontrasen? ¿Hasta que acabasen con ella?

El sonido de un avión al aterrizar le hizo despertar de sus pensamientos. No había mucha gente en el aeropuerto. La gente no viajaba, la única razón para emprender un vuelo era reunirse con sus seres queridos o intentar entrar en una de las colonias que se habían creado en diversas partes del mundo, donde las catástrofes naturales habían acabado con todos los hogares. La humanidad comenzaba a concentrarse en diversos puntos del mundo dejando otros totalmente desérticos.

Idiotas, ¿de veras creían que levantando muros de hormigón y hierro para rodear pequeños poblados iban a evitar que estos acabasen desapareciendo? El mundo se había vuelto loco, y ni siquiera era consciente de a lo que se enfrentaba. Ella sí, ella lo sabía, y esa era la razón por la que la buscaban para acabar con su vida.

Extrajo el móvil de su bolsillo y lo arrojó a una papelera situada justo antes de la puerta circular que le permitiría la entrada al aeropuerto. Conocía demasiado bien cuáles eran los movimientos del Pentágono para encontrarla. No se dejaría atrapar.

Nada más entrar se dirigió al mostrador de la compañía en la que había comprado el billete para que se lo imprimiesen y pasó el arco de seguridad.

Buscó la puerta catorce desde donde embarcaría y se sentó observando a la gente que esperaba allí.

Cogió la mochila y la colocó ante ella, dejando caer su frente hasta tocar la tela, intentando recuperar el aliento. Jamás estaría a salvo. Ni ella, ni ninguno de los que la rodeaban.

No pudo evitar girarse cuando escuchó la pequeña televisión que llevaba uno de los que había sentado tras ella.

El chico permanecía sentado en un asiento, con la mandíbula desencajada mientras era rodeado por varias personas que se acercaban para observar.

Depositó la maleta en su asiento y dio unos pasos hacia el muchacho para observar también, mientras la proximidad le permitía escuchar con más

claridad lo que la reportera relataba.

—*“Aún no se sabe el número de víctimas, pero podemos corroborar que la plaza de San Pedro, en El Vaticano, estaba repleta de fieles que se habían reunido para rezar sus oraciones y escuchar las palabras del Papa”*

Tuvo que cerrar los ojos y dar unos pasos atrás cuando identificó las imágenes en la pequeña pantalla de siete pulgadas. El Vaticano se desmoronaba como si se tratase de un castillo de naipes, sepultando bajo sus piedras a todos aquellos inocentes.

Notó como el mundo comenzaba a girar a su alrededor faltándole el oxígeno, consciente de lo que había ocurrido, sabiendo que no había marcha atrás, que el momento había llegado.

Tuvo que tomar asiento, pues sus piernas no soportaban su peso. Escuchó como la gente gritaba diciendo que aquello era el fin del mundo, que no había un lugar en aquel planeta que fuese seguro.

Lo peor de todo, es que tenían razón.

1

Una semana después

Nicholas se giró hacia atrás mientras se cubría con el brazo el rostro. Jamás había vivido una tormenta como aquella ni se habían estado a una temperatura tan baja.

Apartó de su rostro los copos de nieve que se estrellaban contra él y bajó un poco el cuello de su abrigo de nieve.

—Es allí —Señaló a sus compañeros que se situaban a su lado.

Scott, Christopher y Dean miraron hacia donde su jefe apuntaba con la linterna.

—Menos mal —susurró Dean.

Llevaban más de dos horas corriendo entre aquella tempestad para dar con la cabaña. Desde luego, aquel hombre había buscado un buen lugar donde esconderse.

Scott se colocó al lado de Nicholas y lo miró con suspicacia.

—¿No sé por qué no te trajiste a Adrien a este viaje? Hubiese disfrutado de lo lindo —bromeó, pues sabía que Adrien odiaba el frío, siempre estaba quejándose de ello.

Nicholas puso los ojos en blanco y señaló con su rostro a que se dirigiesen hacia la cabaña.

—¿El radar marca algo? —preguntó mientras avanzaba sin tregua.

Christopher fue quien respondió.

—Nada. Ni vampiros ni lobos por la zona.

Nicholas se detuvo ante la cabaña y la miró de un lado a otro. Estaba bastante cubierta de nieve, pero lo que más le extrañó es que no había señales de vida ahí.

—No tiene la chimenea encendida —pronunció Scott colocándose a su lado.

Nicholas asintió, dándose cuenta de que todos habían reparado en ello. Fue directamente hacia la puerta de madera y la golpeó con una patada, haciendo que saliese despedida hacia atrás.

—Linternas —indicó Nicholas encendiendo la suya de nuevo.

Todos lo siguieron adentro de la cabaña, con cuidado. Pese al frío que hacía olía a cerrado, aunque todos se miraron de reojo cuando un olor más agrio los alertó.

—Joder... —susurró Christopher moviéndose por la cabaña.

—Esto no me da buena espina —pronunció Dean.

Nicholas avanzó unos pasos más, alumbrando con su linterna por delante de él y, en un determinado momento se quedó totalmente paralizado.

—No, no la tiene —dijo.

Todos se giraron en su dirección.

—Mierda —gritó Dean corriendo hacia el cuerpo que yacía sobre el suelo.

Scott seguía alumbrando las paredes hasta que encontró un interruptor que apretó. La cabaña se iluminó con un único foco que colgaba del techo. No daba mucha luz, pero sí la suficiente para que pudiesen observar sin problema.

La cabaña era excesivamente pequeña. Solo constaba de una pequeña habitación que habían adaptado como lavabo. El resto, estaba todo junto. Comedor, cocina y habitación compartían un mismo espacio.

Dio unos pasos acercándose a Dean que volvía el cuerpo que permanecía

de espaldas a ellos mientras apagaban las linternas.

Todos pusieron cara de desagrado cuando Dean lo giró. El hombre, de unos cincuenta años estaba totalmente pálido, con la garganta diseccionada.

—Joder —susurró Christopher agachándose a su lado. Luego miró a Dean enarcando una ceja—. ¿Por qué le tomas el pulso? Ya se ve que está muerto.

Dean se encogió de hombros y comenzó a desabrocharle el botón de su abrigo.

—¿Vampiros? —preguntó Nicholas arrodillándose a su lado.

Scott resopló y ayudó a su compañero Dean a desabrochar el abrigo del fallecido. Levantaron su jersey de lana y pudieron comprobar las numerosas mordeduras que este tenía por el cuerpo.

—Muchos vampiros —remarcó Scott bajando con delicadeza el jersey del hombre tras inspeccionarlo.

—Compruebas las huellas, Dean —ordenó Nicholas.

Tanto Scott como Christopher se pusieron en pie mientras Dean dejaba la mochila en el suelo y comenzaba a sacar el material para la identificación del cuerpo.

—¿Aún tienes alguna duda de quién es? —pregunto Scott observando la cama, elevó la mirada y se fijó en el único poster que había en toda la cabaña. Se trababa de un perro, un husky siberiano de enormes ojos azules. Se acercó levemente para leer la palabra escrita en la parte baja del poster. Su letra era temblorosa—. ¿Babel?

Dean extrajo el reconocedor de huellas del dedo y miró a Nicholas con la mandíbula tensa.

—Es Abraham —confirmó.

Nicholas se pasó la mano por los ojos y se puso en pie con los músculos tensos.

—¡Mierda! —gritó—. ¡Joder!

Dean se levantó poco a poco con la mirada clavada en el cadáver.

—Debe llevar muerto una semana más o menos.

Todos se removieron nerviosos. Se habían vuelto a adelantar. Había sido difícil conseguir la lista de los oráculos del Pentágono, de hecho, si no hubiese sido por Josh de la división de Nueva York y sus contactos personales no la hubiesen logrado. El Pentágono estaba bastante liado intentando encontrar a la bestia como para atender a los emails de una de las divisiones.

Pero tras conseguirla, había comenzado realmente lo difícil, dar con ellos. Sus expedientes habían sido borrados del departamento de recursos humanos, era imposible tener una dirección, un teléfono. Nada. Absolutamente nada. Según el Pentágono era como medida de protección, pero aquella protección no servía de nada, al contrario, empeoraba las cosas.

Cinco eran los nombres a los que habían seguido la pista y, hasta el momento, lo único que habían hallado eran cuatro cadáveres. Los estaban eliminando y, aquello, no hacía más que darles a entender que esas personas eran realmente la clave de todo. Ellos podían dar las respuestas necesarias para poner fin a los acontecimientos que ocurrían y comprender a quién se enfrentaba, si no, ¿por qué los vampiros iban a estar eliminándolos?

—Buscad cualquier pista que nos pueda llevar hasta el último oráculo —ordenó Nicholas mientras cogía su teléfono y marcaba el número de Adrien.

Scott aún miraba el poster del perro cuando escuchó las palabras de su jefe, se rascó la cabeza y señaló hacia el poster.

—Aquí pone Babel —indicó como si no comprendiese nada—. ¿No había algo religioso que se llamaba así?

—La torre de Babel, idiota —Le recordó Christopher mientras registraba una mesa—. Después del diluvio universal los hombres quisieron crear una torre que llegase hasta el cielo para evitar así otro diluvio. Dicen que Dios les dio diferentes idiomas para confundirlos y que se dispersasen por el mundo, evitando así la construcción. Es la forma en la que la religión católica explica los diferentes idiomas y como la humanidad se expandió. Lo explicaron en el Pentágono —Le reprendió.

Scott se giró hacia su compañero con una sonrisa de complicidad y se cruzó de brazos.

—Perdón, no escuchaba mucho en esa clase —rio divertido—. El profesor no era muy...

—Lo que Scott quiere decir es que no estaba buena —interrumpió Dean colocándose a su lado para observar lo que su compañero decía. Scott miró a Christopher y ladeó su rostro hacia él con una sonrisa mientras Dean sacaba su móvil y hacía una foto al poster—. Por si acaso es importante —remarcó acercándose más para observar—. Tenía la letra temblorosa. Puede que estuviese nervioso cuando escribió la palabra.

—O que tuviese frío —indicó Scott mientras se giraba y miraba el resto de la pequeña habitación. Dio un paso al frente cuando algo crujió bajo su bota.

Levantó levemente el pie y observó un trozo de plástico negro. Se agachó para cogerlo entre sus dedos y lo observó.

—¿Qué es eso? —preguntó Nicholas mientras se llevaba el teléfono al oído.

Scott se quedó observándolo arrodillado, con detenimiento y se giró directamente tumbándose en el suelo. Todos lo miraron como si no comprendiese que hacía.

Miró debajo del sofá y luego gateó hacia él introduciendo el brazo debajo. Al momento extrajo un móvil destrozado.

—Tachan —reaccionó mostrándoselo al resto.

Nicholas se acercó a él, aunque cuando avanzó también se fijó en el poster y la palabra a la que habían hecho referencia.

—Hola, Nicholas —respondió Adrien al otro lado de la línea—. ¿Habéis llegado ya a la cabaña?

Nicholas chasqueó la lengua y se arrodilló al lado de Scott que comenzaba a manipular el móvil.

—Sí, y no tenemos buenas noticias —respondió.

Adrien resopló al otro lado de la línea mientras encendía el ordenador.

—¿Ya están allí? —preguntó Taylor sentándose al lado de Adrien.

—Sí, pero no está vivo —respondió. No había falta que su jefe le corroborase aquello. Aquellas últimas semanas no habían podido salvar a ninguno.

Taylor suspiró mientras encendía también el ordenador.

—¿Tenéis alguna nueva pista sobre dónde puede encontrarse el quinto oráculo? —preguntó Nicholas mientras observaba el móvil que Scott manipulaba—. ¿Tiene batería? —Le preguntó.

Scott intentó encenderlo y negó molesto.

—No, ninguna noticia. Por más que busquemos y preguntamos a nuestros contactos no hay forma.

—Adrien te pongo en manos libres —indicó Nicholas mientras pulsaba el botón y depositaba el teléfono sobre el suelo—. ¿Me oyes?

—Alto y claro —respondió Adrien.

—Ey, Adrien, tienes que venir a Alaska... —bromeó Scott—. Te encantaría, playas paradisíacas, una temperatura media de veinticinco grados, un sol deslumbrante... tu zona ideal.

—No, gracias. No me llama mucho la atención.

—Imagino —respondió Scott mientras abría el móvil quitándole la batería. Luego se la mostró a su jefe—. Está rota, mejor no cargarlo o puede explotar.

Nicholas asintió.

—Adrien, hemos encontrado un móvil pero no podemos acceder a él.

—¿Qué le pasa?

Scott se reclinó sobre el teléfono de su jefe.

—Está roto. La pantalla está destrozada, varias teclas han saltado del teclado, la carcasa...

—Pero puede que funcione —Le interrumpió.

—Ya. —Luego chasqueó la lengua—. La batería es de litio y está un poco agujereada. —La observó detenidamente—. Menudo golpe le dieron.

—No lo enchufes ni lo muevas mucho, puede explotar.

—Ya lo sé —respondió Scott bastante acelerado.

Nicholas suspiró y cerró los ojos unos segundos como si se cargase de paciencia.

—Necesitamos acceder a los datos del teléfono —interrumpió.

—Hecho —dijo Adrien—. ¿Tienes otro móvil por ahí?

Dean fue el primero que se acercó para entregarle su móvil a su jefe.

—Sí, el de Dean.

—De acuerdo. Scott, ¿tienes el móvil de Abraham?

—Sí.

—Sácale la tarjeta SIM con mucho cuidado. ¡Cuidado con la batería!

—Que síííí...

—Ya lo hago yo —dijo Nicholas intentando arrebatarse el móvil de las manos.

—Tranqui jefe, que voy con cuidado —dijo directamente esquivando la mano de Nicholas.

Escuchó el suspiro de su jefe y se quedó observándolo como lo manipulaba. Extrajo la tarjeta SIM y se la tendió a su jefe con una sonrisa.

—Ya está —pronunció Nicholas mientras la cogía.

—De acuerdo, ponla en el móvil de Dean, pero saca primero la de él. No seas bruto —Nicholas resopló por el comentario—. Cuando lo tengas enciende el móvil y déjalo. Intentaré acceder a sus datos.

Introdujo la tarjeta en el teléfono nuevo y lo encendió, automáticamente lo depositó sobre el suelo.

—Ya está.

—De acuerdo —pronunció Adrien comenzando a teclear.

Taylor se acercó a su compañero para observarle teclear. Todos tenían conocimientos en telecomunicaciones pero Adrien destacaba en ello.

—Estoy dentro —dijo Adrien mientras miraba con atención la pantalla.

—Busca en sus contactos, fotografías, mensajes...

Adrien guardó unos segundos de silencio.

—No era muy dado a la conversación —explicó a sus compañeros—. Solo tiene una llamada y es de hace doce días, es a un número de... —Notó como se le aceleraba el pulso—. Creo que... déjame que lo compruebe, un

segundo. —Abrió otra web e introdujo en el número. Taylor y Adrien apretaron sus labios al comprobar la procedencia de la llamada—. Es de Malasia.

—Kuala Lumpur —continuó Taylor a su lado.

Nicholas miró a sus compañeros.

—Brigitte estaba escondida ahí —dijo—. Tuvo que hablar con ella antes de que la matasen.

Scott se pasó la mano por la mejilla en actitud incómoda.

—¿Hay algo más? —preguntó mientras Christopher y Dean se colocaban a su alrededor.

Adrien tecleaba sin parar.

—Hay un mensaje enviado —dijo Taylor señalándole la pantalla.

—¿Qué dice? —preguntó Nicholas nervioso.

Adrien abrió el mensaje y chasqueó la lengua.

—El mensaje es de hace siete días. Dice: *Me han encontrado. Huye.*

Entre todos hubo un silencio y se miraron nerviosos.

—Debe ser un mensaje para el quinto oráculo —pronunció Nicholas.

—Cintya —Remarcó Dean—. ¿Puedes localizar ese teléfono?

Adrien volvió a teclear de forma compulsiva permaneciendo en silencio.

Scott miró a Nicholas con fuerza.

—Si es de hace siete días, es posible que... —pronunció con cierto nerviosismo.

Nicholas apretó los labios comprendiendo el significado de sus palabras. Si hacía siete días que Abraham la había puesto en sobre aviso era posible que los vampiros hubiesen dado con ella y acabado con su vida.

—Es un número de prepago. No puedo corroborar que pertenezca a ella —indicó Adrien.

—¿Puedes localizarlo? —preguntó Scott.

Adrien resopló, como si intentase moverse por la red con la mayor celeridad posible.

—No —pronunció—. El teléfono no da señal ahora, pero el último sitio donde la recibió es en Belfast.

—¿En Belfast? ¿Irlanda? —preguntó Christopher.

—Concretamente... —remarcó Adrien—, el GPS me lo localiza en el aeropuerto de Belfast.

Scott asintió y miró con fuerza a Nicholas.

—Huyó —pronunció.

Nicholas asintió.

—¿Puedes mirar si el número de teléfono estaba vinculado a una...?

—Joder... —Le interrumpió Adrien.

—¿Qué? —preguntó Nicholas asustado.

—No es el móvil de ella —remarcó.

—¿Cómo que no es el móvil de ella? —preguntó Scott de los nervios.

—Estoy mirando los últimos movimientos que se hicieron a través de la IP del móvil al que...

—Corta el rollo. Simplifica —Le cortó Nicholas.

—Con ese número de teléfono se hicieron transacciones económicas. Las hizo una tal Alison Wilson. El número de cuenta pertenece a esa muchacha.

Todos resoplaron y Nicholas se pasó la mano por su rostro agobiado.

—No tiene sentido —contraatacó Scott—. El mensaje de huye fue a ese móvil. Estará usando una identidad falsa.

—¿Qué transacciones económicas se han hecho últimamente desde esa cuenta? —Adrien tardó un poco en responder—. Eh, Adrien —Le llamó la atención su jefe.

—Ya, ya... —dijo con paciencia, y tras unos segundos continuó—. La tengo

Al momento escucharon como Adrien daba un par de palmadas como si

estuviese orgulloso de sí mismo.

—Habla —ordenó Nicholas.

—La cuenta bancaria fue creada hace apenas dos semanas y en la web del Pentágono no figura ninguna mujer que se llame Alison Wilson y que encaje con la descripción de Cintya, mujer blanca de veintiséis años —explicó.

—Existen dos Alison Wilson —continuó Taylor leyendo los datos en la pantalla de su compañero—. Una de sesenta y siete años y otra, un bebe de quince meses.

—Es una identidad falsa —volvió a corroborar Scott.

—Alison Wilson compró un billete de avión hace justamente siete días. El mensaje de Abraham fue enviado a las once y cincuenta de la noche y Alison compró el billete a las doce y cuarto. —Luego medio sonrió—. Rumbo a Nevada, Las Vegas.

Todos parpadearon y se miraron entre sí.

—No se habrá ido a las Vegas, ¿verdad? —preguntó Dean sorprendido.

—Pues eso parece —respondió Adrien.

Nicholas se puso finalmente en pie, con el móvil de Dean en la mano y los miró con una sonrisa.

—Adrien... —comenzó a decir.

—¿En serio? —preguntó este directamente a través de la línea—. Va, a ese viaje me apunto —comentó antes si quiera de que su jefe dijese algo.

—Saca cuatro billetes a Las Vegas, ya.

—¡Toma ya! —dijo Scott elevando los brazos hacia el cielo.

Taylor volvió a intervenir.

—Busco los vuelos —dijo.

—¿Cuatro? No, no... que me apunto —volvió a decir Adrien.

Nicholas puso los ojos en blanco y miró a Dean y Christopher.

—Enterrad el cuerpo. —Luego miró a Scott—. Echa un último vistazo a la cabaña.

Scott asintió mientras se movía hacia unas mesas y abría los cajones.

Taylor intervino esta vez.

—Tengo un vuelo desde Anchorage dentro de cuatro horas. Si salís de ahí ahora puede que lleguéis a tiempo, estáis a unas tres horas. No hay ninguno más hasta dentro de cuatro días.

—Mierda... —susurró Nicholas mientras observaba como sacaban el cuerpo de Abraham de la cabaña.

—Está bien, cógelos. —Miró a Scott—. Déjalo Scott, hay que irse.

Scott se colocó a su lado mientras cogía la mochila de su compañero Dean. Ambos salieron al exterior donde Dean cubría con nieve el cuerpo de Abraham.

—Por cierto, necesito que investigues algo más —explicó mientras apagaba la luz y cerraba la puerta de la cabaña—. En la cabaña hay un poster donde intuimos que Abraham escribió la palabra Babel.

—¿Babel? ¿Cómo la torre de Babel? —preguntó Taylor.

—Sí, quizá sea una pista o signifique algo.

—Nos ponemos con ello —continuó Taylor.

—Hay que irse. ¡Ya! —ordenó mientras comenzaba a alejarse de la cabaña—. Adrien, averigua todo lo que puedas sobre Alison Wilson y... —Luego resopló—, alquilanos un todoterreno para nuestra llegada a Nevada.

—Estoy en ello —pronunció.

—Billetes comprados —dijo Taylor a su lado.

—Os envío a cada uno el billete electrónico al móvil. —Luego adoptó un tono de voz más divertido—. Buen viaje, y avisadnos cuando lleguéis.

—Dalo por hecho —pronunció antes de colgar. Miró a sus compañeros que bajaban la ladera de la montaña a toda prisa y centró su mirada en Scott—. Hay que preparar las cajas para las armas.

—Yo me ocupo —dijo Dean colocándose a su lado.

Nicholas miró a Scott que igualaba su paso, bajando la ladera de la montaña lo más rápido que podía.

—Vas a tener que conducir como un poseso o no llegamos.

—Ya ves que problema, siempre conduzco así —pronunció mientras aceleraba el paso.

2

Nueve horas después de haber cogido el vuelo rumbo a Las Vegas aterrizaban en el aeropuerto. Por suerte, el viaje había sido largo y les había permitido descansar lo suficiente para recargar las fuerzas.

Nicholas señaló a Christopher para que cargase las enormes maletas negras que paseaban por la cinta del aeropuerto. Aquellas maletas estaban diseñadas para que los rayos x no detectasen que había en su interior.

—La próxima vez intenta cogernos asientos en primera clase. —Se quejó Nicholas mientras estiraba la espalda—. Cada vez hacen más reducido los espacios entre los asientos.

—Es lo único que había —Le recordó Taylor mientras depositaba el móvil en la mesa activando el manos libres—. ¿Ha recibido Scott la reserva del todoterreno?

—Sí, ha ido a buscarlo. Nos está esperando fuera con él.

—¿Y las armas?

—Las están cargando Dean y Christopher.

Ambos se pusieron a su lado con el carrito, cargando las cuatro enormes maletas y atravesando el aeropuerto rumbo a la salida.

—Y, aparte de unos asientos incómodos, ¿cómo ha ido el viaje?

Dean indicó hacia donde estaba la salida.

—Bien, hemos podido descansar un poco. —Salieron al exterior donde varias personas esperaban en la estación de taxis y autobuses. Pocos segundos

después Scott apareció con el todoterreno aparcándolo delante suyo. El todoterreno, aunque no estaba preparado con todo lo que ellos acostumbraban a tener para combatir contra los seres oscuros disponía de todas las comodidades y un amplio maletero donde depositar las armas.

—¿Qué tal el todoterreno? —preguntó Taylor.

Nicholas se colocó ante él observándolo mientras el resto cargaban las armas en el maletero.

—Está bien.

—Es el más grande que he encontrado para hoy —remarcó Taylor.

—Hará su servicio. ¿Has cogido el seguro a todo riesgo?

—A todo riesgo —remarcó Taylor mientras Adrien se sentaba a su lado—. Como para no cogerlo... —bromeó—. El mundo se acaba, pero nosotros siempre legales.

Aquello hizo que Nicholas sonriese mientras se dirigía al asiento del copiloto.

—Eh —dijo Dean mostrándole la mano a Scott—. Me toca a mí.

—Oh, venga... vamos... —Se quejó.

—Condujiste el todoterreno de Alaska... es mi turno.

Scott le tendió las llaves y puso los ojos en blanco mientras iba al asiento trasero.

—¿Estamos todos? —preguntó Nicholas hacia atrás mirando a Christopher y Scott que asintieron—. Paso a manos libres —indicó a Taylor mientras depositaba el teléfono en el salpicadero. Luego miró a Dean con una ceja enarcada—. ¿Hoy te toca conducir a ti? —preguntó mirando a Scott como si no se lo creyese.

—Es el trato —remarcó Dean—. ¿Algo en contra? —preguntó a la defensiva.

—Nada, nada... —Se defendió su jefe— Bien, Taylor... ¿me escuchas?

—Sí, te escuchamos bien —pronunció.

—¿Qué habéis averiguado? —preguntó directamente.

Adrien colocó unos cuantos documentos ante él y los observó.

—Vamos a ver jefe... ¿por dónde empiezo?

—¿Adrien? ¿Eres tú? —preguntó Nicholas.

—¿Qué tal si comienzas por dónde encontramos a la oráculo? —preguntó Christopher impaciente desde el asiento de atrás.

—Eh, Christopher, ¿qué pasa? —bromeó Adrien—. ¿No has desayunado?

—Al lío —indicó Nicholas—. Y no, no hemos comido. Aquí son las siete de la tarde —explicó mientras Dean arrancaba y comenzaba a salir del aeropuerto.

—Bien, vamos allá. Nuestra oráculo, aunque intenta ser escurridiza, no tiene nada que hacer contra mí... —Todos suspiraron, incluso Nicholas resopló y apoyó su frente en su mano—. Alison Wilson, o Cintya para nosotros... se encuentra hospedada en un motel que se llama Oasis Lyon Highway, por un módico precio de veinte dólares la noche. El motel está muy bien para el precio que tiene. Piscina, mueble bar, cajero automático, recepción abierta las veinticuatro horas del día, televisión por cable... el único pero que le veo es que el servicio de plancha y secador de pelo es bajo petición, pero bueno, a mí eso me da un poco igual.

—Adrien...

—Os paso la ubicación por el móvil. —Nicholas miró su pantalla—. Pero no la encontraréis allí. —Todos miraron el móvil como si se les alterase la paciencia—. La muchacha ha encontrado un trabajo...

—¿Un trabajo? —preguntó Nicholas sorprendido.

—¿Tan pronto? —preguntó Christopher.

—Bueno, yo que sé... es Las Vegas. Por cierto, me parece increíble que no me hayas dejado ir —Se quejó Adrien.

—¿Dónde trabaja? —interrumpió Nicholas.

Todos escucharon el largo suspiro de Adrien al otro lado de la línea.

—He encontrado un contrato de trabajo para una tal Alison Wilson en una discoteca.

—¿De camarera? —preguntó Scott.

—Supongo, aunque lo mismo está de D-jay... —explicó Adrien—. Hace horario de noche. Comienza a las seis.

Nicholas volvió a observar su reloj.

—¿Sabes si está trabajando ahora?

—¿Y a mí qué coño me preguntas Nicholas? —respondió sorprendido Adrien—. Ni que fuera yo la oráculo. Y yo que sé. Solo te digo que existe un contrato de trabajo a ese nombre, un contrato que se formalizó hace cuatro días, así que supongo que será nuestra Cintya, ahora bien, si es mala trabajadora o es otra tapadera para despistar no lo sé.

—Madre mía, Adrien —rio Dean—. No te enfades... ya podrás ir al próximo viaje.

—Ya te llevaremos algo de regalo, tranquilo —bromeó Christopher.

—No me toquéis las narices... —contraatacó Adrien—. Cuando llegamos a Banff os dije varias veces de ir a Las Vegas, que me apetecía salir de Banff.

Todos sonrieron.

—No venimos a divertirnos —Le recordó Nicholas con una sonrisa.

—¿Ah, no? —preguntó Scott desde atrás como si estuviese sorprendido.

—A ver, ¿dónde está esa discoteca? —preguntó Nicholas con paciencia.

Adrien volvió a resoplar.

—Te paso la ubicación por el móvil también. Está a una media hora de donde os encontráis.

Nicholas miró a Dean mientras cargaba la dirección en el GPS del móvil que acababa de recibir.

—Directos aquí. Adrien, cuando sepamos algo te lo comentamos.

—De acuerdo —contestó de mala gana.

—Oye... —intervino Christopher—. ¿Cómo está...?

—¿Lauren? —ironizó Adrien—. Echándote mucho de menos, Christopher. Lloro por las esquinas mientras susurra tu nombre y...

—Ehhhhhhh

—Es broma, están todas bien. Las he puesto a investigar lo de Babel.

Todos se miraron entre sí.

—¿Las has puesto a investigar? —preguntó Nicholas sorprendido.

—¿Qué pasa? —dijo como si se sintiese ofendido—. Ellas insisten, además... lo hacen muy bien.

—¿Han averiguado algo? —preguntó directamente.

—No, pero leen mucho, y ocupan vuestros ordenadores intentando encontrar alguna información.

Todos suspiraron.

—Bueno, pues... si encuentran algo ya nos informarás.

—Claro, jefe.

En ese momento accedieron a una calle repleta de casinos, restaurantes y hoteles. Pese a que había oscuridad a esas horas la claridad que emitían los altos edificios hacía que tuviesen que entrecerrar los ojos en algunos momentos.

—Qué pasada... —susurró Scott mirando de un lado a otro, luego se acercó a los asientos de adelante para hablar hacia el teléfono y que su compañero le escuchase—. Oh, Adrien, ojalá estuvieras aquí, esto es espectacular...

—Me cago en... —comenzó a gritar.

Nicholas cortó la comunicación apretando el botón de colgar y miró a Scott con una ceja enarcada mientras todos reían.

—No seas cruel con él... —rió divertido Nicholas.

Scott se encogió de hombros y volvió a sentarse sobre el asiento. Se quedó contemplando las bulliciosas calles. Pese a todo lo que ocurría, pese a que el mundo se estaba acabando, que las ciudades caían y los bosques ardían aún había gente que parecía querer disfrutar de sus últimos momentos, como si fuesen conscientes de que en breve todo desaparecería.

—La gente está loca —susurró Christopher mirando por la ventana.

Scott lo miró con una sonrisa.

—Ya, como que a ti no te apetece una copa, ¿no?

—Nada de copas —pronunció Nicholas desde el asiento delantero. Luego indicó a Dean—. La siguiente a la derecha.

Scott volvió a acercarse a ellos.

—Bien, y... ¿cómo la abordamos?

Nicholas lo miro con una ceja enarcada.

—¿Abordar? —preguntó sorprendido—. La muchacha estará encantada de que vayamos a buscarla. Ya leíste el mensaje que recibió de Abraham. Debe estar asustada.

—Ya, supongo —respondió mirando de un lado a otro.

Tras dar muchas vueltas habían decidido aparcar en un garaje público. Mejor eso que dejar el todoterreno en la calle y que a alguien le diese por robarlo.

Nicholas miró de nuevo su reloj. Las nueve y media.

—¿Está muy lejos la discoteca? —preguntó Christopher.

Dean miró el teléfono donde tenía el GPS.

—A cinco minutos —contestó.

Giraron la esquina y siguieron la calle recta. El lugar estaba repleto de gente que salía de los casinos con gritos de júbilo, otros simplemente vomitaban en alguna esquina o paseaban por las calles haciendo zigzag.

Era como si el mundo no hubiese cambiado, como si todo continuase como siempre.

Scott se llevó la mano al estómago mientras miraba un restaurante de carne a la brasa.

—Podríamos comer algo —propuso—. Estoy que muerdo.

—Cuando demos con Cintya cenaremos.

Scott resopló pero no dijo nada más al respecto. Su jefe tenía razón,

habían tenido suerte de dar con ella y no podían dejarla escapar, si no, podrían tener otro cadáver en breve.

—¿Y un perrito para llevar? —preguntó mirando a la acera de enfrente donde un vendedor ambulante paseaba con un carrito repleto de refresco y perritos calientes.

—Es ahí —Señaló Dean hacia delante.

—¿Seguro? —preguntó Nicholas acercándose para observar.

—Es la dirección que ha pasado Adrien.

Todos se colocaron a pocos metros de la discoteca. Aunque las puertas eran acorazadas, cuando entraba o salía una persona, podía escucharse el sonido de la música electrizante y se intuía como las luces de neón y los rayos de luz iluminaban una pista repleta de gente.

Todos coincidieron la mirada en la larga cola de espera que había para entrar y luego en las glamurosas ropas que llevaban.

—No sé yo si nos van a dejar entrar —comentó Christopher mirando a sus compañeros, vestidos todos con tejanos, camisetas y chaquetas de cuero.

—¿Y hay que hacer la cola? —preguntó irritado Dean.

—¿Lleváis las placas? —preguntó Scott dando un paso hacia delante, aunque al momento la mano de su jefe se colocó en su pecho paralizándolo.

—Vamos a pensar otra cosa...

Scott ladeó su rostro hacia un lado y señaló hacia la puerta.

—Es una discoteca —dijo como si le informase—. Normalmente la policía entra para investigar y asegurarse de que no se vende droga, ¿no ves las series de policías de la tele? —ironizó, lo que hizo que Nicholas cerrase los ojos y negase con su rostro—. Además, por probar no se pierde nada —dijo apartándole la mano—. Yo no pienso chuparme esa cola y... me muero de hambre —dijo avanzando directamente hacia uno de los de seguridad mientras se colocaba la placa en el cinturón.

Nicholas se giró para ver como avanzaba hacia uno de aquellos matones, quedándose al lado de sus compañeros que lo observaban con rostro incrédulo.

—Hola, amigo —dijo al de seguridad con una sonrisa colocándose ante él. Luego se entreabrió la chaqueta para mostrarle la placa con un sutil movimiento—. ¿Te importa si pasamos mis compañeros y yo? —preguntó con cierta tirantez mientras con un ligero movimiento de su rostro señalaba hacia ellos.

El de seguridad lo miró fijamente y luego observó al resto que esperaban un metro por detrás. Un segundo después se hizo a un lado y le indicó con un movimiento de su mano a que pasaran.

—Gracias.

El de seguridad se echó a un lado para que entrasen mientras escuchaban las replicas de los primeros que estaban en la cola, molestos porque pasaran antes.

Nada más entrar los rayos de luz que surgían de unos focos en el techo en constante movimiento los iluminaron. La discoteca era bastante amplia. La pista de baile, inmensa, estaba en el centro, habitada por cuerpos en constante movimientos al ritmo de una música hipnótica. A la derecha podían ver varias mesas elevadas con taburetes, todos ocupados por aquellos que tomaban una consumición. A la izquierda una larga barra donde una multitud de camareros y camareras despachaban a todos aquellos jóvenes. Aunque una cosa llamó la atención de todos. Justo en frente, tras pasar la pista de baile, había tres pódiums, comunicados entre sí por unas pasarelas iluminadas y, donde en ese momento, tres hermosas bailarinas bastante ligeras de ropa contoneaban sus cuerpos.

—Esto me gusta —dijo Scott dando una palmada.

Nicholas se giró hacia ellos.

—Bien, Alison Wilson, recordad.

—Que sí, que sí... —dijo Scott avanzando.

—Lo digo en serio.

—Yo también —pronunció indignado mientras comenzaban a avanzar entre toda la gente.

—¿Tenemos descripción? —preguntó Dean mirando de un lado a otro.

—Sí —sonrió Scott con ironía—. Chica blanca de unos veintiséis años.

Muy útil en estas circunstancias —bromeó mientras se cruzaba de brazos observando de un lado a otro, sin dejar de avanzar.

—¿Morena? ¿Rubia? —preguntó Christopher.

—No sabemos nada. Su expediente no estaba en la web del Pentágono.

Christopher resopló mientras apartaba a una muchacha con delicadeza a la que parecía costarle caminar.

Scott se fijó directamente en la barra. Al menos diez camareros, distribuidos por ella, entregaban los vasos repletos de bebidas a todos aquellos que se amontonaban contra ella. Luego volvió a mirar a las tres bailarinas en ropa interior que no dejaban de bailar con movimientos sensuales atrayendo las miradas masculinas de todos los allí presentes.

Scott dio un codazo a Dean para llamar su atención y señaló hacia las bailarinas mientras se acercaban a la barra.

—Como sea una de esas me da un patatús.

Dean rio y también se fijó en ellas, luego hizo una sonrisa maliciosa hacia su compañero.

Scott se apoyó contra la barra sin apartar la mirada de las bailarinas, mientras el resto se colocaban a su lado. Se giró hacia la barra y lo primero con lo que se topó fue con una chica rubia, vestida bastante ligera de ropa, con un top blanco muy corto y una falda que podría usarse de cinturón. La muchacha, aunque se mantenía un poco alejada de él le devolvió la sonrisa mientras guardaba el dinero en la caja registradora.

—¿Qué te pongo? —preguntó una voz femenina ante él.

Los cuatro se giraron observándola. Una chica esperaba a que le pidiesen qué tomar.

—Hola —sonrió Scott apoyándose contra la barra, con actitud conquistadora y una gran sonrisa. La chica ladeó su rostro hacia un lado y le hizo un gesto de impaciencia, pues la observaba con una gran sonrisa en su rostro, sin decir nada más.

—¿Vas a tomar algo, o no? —insistió.

—Mmmmm... sí. —Luego miró un momento hacia detrás. Nicholas se

encontraba a su lado, mirando de un lado a otro a todos los camareros que había por la discoteca. Dean también estaba a su lado, controlando junto a Christopher las camareras que paseaban entre los bailarines recogiendo los vasos vacíos—. Ponme cuatro whiskies del mejor que tengas.

Escuchó como Nicholas resoplaba a su lado indicando que no estaba de acuerdo.

—¿Y sin cenar? —preguntó Dean.

—Con algo tendré que llenar el estómago —pronunció mirando de reojo a su jefe que le devolvió una mirada divertida.

—¿Alguien interesante? —preguntó Nicholas hacia el resto.

Scott se quedó contemplando a aquella camarera. Era una belleza. Su cabello caoba caía sobre su espalda en pequeños tirabuzones. No parecía muy alta, aunque llevaba, por lo que podía ver desde ahí, unos enormes tacones. Parecía poca cosa, incluso delicada. Se fijó en sus esbeltas piernas hasta que la chica se giró de nuevo portando los cuatro vasos llenos hasta la mitad de la bebida.

—Serán sesenta dólares —pronunció ella mientras depositaba los vasos sobre la barra.

—¿Qué? —gritó asombrado—. ¿Sesenta?

—A esta invitas tú, ¿no? —preguntó su jefe con mofa mientras se apoyaba contra la barra con una sonrisa.

Scott suspiró y extrajo la cartera de su bolsillo mientras la muchacha esperaba. Cogió tres billetes de veinte y se los tendió, pero antes de que ella pudiese cogerlos le agarró de la mano acercándola a él.

—Oye, muñeca... —dijo con una sonrisa suspicaz de nuevo. La muchacha lo miró irritada—. Estoy buscando a una amiga pero no la veo. Se llama Alison Wilson.

Ella inclinó una ceja y cogió el dinero como si estuviese mosqueada.

—¿Alison? —preguntó mientras se guardaba el dinero en el bolsillo, luego se cruzó de brazos—. ¿Para qué la buscas?

Nicholas se giró hacia ella al escucharla pronunciar aquel nombre.

—Me hace ilusión verla, hace mucho que no la veo. ¿Le puedes decir que venga?

La muchacha miró de un lado a otro de la barra y suspiró. Luego se acercó a él con suspicacia.

—No está en la barra ahora —dijo con una sonrisa fingida—. Y si quieres que vaya a buscarla puedo perder propinas.

Otro billete de veinte apareció ante la nariz de la muchacha.

—Supongo que esto suplirá la propina del minuto que vas a tardar en ir en su búsqueda —contestó con los dientes apretados.

Ella cogió el billete introduciéndolo en su bolsillo y sonrió directamente.

—Ahora mismo la traigo, no te muevas de aquí —pronunció con una sonrisa.

—Aquí estaré —canturreó con un rostro enfurecido mientras ella se alejaba, aunque al momento lo modificó a otra sonrisa cuando coincidió la mirada con la chica rubia que se encontraba atendiendo a otro cliente. La chica le devolvió la sonrisa mientras depositaba con cuidado una botella en unos estantes.

Observó como la camarera a la que le había dado los veinte dólares entraba por una puerta trasera mirando de un lado a otro y se giró hacia sus compañeros, aunque se golpeó la espalda contra la barra al ver la proximidad de ellos, que lo miraban boquiabiertos.

—Menudas artes de seducción, macho —rio Dean mientras cogía su vaso.

Scott resopló mientras cogía su vaso también.

—Al menos va a ir a buscarla —dijo. Dio un sorbo y al momento puso cara de desagrado—. Esto no es whisky. Es ron —dijo haciendo un gesto de desagrado—. Y me ha cobrado veinte dólares por cada uno. La muy hija de... ¿pero qué camarera es esa? —preguntó enfurecido volviéndose hacia la barra—. Me ha timado.

Nicholas sonrió mientras se llevaba también el vaso a los labios y le pasaba el otro a Christopher.

—Al menos va a ir a buscar a Cintya. Buen trabajo —dijo elevando su

vaso como si brindase con él.

Sí, iba a buscarla, al fin la encontrarían y la pondrían a salvo, pero la broma le había costado ochenta dólares.

3

Scott volvió a girarse para observar la puerta por donde había visto marcharse a aquella camarera en busca de Cintya y se volvió hacia sus compañeros mientras depositaba el vaso en la barra y gruñía.

Hacía casi veinte minutos que se había marchado en su búsqueda y aún no había aparecido.

Miró impaciente a Nicholas el cual seguía observando de un lado a otro.

Coincidió la mirada con Christopher, internado en la pista de baile preguntando a algunos camareros con los que se topaba. Luego coincidió la mirada con Dean que se dirigía a la barra mientras negaba con su rostro.

Llegó hasta ellos y depositó el vaso sobre ella.

—Una de las camareras me ha dicho que no sabe cómo se llama, pero que una chica nueva se incorporó hace pocos días a esta barra —indicó mirando a las muchachas.

Christopher llegó hasta ellos y continuó la conversación como si la hubiese escuchado aunque la música sonaba excesivamente fuerte.

—Un camarero me ha dicho que Alison trabaja en esta barra, aunque a veces se mueven recogiendo los vasos. —Miró directamente a Scott—. ¿Y tu amiga? La pelirroja que iba a buscar a Cintya, ¿aún no ha vuelto?

Scott apretó los labios y volvió a mirar la barra con actitud enfurecida. Hacía demasiado rato que se había marchado. Cinco, incluso diez minutos sería lo normal, pero tal y como ella misma había dicho, no podía dejar la barra mucho tiempo, era su puesto de trabajo.

—Quizá le han encargado trabajo por ahí dentro —intentó dar Dean una solución al problema.

Pero aquello hizo enfurecer más a Scott que se movió con agilidad hacia la derecha, haciendo que un par de jóvenes se viesen obligados a alejarse de la barra.

—Eh, Scott... —Le llamó la atención Nicholas.

—¿No irá a colarse por la puerta? ¿verdad? —preguntó Christopher asombrado por la reacción de su compañero, aunque todos se calmaron cuando lo vieron apoyarse contra la barra de nuevo y llamar la atención de la camarera rubia con la que había intercambiado varias miradas—. Menos mal —susurró Christopher aliviado.

La camarera se encontraba dándole la espalda, guardando el dinero en la caja registradora, aunque lo primero que hizo cuando se giró fue chocar con los ojos verdes de Scott.

—Hola —dijo con una actitud traviesa él.

La camarera le sonrió y se mordió el labio al momento. Dio unos pasos con bastante lentitud hacia la barra, como si saborease aquel momento, como si hubiese estado esperando horas para que él se acercase.

—Hola —contestó risueña—. ¿Qué tal? ¿Te pongo algo de beber?

Scott le mostró el vaso vacío y negó mientras lo depositaba en la barra. Se aupó un poco más para acercarse a ella y poder hablar con claridad, pues la música le forzaba a hablar en un tono más alto.

—Ya voy bastante servido —comentó divertido. La muchacha era especialmente bonita, una hermosa melena rubia caía sobre sus hombros. Recorrió con su mirada su rostro, pues parecía que la muchacha se ruborizaba levemente ante su cercanía—. ¿Podrías hacerme un favor? —preguntó mirando sus labios. Ella no dijo nada, aunque él pudo observar como tragaba saliva—. Estoy buscando a Alison Wilson pero no la encuentro. —Y luego le sonrió de una forma amable. Se acercó un poco más intentando aprovecharse de lo que parecía hacer sentir a aquella joven—. ¿Podrías ir a buscarla?

Sus tres compañeros miraban la escena boquiabiertos.

—Lo que hay que ver... —susurró Nicholas mientras resoplaba.

La camarera se acercó un poco más colocándose a su altura y miró sutilmente sus labios.

—¿Alison? —preguntó divertida—. ¿Es que acaso no te ha dicho que se iba?

La sonrisa se esfumó del rostro de Scott al momento.

—¿Qué se iba?

—Claro —dijo encogiéndose de hombros—. Pensaba que te lo habría dicho. Has estado hablando con ella antes —pronunció con inocencia.

Scott se bajó de la barra lentamente, con una mirada de distaba mucho de ser amistosa, sujetando con fuerza el vaso en su mano, aunque se obligó a soltarlo o sería capaz de hacerlo añicos.

—Ya... mmmm... pues no me lo ha dicho —dijo con una sonrisa fingida. Resopló y miró hacia su jefe que lo esperaba interrogándolo con la mirada—. Joder —pronunció apretando la mandíbula. ¿Esa era Cintya? ¿La pelirroja que le había timado? La muy hija de... —Mierda... hoy no ceno —gritó mientras aceleraba el paso hacia sus compañeros.

—Eh, oye... espera... —Escuchó que decía la camarera al verlo alejarse, pero ni siquiera se giró para responderle—. Alison no está, pero si quieres algo de beber...

Tanto Nicholas, como Christopher y Dean lo miraron intrigados mientras se acercaba.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nicholas preocupado.

Scott apretó los labios mientras colocaba las manos en su cintura. Tomó aire intentando relajarse y finalmente miró a su jefe.

—Tenemos un problema.

Cintya corrió por el pasillo mientras aún escuchaba la música de la discoteca y se cruzaba con los compañeros que llevaban en grandes cajas los vasos limpios que traían de la cocina.

Se había puesto en menos de un minuto unos tejanos, una camiseta blanca, había cogido su chaqueta y salido disparada.

Corrió hasta la puerta trasera de la discoteca y salió a la calle. El callejón, a comparación con la calle principal por donde se accedía a la discoteca, estaba bastante oscuro.

No perdió ni un segundo, corrió por la calle mientras su mirada volaba de vez en cuando hacia atrás y se dirigió a la calle contigua para pedir un taxi.

No era tonta, sabía quiénes eran. Primero, preguntaban por Alison Wilson, un nombre falso y, segundo, solo hacía falta echarles un vistazo para darse cuenta de que todos estaban hechos por un mismo molde. Su altura, su complejión... cazadores.

No se fiaba de nadie y menos del Pentágono. Sus compañeros habían muerto y estaba claro que de algún sitio debían sacar aquella información. No podía confiar en nadie.

—¡Pare! —gritó corriendo tras un taxi. Al menos el taxista se detuvo. Entró acelerada en la parte trasera y cerró con un portazo—. Al Oasis Lyon Highway —ordenó.

El taxista asintió y tomó el rumbo que ella le había indicado.

Debía huir, debía esconderse. ¿Cómo había podido pensar que allí estaría más protegida? Había sido solo una mera ilusión el hecho de intentar camuflarse entre una multitud. Aquello no servía de nada.

Cogería su mochila y se marcharía a otro lugar.

Miró por la ventana como salían de la calle principal, iluminada totalmente, repleta de personas que se divertían, ajenas a lo que realmente estaba por llegar.

Su mente volvió hacia sus compañeros muertos. No los conocía mucho, excepto a Abraham. Abraham había sido su instructor en los dos años que había permanecido en el Pentágono, enseñándole a usar su poder.

En ese momento se derrumbó, intentó contener las lágrimas mientras el taxi se apartaba ya del centro y se dirigía hacia el hotel. Intentó apartar de su mente el rostro de Abraham mientras las calles se tornaban más oscuras a diferencia de las anteriores.

Era un buen hombre, al menos, los dos años que había estado con él la había tratado bien. Ella misma había decidido abandonar el Pentágono. Pese a que no se sentía incómoda ya era hora de que pudiese vivir su vida sin ataduras, sin tener que obedecer a nadie.

Abraham no había perdido el contacto con ella. Durante los primeros meses la había llamado cada semana, luego... las llamadas habían ido descendiendo. Una vez cada dos semanas, una vez al mes... un par de veces al año. Hasta que hacía poco más de un mes se había puesto en contacto con ella para explicarle lo ocurrido y ponerle al corriente.

—Escóndete y no le digas a nadie tu nombre —Le había ordenado.

Su mundo volvía a ponerse patas arriba. Destrucción, muerte... pero ahora, era más peligroso que nunca. Estaba claro que si habían localizado a sus compañeros era porque alguien los informaba, les ayudaba. Los vampiros no eran tan listos. Alguien los estaba ayudando a encontrarlos.

Quince minutos después y bastante a las afueras de la ciudad el taxista se detuvo.

—Son diecisiete dólares —indicó girándose hacia atrás.

Cintya pagó la carrera y se apeó del vehículo.

La calle estaba más bien oscura, solo el letrero con el nombre del hotel y algunas farolas lejanas iluminaban la calle.

Tras el motel se iniciaba el Desierto del Mojave que permanecía totalmente oscuro. Sabía que si salía de Las Vegas se encontraría con un mundo destruido y que a cientos de kilómetros no había otra población en pie, pues la mayoría habían sido destruidas o deshabitadas.

Necesitaba alejarse de allí, pero dudaba que le llegase el dinero para otro billete de avión. Con suerte, algún autobús saldría esta noche rumbo a Tijuana o San Diego. Dudaba que pudiese permitirse algo más.

Corrió hacia el hotel y subió hasta la tercera planta. El hotel era muy sencillo, no tenía lujos, pero sí todo lo necesario para poder hacer la estancia lo más agradable posible.

Llegó hasta su puerta y abrió con mano temblorosa. Estaba claro que iban a por ella, pero no se iba a dejar atrapar de una forma fácil.

Nada más entrar había un pequeño pasillo con una puerta a la izquierda, donde se encontraba un aseo que constaba del retrete, una pica y una ducha. A la derecha, un pequeño armario empotrado donde tenía su mochila. Lo abrió, cogió la mochila y fue directa a la cama. En ese momento se dio cuenta de que la cortina estaba abierta. Se movió hacia ella y la corrió de un manotazo.

Se quedó paralizada intentando ordenar sus ideas. Lo tenía todo o, al menos, eso pensaba. Fue de nuevo hacia la mochila, la abrió, y extrajo el sobre con los billetes que le quedaban y una nueva identidad. Tenía un problema, aquella era la última identificación falsa que le quedaba, y estaba claro que no podía volver a contactar con su amigo para que le hiciese nuevas. Debía alejarse lo máximo posible de allí, esconderse en un lugar donde pudiese pasar el máximo tiempo posible hasta conseguir más identidades falsas.

Tijuana sería un buen escondite, además, sabía que allí podría contactar con personas que le hiciesen nuevas identidades sin mucho problema.

Cogió su mochila y fue directa hacia el aseo. Cogió el peine, el cepillo de dientes y la pasta y la guardó en su mochila justo cuando la luz se apagó.

Se quedó totalmente quieta mientras notaba como la respiración se le aceleraba. Solo una poca luz llegaba de la habitación. Tragó saliva y dio un paso atrás chocando con la pica del aseo mientras se sujetaba con fuerza a la mochila.

Aquello no podía estar ocurriendo. ¿Habían dado con ella?

Intentó escuchar. No se oía nada, absolutamente nada. Quizá hubiese sido un simple corte de luz. Apretó los labios y con paso tembloroso avanzó hasta la puerta.

Había un total silencio, hasta que un determinado momento escuchó varias voces por el pasillo quejándose.

—¿Se ha ido la luz? —gritó una persona bastante enfurecida.

Giró su rostro para observar que a través de la fina franja por debajo de la puerta de salida había algo de claridad, pues debía haberse encendido el generador activando la luz de emergencia.

Aquello era demasiada casualidad. Debía marcharse de ahí ahora.

Dio un paso silencioso hacia la puerta para coger el pomo y girarlo cuando un gruñido grave la paralizó. Se quedó totalmente quieta, notando todo su cuerpo temblar mientras una respiración, a pocos metros de ella, sonaba sin parar.

Gimió y se giró lentamente, atemorizada.

Lo primero que vio fue la ventana abierta y, lo segundo, una silueta que la tapaba, oscura como la noche.

Sabía lo que era aquello. La habían encontrado.

Gritó y se dio la vuelta acelerada para abrir la puerta cuando notó como la impulsaban hacia atrás perdiendo la mochila de sus brazos.

Atravesó la habitación hasta caer al lado de la cama con un fuerte golpe.

Una voz sonó a su lado.

—Nos ha dicho que la quiere viva —gruñó.

Cintya ni se atrevía a moverse.

—Y viva se la voy a llevar —contestó otro.

En ese momento unos pies aparecieron ante ella y la elevaron del brazo.

—¡Nooooo! —gritó mientras intentaba soltarse—. ¡Socorroooooo!

Aquella palabra no pareció gustarle al vampiro y la impulsó contra la cama. Nada más caer vio como varios vampiros más entraban por la ventana.

Gritó cuando notó que la volvían a coger del brazo para ponerla en pie. Se giró y comenzó a golpearle con todas sus fuerzas intentando soltarse.

Una cosa era llevarla viva y, otra muy distinta, ilesa. El vampiro golpeó su mejilla arrojándola al suelo. Se golpeó la cabeza y, durante unos segundos se sintió aturdida, mientras notaba cómo la zona golpeada comenzaba a latir por el dolor. Pasó sus dedos temblorosos sobre ella notando como una gota de sangre se deslizaba.

El alarido del vampiro fue instantáneo. Elevó levemente la mirada para observar como el que la había golpeado se colocaba frente a ella, absorbiendo su aroma, deleitándose con el olor de su sangre.

Se abalanzó sobre ella justo cuando salió disparado hacia el final de la

habitación, chocando con la televisión y haciéndola caer al suelo.

Una figura se materializó a su lado.

—¡Están aquí! —gritó de rodillas ante ella. Luego giró su rostro y le medio sonrió—. Hola otra vez... pelirroja —pronunció Scott.

Ella se arrodilló de inmediato intentando alejarse cuando la puerta salió volando por los aires ante el impulso de una patada de Dean el cual se abalanzó contra el primero de los vampiros.

Scott se giró para observar como varios vampiros más entraban por la ventana, pero sabía cuál era el primero con el que debía acabar. El vampiro al que acababa de impulsar tenía las aletas de la nariz dilatadas al absorber el aroma de ella.

Se abalanzó directamente hacia él, pero este desapareció materializándose al otro lado de la habitación.

Cintya pudo ver como el cazador se movió iniciando una lucha, mientras el otro cazador contenía al resto de vampiros.

Dean se agachó para evitar las afiladas uñas y con una patada impulsó al otro que se acercaba.

Sacó el arma y disparó a otro que se acercaba a Cintya que gritó al momento.

Scott se giró hacia ella justo cuando clavaba la daga en el centro del pecho del vampiro y este se descomponía.

Cintya miró de un lado a otro asustada, temblando.

Scott y Dean se miraron unos segundos y luego volvieron a observarla.

—Eh, tranquila... hemos venido a... —comenzó a decir Scott justo cuando otros vampiros entraban por la ventana—. ¡Mierda! —gritó antes de abalanzarse hacia uno de ellos y Dean hacia el otro.

Cintya cayó sobre la cama pero se movió rápido cuando un vampiro saltó sobre ella para cogerla. Notó como los dedos esqueléticos y fríos se aferraban a su cuello asfixiándola, cerrándole las vías respiratorias. El vampiro gritó con fuerza mientras la elevaba pero de repente desapareció, formando una nube de cenizas que cayó sobre el suelo lentamente.

Había imaginado bien. Lo había reconocido desde que se había arrodillado a su lado impulsando al vampiro que la mantenía presa. Eran cazadores.

Cayó sobre la cama mientras veía como la daga caía sobre suelo. Scott se materializó a su lado para cogerla, pero nada más agarrarla embistió a otro de los vampiros que había entrado para alejarlo de ella.

Cintya ya había tenido suficiente. Los cazadores pertenecían a la DAE y, por lo tanto, al Pentágono. Aquella organización era peligrosa para ella.

Gateó sobre el colchón mientras los dos cazadores que había en el interior de la habitación intentaban que los vampiros no llegasen a tocarla y se asomó.

Abrió los ojos al máximo y se llevó la mano a la boca cuando reconoció, en el tejado de enfrente, dos figuras más luchando contra una banda de vampiros. ¿Todos iban a por ella?

Se giró para ver cómo Scott y Dean acababan con unos cuantos más. Al menos estaban evitando que la atrapasen pero, ¿qué harían cuando acabasen con la amenaza? Sabía que no podía fiarse de nadie y menos de los cazadores. Debía escapar de allí. Se fijó en su mochila, allí estaba toda lo que necesitaba para sobrevivir, un poco de ropa y, lo más importante, el dinero y la documentación que necesitaba, pero ahora mismo se encontraba al otro lado de la habitación y, en medio de esta, se estaba librando una dura batalla.

Ya buscaría otro modo de sobrevivir, siempre lo había hecho.

Saltó por la ventana hasta las escaleras de emergencias y comenzó a bajar por ellas a toda prisa. Ni loca pensaba quedarse en esa habitación. Huiría mientras tuviese alguna opción. Bajó con rapidez los escalones hasta llegar al suelo justo cuando pudo ver como un vampiro salía despedido por la ventana de su habitación por una patada y un segundo después una bala atravesaba su corazón desintegrándolo.

Se tapó el rostro para evitar que los cristales que habían salido despedidos la dañasen y comenzó a correr. Debía ponerse a salvo como fuese.

Nicholas se agachó, sacó su daga y cortó la carne de la pierna del vampiro. Se puso en pie y con la otra mano puso el cañón del arma en su pecho y disparó.

Había muchos vampiros. Nada más salir de la discoteca habían ido a por

el todoterreno a toda prisa. La habían logrado localizar y les había tomado, literalmente, el pelo.

No habían dudado hacia donde debían dirigirse. A medida que se acercaban al hotel el GPS para vampiros que llevaban en el reloj se había activado. No había duda, iban a por ella.

Se giró para observar a Christopher disparar a otro vampiro, tomar carrerilla y saltar hasta el siguiente tejado interceptando dos más. Debían contenerlos mientras Scott y Dean la sacaban de allí.

Apuntó a otro vampiro que corría en su dirección y este se desintegró prácticamente en el mismo segundo que había apretado el gatillo.

El problema era que los vampiros no dejaban de aparecer. Sabía para quien trabajaban, Mabus, y estaba claro que si estaban acabando con todos oráculos era porque debían tener alguna información que deseaba destruir.

Cogió carrerilla y saltó al otro tejado para ayudar a Christopher que se encontraba rodeado de cinco vampiros. Su compañero se las apañaba muy bien, pero cuanto antes neutralizasen la amenaza antes podrían irse de allí con ella y conseguir la información que tanto necesitaban.

Se giró un segundo hacia aquella ventana por donde pudo ver como Dean y Scott luchaban también contra los vampiros que habían logrado entrar cuando Scott hizo un movimiento que lo aturdió.

Scott se asomó mirando de un lado a otro de la ventana, con rabia, hasta que coincidió la mirada con su jefe.

—¡La muy idiota se ha ido! —gritó saltando a través de la ventana hecha añicos, sujetándose a la escalera de emergencias. Se deslizó hasta abajo en un solo segundo.

—¡Encuétrala! —Le gritó Nicholas mientras llegaba a Christopher para ayudarle.

—¿Y adónde te crees que voy? —preguntó de malas formas más para sí mismo que para su jefe mientras corría a través de la calle.

Llegó hasta la esquina y miró de un lado a otro.

—¿Pero dónde se ha metido? —gritó de los nervios.

A un lado tenía la ciudad, al otro, el amplio Desierto del Mojave, totalmente oscuro. Obtuvo la respuesta cuando vio varios vampiros correr sobre los tejados en dirección al desierto. Estaba claro hacia donde se dirigían.

—Maldita sea —susurró antes de comenzar a correr en aquella dirección.

4

Cintya corrió mientras echaba miradas furtivas hacia atrás. Sabía que no tenía escapatoria, que los vampiros la encontrarían. Lo habían hecho con Michael, Owen, Brigitte y Abraham. Ahora era su turno.

Pero el vampiro había dicho: *“la quiere viva”*

¿Quién la quería y para qué? Igualmente no pensaba echar marcha atrás para averiguarlo.

Saltó encima de unas piedras y siguió corriendo, alejándose de la luz que emitía la ciudad de Las Vegas, de su música, de su diversión, y adentrándose más en aquel basto desierto de piedra, oscuro.

Podría haber corrido hacia la ciudad, pero aún tenía la suficiente sensatez para evitar que más personas murieran por su culpa. A ella era a quién buscaban y sabía que los vampiros matarían a todo aquel que se interpusiese en su camino o le entorpeciese. No podía arriesgarse a que los vampiros entrasen de pleno en la ciudad y acabaran con todos sus habitantes.

Adiós a su oportunidad de escapar hacia Tijuana. Solo quería ser libre, vivir en paz el resto del tiempo que le quedaba a ese mundo.

Se detuvo de inmediato cuando unas sombras cayeron frente a ella, a pocos metros. Se le paralizó el corazón al comprender quienes eran.

Dio unos pasos hacia atrás, temblando.

—¡Dejadme! —gritó hacia ellos con rabia—. ¡No he hecho nada!

Diez vampiros se encontraban situados ante ella, observándola.

Uno de ellos dio un paso adelante.

—No es lo que hayas hecho... si no lo que puedes hacer —pronunció acercándose.

Ella comenzó a retroceder a medida que el vampiro se acercaba.

—No... no sé nada... no tengo ni idea de lo que...

El vampiro apareció ante ella sin previo aviso y la cogió del brazo. Cintya dio un respingo e intentó soltarse mientras gritaba asustada, pero el vampiro la cogió por los brazos.

—Tranquila muchacha, solo quiere hablar contigo.

Ella parpadeó un par de veces y dejó de luchar, aunque su labio tembló e hizo un último intento de soltarse.

—¿Quién? —preguntó.

El vampiro sonrió pero justo cuando iba a hablar una voz les hizo girarse. Lo primero que hizo el vampiro fue colocar a Cintya ante él, como si se tratase de un escudo con el que protegerse. Sabía de quienes se trataban, cazadores, ¿quién si no iba a llegar hasta ellos con tanta celeridad? Los había visto luchar en el hotel y se manejaban bastante bien.

Cintya gimió cuando la colocó por delante sujetándola con un brazo por la cintura y con otro pasándolo por su cuello, obligándola a quedarse quieta.

—¡Suéltala! —ordenó Scott mientras avanzaba hacia ellos con paso decidido y elevaba su arma apuntándole.

Cintya volvió a reconocerlo. El mismo chico de la barra de la discoteca y que había aparecido a su lado salvándola del vampiro.

Intentó soltarse del vampiro con movimientos bruscos pero aquello no hizo más que incrementar la sonrisa de este que la sujetaba con fuerza.

—Vaya, vaya... —dijo el vampiro dando pasos hacia atrás, mientras el resto de ellos se colocaban a su lado. Miró hacia los lados comprobando que todos sus compañeros estaban preparados para enfrentarse al cazador—. Parece que estás solo. Eres solo uno y nosotros somos diez. No tienes nada que hacer.

—Más divertido —ironizó Scott deteniéndose a escasos metros de ellos,

aunque en ningún momento bajó el arma—. Suéltala —ordenó de nuevo.

Miró a Cintya que lo observaba asustada, intentando soltarse del vampiro. Ella era la única persona en el mundo que les podía dar información, que podía ayudarles en su misión.

La contempló y medio sonrió.

—No entiendo porqué has tenido que huir... —Le reprendió como si estuviesen solos.

Ella parpadeó un par de veces y lo miró asombrada.

—¿Qué?

—Podríamos habernos evitado todo esto.

El vampiro rugió.

—¡Baja el arma ahora mismo o...!

—¿O qué? —gritó Scott hecho una furia. Se quedó contemplándolo unos segundos con odio y dio unos pasos más hacia delante.

El vampiro no respondió, simplemente miró a sus aliados dándoles a entender que se preparasen para la lucha.

—No vas a llevártela —dijo de forma tajante dando unos pasos más hacia delante.

—Intenta impedírmel... —El vampiro no pudo acabar la palabra.

Scott se materializó ante él y asestó un codazo en el rostro de este. Cintya no fue siquiera consciente de aquel movimiento. Lo había visto a unos metros de ella sujetando el arma, apuntando al vampiro y de repente estaba a su lado.

Scott impulsó con todas sus fuerzas al vampiro y cogió de la cintura a Cintya retirándola de él, aunque no fue todo lo delicado que ella esperaba arrojándola al suelo de inmediato.

—Ahhhh —Se quejó Cintya cuando chocó contra la piedra y se golpeó el pecho.

Aunque al momento lo comprendió, pues Scott se agachaba para esquivar las uñas de otro de los vampiros que se abalanzaban hacia ellos.

Cintya se puso de rodillas girándose para comprobar cómo luchaba con

extremada agresividad contra ellos. Nunca había visto en acción a un cazador. Los había visto entrenar en el Pentágono, pero aquello era mucho más de lo que había observado en clase. Tuvo que dejar de gatear cuando notó que otro de los vampiros la cogía del brazo y la ponía en pie de un tirón.

—¡Nooooo! —gritó ella, aunque el vampiro que la sujetaba salió despedido varios metros al momento.

Cuando torció su rostro Scott estaba de nuevo a su lado y era él quién la sujetaba del brazo.

—¿Qué parte no entendéis? —gritó hacia los vampiros—. ¡No os la vais a llevar! —rugió.

El vampiro al que había impulsado se puso en pie mientras extendía sus brazos hacia los lados y gritaba con fuerza. Un grito terrorífico que hizo que Cintya apretase los dientes y cerrase los ojos.

—¡Cállate! ¡Me pones la cabeza loca! —gritó Scott mientras el vampiro no dejaba de berrear.

Colocó con un sutil movimiento a Cintya tras él y extrajo una daga con cada mano de su cinturón.

—Se acabó el juego —sentenció antes de salir disparado hacia él.

Fue hasta él y antes de que el vampiro pudiese siquiera colocarse en posición defensiva atravesó el corazón de este y se giró hacia el resto preparado para el ataque.

Cintya dio unos pasos atrás totalmente asombrada con lo que veía. Aquella velocidad, sus movimientos, su fuerza... superaba todo lo que había visto hasta el momento.

Volvió a dar un brinco y retrocedió más cuando observó como Scott, con un rápido movimiento, llegaba hasta el resto de vampiros.

Clavó la daga en uno y fue a por el siguiente mientras disparaba su arma hacia todos aquellos que se acercaban a ella.

Observó mientras daba un puñetazo a uno y lo hacía caer al suelo. Dos vampiros más se acercaban a él y otro iba directo a por Cintya. Clavó la daga en el pecho del que había arrojado al suelo y con un rápido movimiento noqueó a los otros haciéndolos girar en el aire y cayendo con un fuerte golpe

sobre el suelo.

Frenó, se colocó de rodillas y lo siguiente que hizo fue elevar su brazo hacia el vampiro que se acercaba a Cintya y disparar.

Cintya gritó al verlo desmoronarse ante ella y cayó al suelo mientras se arrastraba. Lo único que quería era despertarse.

—Esto es una pesadilla... es una pesadilla... —susurraba mientras retrocedía.

Scott se puso en pie y, tal y como lo hizo, fue a por el primero de los vampiros que había noqueado. Se agachó para esquivar su mano y clavó su daga en su pecho, aunque al segundo notó la brisa del siguiente vampiro acercándose para rebanarle el cuello, aunque no llegó hasta él. Estiró su pierna mientras hundía con más fuerza la daga en el pecho del vampiro que mantenía sujeto y lo impulsó alejándose.

Justo el segundo vampiro cayó sobre la tierra levantando una nube de polvo cuando extrajo la daga del pecho del primer vampiro desintegrándose.

Su mirada voló hacia Cintya que se arrastraba por el suelo, conmocionada.

Suspiró y caminó con calma hacia el vampiro que comenzaba a ponerse en pie, aunque no llegó a ponerse recto.

Elevó su brazo y apretó el gatillo de su pistola dando de lleno en su pecho.

Observó como se desintegraba y las cenizas de este caían sobre el suelo.

Miró de un lado a otro asegurándose de que no había ninguno más y guardó sus armas en el cinturón de sus tejanos mientras volvía su atención hacia la muchacha.

Suspiró y fue hacia ella. Sí, era la camarera que le había atendido en la discoteca.

—Ya ha pasado todo —pronunció en un tono más suave mientras se agachaba para ayudarla a ponerse en pie—. ¿Estás bien?

Cintya se puso en pie y tal y como lo hizo se soltó de su mano con un movimiento brusco, alejándose asustada.

—¡No te acerques a mí! —gritó histérica.

Scott se quedó paralizado al escucharla. Daba pequeños pasos hacia atrás,

alejándose, mientras ponía su mano por delante como si así pudiese protegerte.

Scott elevó sus manos hacia arriba como si se rindiese y dio un paso adelante, acercándose.

—Oye, no voy a hacerte daño...

—¿Pertenece al Pentágono? —Le cortó ella con un grito, parecía realmente nerviosa—. ¿Eres de la DAE?

Scott suspiró y bajó los brazos.

—Veo que sí, eres un oráculo, ¿verdad?

—¡Responde a mi pregunta!

Se cruzó de brazos y ladeó su rostro.

—Sí, soy un cazador. Pertenezco a la DAE.

El temblor en el cuerpo de Cintya se incrementó, lo cual llamó la atención de Scott que la miró sorprendido.

—Ya te he dicho que no voy a hacerte daño —insistió.

—¿Quién te envía? —preguntó sin dejar de retroceder.

La miró confundido.

—No me envía nadie —respondió directamente.

—¿Es la DAE directamente?

—No, nadie nos ha enviado, ¿por qué preguntas eso? —preguntó aturdido.

Ella descendió su rostro pensativa, intentando hallar una respuesta lógica.

—¿Cómo han podido encontrarme? —pronunció inmersa en sus pensamientos, mirando de un lado a otro—. ¿Cómo... cómo han podido...?

—Oye, tranquila —dijo avanzando unos pasos más.

Aunque se giró de golpe extrayendo sus dagas cuando escuchó unos rápidos pasos acercarse.

Dean, Christopher y Nicholas aparecieron a unos metros de él. Lo primero que hicieron fue mirar a Scott y luego a la muchacha que los miraba asustada,

luego recorrieron el territorio con la mirada.

—Veo que has tenido fiesta —dijo Dean.

—No lo sabes tú bien —respondió Scott guardando sus dagas en el cinturón, más tranquilo al comprobar que eran sus compañeros. Se giró y les señaló con un movimiento de cabeza hacia ella—. Se encuentra bien, aunque bastante nerviosa.

Nicholas centró la mirada en Cintya que los observaba con temor, como si estuviese a punto de echar a correr.

—Me llamo Nicholas —dijo dando unos pasos hacia ella, aunque se detuvo cuando vio que ella retrocedía asustada—. ¿Eres Cintya?

Tragó saliva y miró a cada uno de esos cuatro chicos. El que la había salvado aún permanecía más cerca que los otros, pero volcó su atención en Nicholas.

—Sí —susurró al fin dando otro paso hacia atrás.

—Venimos a protegerte —respondió rápidamente intentando que se calmase.

Ella negó mientras recorría a todos con la mirada.

—¿A protegerme? —preguntó temerosa. Luego centró su mirada en Scott de nuevo—. ¿Quién os ha enviado? —volvió a preguntar con un tono de voz más agresivo.

Scott dio un paso hacia ella.

—No nos envía nadie, ya te lo he dicho.

—¿Y cómo me han encontrado? —gritó ella.

Todos se quedaron observándola. La chica estaba realmente asustada, temblorosa.

—Escucha... —dijo Nicholas en un tono suave—. Estamos intentando detener todo esto...

—¿Detener? —preguntó como si no lo comprendiese.

—Las catástrofes, las está provocando un ser que conjuraron.

—Eso ya lo sé.

—Tenemos una amiga a la que queremos como nuestra hermana. Se llama Samantha, era compañera tuya en el Pentágono.

Cintya tragó saliva y agachó su rostro internándose en sus pensamientos. La recordaba, Samantha era la única amiga que había tenido durante su instrucción.

—Nos ha dicho que eres un oráculo —explicó esta vez Scott acercándose un poco más—. Comenzamos a investigar y vimos que el resto de oráculos...

—Están muertos —susurró ella, esta vez destrozada. Alzó la mirada hacia él con los labios apretados, como si la rabia le consumiese—. Todos han muerto.

Scott tragó saliva y dio unos pasos más hacia ella brindándole su mano.

—Venimos a protegerte. No permitiremos que te hagan daño. —Ella dio un paso más hacia atrás pero finalmente se quedó quieta mientras Scott se colocaba ante ella—. Te lo prometo —susurró—. Pero debes confiar en nosotros.

Los tres compañeros observaban mientras miraban de vez en cuando hacia los lados asegurándose de que nadie se aproximaba.

—No te conozco de nada —gimió ella.

Él ladeó su rostro y tendió su mano mientras le brindaba una sonrisa tierna.

—Me llamo Scott. Soy cazador.

Ella tragó saliva y miró su mano aún con algo de temor. Finalmente asintió y la colocó sobre la suya, aún temblorosa.

—Cintya. Soy un oráculo.

Él asintió mientras sujetaba con fuerza su mano.

—Tenemos que irnos —interrumpió Nicholas acercándose—. Puede que vengan más. Hay que alejarse de aquí.

Scott asintió y volvió a mirar a Cintya mientras aún mantenía su mano sujeta.

—Vamos —dijo.

Cintya parecía más relajada cuando tiró de ella para que comenzase a

caminar y la soltó finalmente, aunque a Cintya le sorprendió cuando cogió una daga mientras mantenía una actitud vigilante, como si estuviese preparado para una emboscada en cualquier momento.

—Dean —Le llamó Nicholas—. Avisa a Adrien de que la tenemos. Volvemos a casa.

Dean iba a coger su teléfono móvil cuando el grito de ella les hizo volver su rostro hacia atrás y adoptar una postura defensiva.

—¡No! —gritó Cintya. Se dirigió directamente Dean, caminando hacia él con urgencia—. No uses el teléfono. ¿Estás loco?

Dean la miró extrañado y volvió su atención hacia Nicholas como si no comprendiese nada.

—Pueden rastrear vuestra señal —explicó ella.

—Tiene una línea protegida —aclaró Scott.

—Eso da igual —prosiguió Cintya—. ¿Es que no lo entendéis? —preguntó totalmente atónita—. Los vampiros no tienen los instrumentos suficientes para saber mi ubicación, ni la de mis compañeros muertos. Alguien les ha estado informado desde dentro, siguiéndonos la pista.

Nicholas dio un paso adelante mientras evaluaba las palabras de ella. Miró directamente a Dean.

—No llames —ordenó directamente.

Scott se acercó colocándose al lado de Cintya.

Tenía razón. Ya lo habían pensado. Si bien los vampiros no tenían los instrumentos necesarios para poder localizar a una persona vía satélite o mediante la red, si tenían un olfato muy desarrollado. Podían encontrar a cualquier persona en el mundo tan solo con absorber su aroma. Seguirían su olor hasta encontrarla. Aquella era la forma en la que los vampiros elegían sus víctimas. Entendían que debían haber encontrado su aroma y haberlos seguido, pero lo que Cintya decía tenía más sentido.

—¿Sugieres que alguien del Pentágono está informando a los vampiros? —preguntó Christopher acercándose.

—No lo sugiero. Lo sé —afirmó ella.

Los cuatro se miraron de reojo ante aquella afirmación.

—¿Quién?

Ella negó con su rostro.

—No lo sé —gimió—, pero, ¿cómo si no iban a encontrar a Abraham? ¿A Brigitte?

Nicholas suspiró y miró a sus compañeros.

—Está bien —pronunció mientras sacaba su móvil de su bolsillo—, aunque si eso es así, ya saben que estamos aquí. —Marcó el número de teléfono de Adrien directamente. Cintya resopló al verle hacer eso.

—Hola —contestó Adrien al otro lado de la línea.

—Escucha atentamente. La tenemos, pero durante unos días estaremos incomunicados.

—¿Qué? —preguntó Adrien—. ¿Incomunicados? ¿Ocurre algo?

—Te lo explicaré cuando llegemos a casa —respondió mirando a Cintya que en ese momento lo fusilaba con la mirada.

—¿Pero estáis bien? —preguntó nervioso.

—Sí, todos bien, pero no llames a estos móviles. Los vamos a destruir.

—¿Pero qué pasa?

—No os preocupéis. Tengo que dejarte.

Escuchó el suspiro de Adrien al otro lado de la línea.

—Está bien. Tened cuidado.

—Siempre lo tenemos.

Dicho esto colgó. Se quedó contemplando su móvil intrigado.

—Será mejor no exponerse. Por si acaso... —Lo lanzó al suelo con fuerza y le dio un pisotón.

Todos asintieron mientras extraían sus móviles y los estrellaban contra el suelo, pisándolos con fuerza y convirtiéndolos en añicos.

—Los relojes también tienen datos —recordó Scott quitándose el suyo de

la muñeca.

Todos lo imitaron mientras Cintya cerraba los ojos agradecida. De aquella forma sería mucho más difícil localizarlos. Sabía que usarían líneas cifradas, pero si el Pentágono estaba detrás de aquellas muertes, era mucho mejor destruir cualquier objeto que les pudiese dar una pista de donde encontrarlos.

—Listo —dijo Nicholas—. Aunque no me gusta nada andar a ciegas —dijo mientras retomaba la marcha—. Esa es la única forma que tenemos que prevenir el ataque de un vampiro.

Cintya igualó su paso mientras Scott se ponía a su lado, aún con la daga en la mano.

—Gracias y... no es la única forma. —Aquel comentario se llevó la mirada inquieta de todos—. ¿Adónde vamos?

—A Banff —explicó Nicholas.

Ella se detuvo.

—¿A Canadá?

Todos se detuvieron rodeándola.

—Tenemos nuestra casa allí. Estarás bien.

—La casa está brindada. No pondrán entrar los vampiros —explicó Dean.

Aquello pareció tranquilizar a Cintya, aunque luego resopló.

—Está muy lejos.

Nicholas suspiró y les indicó que siguieran andando.

—Sí, bastante —dijo retomando la marcha—, y como no podemos usar ningún teléfono ni tarjeta de crédito y no podemos comprar ningún billete de avión... —Miró a sus compañeros y chasqueó la lengua—, tendremos que ir en coche.

Scott miró directamente a Dean.

—Te toca conducir, ¿verdad?

Dean arqueó una ceja hacia su compañero, aunque luego se fijó en que Cintya los observaba. Volvió la mirada hacia Scott y sonrió como si no creyese sus palabras.

—Claro, Scott, ya conduzco yo —rio.

—Bien —respondió mientras miraba de reojo a Cintya. Era realmente hermosa, y el momento en el que había tomado su mano intentando calmarla le había puesto la piel de gallina. Tenía la piel más suave que jamás había tocado.

—¿Podemos pasar un momento por el hotel? He olvidado mi mochila cuando huía de los vampiros...

—Y de nosotros —Le recordó Scott, lo cual hizo que ella le echase una mirada mosqueada.

—Christopher, pásate por el hotel y cógela. Nos vemos en el todoterreno.

Tal y como dijo aquello Christopher desapareció de la mirada de todos.

5

Drake avanzó por el edificio a paso apresurado, rugiendo, con los puños apretados. Aquel idiota al que le había encomendado la misión había fallado y, ahora, debería rendir cuentas ante Mabus.

Bajó los escalones que lo llevaban hasta el subterráneo de aquel edificio totalmente en ruinas, devastado por la catástrofe natural, mientras se cruzaba con todos los vampiros que permanecían en la escalera custodiando.

Iluminada por la luz de las velas, la estancia que aparecía ante él era enorme. No estaba arreglada, no era lujosa, simplemente una enorme silla y una mesa donde en esos momentos Mabus comía deliciosos manjares. La música clásica lo acompañaba, incluso parecía deleitarse con ella.

Varios vampiros se encontraban distribuidos por aquel enorme subterráneo, custodiando la salida y la entrada de este.

Mabus ni siquiera alzó la mirada cuando Drake se acercó.

Iba a hablar cuando este lo detuvo con la mano, sin siquiera mirarlo.

—No estropees el momento —susurró mientras cerraba los ojos y se apoyaba contra el respaldo de su asiento, escuchando la música tocada a violín y una orquesta.

Drake miró de un lado a otro sin saber cómo actuar, nervioso. Se fijó en el rostro de su señor, su cabello corto y castaño claro, sus ojos cerrados y las facciones relajadas.

—Serenade de Franz Schubert. —Abrió los ojos muy tranquilo, como si dispusiese de todo el tiempo del mundo. Miró a Drake y se levantó lentamente.

Cogió una copa de vino y dio un sorbo sin apartar la mirada de él—. Gran compositor. —Luego ladeó su cuello hacia un lado—. ¿Sabes que apostó por nuestra causa? —Depositó la copa de vino y comenzó a rodear la mesa acercándose a Drake, el cual estaba cada vez más nervioso. La tranquilidad de su señor sabía que era solo una tapadera. Realmente le temía, era consciente de quién era, de su poder y de lo que había venido a hacer. Pero también era consciente de que al igual que iba a hacer desaparecer el mundo que conocía también podía hacerlo desaparecer a él y a todos los suyos—. Él confiaba en el nuevo orden —pronunció con una sonrisa maligna, colocándose frente a él—. Dime, ¿confías tú?

Drake tragó saliva y asintió rápidamente.

—Entonces... —pronunció mirándolo fijamente, y elevó su tono de voz haciendo que incluso el vampiro diese un paso atrás y que las copas vibrasen—. ¿Por qué no tengo aquí ahora al oráculo? —Escupió de los nervios.

Drake intentó contener su temblor, aunque ni siquiera se atrevió a elevar la mirada hacia él.

—Lo siento, le encomendé a...

—¿Qué lo sientes? —preguntó furioso—. Solo te he pedido una cosa. —Le señaló con el dedo—. Una. —Gritó. Se acercó a él a un palmo de su rostro—. Acabar con los cuatro oráculos y traerme a la quinta, a Cintya. —Se puso erguido y se colocó correctamente la camisa blanca que llevaba, como si no le hubiese gustado perder la compostura—. Dime, ¿por qué no está aquí?

Drake seguía con su rostro hacia abajo. Tragó saliva y elevó levemente la mirada.

—Los cazadores —susurró.

Mabus ladeó su rostro observando al vampiro.

—¿Los cazadores? —preguntó acercándose de nuevo a él.

—Sí, señor, aparecieron ahí. Se la llevaron.

Mabus comenzó a reír ante lo que le explicaba, incrédulo. Miró al vampiro de los pies a la cabeza y una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Bien... —En ese momento la pieza musical acabó, aunque un segundo después comenzó a reiniciarse en bucle. ¿Acaso no se cansaba de escucharla?

—. Interesante —continuó.

Drake suspiró y se armó de valor.

—Le aseguro que no fallaré la próxima vez.

Mabus le dio la espalda y volvió a su asiento, sentándose relajado, como si en ningún momento hubiese perdido la compostura, con unos modales impecables.

Se sentó y colocó la servilleta de tela sobre sus rodillas.

—Por supuesto que no fallarás —pronunció ya sin mirarle. Cogió un plato de carne en salsa y lo colocó ante él. Tomó el cuchillo y el tenedor y cortó un trozo llevandoselo directamente a la boca. Masticó y tragó. Luego volvió a elevar la mirada en su dirección—. Has hecho un buen trabajo hasta ahora y eso te va a salvar —explicó mientras cogía la copa de vino tinto y daba otro sorbo—. Pero soy consciente de tus limitaciones. —Drake ladeó su rostro como si no comprendiese. Mabus lo miró y arqueó sus dos cejas, luego lo señaló—. El sol. —Luego rio—. Un rayo de esa preciada estrella y te convertirás el polvo y... ninguno de los dos quiere que eso ocurra, ¿verdad? —preguntó con una ligera amenaza.

Drake negó rápidamente.

—No, señor.

Se apoyó de nuevo contra el respaldo y se quedó observando.

—Contacta con Kenai —ordenó apartando la mirada de él.

El vampiro lo miró fijamente y esta vez, pese a que estaba asustado, notó como la ira le consumía. Dio un paso adelante, con los músculos tensos.

—¿Con Kenai? —pregunto con un grito.

Mabus parpadeó varias veces mientras mantenía toda su atención en el plato que comía. Ni siquiera se inmutó por el grito, solo elevó la mirada de nuevo hacia él.

—¿Voy a tener que repetírtelo? —preguntó amenazante.

El vampiro parecía enfadado.

—Es el líder de los lobos de Alaska —continuó Drake con un tono de voz elevado.

Mabus mantuvo la compostura.

—Sí, y por lo tanto no se convierte en ceniza cuando el sol roza su piel, ¿lo entiendes? —Le retó.

—Los lobos nunca han sido mis...

Mabus se levantó haciendo que la silla saliese disparada hacia atrás, con las manos convertidas en puños, alterado porque el vampiro no obedeciese a la primera.

—¡No me importa lo que los lobos representen para ti! —pronunció rechinando de dientes—. Lo que me importa es que ellos pueden ayudarme. —Avanzó hacia él de nuevo con paso lento hasta colocarse en frente.

Drake volvió a agachar su rostro, consciente de que se había excedido, de que en esos momentos su vida pendía de un hilo.

—Verás Drake... ten una cosa en cuenta —susurró en un tono amenazante bajando su rostro hacia él—. Tú, eres prescindible. La única razón por la que te mantengo con vida es porque eres un buen líder y cumples mis órdenes. —Ladeó su rostro hacia él con la mirada fija—. Pero si eso va a cambiar, no tengo más que chasquear los dedos y desaparecerás. Y créeme... —susurró acercándose más, colocándose a unos centímetros de su rostro—, la muerte no es bonita —explicó con tono grave—. No estarán tus seres queridos esperándote, ni nubes de algodón, ni arco iris —bromeó, aunque luego adoptó de nuevo una mirada maligna—. Nada, eso es lo que encontrarás. Nada. Vacío. —Se puso erguido totalmente—. Así que si no quieres estar ahí muy pronto. Obedece.

Drake no dijo nada, simplemente asintió. Mabus aún permaneció unos segundos mirándole hasta que asintió también, se dio media vuelta y volvió a su asiento.

Cuando se sentó volvió a colocarse la servilleta sobre las rodillas y cogió su plato. Aunque demostró asombro cuando elevó la mirada y vio a Drake aún ahí.

—¿Qué haces aquí aún? Haz lo que te he ordenado.

Drake volvió a asentir y salió a toda prisa de la alcoba tomando las escaleras que le permitirían ascender a la planta alta. Había faltado poco. No podía exponerse a fallar de nuevo. Obedecería sus órdenes aunque no le

gustasen. Daría con el oráculo y la traería él mismo en persona.

Dean frenó en la intersección mirando de un lado a otro. Acababan de atravesar la ciudad de Las Vegas, dejando atrás toda la luminosidad que desprendía y, en aquellos momentos, se dirigían a la oscuridad del desierto.

Se giró y observó a su jefe.

—Esto no me gusta —susurró.

Nicholas chasqueó la lengua contemplando la oscuridad que reinaba por delante de ellos. Se giró hacia atrás observando a Cintya y Scott que iban justo detrás de él y en el asiento trasero Christopher. Miró fijamente a este último.

—¿Cuántas linternas solares llevamos?

Christopher movió las cajas y abrió las que las contenían.

—Unas diez.

—Y quizá nos iría bien ponernos los uniformes —propuso Dean con la mirada clavada en el horizonte oscuro.

Nicholas miró a Cintya que permanecía callada y suspiró.

—Sí, será lo mejor. No quiero que me pillen en bragas —sonrió hacia sus compañeros, aunque luego moduló la sonrisa cuando Cintya enarcó una ceja en su dirección. Se volvió hacia delante y señaló un punto—. Coloca el todoterreno debajo del puente, nos cambiaremos ahí.

Dean llevó el todoterreno hasta donde su jefe ordenaba mientras Christopher abría otra de las maletas y sacaba uniformes.

—¿Vais a cambiaros de ropa? —preguntó Cintya sorprendida.

Christopher comenzó a pasarlos hacia delante. Scott cogió el que le entregaba y abrió la puerta para salir afuera. No le hubiese importado mucho cambiarse delante de ella, pero el traje era bastante ajustado e iba a ser difícil meterse ahí dentro sin hacer contorsionismo.

Saltó sobre la acera al igual que sus compañeros y se situó delante de la puerta por donde había salido para seguir conversando con Cintya. Ella lo

miró dudosa cuando vio que no cerraba la puerta para tener un poco de intimidad.

—Son nuestros trajes de trabajo —comentó mostrándoselo. Lo dejó en el asiento y se desabrochó la cremallera de los tejanos para sacarse la camiseta—. Nos protegen de los colmillos y las uñas de los vampiros, muy afiladas —remarcó mientras se quitaba la camiseta.

Cintya se removió incómoda al comprender que Scott no se iba a ocultar ni un poco mientras se cambiaba. Se giró levemente mirando por la ventana contraria.

—Son duros... —continuó Scott mientras se sacaba las deportivas—, pero también elásticos...

—Ya, qué bien —respondió ella con la mirada fija en la acera contraria, cruzándose de brazos.

—Lo que nos permite luchar sin ningún problema —acabó diciendo mientras se quitaba los pantalones y los arrojó al asiento. Sonrió al ver el gesto nervioso de ella y en ese momento dio unos pasos para ocultarse, acercándose a sus compañeros que se encontraban a la altura del maletero.

Todos lo miraban con una ceja enarcada y una sonrisa maliciosa. Cogió su uniforme y comenzó a ponérselo.

El primero en acabar de vestirse fue Dean, que guardó la ropa en el maletero.

—Banff debe estar a unas veinte horas de aquí en coche —dijo Cintya desde el interior del todoterreno—. ¿Vamos a ir del tirón?

Scott miró a su jefe mientras chasqueaba la lengua al intentar subirse el uniforme. Nicholas se agachó para abrocharse las botas de trabajo y luego miró al horizonte.

—Puede ser peligroso —comentó Scott abrochándose la cremallera de la espalda. Cogió las botas y comenzó a calzárselas—. Está muy oscuro y no disponemos de radares para vampiros.

—También es peligroso quedarse aquí —contestó Nicholas.

—Ya, pero aquí hay luz —pronunció mientras se ponía firme.

Aquello hizo dudar a Nicholas. Su compañero tenía razón, sumergirse en aquella total oscuridad sin poder obtener pistas de lo que les perseguía o se encontraba por delante era una locura, pero más locura sería quedarse allí, donde habían luchado contra los vampiros y donde habían realizado su última llamada telefónica. Sabía que si comenzaban a buscarlos sería el primer sitio que registrarían.

—¿Cuál es el pueblo más cercano? —preguntó a sus compañeros.

—¿Qué se mantenga en pie? —ironizó Cintya desde dentro del todoterreno que permanecía atenta a todo lo que hablaban—. La mayoría de ciudades han sido destruidas.

Nicholas resopló y fue hacia la puerta abierta para hablar con ella.

—¿Conoces la zona?

Ella hizo un gesto como si no supiese qué responder a aquello.

—Un poco, las cercanías solo —admitió.

—¿Y qué me puedes contar de esas cercanías?

El resto de la división guardó su ropa en el maletero y comenzó a tomar asientos. Scott le indicó con un movimiento de su rostro a que se echase a un lado para sentarse. Cintya se quedó observándolo. Con la ropa que llevaba antes ya había intuido su cuerpo, pero no había sido consciente ni de la mitad. Aquel traje, tal y como le había dicho Scott, se ajustaba perfectamente a su cuerpo, denotando los músculos y dándole un aire peligroso que no había tenido hasta ahora. Se quedó observándolo unos segundos mientras se sentaba a su lado y cerraba la puerta con un portazo.

Todos tomaron las posiciones de antes. No se había dado cuenta de que se había quedado mirando fijamente a Scott hasta que este le sonrió.

—¿Mejor así? —preguntó directamente.

Cintya pestañeó varias veces saliendo de su aturdimiento.

—Bueno, ahora sí que parecéis cazadores —susurró abochornada, pero aquella respuesta no hizo más que incrementar la sonrisa de Scott al ser consciente de la reciente timidez de ella.

Nicholas se sentó en el asiento del copiloto, cerró la puerta y se giró hacia

ella.

—¿Y bien? —preguntó otra vez—. ¿Qué puedes decirme de los alrededores?

Ella intentó centrarse.

—De por sí el desierto ya está bastante despoblado. El poblado más cercano es Moapa Town. Es un pueblo muy pequeño.

—¿A cuánto está? —preguntó Nicholas.

—A menos de una hora.

Aquello no pareció gustarle a Nicholas que negó.

—¿Y luego?

—Sé que hay pequeños poblados, pero nada importante hasta llegar a St. George, en Utah. Está a unas dos horas de aquí.

Scott se acercó al asiento delantero.

—Es mejor no meternos en poblaciones —propuso.

—Pienso lo mismo —afirmó Nicholas, luego miró a Cintya—. ¿Conoces algún hotel de camino?

—Oye, no soy guía turística —respondió impresionada, haciendo que su jefe pestañease diversas veces. Luego resopló—. Sí, sí que hay moteles de carretera.

Nicholas chasqueó la lengua y miró a Dean.

—Ya, bueno... —comentó sentándose correctamente en el asiento—. Tomaremos la I-15 y ya veremos dónde parar cuando nos alejemos un poco. Es mejor estar en un sitio que controlemos y podamos tener vigilado.

—Opino igual —dijo rápidamente Scott—. Además, tengo mucha hambre. No es broma.

—En cuanto paremos comeremos algo —dijo Nicholas indicando a Dean el camino que debía seguir—. Toma el desvío hacia allí.

—Antes has comentado que cuando encontrásemos a Cintya comeríamos algo. ¿Ahora será cuando paremos? —Luego la miró a ella directamente—. Si te hubieses estado quietecita...

—¿Yo? —preguntó sorprendida—. Quizá si tú no hubieses tenido una actitud de ligón en la barra y me hubieses dicho...

—¿Ligón? —preguntó sorprendido. Miró a Christopher un segundo que lo observaba confundido por lo que decía—. Fíjate, ahora ser amable es ser un ligón. Por cierto, me debes veinte dólares —Le recordó—. Y me has servido ron en vez de Whisky tal y como te había pedido.

—Perdona... ¿desde cuándo la palabra muñeca entra dentro de la amabilidad?

Scott apretó los labios. En ese momento Nicholas bajó la visera para observar a través del reflejo sin girarse, como si le hiciese gracia la conversación.

—¿Y es ser amable correr detrás de ti para salvarte la vida?

Esta vez fue ella la que apretó los labios. Se giró directamente hacia Nicholas que observó su reflejo.

—¿Es siempre así? ¿O es por qué tiene hambre? —preguntó hacia él. Nicholas se encogió de hombros con una sonrisa, como si no se quisiese meter en la conversación—. Oye, yo no tengo la culpa de que unos vampiros me persigan...

En ese momento Nicholas se giró.

—Por cierto —interrumpió haciendo que Scott cerrase la boca—, antes has dicho que los GPS no son la única forma de localizar a los vampiros.

—Sí, eso he dicho —comentó aún molesta por el comentario de Scott.

—¿Puedes predecir el futuro? —preguntó con más interés.

Ella suspiró y se centró directamente en Nicholas.

—Pregúntame algo.

—¿Voy a comer pronto? —intervino Scott.

—¿A qué te refieres con pronto? —preguntó tirante.

Él le señaló con las manos.

—En la próxima hora.

—No —respondió directamente.

Él enarcó una ceja.

—¿Dos horas? —preguntó esta vez más alarmado.

—No.

Abrió los ojos al máximo.

—¿Tres? —preguntó de los nervios.

—No.

—¿Cuatro?

—Sí, cuatro sí.

Scott resopló.

—Joder —susurró apoyando el codo en la ventana y su frente en la mano.

Nicholas volvió a llamar su atención.

—¿Así es cómo funciona? —preguntó señalándola—. ¿Tienes las respuestas a nuestras preguntas?

Ella ladeó su rostro de un lado a otro no muy segura.

—Más o menos. Sé cosas sencillas... si quiero saber algo más importante debo concentrarme.

Todos la miraron de reojo, incluso Dean la observó a través del retrovisor.

—Bien... —continuó Nicholas—. No sé si lo sabrás, pero una de las razones por las que comenzamos a buscarte fue porque Samantha nos dijo que un oráculo podía ayudarnos a detener todo esto. Que tú podrías saber cómo ponerle fin.

Ella suspiró y se cruzó de brazos. Se quedó callada unos segundos y finalmente asintió.

—Sé que se puede detener —pronunció esta vez en un tono sosegado—, pero no es fácil.

Scott la contempló esta vez con fuerza.

—Debemos intentarlo —pronunció en un tono serio.

Ella asintió mientras se acomodaba en el asiento. Tragó saliva y finalmente

miró a Nicholas.

—Sé que hay un arma que puede acabar con la bestia —susurró.

—¿Un arma? —preguntó Dean interesado.

—Sí, pero no sé qué es.

Scott se acercó un poco más a ella.

—Pero si te concentras, ¿podrías saberlo?

Ella volvió a suspirar y esta vez lo miró de forma tímida.

—Es posible. Lo he hecho pocas veces. Solo estuve dos años en el Pentágono —remarcó.

Nicholas miró a sus compañeros dudoso y luego la contempló a ella.

—Por intentarlo no se pierde nada —propuso señalándola.

Ella se mordió el labio y asintió. Todos la contemplaron fijamente durante unos segundos hasta que ella los miró como si no comprendiese el hecho que se mantuviesen en silencio y la observasen como esperando algo.

—¿Ahora? —preguntó sorprendida.

—¿Y por qué no? —preguntó Christopher desde atrás.

—Necesito concentrarme —Les recordó ella—. Y un todoterreno en movimiento no me va muy bien para pillar las ondas... —Luego lo miró más tímida—. Además, hay cierta información que es difícil conseguir.

—¿A qué te refieres? —preguntó Scott.

Ella se giró hacia él.

—La información circula por el espacio, hay que saber encontrarla. —Luego medio sonrió, hecho que descolocó bastante a Scott, tenía una sonrisa bastante tierna—. ¿Habéis oído hablar de las capas de internet? —preguntó, aunque no espero respuesta—. En internet se mueve mucha información, alguna está oculta y solo los hackers pueden acceder a ella. A eso me refiero.

—¿Y tú puedes? ¿Eres como una hacker? —preguntó Dean intrigado.

Ella se encogió de hombros.

—Supongo —respondió en un susurro—. Pero es difícil. No es fácil

acceder a alguna información, incluso puede ser peligroso.

—¿En qué sentido? —preguntó esta vez Scott.

—Puedes perderte —dijo ella con cierto dolor—. Tienes que liberar la mente y luego saber el camino de vuelta.

Scott la miró intrigado pero asintió aunque no comprendía muy bien lo que decía.

—Debemos intentarlo, Cintya —susurró Nicholas antes de girarse de nuevo en su asiento.

Ella se mojó los labios y asintió mientras se hacía más pequeña en el asiento. Scott se quedó observándola, parecía preocupada, incluso pudo ver como tragaba saliva nerviosa mientras giraba su rostro hacia la ventana.

Se fijó en que Christopher accedía al maletero desde el asiento trasero para abrir las cajas y preparar las armas por si era necesario, pues en ese momento reinaba la total oscuridad en la carretera.

Dean permanecía concentrado en la carretera y Nicholas observaba con atención por las ventanas, controlando la situación.

—¿Cómo vamos de gasolina? —preguntó a su compañero.

—Queda un poco más de medio depósito —aclaró.

Scott no apartó la mirada de ella ni un segundo, comprobando que realmente parecía asustada por lo que le pedían. Contempló de nuevo a sus compañeros, ocupados con sus cosas y se acercó un poco a Cintya arrastrándose sobre el asiento. Ella lo miró de reojo pero no dijo nada.

—Eh —susurró de forma delicada para llamar su atención. Ella se giró con la mirada un poco perdida—. ¿Te preocupa algo? ¿Hay algo que debemos saber? —preguntó. Ella lo observó durante unos segundos. Esta vez hablaba con un tono de voz suave, cómo si hubiese sido consciente de su preocupación. Se fijó en que la observaba con detenimiento, como si intentase averiguar qué es lo que pensaba. Lo cierto es que aquellos ojos verdes eran lo más hermosos que había visto nunca—. ¿Es por lo de concentrarte?

Ella tragó saliva y apartó la mirada de él. Se mordió el labio y afirmó levemente. Se quedó contemplando la oscuridad del desierto y luego elevó la mirada hacia el cielo, donde millones de estrellas lucían en medio de la noche.

Se giró otra vez hacia él y lo miró directamente, aunque algo cortada, pues podía notar incluso el calor que desprendía el cuerpo de Scott por su proximidad.

—El problema es que... —dijo en un susurró, como si solo quisiese hacer esa confidencia con él—, cuando accedes a ese tipo de información debes abrir una puerta.

—¿Y? —preguntó intentando que siguiese hablando.

Ella lo contempló con una mirada atemorizada.

—Pues que nunca sabes quién puede estar tras esa puerta ni paseando por ahí —acabó diciendo—. Pueden atraparte.

Él la miró fijamente y esta vez le sonrió intentando tranquilizarla. Estuvo tentado de cogerle de la mano como había hecho con anterioridad pero se contuvo.

—No dejaremos que te atrapen —pronunció con seguridad.

Ella le devolvió la sonrisa aunque fue bastante amarga.

—A dónde voy yo tú no puedes seguirme —susurró.

6

Era más de la una de la madrugada cuando detuvieron el todoterreno frente a un motel de carretera. Era un complejo formado por habitaciones en forma de pequeñas casitas, todas frente a descampado de tierra al que se accedía tras tomar el desvío desde la autopista.

Todos miraron por la ventana y fue Nicholas quién se giró para mirar a Cintya.

—¿Hay vampiros por la zona?

—No —respondió directamente.

Aquella respuesta los relajó a todos, que habían estado en tensión hasta ese momento.

—Bien, ¿con cuánto dinero en efectivo contamos? —preguntó Dean mientras se giraba también hacia sus compañeros y Christopher le pasaba la cartera que había dejado en sus tejanos.

Todos abrieron sus carteras y Nicholas fue el primero en mostrar el efectivo que llevaba.

—Setenta dólares —dijo dejándolo en el salpicadero.

—Cincuenta —dijo Dean.

—Toma —dijo Christopher pasando por encima de ellos—. Sesenta.

Scott resopló y tendió un billete hacia ellos.

—Veinte. —Y luego la miró a ella enarcado una ceja la cual sonrió de una

forma tirante.

Nicholas cogió todo el dinero y lo contó.

—Disponemos de doscientos dólares. Y tenemos que llenar el depósito de gasolina —pronunció molesto—. Cogemos una habitación y descansaremos un poco, así podrás concentrarte y...

—¿Una? —preguntó sorprendida. Los miró a todos enarcando una ceja. Cogió su mochila y la abrió, luego sacó un sobre—. Que sean dos habitaciones —Y les mostró un fajo de billetes.

—Ja —dijo Scott divertido.

—¿Cuánto tienes? —preguntó Christopher.

—Unos quinientos y algo.

—¿Nos los prestas? —preguntó Nicholas—. Te los devolveremos.

Ella lo miró divertida.

—No tenéis que devolverme nada, me habéis salvado la vida.

Scott miró hacia delante, apoyándose en el asiento de su jefe, observando a través de la luna.

—¿Tendrán habitaciones?

Todos se volvieron hacia Cintya la cual los miraba cada vez más sorprendida. Resopló y cogió el dinero que tenía Nicholas en la mano.

—Sí, sí que tienen, y sí, ya voy yo también. Solo falta que os vean así vestidos.

Todos sonrieron mientras ella salía del todoterreno y se dirigía a la caseta iluminada donde debía estar la recepción.

Dean se giró hacia Scott que la observaba alejarse.

—Es mona.

—Sí, sí que lo es —respondió—. Y me debe veinte dólares... —continuó en tono divertido a lo que Dean resopló.

—Joder, tío.

—Centrémonos —dijo Nicholas llamando su atención—. Si Cintya va a

concentrarse necesitamos saber qué preguntas hacerle.

—La cosa está clara —comentó Christopher apoyándose en el asiento—. Hay que preguntarle por ese arma que sirve para destruir a la bestia, qué es y dónde encontrarla.

—También está el tema de Babel —recordó Dean—. Abraham lo había escrito.

—Eso puede ser importante —pronunció Nicholas pensativo—. Quizá quiera decirnos algo, al fin y al cabo, todos... —Y miró a Scott guiñándole el ojo—, ya sabemos lo que significó en la antigüedad.

—También deberíamos saber contra quién estamos luchando —propuso Scott en un tono más serio—. Y lo del topo del Pentágono que ha insinuado ella.

—Buena idea —Le señaló Nicholas.

Christopher suspiró.

—Eso no me gusta, pero ella tiene razón. Alguien ha debido informar a los vampiros de dónde se encontraban los oráculos.

—Quizá tengan una vidente —propuso Dean.

—Venga, Dean... —Se mofó Scott—. ¿Cómo van a tener una vidente? Se la hubiesen zampado. —Todos hicieron una mueca de desagrado ante aquello—. Yo creo que ella tiene razón. Pensad... los oráculos se han estado escondiendo por todo el mundo. Nosotros logramos localizarlos pero tarde. Alguien se nos ha adelantado, alguien que tiene más instrumentos de búsqueda que nosotros. Y yo solo conozco El Pentágono.

Nicholas suspiró y asintió.

—No me gusta nada.

—Ni a ti ni a ninguno de nosotros —continuó Scott—. Si eso es cierto alguien está ayudando a la bestia, alguien de los nuestros. —Se giró cuando vio que Cintya salía de la recepción con dos llaves en la mano—. Ya viene —avisó al resto.

Dean que aún seguía en el asiento del conductor abrió la puerta para hablar con ella.

—Ya está —pronunció sonriente Cintya—. Una habitación cuádruple para los chicos que se han fugado del rodaje de underworld y una sencilla para mí.

Aquel comentario hizo que todos sonriesen.

—Gracias —dijo Dean cogiendo una llave.

—Bien, Christopher —dijo Nicholas girándose—, pásanos las camisas. Dejaremos las armas en nuestra habitación.

Tras llevar las cuatro maletas a la habitación y darse una ducha Scott se puso firme mientras miraba a sus compañeros.

Nicholas se había quitado el uniforme y se había vestido con ropa normal y Christopher paseaba medio desnudo por la habitación.

—Desde luego, menos mal que Cintya se ha cogido otra habitación —susurró mientras se ponía la camisa blanca y los pantalones.

Nicholas cogió el mando de la televisión y la encendió mientras se sentaba en una de las camas.

La habitación era pequeña, pero al menos podrían descansar un par de horas y relajarse, sobre todo sabiendo que no había vampiros cerca.

El hotel se notaba bastante viejo, de hecho, cuando Christopher se sentó sobre otra de las camas esta crujió llamando la atención de todos.

Scott resopló mientras se situaba frente a la cama de Dean al lado de la puerta. La habitación era muy básica, dos camas enfrente a otras dos. Un pequeño mueble en donde se sostenía una televisión pequeña y un aseo con una bañera y una cortina que amenazaba con caerse a la que se le diese un tirón.

Dean salió del aseo pasándose la toalla sobre su cabello rubio mojado y se quedó contemplando la televisión.

—Joder —susurró dando un paso para acercarse.

En ese momento Scott torció su rostro hacia la pantalla. Las imágenes de los bosques ardiendo en Sudamérica, concretamente en el Amazonas, los dejaron consternados.

—Dale volumen —pidió Scott.

—*“La selva amazónica lleva más de dieciocho horas ardiendo. Muchos*

de los testigos aseguran que el incendio fue provocado por la caída de un rayo. Los vientos que asolan la zona están favoreciendo que las llamas recorran rápidamente una de las séptimas maravillas del mundo... —Scott suspiró y se cruzó de brazos—. El incendio ya ha devastado la parte de selva de Brasil, Perú y Bolivia. Los bomberos intentan desesperadamente contener el incendio y que no se extienda a los países de Ecuador, Colombia, Venezuela y Guyana. Las Naciones Unidas han enviado un refuerzo de quince hidroaviones que luchan sin descanso para sofocar las llamas que no dejan de avanzar...

Nicholas apagó la televisión. Ninguno se quejó. Todos permanecían pensativos. Aquello iba de mal en peor, y sabían que no se detendría.

—Será mejor que avisemos a Cintya —susurró Nicholas consternado por las imágenes.

—Voy yo —pronunció Scott mientras se giraba hacia la puerta y abría sin esperar respuesta por parte de sus compañeros, aunque antes de cerrar se giró hacia Dean que aún se paseaba con la toalla en la cintura—. Vístete, Dean —ordenó antes de cerrar la puerta.

Fue hasta la habitación de al lado y antes de llamar a la puerta se quedó unos segundos paralizado. Notó cómo su corazón latía con más fuerza. Aquella chica era espectacular, preciosa, y la clave para resolver todo lo que estaba ocurriendo. Normalmente no se sentía tan alterado cuando iba a llamar a una chica, pero con ella era diferente. Cintya tenía algo que la diferenciaba del resto de mujeres que había conocido. Era una superviviente, una mujer fuerte que luchaba por su vida de forma independiente, sin la ayuda de que nadie la protegiese hasta el momento.

Llamó con unos suaves golpes a la puerta y al momento escuchó como una cama crujía. ¿Estaba tumbada?

Tras unos pasos la puerta se abrió, aunque ella se sorprendió al ver a Scott.

—Hola —dijo ella con una sonrisa.

—Hola —respondió él, luego miró hacia la habitación que compartía con sus compañeros—. Nicholas quiere que vengas con nosotros.

Ella ladeó su rostro.

—Nicholas es vuestro jefe, ¿verdad? —pronunció mientras entraba en la habitación para coger las llaves. En ese momento Scott se dio cuenta de que tenía el cabello mojado, debía haberse dado una ducha.

—Sí, es el jefe de nuestra división.

—Lo imaginaba —respondió colocándose a su lado con una sonrisa.

Scott se quedó contemplándola mientras cerraba la puerta, aunque en ese momento detectó que ella tenía una pequeña herida en la mejilla, como un rasguño.

—¿Te hirieron? —preguntó acercándose un poco más a ella. La cogió del brazo y la hizo rodar con delicadeza para observarla mejor.

El corte no era profundo, pero comenzaba a ponerse morado a su alrededor.

Ella apartó la mirada tímida y asintió.

—Sí, uno de los vampiros me golpeó. —Se llevó la mano a la mejilla y acabó sonriendo—. Pero no es nada, ni siquiera me duele ya.

Scott afirmó y suspiró.

—Bien, vamos... —comentó instándole a que le siguiese.

Cuando abrió la puerta lo hizo con cuidado, pues no se fiaba de que Dean aún anduviese desnudo por la habitación, aunque le calmó ver que se encontraba sentado en la cama, totalmente vestido.

Abrió más la puerta y dejó pasar a Cintya.

—Vaya, os habéis quitado todos los disfraces —bromeó ella.

—No son muy cómodos para dormir —bromeó Scott mientras cerraba la puerta.

Nicholas se levantó de la cama y se apoyó contra la pared.

—¿Has visto la televisión? —Le preguntó aún consternado—. La selva amazónica...

—Lo he visto —Le cortó ella con el gesto tenso.

Nicholas suspiró mientras Scott se colocaba al lado de ella.

—Necesitamos que te concentres... —Ella ya afirmaba antes de que él acabase de hablar, como si supiese qué era lo que debía hacer—. Tenemos unas preguntas qué hacerte.

Cintya dio unos pasos hacia delante con la mirada convencida.

—¿Qué necesitáis saber?

Scott volvió a colocarse a su lado.

—Lo primero de todo y más importante es saber cómo matar a la bestia —dijo.

—Se hace llamar Mabus —intervino Dean.

—Has comentado que hay un arma con la que poder derrotarla... —continuó Scott—, necesitamos saber de qué se trata y dónde encontrarla.

—De acuerdo —pronunció Cintya pensativa.

—También nos interesaría saber si es cierto que hay alguien en el Pentágono que le esté pasando información a los vampiros tal y como has dicho —dijo de nuevo Nicholas, aunque ella negó.

—Eso ya lo he intentado pero es información cifrada. —Todos la miraron sin comprender—. Lo cierto es que todo lo referente a este tema está cifrado —susurró para sí misma, aunque cuando elevó la mirada y vio que todos la observaban sin comprender se lo aclaró—. Lo que os he dicho de que hay información que es peligrosa de conseguir, difícil.

Scott se cruzó de brazos y la miró fijamente.

—Diles lo que me has dicho antes en el todoterreno —pronunció con delicadeza señalando a sus compañeros.

Ella se removió incómoda y se mordió el labio.

—Para acceder a esa información debo abrir puertas... —explicó en un tono bajo, pensativa—, y... —luego se encogió de hombros—, no sé quién puede haber tras esa puerta.

—¿Qué significa eso? —preguntó Nicholas más nervioso.

—Que la pueden atrapar o localizar —apuntó Scott con voz grave.

Ella dio un paso adelante.

—Si por alguna casualidad logro acceder a esa información y hay alguien más ahí... podríamos encontrarnos —explicó más seria.

Aquello los dejó aturridos y hubo un silencio durante varios segundos en la habitación.

—Pero no es seguro, ¿verdad? Quizá no haya nadie vigilando... —dijo Christopher.

Ella lo miró con gesto bromista.

—¿Ese tipo de información? Estará vigilada seguro.

—A mí no me preocupa eso —intervino Scott—. Somos cazadores, si nos localizan luchamos. —Luego volvió su mirada hacia ella—. Lo que me preocupa es lo que dices de que pueden atraparte.

Ella lo miró fijamente.

—Hay una forma para hacer que vuelva si me atrapan, pero no os va a gustar.

—¿Cómo? —preguntó Nicholas con una ceja enarcada.

Ella resopló y se removió inquieta.

—Ese lugar es... es como un laberinto —gimió—. Si no recuerdo el camino para volver me puedo quedar ahí atrapada. —Inspiró aire con más fuerza y luego ladeó su rostro—. ¿Cómo haces que una persona reaccione? —preguntó de forma retórica.

—¿Le pegas un puñetazo? —preguntó Scott asustado. Ella se encogió de hombros como si fuese la respuesta—. No, ni hablar —dijo con contundencia dando un paso hacia atrás.

—No hace falta que sea un puñetazo —explicó ella—. Pero cualquier cosa que me haga reaccionar. —Miró alrededor y se fijó en que una de las cajas que contenían armas estaba abierta, como si estuviesen preparados para actuar en cualquier momento. Se acercó a ella y cogió una daga, la observó y luego miró a Nicholas—. Con esto servirá.

Todos la miraban con ojos como platos.

—¿Qué... que se supone que debemos hacer con eso? —preguntó Nicholas incluso con voz temblorosa.

—Un simple pinchazo y me hará ser consciente de mi cuerpo, podré volver si me pierdo... o escapar —aclaró.

Todos se miraron entre ellos como si no estuviesen muy seguros.

—No hace falta que lo clavéis... supongo que un puñetazo también serviría —acabó mirando a Scott con aire cómico—. Simplemente tenéis que hacerme reaccionar si no vuelvo.

—Está bien —susurró Nicholas de brazos cruzados aunque no muy seguro de lo que explicaba ella—. ¿Necesitas algo más?

—Hielo —respondió ella.

—¿Hielo? —preguntó Christopher levantándose de la cama.

—Necesito bajar la temperatura corporal.

—¿Cuánto? —preguntó Scott que permanecía un poco alterado.

—Por debajo de treinta y tres grados.

—Eso es una hipotermia moderada —aclaró él.

—Ya lo sé —respondió ella directamente. Miró al equipo y se cruzó de brazos, como si él no obtener una contestación la pusiese nerviosa—. ¿Queréis respuestas o no? —preguntó a la defensiva mientras extendía los brazos hacia ellos.

Scott miró directamente a su jefe. No le gustaba la idea, al igual que al resto, pero todos sabían que era más que necesario correr el riesgo.

—De acuerdo —pronunció Nicholas lentamente. Dio unos pasos al frente y ladeó su rostro—. Hay otra cosa más. —Se cruzó de brazos y la miró fijamente—. En la cabaña donde encontramos a Abraham... —Todos observaron cómo ella se removía inquieta al escuchar ese nombre—, encontramos una palabra que quizá pueda significar algo: Babel.

Ella pestañeó varias veces y los miró a todos sin comprender.

—¿Dónde visteis esa palabra?

—Estaba escrita en un poster con la fotografía de un husky siberiano. Suponemos que la escribió él. Tenía la letra temblorosa —explicó Scott.

—Quizá sea importante —continuó Nicholas.

—Eh, eh... espera —rio esta vez Cintya—. ¿En serio? —resopló haciendo que todos la mirasen sin comprender nada. Se giró hacia ellos y expandió los brazos—. Abraham tenía un perro —explicó boquiabierta—. Un husky, y se llamaba Babel. —Todos estuvieron a punto de caer de culo sobre el suelo en ese momento—. Supongo que se sentiría solo y...

—Misterio resuelto —apuntó Scott con los ojos muy abiertos y una sonrisa de incredulidad.

—Vaya tela, ¿es que acaso no investigáis? —Le preguntó a Nicholas a modo de reprimenda. Todos se removieron cohibidos. Cintya se cruzó de brazos y parpadeó varias veces sorprendida—. Lo que hay que ver... —susurró. Luego adoptó una postura firme—. Está bien —dijo ella más convencida que el resto—. Pues entonces solo queda saber una cosa...— Colocó sus manos en su cintura y ladeó su rostro—, ¿en vuestra habitación o en la mía? —preguntó con una sonrisa y un tono de voz picajoso.

Todos se mantuvieron callados, sorprendidos porque ella usase esa frase con un tono de voz algo morboso.

—¿En la mía? —respondió Scott mirándola fijamente, aunque arqueó una ceja de forma provocativa.

Ella se volvió directamente hacia él y asintió.

—De acuerdo. Pues fuera hay un enorme contenedor con hielo —explicó dirigiéndose directamente al aseo.

7

Cintya permanecía en silencio. Sentada en una de las camas, apoyando su espalda contra la pared y las rodillas flexionadas sobre el colchón.

Christopher había reventado el candado del tanque de hielo e iba y venía a la habitación cargando montones de cubitos en un cubo que iba vertiendo en la bañera.

Dean se encontraba en el aseo ayudando a Christopher cuando traía los cubos y Nicholas y Scott se encontraban revisando las maletas.

Abrió una de ellas y sacó una manta térmica mientras se la mostraba a su jefe. Se giró un momento para observar a Cintya que permanecía con los ojos cerrados, como si estuviese durmiendo, aunque lo más seguro es que estuviese preparándose.

—Esto no me gusta nada —susurró a su jefe, el cual lo miró de reojo.

—A ninguno de nosotros nos gusta —aclaró él—. Pero es la única forma.

Aunque Scott sabía que aquello era cierto la respuesta lo desesperó.

—Es muy peligroso... —continuó.

—Estaremos preparados si nos localizan —respondió señalando las maletas con armas.

Scott se acercó más a él.

—No me refiero a eso. Me refiero a ella.

—¿Y crees que no lo sé? —Le preguntó igual de tirante—. Esto me gusta

tan poco como a ti, ¿pero qué hacemos si no?

Scott apretó los labios mientras observaba de reojo a Cintya tumbada plácidamente sobre la cama.

—Oye —continuó su jefe—, todo saldrá bien, ya verás —pronunció como si así intentase calmarlo.

Scott tragó saliva. Aunque no pasó desapercibido para él el gesto de su compañero.

Puso una mano en su hombro y esta vez uso un tono de voz más amistoso.

—Tranquilo, luego podrás pedirle los veinte dólares. —Scott gruñó ante su comentario insinuante y apartó la mano de su jefe de su hombro—. Venga, va... tranquilízate —pronunció en un tono más sosegado. Torció su rostro y miró a Cintya durante unos segundos, luego volvió a prestar atención a su compañero que aún permanecía con la mirada clavada en ella—. Sabe lo que hace, Scott.

Scott suspiró y miró a su jefe.

—En el todoterreno parecía asustada —admitió.

Nicholas iba a hablar cuando Christopher apareció en la habitación con el cubo lleno de hielo y cerró la puerta con un golpe del pie.

—Con este ya estará lista la bañera —explicó mientras avanzaba hacia el aseo y Dean cogía el cubo.

Scott volvió la mirada hacia ella pero Cintya ya había abiertos los ojos. Escucharon como vertía el hielo y luego tanto Dean como Christopher salieron del aseo para mirarla a ella también.

—Está listo —pronunció Nicholas dando un paso hacia ella.

Cintya respiró profundamente y bajó de la cama.

—De acuerdo —dijo convencida—. Vamos allá.

Tanto Dean como Christopher se apartaron para dejarle paso mientras sus otros dos compañeros se acercaban también al aseo.

Se detuvo bajo el marco de la puerta. Habían puesto varias toallas por el suelo, incluso habían varias mantas térmicas dobladas con cuidado sobre el retrete.

Suspiró y entró observando la bañera llena de hielo hasta arriba.

Miró de reojo a los cuatro que permanecían bajo el marco de la puerta y finalmente comenzó a quitarse la camiseta.

—Está bien —pronunció levantándose.

—Oye, quieres... ¿quieres que te dejemos a solas? —preguntó Dean.

Ella giró su rostro para observarlos.

—No, no... quedaros, por favor —pronunció volviendo su atención a la bañera.

Todos volvieron su rostro en dirección contraria cuando comenzó a bajarse los pantalones dándole un poco de intimidación. Incluso Scott, bastante nervioso, se cruzó de brazos y observó hacia la pared contraria.

Cintya acabó de quitarse los pantalones quedándose en ropa interior y se giró de nuevo, aunque se sorprendió cuando vio que todos permanecían mirando hacia otro lado.

Se mordió el labio y se colocó ante la bañera. Aquello no le gustaba nada. Solo lo había intentado una vez, en su instrucción en el Pentágono, y se había prometido a sí misma que jamás volvería a ese lugar, pero ahora las circunstancias eran totalmente distintas. Debía hacerlo, ya no solo por ella, si no por el mundo entero.

—Está bien, al ataque —susurró intentando infundirse el valor suficiente para introducirse en aquella bañera. Introdujo el primer pie y no pudo contenerse—. Oh... ¡Joddeeeerrrrrr! —gritó.

Al momento todos se volvieron asustados, observando cómo introducía el pie y resoplaba.

Scott apartó a Christopher y se introdujo en el aseo cogiéndola del brazo directamente. Cintya se sorprendió, pero la verdad es que le fue bien que le sujetase para mantener el equilibrio.

Acabó de introducir el segundo pie y volvió a gritar.

—¡Mierda! ¿Quién me mandaría a mí ser un oráculo? ¡Joder! —Todos se removieron inquietos por lo que decía. Scott la sujetaba del brazo mientras ella removía los pies en el hielo que comenzaba a desintegrarse

convirtiéndose en agua helada. Miró a Scott con los dientes apretados—. Perdón... Es que está helada —Se disculpó como si recuperase la compostura.

—Lo imagino —Le sonrió de una forma nerviosa—. Grita y di lo que quieras.

Aquel comentario le hizo gracia a ella y sonrió, aunque más bien provocado por los nervios.

—Bien... —dijo mientras hiperventilaba. Tragó saliva y se puso de rodillas directamente sumergiendo su cuerpo hasta el ombligo. Apretó los labios y se contuvo de decir nada más o gritar mientras sus compañeros permanecían en la puerta del aseo, bastante nerviosos. Desde luego, lo que estaba haciendo no era nada agradable de ver.

Cintya se soltó del brazo de Scott y se agarró con fuerza la bañera, haciendo que sus nudillos se pusiesen rojos.

—Ahora viene la parte más difícil —dijo hacia Scott. Él asintió y volvió a cogerla del brazo como si así le pudiese ayudar. Aguantó la respiración y se dejó caer del todo sobre el hielo—. Ohhhhh —dijo al sumergirse—. ¡Por Dios! —gritó aún con la mano de Scott sujetando su brazo.

—Respira tranquila... —intentó calmarla.

—Como si fuese tan fácil —Le reprochó ella—. ¡Métete tú en una bañera con hielo e intenta respirar tranquilo! —gritó de los nervios.

Aquel comentario hizo que Scott sonriese y la miró fijamente a los ojos. Verla así le generó un sentimiento de protección que no había conocido hasta el momento. El verla sufrir, aunque fuese provocado y por una buena causa, hizo que se le comprimiese el pecho.

—Pasará rápido... —pronunció con voz tranquila sin dejar de observarla. Ella tragó saliva y asintió. En ese momento detectó que la mirada de ella era algo asustada, realmente lo que iba a hacer le daba miedo— No me moveré de aquí —susurró mientras ella se soltaba del brazo y lo introducía también en la bañera.

La respiración que era excesivamente rápida comenzó a descender, como si intentase relajarse.

—¿Cómo sabremos si te has perdido? —preguntó Scott—. ¿Si necesitas

nuestra ayuda?

Ella lo miró y esta vez detectó como su piel comenzaba a perder el color, comenzando la hipotermia.

—Cuenta treinta segundos.

—¿Treinta segundos? ¿Desde cuándo? —preguntó acelerado.

—Ya lo sabrás.

Nicholas entró en el baño colocándose al lado de Scott observando a Cintya preocupado.

—¿Tendrás tiempo suficiente con treinta segundos?

Ella lo miró directamente a él.

—El tiempo no se mide aquí igual que allí. Aquí serán treinta... —tuvo que parar pues su voz comenzaba a temblar. Apretó los labios, suspiró y volvió a mirarlo—, treinta segundos. Allí... serán... horas.

Scott miró a su jefe preocupado y, sin poder evitarlo, hundió la mano en la bañera para coger la de Cintya pero ella la apartó.

—No —susurró—. No me toques.

Scott sacó la mano excesivamente rápido y la miró con angustia. No comprendía cómo podía aguantar allí dentro, se le había quedado la mano prácticamente helada en solo un segundo.

Pudo observar como ella cerraba los ojos, aunque de una forma lenta, como si perdiese casi la consciencia.

—¿Cintya? —preguntó él preocupado.

Ella no respondió. Se puso en pie nervioso mientras Dean y Christopher también entraban acelerados en el aseo.

En ese momento, el cuerpo hundido de ella comenzó a flotar, como si estuviese muerto.

—¿Es la señal? —preguntó Nicholas acelerado.

Scott miró directamente a Dean que estaba más cerca de la puerta y rugió.

—¡Cuenta treinta segundos!

Dean se asomó con un movimiento rápido a la habitación y cogió el pequeño despertador que había al lado de la televisión fijándose en qué punto estaba el segundero.

Apareció de nuevo en el aseo con el reloj y miró a Scott.

—Cinco segundos —Le indicó.

Scott asintió y volvió a mirar a Cintya. Jamás se había sentido tan nervioso como en aquel momento. Su cuerpo flotaba sobre ese mar de hielo, con su piel totalmente blanquecina. Su rostro no denotaba ni dolor ni sufrimiento. Nada, no expresaba nada.

Tuvo que apartar la mirada del cuerpo de ella, pues comenzaba a ponerse excesivamente nervioso. ¿Estaría bien? ¿Lo habría conseguido? ¿Ya estaría allí?

—Quince segundos —dijo Christopher.

Solo esperaba que lo que ella estaba haciendo sirviese de algo, que el sufrimiento que tenía que padecer no fuese en vano.

En ese momento todos volvieron su atención hacia ella cuando hizo un movimiento brusco en el agua.

—¿Qué pasa? —preguntó Dean.

—No... no lo sé... —gimió Scott—. Christopher, tiempo.

—Quedan diez segundos —respondió.

Cintya volvió a hacer otro movimiento agitándose en el agua.

—Joder... ¿eso es normal? —preguntó Christopher atemorizado.

Scott se removió inquieto y se pasó la mano por el cabello de los nervios.

Giró su rostro y miró directamente las mantas térmicas. Estuvo tentado de sacarla cuando otro movimiento la sacudió pero Nicholas lo sujetó por el brazo impidiéndole que lo hiciese.

—¡Puede que esté sufriendo una parada cardíaca! —gritó él hacia su jefe—. ¡Se está congelando!

—Quedan cinco segundos —intervino Christopher.

Todos se quedaron mirándola. Cada uno de esos segundos se le hizo

eterno, sin apartar la mirada de ella y con el corazón totalmente compungido.

—Ya, treinta —dijo Christopher.

Todos la miraron esperando a que abriese los ojos pero no lo hizo.

—Joder —susurro Scott—. ¡Cintya! —gritó golpeando su rostro levemente para que volviese en sí, pero no lo hacía. Introdujo sus brazos en la bañera y la extrajo directamente, sin esperar un segundo más—. ¡Las mantas! —gritó a sus compañeros.

Dean se movió rápidamente colocando una de ellas en el suelo donde Scott la depositó y con otra la cubrieron de inmediato.

—Cintya, eh, eh... —gritó Scott mientras paseaba sus manos sobre la manta intentando infundirle algo de calor—. ¡Vamos! —Se giró hacia su jefe y lo miró de los nervios—. ¡No despierta!

Nicholas desapareció un segundo del aseo y apareció de nuevo con una de las dagas. Scott resopló por lo que su jefe insinuaba, pero si era la única forma de traerla de vuelta con ellos lo haría.

—Lo haré yo —dijo cogiéndole de la mano la daga con urgencia. Destapó su hombro de inmediato y sin pensarlo más colocó la punta de la daga sobre su piel y apretó levemente haciendo un pequeño corte.

La reacción de ella fue inmediata. Abrió los ojos y se incorporó levantando parte de su cuerpo, gritando.

Scott lanzó la daga a un lado y la abrazó de inmediato cubriéndola de nuevo con la manta. Estaba totalmente helada.

—¡Noooo! —gritó ella mientras se retorció.

—Ya está... ya está... —pronunció Scott mientras la abrazaba sin dejar de infundirle calor con sus manos—. Estás aquí.

—No, no, no... —comenzó a llorar desesperada.

—Shhhh... eh, eh... —pronunció incorporándose delante de ella—. Mírame, estás aquí —dijo colocando las palmas de sus manos en sus mejillas, forzándola a que le mirase—. Mírame —Le ordenó—. Cintya... estás aquí.

Ella se quedó observándolo unos segundos, gimió, tragó saliva y miró al resto de los compañeros. Christopher se había arrodillado a sus pies y los

frotaba para hacerlos entrar en calor. Dean permanecía al lado de Scott con gesto preocupado. Nicholas también se encontraba de rodillas al otro lado, colocando correctamente la manta.

Volvió su mirada hacia Scott, a escasos centímetros de ella mientras no dejaba de frotar su espalda y sus brazos haciéndola entrar en calor.

—Estás aquí —volvió a susurrar haciendo que se calmase.

Ella volvió a tragar saliva y apoyó su frente en su hombro mientras un suspiro salía de lo más profundo de su ser.

Scott apretó los dientes al notar su cabello y su frente totalmente congelada contra su hombro, pero lo único que hizo fue apretarla más contra él y aumentar la presión de sus manos sobre ella.

—Dean, busca algo caliente para que tome —Le pidió—. Hay que hacerla entrar en calor de inmediato.

Dean se levantó y salió a toda prisa del aseo mientras ella seguía apoyada contra él, temblando.

Los tres se mantuvieron callados durante unos minutos, mientras ella no dejaba de sollozar y tiritar.

—¿Estás mejor? —preguntó Scott que no dejaba de abrazarla.

Ella asintió pero no dijo nada.

Se miró con su jefe unos segundos, preocupado, y se acercó a ella apoyando su mejilla en su cabeza. Nicholas volvió a mirar sorprendido el gesto de Scott. Ya sabía que la chica le había gustado desde que la había visto en la discoteca, pero Scott no se caracterizaba por ser especialmente cariñoso. Aquel gesto lo dejó un poco confundido pero centró la atención en ella.

—Cintya... ¿lo has logrado? —preguntó con delicadeza.

Ella abrió los ojos y lo miró, aún contra el pecho de Scott.

—Sí —susurró—. Lo sé casi todo —sollozó. Scott bajó la mirada hacia ella intrigado y cuando coincidió con su mirada marrón verdosa encontró verdadero terror.

—¿Qué ocurre? —preguntó Scott.

Ella tragó saliva e hizo un puchero.

—Es... Mabus. —Tembló más al pronunciar su nombre—. No... no es un demonio normal —pronunció con desesperación, sin apartar la mirada de él, a escasos centímetros de sus ojos—. Es la muerte —sentencio—. Es... un jinete.

Todos pusieron su espalda recta y se miraron entre ellos.

—¿Un jinete? —preguntó Christopher.

Ella volvió su rostro hacia él.

—Son cuatro. —Tragó saliva de nuevo y volvió su mirada hacia Scott—. Son los jinetes del apocalipsis.

Cintya volvió a tomar un sorbo del té caliente que le había conseguido Dean y depositó la taza sobre la pequeña mesa. Volvió a taparse con la manta, acurrucándose contra la pared sobre el blando colchón.

—Fue invocado hace varios meses —prosiguió—. Mabus es el cuarto jinete. El anticristo.

Nicholas se levantó desesperado de la cama y paseó nervioso por la habitación.

—¿Y qué puedes decirme de los otros?

—Los otros tres llevan aquí desde los inicios. Jamás se han ido. Aloqua es una mujer, es la muerte. Gergund es el hambre y Eligos es la guerra.

Todos la miraron confundidos, aunque al momento dieron un bote sobre la cama poniéndose en pie.

—¿Eligos? —preguntó Scott que era el más cercano a ella. Ella volvió a asentir. Se giró y miró a su jefe que observaba a Cintya con terror—. Eligos. Nuestro jefe de división, el sustituto de Jones. —Apretó la mandíbula y rugió. Estuvo a punto de dar un puñetazo contra la pared pero se contuvo—. Ese es el topo. Ha estado siguiendo todos nuestros movimientos. ¡Nosotros mismos lo hemos estado informando de todo!

Nicholas se removía con furia en la habitación, como si estuviese a punto de comenzar a destrozarlo todo.

Clavó su mirada en ella y dio unos pasos acelerados hasta colocarse enfrente.

—¿Cómo acabamos con ellos? —rugió directamente.

Cintya se removió desesperada.

—No hay forma de acabar con ellos tres —medio gritó—. El hambre, la muerte y la guerra siempre van a estar presentes en nuestro mundo, son parte de la tierra. —Apretó los labios y miró a Nicholas con determinación—. Pero a Mabus sí se le puede matar. Hacen falta los cuatro jinetes para desatar el caos en la tierra. Muerto uno, se acabó todo.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó Scott volviendo a su lado.

Ella se mojó los labios y tomó aliento.

—La lanza del destino —susurró. Todos guardaron silencio prestando atención—. Es la lanza con la que Longino, soldado romano, atravesó el costado de Jesús. Contiene la sangre de él, su ADN. Es la única forma de acabar con el anticristo.

Nicholas la miró asombrado y miró a sus compañeros que permanecían boquiabiertos.

—¿Cómo la conseguimos? —preguntó Scott directamente—. ¿Dónde está?

—No... —tragó saliva—. La respuesta a esa pregunta no es clara —susurró. Luego lo miró inquieta—. En el lugar del mundo más cercano a Dios —acabó diciendo.

—¿Qué lugar es ese? —preguntó Nicholas.

—No lo sé. Realicé esa pregunta cientos de veces para que me lo aclarasen, pero siempre obtenía la misma respuesta: en el lugar del mundo más cercano a Dios. Y luego también algo de que debía buscar a Ganesh, significa guardián.

Scott se desesperó y comenzó a caminar por la habitación mientras se cruzaba de brazos.

—¿Una iglesia? —preguntó mirando a su jefe, el cual negó sin saber la respuesta. Scott resopló y se quedó mirando un punto de la pared, totalmente consternado—. ¿Conocéis a algún guardián? —ironizó esta vez.

—Hay un problema más —volvió a susurrar Cintya atrayendo las miradas de todos ellos—. Esa lanza del destino... solo puede ser empuñada por una persona. —Todos enarcaron una ceja hacia ella—. Por el salvador.

—¿El salvador? Es decir... —intentó resumir Nicholas—, que solo hay una forma de matar a Mabus, con esa lanza, y luego, solo hay una persona que pueda hacerlo, ¿no? —Ella asintió—. ¿Y esa persona? ¿Quién es?

—No... no lo sé... —balbuceó—. Lo siento. Esa información... es muy difícil de conseguir. No pude...

—No, no pasa nada —dijo Nicholas rápidamente intentando calmarla—. Has hecho más de lo que habríamos hecho todos nosotros. —Se pasó la mano por los ojos como si estuviese agobiado y finalmente suspiró—. De acuerdo, por partes. Primero hay que conseguir esa lanza, y segundo hay que dar con esa persona.

—Estoy de acuerdo. Primero el arma... —dijo Scott otra vez. Volvió a mirarla a ella y suspiró—. ¿No tienes ni idea de dónde puede estar ese lugar cercano a Dios?

Ella negó.

—No, no lo sé, pero... quizá, si tuviese un mapa... —Todos se removieron mirando por la habitación comprendiendo lo que ella quería decir antes de que acabase la frase—, podría localizarla.

Dean abrió los cajones sin compasión mirando en su interior. Scott el armario.

—Ni siquiera tenemos los móviles para descargarnos un mapa —apuntó Nicholas.

—Quizá en recepción puedan facilitarme uno —propuso Dean que salió de la habitación a toda prisa sin esperar respuesta de sus compañeros.

Todos guardaron silencio unos segundos mientras acababan de examinar la habitación a consciencia. Scott aprovechó para acercarse a ella y la miró preocupado, pues aún estaba muy pálida y temblaba de vez en cuando.

—¿Tú cómo estás? —preguntó con un tono tierno.

Ella se abrazó a sí misma.

—Algo mejor —admitió.

Scott cogió la taza de té y se la tendió.

—Bebe un poco, tienes que entrar en calor.

Cogió la taza y dio otro sorbo. Justo la depositó sobre la mesa cuando Dean entró por la puerta hecho una furia. Dio un portazo y les mostró unas hojas dobladas.

—Tengo un mapa, pero es solo de la zona de Utah y Colorado —comentó mientras lo desplegaba ante ella—. Es lo único que he podido conseguir.

Lo depositó sobre la cama frente a ella y todos lo observaron. Era un mapa hecho para los turistas donde marcaba las zonas de mayor interés.

—Necesito un colgante. —Todos se llevaron la mano al cuello y negaron—. En mi mochila tengo uno.

Dean volvió a salir disparado hacia la habitación de ella.

Cintya se quedó contemplando el mapa hasta que llegó con ella. La cogió, la abrió, y en un bolsillo interno extrajo una cadena de plata con una piedra de color verde. Se quedó contemplándola durante unos segundos con cierta añoranza y la colocó entre sus manos mientras cerraba los ojos.

Todos la observaron con interés.

Abrió las manos, cogió la cadena por un punto y comenzó a pasear la esmeralda sobre el mapa, haciendo movimientos circulares.

Tras unos segundos suspiró.

—Aquí no está —admitió.

Scott se llevó la mano a la frente angustiado.

—¿Y si te preguntamos? —sugirió—. ¿Canadá?

Ella se quedó pensativa y negó.

—Así no puedo asegurártelo. Para localizar cosas es más fiable un colgante y un mapa —admitió.

Nicholas intentó que todos se calmasen.

—De acuerdo —pronunció con voz paciente—. Solo tenemos que

conseguir un mapa.

—¿Pero dónde? Necesitamos un mapamundi —volvió a insistir Scott—. Y la mayoría de las ciudades están destruidas. No vamos a llegar al siguiente poblado y encontrar una papelería abierta.

—Ya se nos ocurrirá algo, Scott. —Suspiró Nicholas hecho un manojito de nervios—. De momento ya tenemos la información que necesitamos. Ahora, tenemos que descansar. Mañana hay un largo recorrido. Ya miraremos en las poblaciones por las que pasemos. —Luego se removió inquieto—. En las que se mantengan en pie aún.

Scott miró a Cintya directamente.

—¿Dónde podemos comprar un mapa? —Le preguntó directamente.

—Hay muchos sitios, no te los voy a decir todos.

—El más cercano —dijo rápidamente—, que nos pille de camino a Banff. Ella suspiró y se mantuvo un segundo callada.

—Ups...

—¿Qué? —preguntó rápidamente.

—Me parece que no vas a poder comprar un mapa de camino allí.

Todos resoplaron.

—Pues menudo lío —comentó Christopher.

—Bueno, todo el mundo a descansar... ¿hay vampiros por la costa? —preguntó Nicholas volviéndose hacia ella.

—No —respondió ella rápidamente—. Esta noche no nos molestarán.

—De acuerdo —dijo Nicholas colocando una mano en su hombro—. Pues ve a descansar tranquila. Mañana nos levantaremos al alba y partiremos hacia Banff. —Ella asintió mientras se ponía en pie—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien. Solo cansada.

—Duerme un poco —dijo Nicholas—. Y, muy buen trabajo —La felicitó con ternura.

Ella le sonrió agradecida.

—Muchas gracias —dijo mientras cogía su mochila.

Scott se la cogió de las manos y rodeó con un brazo los hombros de Cintya.

—Te acompaño —dijo mientras se encaminaban a la puerta.

—Hasta mañana —Se despidió de todos que le correspondieron con unas sonrisas amargas. Estaba claro que las noticias que había dado no eran buenas. Si bien habían obtenido información, aquello no había hecho más que hacerles conscientes de la magnitud de lo que tenían por delante, de a lo que se enfrentaban. Jamás habían luchado contra alguien así. Les había sentir pequeños e insignificantes.

Caminaron hasta su habitación y Cintya abrió la puerta.

—Lo has hecho muy bien —susurró hacia ella.

Ella le correspondió con una sonrisa. Dejó que la puerta se entreabriera y lo miró pensativa.

—Gracias por quedarte a mi lado —admitió, luego sonrió algo tímida—. Y gracias por salvarme la vida de los vampiros, creo que no te lo había dicho.

Scott le entregó la mochila y le devolvió la sonrisa.

—Es mi trabajo —pronunció.

Ella asintió y ladeó su cuello.

—Sea tu trabajo o no, igualmente, muchas gracias.

—No hay de qué. —Se quedó observándola unos segundos. El té que había tomado y las mantas térmicas habían logrado que recuperase un poco el color de piel—. ¿Estarás bien? —preguntó acercándose un poco más—. ¿Necesitas que me quede?

Cintya se quedó observándolo. Era el chico más atractivo que había visto en su vida. Cuando lo había visto por primera vez tras la barra de la discoteca había pensado que era un engreído, pero a medida que pasaban las horas y lo iba conociendo se daba cuenta de que estaba totalmente equivocada. Aquella pregunta, lejos de molestarle, le hizo contemplarlo con ternura, pues su tono de voz sonó preocupado y tierno.

—Tranquilo, estoy bien —admitió.

Él seguía mirándola fijamente.

—De acuerdo, descansa. —Dio un paso hacia atrás—. Y cualquier cosa que necesites, estamos al lado.

Ella asintió y entró en la habitación cerrando la puerta tras de sí, notando como su corazón se aceleraba.

Scott espero a escuchar que echaba el cerrojo y volvió a la habitación junto a sus compañeros.

—Son las dos —Le dijo Nicholas directamente, a lo que él se encogió de hombros—. Salimos a las seis. Hemos hecho cuatro turnos. —Scott resopló—. Te toca el segundo.

Scott se apartó para dejar pasar a Dean por su lado.

—Primer turno de vigilancia —explicó mientras cerraba la puerta tras de sí para salir a la calle.

—Cintya ha dicho que no hay peligro —Le recordó mientras se dirigía a su cama quitándose la camisa.

—De los vampiros —remarcó Nicholas mientras se metía en la cama—. Aprovecha las horas de sueño.

—Ya —dijo mientras se quitaba las botas—. ¿Y eso de sortear los turnos sin que yo esté?

—Te has ido a acompañar a Cintya —explicó Christopher con una sonrisa mientras también se metía en la cama.

—No te quejes —dijo Nicholas mientras apagaba la luz de la lamparita que reposaba sobre la mesa entre las dos camas—. A mí me toca el tercer turno.

8

Dio varias vueltas en la cama y resopló mientras se giraba y colocaba mirando hacia el techo. No conseguía dormirse. Se había quedado adormilada durante unos minutos, pero tras los acontecimientos vividos le era posible coger el sueño.

Cintya se sentó sobre la cama y miró hacia la pequeña ventana, donde una cortina blanca intentaba paralizar la poca luz que había en el exterior, emitida por unas farolas desperdigadas por el descampado.

Se puso en pie, caminó hacia ella y la apartó un poco. Era plena noche. Se quedó observando las pocas estrellas que podían divisarse desde allí, pues la contaminación lumínica hacía que el cielo se oscureciese y, durante unos segundos, giró su rostro para observar aquella pared que la separaba de la habitación de los cazadores.

Le habían salvado la vida. Si no fuese por ellos en aquel momento estaría muerta. Un escalofrío recorrió su cuerpo al recordar cómo uno de los vampiros la había arrojado contra la cama y se acercaba con agresividad.

—*La quiere viva* —Había pronunciado.

No había dicho nada a los cazadores, pero aquella había sido una de las preguntas que había formulado mientras estaba concentrada. ¿Quién la quería?

Recordó cuando tras formular la pregunta había recorrido aquellos pasadizos blancos y fríos y una puerta aparecía de la nada ante ella.

Había dudado un poco antes de abrirla, pero finalmente lo había hecho. Había entrado en una estancia blanca, al igual que todas ellas, una estancia

donde no había nada, solo blancura.

—Mabus —Había dicho aquella voz.

Aguantó la respiración y miró con detenimiento hacia el infinito, intentando visualizar el final de aquella estancia, pero no, aquel lugar no tenía fin.

—¿Quién es Mabus? —preguntó en voz alta, decidida.

No pudo verlo, pero supo que, como siempre que formulaba una pregunta, la habitación comenzaba a estrecharse. No podía verlo pero sí sentirlo, era como si el aire que había allí se comprimiese y la estancia cambiase su atmósfera a una más pesada.

Caminó hacia delante y otra puerta apareció ante ella con la respuesta a la última pregunta que había formulado.

Intentó distraerse y miró de nuevo hacia el horizonte, hacia la oscuridad de aquel desierto. La quería viva pero, ¿para qué? No hacía falta que preguntase nada, ya podía imaginárselo.

Notó como la garganta se le secaba y se removió buscando algo que beber. En la habitación no había ni una botella de agua como bienvenida.

Fue hacia su mochila, abrió el bolsillo interior y sacó unos cuantos dólares. Había visto una máquina de refresco y bollería en el exterior.

Se echó por encima una fina manta que había encontrado en el armario y salió afuera sin pensárselo.

Necesitaba despejar su mente, que le diese el aire. Estar en esa habitación no le ayudaba a distraerse, a encontrar la paz que tanto necesitaba durante aquel último mes y medio.

Llegó hasta la máquina y se fijó en que en la parte alta había cajas pequeñas de galletas dulces y saladas, algunos aperitivos y, en la parte baja, latas de bebida y botellas de agua. Miró el número que debía pulsar para extraer una de las botellas de plástico y metió el billete de un dólar en la máquina que lo tragó de inmediato.

Pulso el número cinco y la botella de agua salió despedida hacia abajo.

Había introducido su mano en la máquina y agarrado la botella cuando

notó una presencia tras de ella.

Se giró con rapidez elevando la botella para defenderse pero una mano sujetó su brazo. Su mirada coincidió con una sonrisa divertida.

—Hola —pronunció Scott aún sujetándola.

Cintya resopló y se soltó de su brazo mientras se llevaba la mano al corazón.

—¿Por qué eres tan sigiloso? —Le reprochó.

Scott se encogió de hombros y luego miró de un lado a otro asegurándose de que no hubiese nadie por la zona, luego volvió a clavar la mirada en ella, aunque en este caso la recorrió de los pies a la cabeza. Llevaba unos pantalones de tela fina color negro, y la parte de arriba se cubría con una manta color marrón.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella haciendo que él volviese a mirarla a los ojos.

Se quedó observándola fijamente hasta que ladeó su rostro hacia un lado

—Turno de vigilancia —pronunció colocando sus manos en su cintura. Chasqueó la lengua y le sonrió de una forma tierna haciendo que el pulso de ella se incrementase—. ¿Y tú?

Ella suspiró y se removió inquieta mientras intentaba abrir su botella de agua.

—No podía dormir —admitió antes de dar un sorbo.

—¿Nerviosa? —Ella asintió y luego le sonrió de una forma tímida—. ¿No hay peligro por aquí, verdad? —Ella negó mientras notaba como la mirada de Scott la quemaba—. Bien —acabó diciendo. Se giró hacia su habitación y vio que había dejado la puerta entreabierta. Le indicó con un movimiento de cabeza que le acompañaba y ambos comenzaron a caminar hacia ella—. Dime, ¿qué se siente? —Ella lo miró sin comprender—. Al otro lado —continuó él—. En ese lugar.

Ella se quedó quieta mientras lo miraba e iba desviando su atención de él hacia los coches, intentando distraerse, pues cada vez era más consciente de que la proximidad de él la alteraba.

—No es agradable —acabó volviendo la mirada hacia él, una mirada más intensa. Suspiró y fue hacia uno de los escalones del porche, dándole a entender que no quería entrar en la habitación aún. Scott no dijo nada, simplemente se sentó a su lado mientras la observaba. Cintya tenía un perfil realmente hermoso, dulce—. No hay nada. Es la nada —acabó diciendo como si no lo comprendiese ni ella—. Solo veo el color blanco, hasta el infinito y... hace frío. —Tragó saliva—. Cuando formulo una pregunta todo cambia alrededor, aunque no puedo verlo sí lo siento. Simplemente sigo adelante hasta que una puerta se coloca ante mí.

—¿La respuesta? —preguntó con interés.

Ella asintió mientras lo observaba, aunque luego volvió su rostro al frente, huyendo de aquella mirada esmeralda.

—Cuando abro la puerta y entro en la siguiente estancia una voz me dice la respuesta.

—¿Quién te habla? —preguntó intrigado.

Ella negó.

—No lo sé. Supongo que un ser superior —pronunció mientras hacía un gesto tímido con su rostro—. Cuando me responden puedo elegir entre hacer una pregunta de nuevo y seguir hacia delante buscando la siguiente puerta o echar marcha atrás y volver.

Scott no apartaba la mirada de ella ni un segundo, totalmente atento a lo que le explicaba.

—Cuando estabas en la bañera te agitaste varias veces. —Ella volvió su rostro hacia él con interés—. ¿Te encontró alguien?

Ella negó.

—No, lo cierto es que no. —Hizo un gesto como si no le gustase—. Todo estaba demasiado tranquilo, no había absolutamente nadie. —Se encogió de hombros—. Normalmente sueles encontrarte con alguien por ahí...

—¿Ah, sí?

—Sí, bueno, no he entrado muchas veces —admitió ella. Tragó saliva y volvió a mirar al horizonte—. La primera vez que llegué ahí fue por accidente —admitió sin apartar la mirada del cielo—. Tenía seis años. Mi padre había

alquilado una embarcación, le encantaba el mar —dijo con una sonrisa, aunque su rostro se volvió triste al momento—. Una tormenta nos sorprendió cuando intentábamos llegar a puerto y las olas arrastraron el barco contra la costa haciendo que chocase con las rocas. Recuerdo... —Se quedó callada y apretó los labios—, recuerdo que mi madre me sujetaba con fuerza contra su pecho mientras mi padre intentaba que la embarcación no se precipitase contra el acantilado. Mi siguiente recuerdo es en ese lugar. La blancura, el frío... —pronunció inmersa en sus recuerdos—. Una puerta apareció ante mí y una voz me dijo, ¿qué quieres saber? —Tragó saliva y apretó los labios—. ¿Están mis padres bien? Fue lo que pregunté —Elevó la mirada hacia Scott que la observaba con fuerza—. Y la voz respondió: tu padre sí, pero a tu madre no volverás a verla. —Scott puso su espalda recta mientras intensificaba su mirada—. Antes de que pudiese preguntar por qué me desperté en un hospital. —Se quedó callada unos segundos, como si buscase la forma más suave de decir lo siguiente—. Habíamos naufragado. Mi padre había logrado salvarse pero mi madre... murió ahogada.

—Lo siento mucho —susurró Scott rápidamente.

Ella le sonrió de una forma tierna.

—Mi padre era... es militar —Se corrigió— Se refugió en el ejército, como si quisiese comenzar una vida nueva y dejar atrás el pasado. Me llevó con mis abuelos maternos a Texas. —Volvió su mirada hacia él esta vez con una pequeña sonrisa—. Comencé a sacar muy buenas notas en el colegio, pese a todo lo ocurrido. No sabía la razón, pero cada vez que me preguntaban algo la respuesta aparecía ante mí, como si siempre la hubiese sabido aunque hasta ese momento no fuese consciente de ella.

—Tus abuelos debían sentirse muy orgullosos de ti.

—No te creas —ironizó—. Mis... mis abuelos no era muy cariñosos —admitió—. Tenían un negocio de tintes de tela. No le gustaba cuando le decía que aquel tinte iba a podrirse, o que aquel año las ventas iban a estrellarse y luego se cumplía. —Se encogió de hombros—. Tenía catorce años cuando Jones apareció en la puerta de la casa de mis abuelos y me reclutó. Abraham fue mi tutor. Él... me enseñó a acceder a ese lugar, a obtener las respuestas que necesitaba, pero no duré más de dos años en el Pentágono. —Volvió la mirada hacia él, esta vez cargada de fuerza—. Había pasado de vivir con un padre que no quería saber nada de mí, a un abuelo alcohólico y una abuela que

no movía ni un dedo cuando me golpeaba, a pasar a un lugar donde me forzaban a volver a aquel sitio donde solo había obtenido una mala respuestas. Con dieciséis años me marché —admitió—. Intenté encarrilar mi vida. Fui de un lugar a otro aceptando pequeños trabajos para sobrevivir pero Abraham nunca perdió el contacto conmigo. Me llamaba muy a menudo para preguntarme cómo estaba, qué hacía... hasta que hace aproximadamente dos meses me llamó bastante nervioso. Me dijo lo que había ocurrido y que debía esconderme o acabarían conmigo —admitió. Luego lo miró con tristeza—. El resto ya lo sabes.

Scott la miró fijamente intentando asimilar todo lo que le había explicado. C cogió su mano con delicadeza y la acarició.

—Eres increíble, Cintya —admitió—. Tienes un don impresionante —susurró.

Ella le sonrió tímida por su gesto, aunque no apartó la mano de él.

—La gente no opina lo mismo. No suele gustarle.

—A mí sí —reaccionó rápidamente con voz suave. Cintya se quedó observándolo. Que le matasen si no comenzaba a sentir algo por aquel muchacho. La observaba con una ternura y una fortaleza como nadie había hecho hasta ese momento—. Es increíble —remarcó de nuevo.

Ella le sonrió y tragó saliva mientras notaba como su corazón se aceleraba. Scott la observaba con atención, sabía que aquellas últimas palabras que había dicho, el tono que había usado, la habían intimidado, pero suficiente fuerza había reunido para solo coger su mano y acariciarla. Si por él fuese se hubiese fundido en un apasionado beso con ella. Notó como ella miraba nerviosa a ambos lado y decidió relajar la tensión que sentía.

—Ahora bien... —continuó con voz más alegre mientras la soltaba de la mano—. Respóndeme a una pregunta... —Ella lo miró sin comprender. Scott cogió una pequeña caja de galletas saladas y se la mostró—. ¿A esto lo consideras una cena? —preguntó sonriente. Ella comenzó a reír—. Me refería a un bistec con patatas.

—Preguntaste cuando ibas a comer algo —bromeó ella también.

Ambos se miraron mientras reían hasta que un largo suspiró surgió de Cintya, como si se hubiese desahogado de todo lo que llevaba dentro.

—¿Y tú? —preguntó en un tono jovial—. ¿Cuándo te diste cuenta de tus habilidades?

Él la miró divertido.

—Desde pequeño —admitió—. Mis padres siempre me apoyaron en todo. Mi madre era la típica que cuando necesitaba hacer algo me decía: Scott, usa tus superpoderes y haz esto... —Aquello hizo que Cintya sonriese—. Tuve suerte en ese aspecto. —La miró fijamente con una sonrisa cariñosa—. Te caerían bien —acabó diciendo—. Y... mi madre estaría encantada contigo —bromeó haciendo que ella lo mirase sorprendida—. Siempre le ha encantado todo lo paranormal. Fliparía si te conociese.

Ella apretó los labios intentando reprimir una sonrisa.

—Seguro que sí —bromeó mirando hacia el horizonte.

Tragó saliva y volvió a mirarlo al notar que Scott no le quitaba ojo de encima, estudiándola. Suspiró y miró de un lado a otro nerviosa. Scott tenía una mirada que era capaz de paralizarla. Comenzó a ponerse en pie lentamente mientras sujetaba con sus dos manos la botella de agua y Scott la imitaba sorprendido porque ella hiciese eso.

—Será mejor que me vaya a descansar... —señaló hacia la habitación.

Él contempló la puerta entreabierta y asintió.

—Sí. —Luego se pasó la mano por la nuca—. Nicholas quiere que nos levantemos a las seis de la mañana.

—Ya lo sé.

—Como no —rio él. Se quedó observando como una suave brisa hacía que su mechón de cabello caoba pasase ante sus ojos—. Descansa, pelirroja.

Ella se sorprendió por aquel apodo y lo miró intimidada mientras daba unos pasos hacia atrás.

—Nos vemos en unas horas —pronunció mientras abría la puerta de su habitación y encendía la luz.

—Yo me quedo protegiendo la zona —bromeó.

—Ya —rio mientras se colocaba bajo el marco de la puerta. Observó de un lado y otro cómo si se asegurase de algo—. Puedes estar tranquilo y

relajarte. Nadie te molestará. —Luego arrugó su frente y miró directamente una habitación.

—¿Qué ocurre? —preguntó alarmado.

—El de la habitación número doce —Señaló con su rostro—. Planea atracar a la mujer de recepción del hotel mañana a primera hora.

Él se giró hacia ella enarcando una ceja.

—¿Ah, sí?

Ella asintió.

Scott se volvió hacia aquella habitación y la miró con interés.

—Bueno, ya veremos qué pasa.

Cintya se puso la chaqueta y salió de la habitación mientras observaba el horizonte. Una fina franja anaranjada comenzaba a dotar de color el desierto del Mojave que aparecía ante ella.

Giró su rostro cuando las voces del equipo sonaron a su lado.

Christopher y Dean salían de la habitación cargando la última maleta negra y depositándola en el maletero del coche, donde Nicholas las ordenaba.

—Buenos días —dijeron a su espalda.

Esta vez no se asustó, pues sabía de quién se trataba.

—Buenos días —pronunció ella con una sonrisa.

—¿Has conseguido dormir algo? —preguntó Scott colocándose a su lado, mirando hacia su equipo.

Ella reprimió un bostezo ante la mirada divertida de él.

—Nada, no he conseguido pegar ojo, ¿y tú? —preguntó volcando su atención hacia él.

—Caí rendido... como un tronco. —Luego hizo un gesto de desagrado—. Un par de horas. —Y se encogió de hombros mientras se dirigía al todoterreno para ayudar a Nicholas a colocar la última maleta que sus compañeros

transportaban.

No se habían puesto los uniformes, todos vestían de forma informal, lo cual no le sorprendió. Sabía que durante el día no había peligro, al menos, no tanto como por la noche, cuando los vampiros podían ir en su búsqueda.

Caminó despacio hacia ellos, acercándose al todoterreno y recibiendo la mirada cordial y saludos de todos.

—Buenos días —dijo Dean mientras cerraba el maletero.

—Buenos días —respondió ella mientras Christopher le sonreía y Nicholas la saludaba con un gesto de su rostro. Su mirada voló hacia Scott que iba hacia la puerta trasera para abrirla. Llevaba unos tejanos azul oscuro y una camiseta negra. Lo cierto es que se pusiese lo que se pusiese aquel chico llamaba la atención.

—Dámela —dijo Dean señalando la mochila que llevaba Cintya colgada a la espalda. Abrió el maletero otra vez y la colocó al lado de las maletas cargadas con armas.

Se fijó en el complejo hotelero. Así, con la luz de un nuevo amanecer, parecía más seguro que la noche anterior. Su mirada voló directamente hacia la habitación número cinco, aunque se sorprendió cuando vio la puerta abierta de par en par y una mujer con un carrito de la limpieza que entraba en su interior. Se quedó observando confundida. La noche anterior sabía que en aquella habitación un hombre planeaba atracar la recepción del hotel.

Miró directamente la espalda de Scott y fue hacia él.

—Oye... ¿sabes algo del de la habitación cinco? —preguntó.

Scott se giró hacia ella y observó también en su dirección, hacia la mujer que cogía una escoba y comenzaba a barrer.

—Sí, el hombre se fue sobre las cuatro de la mañana —explicó con inocencia. Aquello hizo que Cintya arquease una ceja hacia él. Scott se encogió de hombros y se acercó un poco más a ella—. Bueno, le invité amablemente a que abandonase el hotel.

—¿Amablemente? —ironizó ella.

—Tienes razón, pelirroja —Y luego sonrió—, no fui amable.

Ella negó con su rostro como si no diese crédito. Bueno, al menos había evitado un atraco y que el hombre golpease brutalmente a la recepcionista que regentaba en aquel momento el hotel.

—Vamos —dijo Nicholas subiéndose al asiento del copiloto—. ¿Quién conduce hoy? —preguntó centrando su mirada en Dean y Scott.

Ambos se miraron de reojo durante unos segundos.

—Conduce Dean —aclaró hacia él, luego miró a Cintya y le indicó con un movimiento de cabeza a que entrase en el todoterreno mientras sujetaba la puerta.

Dean lo miró divertido y luego se fijó en que Cintya entraba en el todoterreno y se sentaba en el asiento.

—Claro, amigo —Le guiñó el ojo—. Tú disfruta del paisaje.

Scott lo miró con inocencia aunque al final sonrió con malicia. Estaba claro que Dean había comprendido que Scott quería sentarse al lado de ella.

Todos entraron y Dean encendió el todoterreno.

—¿Cómo vamos de gasolina? —preguntó Nicholas.

—Nos queda un cuarto de depósito —aclaró mientras iniciaba la marcha tomando el desvío que lo llevaría hasta la autopista—. Necesitamos repostar.

Nicholas se giró hacia Cintya.

—¿Dónde está la gasolinera más próxima?

Ella miró por la ventana mientras se alejaban del hotel.

—A cuatro millas hay una, pero no tiene gasolina.

—¿Y una que tenga?

—En Beaver. A poco más de cien millas —remarcó.

Nicholas miró a Dean.

—¿Nos va de paso? —preguntó.

Dean se encogió de hombros.

—Ni idea, no había escuchado ese pueblo nunca.

—Nos va de paso —interrumpió ella.

Nicholas suspiró y se apoyó contra el asiento observando el vasto paisaje.

—Está bien... —Luego miró a Dean con una ligera duda en su rostro—. Solo espero que nos llegue la gasolina hasta allí.

9

No había pasado más de veinte minutos antes de que Cintya cayese profundamente dormida. Había iniciado la marcha observando el paisaje, pero poco a poco el cansancio acumulado durante los últimos días había cerrado los ojos.

No soñó nada, simplemente despertó cuando notó que el todoterreno de detenía. Se puso erguida apartando la cabeza de la ventana donde se había apoyado las últimas horas y miró al frente entreabriendo los ojos.

Acababan de entrar a un poblado devastado. Las casas, de varias plantas, estaban prácticamente destruidas. Pocas quedaban en pie. Era una ciudad fantasma.

Las puertas de las casas y comercios permanecían abiertas, chocando contra los marcos por el aire.

—Ahí está —dijo Nicholas llamando la atención de Dean—. Directos a la gasolinera.

¿Ya habían llegado a Beaver?

Miro el reloj del salpicadero del todoterreno y vio que eran las nueve y media de la mañana.

Se giró cuando detectó que Scott la miraba. Debía haberse quedado dormido también porque se frotó los ojos y la miró con cara de sueño.

La gasolinera era muy sencilla, a conjunto con el pequeño poblado. Únicamente dos surtidores.

Aparcó el todoterreno frente a uno de ellos y todos bajaron. Al menos, dispondrían de unos minutos para estirar las piernas.

—Voy a ver si están abiertos los surtidores —dijo Dean dirigiéndose a la gasolinera. Llegó hasta ella y con un puñetazo rompió el cristal de la puerta introduciendo su brazo para girar el pomo desde el interior.

Cintya bajó del todoterreno mientras se tapaba la boca con la mano para reprimir un bostezo.

Miró de un lado a otro. Realmente no había nadie allí, incluso la arena del desierto había invadido el poblado. Era realmente escalofriante, incluso podían escuchar el silbido del aire al circular por las calles.

—Listo —gritó Dean desde dentro de la gasolinera, tras el mostrador.

Nicholas fue hasta el surtidor, lo cogió y lo introdujo en el todoterreno. Al momento el contador del surtidor comenzó a incrementar el valor desde cero.

Scott se situó al lado de ella mientras miraba el poblado, impresionado también.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Una central eléctrica explotó —explicó mirando al otro lado de la calle mientras se cubría levemente la cara evitando que la arena del desierto entrara en sus ojos—. No murió mucha gente, pero tras la explosión la mayoría de los habitantes decidieron ir a los refugios que se están construyendo a las afueras.

Scott colocó las manos en su cintura y suspiró.

—Como si sirviese de algo eso —susurró más para sí que para ella.

Christopher, que estaba a su lado, dio un paso adelante acercándose a Dean que iba hacia ellos.

—¿Hay café?

Dean negó a lo que Christopher resopló.

Scott giró sobre sí mismo y se quedó mirando unos comercios que había en la calle de enfrente. Directamente fue hacia allí.

—Eh, mirad... —dijo incrementando su paso, cruzando la calle para dirigirse a una tienda que rezaba con el letrero de papelería.

—No hay ningún mapamundi —dijo ella dando unos pasos detrás de él.

Scott se giró y le medio sonrió, luego miró a Christopher, Nicholas y Dean que lo observaban al lado del todoterreno.

—Pero hay un supermercado —apuntó con una sonrisa mientras señalaba al local de al lado.

Aquella idea le gustó a Nicholas que señaló a Christopher y Dean.

—Id con él. A ver si encontráis algo para llenar el estómago.

Ambos salieron corriendo colocándose al lado de Cintya que caminaba tras de Scott.

—Supongo que no encontraré ningún bistec con patatas fritas, ¿verdad? —ironizó Scott girándose hacia ella.

Ella negó, lo cual hizo suspirar a Scott que igualmente se dirigió al centro comercial.

Los cuatro se colocaron ante la puerta y fue Dean quien intentó abrirla.

—Está cerrada —dijo apartándose.

Scott fue directamente, sin pensárselo, y dio una patada a la puerta que salió disparada hacia atrás. Luego miró a su compañero con una sonrisa y le indicó con la mano a que pasase él primero.

—Ya no.

—Qué caballeroso —apuntó Dean mientras entraba al supermercado.

Era pequeño, un supermercado de pueblo, pero tenía todo lo necesario. Aunque estaba claro que había sido asaltado con anterioridad. Algunas estanterías permanecían tiradas sobre el suelo, con la comida desperdigada.

Las neveras, en un lateral del local, se habían descongelado dado que un gran charco se formaba alrededor de ellas.

—Lo de la nevera estará podrido —dijo Christopher pasando por encima de algunas estanterías.

—Buscad latas de conserva —indicó Scott mientras seguía a Dean.

Cintya observó hacia las neveras y fue hasta allí. El pasillo estaba totalmente sucio. Muchas de las botellas de cristal permanecían rotas en el

suelo y habían vertido todo su contenido dejando el suelo pegajoso.

—Egsss... —Se quejó mientras pasaba de puntillas por el pasillo.

Scott se giró desde el otro pasillo hacia ella, observándola.

—Cuidado con los cristales, no te cortes.

Ella asintió y llegó hasta un grupo de botellas de agua de ocho litros.

—Aquí hay agua —dijo intentando coger una de ellas, aunque pesaban lo suyo.

—Déjalas, ya nos encargamos nosotros —indicó Christopher.

Scott miró de un lado a otro, caminando con cuidado de no tropezar hasta que hubo algo que hizo que sonriese. Incrementó su paso y se colocó ante unas latas de conserva.

Cogió una de ellas y la miró sonriente.

—No es lo que esperaba... pero servirá. ¡Eh! —incrementó su tono de voz—. Aquí hay latas de judías blancas en salsa. —Luego miró lo siguiente en la estantería—. Y olivas.

Dean apareció a su lado.

—¿Cuántas ahí?

—No muchas —dijo cogiendo las tres latas de judías y un par de aceitunas.

—Yo he encontrado pepinillos —escucharon que decía Christopher desde el otro lado.

Scott se giró y miró a Cintya que rebuscaba también.

—Menuda comida nos vamos a pegar —bromeó.

—A mí los pepinillos no me gustan —escuchó que decía ella—. Todos vuestros.

Scott la miró incrédulo.

—Los pepinillos son un manjar —pronunció mientras cogía otra lata de conserva y la miraba—. Anchoas —pronunció mostrándosela. Ella volvió a negar, lo que hizo que el pusiese un gesto serio—. Qué delicada —pronunció

como si estuviese enfadado.

—Yo he encontrado algo mejor —continuó Cintya con una sonrisa. Y al momento le mostró un par de bolsas de patatas.

Él sonrió.

—De acuerdo, tú ganas —pronunció acercándose a ella.

Cintya se giró y señaló la estantería.

—Debajo hay más.

Christopher se puso a su lado y sin ningún esfuerzo levantó la estantería. Ella tenía razón. Había varias bolsas más de patatas y frutos secos.

—Perfecto —comentó Christopher cogiendo las bolsas y pasándoselas a ella—. Bien, cojo un par de botellas de agua y ya está.

Cuando salieron de la tienda Nicholas estaba cerrando el surtidor del coche. Cruzaron la calle y se acercaron a él.

—Habéis encontrado algo de comer —dijo sorprendido. Se dirigió al maletero y lo abrió para que lo depositasen todo.

—No es gran cosa —comentó Christopher dejando las dos botellas de agua en el interior del todoterreno—. Pero nos servirá para llenar el estómago.

—Sí —dijo Nicholas mientras cogía las latas de conserva que Scott y Dean llevaban en sus brazos—. Aún queda un largo recorrido por hacer. —Miró a sus compañeros ladeando su rostro—. Supongo que mañana, con suerte, llegaremos a Banff, pero por la noche preferiría cobijarnos en algún sitio.

—Opino igual —dijo Dean—. No me gusta conducir por la noche sin los radares.

Scott cogió directamente una bolsa de patatas de las que había dejado Cintya en el maletero y la abrió. Cogió unas cuantas patatas del interior y se la pasó a ella para que sirviese.

—Es mejor quedarnos en un sitio vigilado —continuó Scott antes de introducirse unas cuantas en la boca.

Cintya cogió unas patatas y pasó la bolsa a Dean.

—De acuerdo —dijo Nicholas como si hubiesen llegado todos a un acuerdo—. Pues déjame las llaves, Dean.

Dean y todos lo miraron sorprendido.

—¿Quieres conducir? —preguntó mientras se las pasaba.

—Nos iremos turnando, es un viaje largo. Tenemos que estar todos descansados. Tú ya has conducido muchas horas.

—Todo tuyo —dijo encantado.

—Oye, Cintya... —continuó Nicholas mientras cogía la bolsa de patatas que le pasaba Christopher—, supongo que necesitaremos repostar una vez más antes de llegar. ¿Dónde está la próxima gasolinera operativa?

Ella se quedó pensativa unos segundos y luego aceptó la bolsa de patatas que le ofrecía.

—¿Operativa? —Nicholas volvió a asentir—. La única que tiene un poco de gasolina está lejos de aquí, en un pueblo llamado Helena, en Montana.

Todos se miraron entre sí.

—¿A cuánto está de aquí?

—A unas seiscientos ochenta millas —respondió directamente.

Scott la miró fascinado.

—Eres mejor que cualquier GPS —pronunció.

Ella se encogió de hombros y le sonrió mientras le entregaba la bolsa de patatas.

—He llenado el depósito al máximo —indicó Nicholas. Luego miró las botellas de agua de ocho litros y sonrió maliciosamente—. ¿Qué tal si traéis unas cuantas más de estas y nos llevamos un poco de reserva de gasolina? —Se encogió de hombros—. Por si acaso.

Christopher volvió a resoplar cuando Nicholas tomó una curva demasiado rápido y en la que había bastante bache.

—¿Qué tal si vuelves a conducir tú, Dean? —propuso.

—No es culpa mía, es la carretera —Se excusó Nicholas—. El asfalto está muy mal.

Todos volvieron a brincar sobre el asiento. Incluso Scott tuvo que sujetarse a la puerta para guardar el equilibrio y no caer sobre Cintya.

—Ya, pero es que voy acompañado de treinta y dos litros de gasolina y no me hace ninguna gracia —Se quejó Christopher girado hacia el maletero, colocando las botellas rectas, pues no paraban de ir de un lado a otro.

Cintya se incorporó en el asiento e intentó echarse hacia delante para hablar con él, aunque otro bache hizo que cayese hacia el lado chocando con las piernas de Scott que la sujetó al momento.

—Perdón —dijo incorporándose mientras Scott aún la sujetaba, aunque otro bache hizo que volviese a caer sobre las piernas de él—. Perdón otra vez —pronunció acelerada incorporándose, bastante abochornada.

Scott la ayudó a sentarse correctamente y le correspondió con una sonrisa. Directamente se sujetó a la puerta.

—Es por el terremoto de hace un mes. Esta zona fue afectada —dijo rápidamente.

Scott la miró sorprendido.

—¿Aquí? ¿Tan lejos?

Ella asintió.

—Sí, se originó en Seattle, pero sacudió también parte de Nevada, Utah y Montana. Incluso se sintió en Canadá —remarcó ella.

—Lo recuerdo —dijo Scott—. ¿Ese no fue el terremoto que nos pilló persiguiendo a los vampiros? —preguntó hacia delante, hacia su jefe.

—Seguramente —dijo moviendo el volante de un lado a otro.

Dean se giró hacia Christopher.

—¿Eso es cuando estábamos en el bosque buscando a Edith, verdad? Cuando se la llevaron.

—Sí —recordó Christopher bastante alterado, luego miró con fuerza hacia

delante—. Oye, se acabó... detén el coche —ordenó. Nicholas lo miró a través del retrovisor—. ¡Qué pares! —volvió a gritar.

Nicholas detuvo el todoterreno de golpe y se giró hacia atrás.

—¿Qué pasa? —preguntó elevando los brazos hacia él.

Christopher abrió la puerta enfurruñado y saltó del todoterreno. Miró directamente la carretera en la lejanía. Lo cierto es que estaba hecha pedazos.

—Quita, conduzco yo —dijo dirigiéndose a la puerta del conductor. La abrió directamente y miró a Nicholas con una sonrisa irónica—. Como jefe eres la caña pero como conductor... —dejó la frase sin acabar—. Además, ya llevas muchas horas conduciendo —Siete sufridas horas —bromeó Scott desde atrás.

Nicholas suspiró y bajó del todoterreno poniendo los ojos en blanco.

—Todo tuyo, a ver si tú lo haces mejor —pronunció con ironía.

Directamente fue hacia la parte de atrás pero antes miró el reloj del salpicadero. Marcaban casi las siete de la tarde. No habían parado en todo el día excepto para estirar las piernas unos minutos, comer algo y suplir sus necesidades más básicas.

—Sí alguien tiene que internarse en el bosque que aproveche ahora que hemos parado —pronunció dirigiéndose al maletero.

—Yo tengo que ir —informó Dean bajando a toda prisa del todoterreno.

—Si no bebieses tanta agua —Le reprendió Christopher—. ¿Cuántas veces has ido ya?

Cintya aprovechó para bajar del todoterreno y estirar las piernas, aunque se sorprendió también al ver la carretera quebrada. Estaba destrozada. No quería ni imaginar lo que había sido estar en el epicentro de aquel terremoto.

Dean se internó entre unos cuantos árboles dándole la espalda.

A medida que pasaban las horas el paisaje cambiaba. Donde solo había un llano desierto ahora aparecían montañas y comenzaban los bosques.

—En breve anochecerá —informó Nicholas mientras abría el maletero—. Será mejor que nos preparemos —pronunció cogiendo su uniforme.

Scott bajó del vehículo por la puerta contraria a Cintya y cogió el suyo.

—¿Os vais a disfrazar otra vez? —bromeó ella.

Scott la miró divertido mientras desabrochaba la cremallera trasera de su uniforme para ponérselo.

—Sí, hay que estar preparado para el carnaval.

En ese momento volvió a quitarse la camiseta sin ningún pudor.

Desde luego, aquel hombre no tenía vergüenza ninguna, pero lo cierto es que ninguno de sus compañeros la tenía. Nicholas comenzó a quitarse los zapatos y desabrocharse los pantalones y Christopher no había bajado del asiento del conductor que iba ya sin camiseta, sin importarles ni un ápice su presencia.

—Por Dios —susurró ella dándoles la espalda, aunque se encontró de frente con la espalda de Dean que aún seguía junto a un árbol.

Resopló y caminó hacia el principio del todoterreno.

—No te alejes mucho, eh —Le llamó la atención Scott que la observaba mientras se vestía.

—Bueno, es que ya está bien con el exhibicionismo gratuito, ¿no? —gritó ella mientras se apoyaba contra el motor del coche.

Aquel comentario hizo que todos sonriesen. Scott arrojó los pantalones en el maletero y se puso la parte inferior del traje, luego se asomó a la carretera aún sin cubrirse el pecho.

—Venga, vamos... —apuntó divertido. Cintya se giró y lo observó un segundo, aunque al darse cuenta de que aún no estaba del todo vestido volvió a girarse con gesto agitado.

—Joder —susurró mientras notaba que sus mejillas se tenían de carmín. Scott estaba demasiado bien proporcionado. Desde aquella distancia podía intuir sus músculos y abdominales y estaba segura de que lo hacía a propósito.

—Pero si has trabajado en Las Vegas... —continuó Scott.

—¿Y qué? —preguntó ella sin girarse, realmente tensa—. En Las Vegas la gente va a gastarse la pasta, no ha despelotarse.

Scott miró a su jefe divertido mientras todos la observaban con grandes sonrisas. Estaba claro que la actitud de la joven en aquellas circunstancias les

divertía.

Cintya se giró levemente cuando escuchó los pasos de Dean cruzando la carretera.

—¿Ya nos cambiamos? —preguntó este quitándose la camiseta directamente.

Ella volvió a resoplar mientras se giraba de nuevo.

—Madre mía —susurró ella cruzándose de brazos.

—Venga, ¿te da vergüenza de verdad? —continuó Scott mientras metía los brazos por el uniforme.

—¿Tú qué crees? —ironizó ella.

—Tú te despelotaste ayer delante de nosotros.

Aquel comentario le hizo volverse agitada.

—¡No por gusto! —gritó ella observándole. Al menos ahora ya se había enfundado la parte superior y se peleaba por llegar hasta la cremallera trasera y subirla.

—¿Y te crees que es un gusto ponerse estos trajes? —ironizó Scott mientras se arqueaba un poco para llegar a la cremallera. La sujetó con sus dos dedos y la subió.

Ella dio unos pasos hacia él molesta por su comentario.

—Bueno... —apuntó Dean desde el maletero—, no son fáciles de poner, pero luego sí que son cómodos.

—No me refería a eso —rugió ella abochornada haciendo que Scott riese, pero aquella actitud le enfureció más—. ¿Te crees que hace gracia?

—A mí me la hace —admitió encogiéndose de hombros.

Ella resopló y los miró a todos que, al menos, ya estaban medio vestidos, a excepción de Dean que se estaba subiendo la parte superior del traje.

—No tenéis vergüenza ninguna.

—Ninguna —Le dio la razón Scott con una sonrisa. Dio unos pasos hacia el maletero y cogió el cinturón abrochárselo. Luego volvió al centro de la carretera para mirarla—. ¿Y dónde sugiere la señorita que nos cambiemos la

próxima vez? —preguntó extendiendo los brazos hacia los lados.

—Al menos, la próxima vez avisad que os vais a despelotar.

Scott se giró hacia su jefe con una sonrisa.

—Pero si hemos avisado, ¿no? —Se mofó—. Ha dicho que nos pusiésemos los uniformes.

Cintya elevó levemente los brazos hacia el cielo.

—Argggggg —rugió.

Nicholas cerró el maletero cuando Dean acabó de ponerse las botas y abrió la puerta trasera.

—Venga, nos vamos ya.

Scott extendió su brazo hacia Cintya indicándole que entrase al vehículo. Suspiró y fue hacia ellos aún con los músculos tensos, aunque se encontró con la mirada y sonrisa burlona de Scott.

—No tiene ninguna gracia —susurró hacia él cuando pasó a su lado para acceder al todoterreno.

Scott entró tras ella y cerró la puerta con un portazo.

—Yo creo que sí —Fue la única respuesta que le dio.

Nicholas controló que las botellas de gasolina estuviesen rectas y miró hacia delante. Christopher encendía el todoterreno y lo hacía rugir. Dean seguía de copiloto y ante él estaba Cintya y Scott.

—Bueno, pues a ver qué tal conduces, Christopher —pronunció con un tono algo molesto.

Scott se giró hacia él con una sonrisa pícara.

—Siento decírtelo, jefe. No será difícil superarte.

Christopher arrancó e inició una marcha más despacio que Nicholas, controlando mejor la conducción.

—Ves —Le indicó Scott a su jefe.

Nicholas resopló y miró directamente a Christopher a través del retrovisor, donde pudo ver como sonreía.

—Así no vamos a llegar nunca —Le reprochó.

—Al menos llegaremos —Se mofó Dean esta vez de su jefe.

El sol cada vez se escondía más tras las montañas. Nicholas palpó el hombro de Cintya llamando su atención.

—¿Hay algún hotel o casa cerca donde podamos refugiarnos esta noche?

—Cerca de Butte hay un motel de carretera parecido al de anoche — pronunció aún mosqueada—. Está a poco más de una hora y media de aquí.

Nicholas asintió y elevó un poco más el tono de voz.

—¿Cómo vamos de gasolina? —preguntó hacia Christopher.

—Queda poco más de un cuarto... —No pudo continuar.

El golpe fue excesivamente fuerte haciendo que todos cayesen hacia un lado, sacando el todoterreno de la carretera. Scott cayó hacia Cintya sujetándose contra la pared, colocando su cuerpo ante ella.

—¡Joder! —gritó Nicholas—. ¿Pero qué cojones pasa?

Otro fuerte golpe hizo que el coche saliese despedido contra un árbol. Aquel golpe fue mucho más fuerte que el anterior.

—¡Christopher! —gritó Nicholas desde atrás como si tuviese algo que ver.

Scott sujetó a Cintya contra él intentando evitar que se dañase. Cuando el vehículo chocó contra el árbol otra vez la miró directamente a los ojos.

—¿Estás bien? —preguntó rodeándola aún con un brazo. Ella asintió asustada. Scott se giró hacia atrás, hacia la puerta abollada y se quedó totalmente absorto—. Mierda. ¡Lobos! —gritó mientras se llevaba la mano al cinturón para coger una daga.

10

Nicholas se incorporó con premura y miró a través de la ventana.

—¡Lo que nos faltaba! —gritó extrayendo su arma. Se fijó en que Scott aún cubría con su cuerpo a Cintya que permanecía medio recostada contra la puerta—. Scott, Dean —gritó mientras fijaba la mirada en el lobo que tomaba carrerilla de nuevo—. ¿Tenéis el antídoto puesto?

—Me lo puse hace unos siete meses —respondió Dean mientras se arrodillaba en el asiento para coger su arma.

—Yo hará más de un año —aclaró Scott—. ¿Sirve, verdad? —preguntó mirando a Nicholas.

—No creo que caduque —respondió Nicholas introduciendo un cargador en la pistola. Luego miró hacia Cintya que intentaba incorporarse en el asiento para mirar, aunque Scott no le dejaba, pues no paraba de presionar su hombro para mantenerla recostada—. ¿Tenemos antídotos?

—Unos cuantos —gritó Christopher intentando arrancar el motor—. ¡Mierda!

En ese momento la puerta trasera salió despedida apareciendo tras ella otro lobo que rugió hacia ellos.

Scott miró de reojo a Cintya que comenzaba a gritar y se dio impulso golpeando con una fuerte patada al lobo haciéndolo volar varios metros hacia atrás.

—¡No arranca! —gritó Christopher que no dejaba de girar la llave del coche.

En ese momento varios lobos aparecieron ante el todoterreno.

—Tenemos compañía —Les avisó Dean mientras extraía medio cuerpo por la ventana y comenzaba a disparar en dirección a los lobos.

Scott rugió mientras salía del todoterreno, aunque se giró un momento antes de abalanzarse contra el lobo que corría hacia ellos.

—¡No te muevas de ahí! —gritó a Cintya que permanecía hecha un ovillo contra la puerta. ¿Y adónde quería que fuese?

Scott corrió hacia el lobo que se dirigía hacia ellos y se estrelló contra él de costado, haciendo que frenase su embestida contra el coche, mientras el resto de sus compañeros salían también del todoterreno.

Nicholas bajó de un salto a través de la zona sin puerta del todoterreno que acababa de arrancar el lobo y se agachó para evitar las garras de este.

Scott empujó al que había contenido y consiguió suficiente distancia con él para impulsarlo de nuevo de una patada.

Se giró hacia observando que una manada compuesta de unos quince lobos corrían en su dirección. Miró directamente a Cintya, que permanecía en el interior del coche asustada y arrinconada contra la única puerta que quedaba en la parte trasera del todoterreno. Lo primordial era protegerla, pues ya se imaginaba lo que pretendían.

Sacó una daga con cada mano y miró a la manada que se dirigía hacia ellos.

—¡Contenedlos! —gritó mientras corría hacia los lobos para intentar pararlos. Sabían que si llegaban hasta ella la matarían sin contemplaciones. No iba a permitirlo.

Al momento, sus compañeros le siguieron estrellándose contra los lobos, pero el problema es que les superaban bastante en número.

Scott se agachó y con una patada en la pierna del primer lobo lo tiró al suelo. Saltó sobre él y clavó la daga directamente en su pecho.

No pudo evitar mirar hacia el horizonte, donde el sol ya se escondía del todo y la oscuridad comenzaba a reinar en la zona. No creía que pasase mucho tiempo antes de sufrir también el ataque de los vampiros.

Sacó su arma y disparó con la pistola a otro de los lobos que se dirigía hacia el todoterreno.

Rodó sobre el asfalto arrojando a otro de los lobos. Se incorporó sobre él, pero justo cuando elevaba sus brazos para clavar la daga el lobo lo impulsó hacia atrás haciéndolo volar por el aire hasta caer sobre el asfalto y rodar.

Rugió y se levantó de inmediato enfadado, con la mirada clavada en el lobo que se incorporaba y adoptaba una posición de ataque. Iba a salir disparado de nuevo hacia él cuando el grito de Cintya le disuadió girándose de inmediato. En ese momento vio que varios lobos más, desde el otro lado de la carretera, se acercaban al todoterreno, justo al hueco que había quedado al arrancar el primer lobo la puerta.

Los estaban rodeando.

—¡Nicholas! —gritó hacia el compañero que tenía más cerca llamando su atención. Al momento salió disparado hacia los lobos que iban directos al todoterreno, hacia una Cintya realmente temblorosa. Disparó derribando al primero pero el segundo de ellos se colocó ante Cintya rugiendo. Alargó su mano para cogerla justo cuando Scott llegó hasta él y de un empujón lo hizo volar por el aire hasta aterrizar varios metros alejados de ellos. Estaba claro que aquel todoterreno medio destrozado no era un buen refugio para ella en esos momentos.

—¿Estás bien? ¿Te ha tocado? —gritó hacia ella mientras se giraba y comenzaba a disparar a todos los lobos que se acercaban.

—Sí —balbuceó.

—Sí, ¿qué? —gritó Scott sin dejar de disparar. En ese momento Nicholas se colocó a su lado para intentar contener la emboscada, disparando sin cesar.

—Que estoy bien, y no, no me ha tocado —gritó ella de los nervios.

Christopher y Dean se encontraban unos metros a la derecha conteniendo la primera manada, pero cuando Scott se giró hacia su izquierda no le gustó nada lo que vio. Otra manada se dirigía hacia ellos por el otro lado.

—¡Mierda! —gritó disparando en aquella dirección—. ¡Nos rodean! —Avisó al resto de sus compañeros para ponerlos al tanto.

Cintya se incorporó en el asiento para mirar hacia detrás, colocándose de

rodillas. Lo que Scott había dicho era cierto. Otra manada se acercaba en sentido contrario. Iban a rodearlos.

Justo en ese momento la puerta de su lado salió disparada. Gritó agachándose justo cuando un lobo elevó la puerta y la arrojó hacia el otro lado.

No lo pensó ni un segundo. Scott se giró rápidamente entrando de un salto en el todoterreno. Se colocó ante Cintya que se apartó rápidamente para dejarle paso, se sujetó al agarra manos y golpeó con sus piernas al lobo que salió disparado.

Retrocedió en el asiento colocando sus brazos abiertos para protegerla, notando el cuerpo de Cintya tras de él. Varios lobos más aparecieron por ese lado. Ahora sí que se encontraban totalmente rodeados.

—Joder —susurró cuando vio que uno de los lobos corría hacia ellos. Se giró, cogió a Cintya de la cintura sujetándola contra él y saltó con ella del todoterreno. Se sujetó al coge manos del techo e hizo girar su cuerpo junto a ella saliendo de este, girando lo suficiente para evitar la embestida del lobo que atravesaba el todoterreno en aquel momento intentando atraparla.

La colocó contra la carrocería del todoterreno, notando la respiración agitada del ella y tuvo que moverse rápidamente con Cintya de nuevo para evitar las garras de otro de los lobos que se había acercado, aunque este fue neutralizado con el disparo de Nicholas.

Scott soltó a Cintya que cayó al suelo, pues sus piernas temblaban en exceso. Iba a cogerla cuando tuvo que esquivar las garras de otro lobo. Lo impulsó alejándolo con una patada y la cogió del brazo para ponerla en pie.

—¡Nos tienen rodeados! —gritó Nicholas. Scott la colocó a su espalda mientras giraba de un lado a otro disparando sin cesar—. ¡Sácala de aquí!

Se giró un segundo para observar a su jefe.

—¿Qué?

—¡Sácala! Nosotros los contendremos.

—¡Son demasiados! —gritó Scott de los nervios. Tuvo que girarse, coger a Cintya y obligarla a que se agachase para esquivar a otro lobo que se acercaba por su espalda. Arrojó a Cintya al suelo sin cuidado y se abalanzó

sobre el lobo clavando la daga en el centro de su pecho.

—¡Hazlo! —gritó Nicholas—. ¡Es una orden!

Scott rodó sobre el suelo hasta Cintya y la colocó entre sus brazos directamente. No le gustaba tener que dejar a sus compañeros pero Nicholas tenía razón. Eran demasiados para ellos y tenían que protegerla a toda costa.

—¡Aléjala de aquí! —gritó Nicholas mientras de un puñetazo alejaba a otro lobo y con la otra mano disparaba sin cesar a todo el que intentase acercarse. Se giró un segundo hacia su compañero, el cual lo miraba no muy seguro—. No te preocupes.

Scott cogió con más fuerza a Cintya mientras la ponía en pie.

—¿Cómo nos encontraréis? —gritó Scott mientras contenía a Cintya junto a su pecho y con la otra mano disparaba a los lobos.

—Ella nos encontrará a nosotros —pronunció Nicholas. Dicho esto se giró para noquear a otro de los lobos con la pierna, sacó su daga y la clavó en su pecho—. ¡Vamos! ¡Vete!

Scott se fijó en sus compañeros. Dean y Christopher luchaban contra la primera manada reteniéndola, pero tras él, había otra manada.

Miró hacia los lados buscando una vía de escape. Guardó el arma con decisión en su cinturón y sujetó con fuerza a Cintya con sus dos brazos.

—Sujétate a mí —pronunció con urgencia.

Ella se abrazó con fuerza a él mientras gemía.

Scott se movió hacia los árboles cogiendo la mayor velocidad posible. Ella se obligó a cerrar los ojos. Lo había visto moverse a aquella velocidad mientras luchaba y, ahora, corría por el bosque a una aún mayor, mientras el resto del equipo se quedaban atrás conteniendo a los lobos para que no les siguiesen.

Solo tuvo que esquivar unos cuantos lobos para encontrar en camino libre, pero sabía que no podía detenerse allí, debía alejarse lo máximo posible, pues aunque confiaba en sus compañeros y en que lograrían retenerlos no sabía cuando lobos más podían estar esperando para atacar.

Malditos fuesen. Mientras corría y sujetaba a Cintya con fuerza contra él

recordó a la manada de Banff, a los que consideraba ya sus amigos. Qué diferente se veían aquellos lobos a Alex, Aaron, Philippe... Sentía empatía por ellos, pero sin embargo, la manada que ahora los atacaba estaba dispuesta a acabar con su vida y arrebatarse a Cintya. No iba a permitirlo.

Siguió corriendo sin cesar, atravesando el bosque, esquivando los árboles y saltando sobre las piedras mientras escuchaba la respiración acelerada de ella.

Cintya permanecía agarrada a él con fuerza, con su frente apoyada sobre su hombro sin abrir los ojos, notando como el aire que generaba la velocidad de Scott hacía que sus cabellos volasen hacia delante.

Perdió la noción del tiempo, no supo cuanto rato estuvo en aquella posición, sujeta a él, solo que cuando finalmente se detuvo ya era noche cerrada.

Scott permaneció abrazándola durante unos segundos, asegurándose de que no hubiese peligro cerca. Cuando estuvo más o menos tranquilo la colocó ante él y apartó los mechones caoba de su rostro con delicadeza, aunque bastante nervioso.

—Eh, ¿estás bien?

Ella tragó saliva, aún sin ser consciente de lo que había ocurrido. Pese a llevar mucho rato corriendo junto a él no había tenido tiempo de procesarlo.

Ella asintió mientras comenzaba a temblar.

—Eh, Cintya, mírame —dijo colocando las dos manos en sus mejillas para observarla.

—¿Te han herido? ¿Han llegado a tocarte?

—No —gimió ella mientras intentaba contener el llanto.

Scott suspiró y esta vez la abrazó aliviado mientras con un brazo rodeaba su cintura y el otro acariciaba su cabello intentando calmarla.

—Tranquila, aquí no podrán cogernos. ¿Hay lobos por la zona? —preguntó nervioso.

—No —gimió contra su pecho, aún recuperando el aliento.

En ese momento Scott no se contuvo más y besó su frente, el tenerla

atemorizada entre sus brazos le generó un sentimiento de protección tan fuerte que hizo que su pulso se incrementase.

—Tranquila —susurró mirando de un lado a otro—. ¿Y vampiros? —preguntó con un tono más relajado. Al momento supo que algo no iba bien, pues la espalda de Cintya se puso erguida. Apartó la frente de su pecho y lo miró directamente a los ojos con terror.

—Sí, vampiros sí —susurró.

No tuvo ni tiempo a reaccionar. Ambos salieron despedidos contra uno de los árboles chocando con fuerza, aún así no la soltó.

El golpe fue duro para ella, aunque la mayor parte se la llevó él. Iba a girarse cuando de una patada lo impulsaron hacia un lado.

Scott rodó sobre la tierra húmeda pero acabó incorporándose de rodillas para frenar la embestida. Varios vampiros aparecieron ante él de entre los árboles.

—Cintya, ¡ven! —gritó corriendo en su dirección, aunque un vampiro se colocó ante él frenándole el paso, lo esquivó a duras penas y ni siquiera se detuvo a acabar con él, sino que siguió corriendo hacia ella que en ese momento se levantaba.

—¡Scott! —gritó cuando comenzó a correr en su dirección.

Iba a llegar hasta ella justo cuando desapareció de su vista. Tardó un segundo en localizarla. Uno de los vampiros la había cogido y la llevaba a toda prisa a través del bosque. Oh, no, de ninguna forma iban a llevársela.

—¡Cintya! —gritó mientras salía despavorido hacia ese vampiro que la había echado sobre su hombro.

Tuvo que agacharse para esquivar las garras de un vampiro y al momento saltar sobre otro para seguir la carrera tras ese vampiro que cada vez conseguía alejarse más.

Incrementó su velocidad a la que tocó el suelo de nuevo.

—¡Scott! —escuchó que volvía a gritar.

—¡Cintya! —Le devolvió el grito mientras corría sin cesar esquivando los árboles, aumentando su velocidad lo máximo posible.

Tuvo que bordear varios árboles haciéndole perder unos segundos para esquivar a los vampiros.

Sacó una daga con cada mano y sin dejar de correr ni perder aquella silueta cada vez más alejada derribó a dos vampiros que se cruzaban en su camino.

No iba a perderla de ninguna forma. Aumentó más su paso, hasta un límite que jamás había conocido, intentando acercarse, esquivando todos los árboles que aparecían a gran velocidad hasta que de repente se obligó a frenar cuando un precipicio apareció ante él.

Frenó al borde de este teniendo que guardar el equilibrio. Dio un paso atrás y observó hacia el horizonte. Debía haber unos veinte metros de desnivel. Se fijó en el bosque que se iniciaba en la falda de la montaña y le pareció intuir varias figuras corriendo entre los árboles.

Elevó la mirada y, entre la oscuridad, le pareció ver algo de luz. Una ciudad destruida emergía tras el bosque. Uno de aquellos altos edificios parecía albergar algo de luz. Estaba claro que si el vampiro había tomado aquella dirección se dirigirían hacia aquel lugar, sin ninguna duda.

Notó como la furia se apoderaba de él mientras recordaba como Cintya se había abrazado a sus hombros mientras corría por el bosque, como había apoyado su frente contra él. Si algo tenía claro es que aquello había sido planeado. Los lobos habían atacado primero de una forma brutal y, tras distanciarse con ella, los vampiros habían tenido su turno. Aquello había sido preparado sin ningún tipo de duda y no pensaba quedarse de brazos cruzados.

Cintya le gustaba, demasiado. No iba a negárselo más y no iba a permitir que nadie se llevase a la mujer de la que se estaba enamorando. Jamás había sentido una ira como aquella. Acabaría con todos los vampiros que se la habían arrebatado y los que la tuviesen retenida aunque tuviese que hacerlo solo.

Sujetó con más fuerza las dagas en su mano, tomó carrerilla y se arrojó por el precipicio sin pensarlo. La encontraría y volvería a tenerla a su lado costase lo que costase, aunque tuviese que batallar con un centenar de vampiros. Jamás se había sentido tan letal como en aquel momento y no dudaba en que arrasaría con todo lo que se interpusiese en su camino hasta dar con ella y volver a tenerla entre sus brazos.

No supo cuanto tiempo había pasado en aquella habitación oscura, iluminada solo por la tenue luz de una vela titilante. Sabía adónde la habían llevado. Aquella ciudad destruida era Butte, lo había visto en el cartel a la entrada de esta.

Tras atravesar el estado de Utah e Idaho, se encontraban ya en Montana. Pero sin duda, aquel buen ritmo que habían mantenido todo el día se había interrumpido por la repentina emboscada.

Recordó las palabras del vampiro: *La quiere viva*, y luego la respuesta que le habían dado al otro lado: Mabus era quien la quería.

Al menos, no la matarían, pero aquello no la tranquilizaba. Al contrario, los incrementaba, sabía para lo que Mabus la necesitaba y lo que haría con ella para intentar sacarle la información.

Las horas pasaban más lentas de lo que deseaba. Pudo ver la vela reducir su tamaño con el paso de los minutos. Perdió la noción del tiempo hasta que escuchó unos pasos tras la puerta.

Se puso en pie apoyándose contra la pared de aquel edificio, en aquella habitación sucia y totalmente vacía. La puerta se abrió con brusquedad chocando contra la pared.

Dos vampiros irrumpieron en la habitación dirigiéndose directamente hacia ella.

—¡No! —gritó mientras se removía intentando huir de ellos—. ¡Dejadme! ¡No conseguiréis nada de mí!

La arrastraron hacia fuera. El pasillo, al igual que la alcoba donde había estado, se encontraba destruido, de hecho, por lo que había visto mientras la llevaban hacia allí, aquel era uno de los pocos edificios que se mantenía en pie tras el terremoto que había sacudido la zona. Varios vampiros vigilaban el pasillo, de hecho, muchos de ellos dilataron sus fosas nasales cuando ella pasó cerca. A muchas de las habitaciones le faltaba alguna pared o estaban llenas de escombros.

Bajaron las escaleras sujetándola, haciéndole tropezar varias veces, aunque los vampiros la sujetaban con fuerza por los brazos y no la dejaron

caer.

—¿Adónde me lleváis? —gritó retorciéndose mientras seguían bajando.

Ninguno de ellos respondió.

No sabía en qué planta la habían retenido durante todo el rato, pero intuía que debía ser una segunda planta, pues era el segundo rellano que pasaban.

Uno de los vampiros abrió una puerta y descendieron por unas escaleras esta vez más estrechas, iluminadas solo con las luces de emergencias que emitían un parpadeo intermitente. Identificó de qué se trataba. Aquel edificio debía pertenecer a una comunidad y la bajaban a uno de los garajes subterráneos.

Vio en el primer rellano que la puerta marcaba en número uno, aún así no la abrieron, siguieron descendiendo mientras se cruzaba con más vampiros.

No fue hasta el tercer subterráneo que el vampiro abrió la puerta y con un empujón la hizo entrar a trompicones.

Ella se giró para observarlos. Otro vampiro la sujetó con fuerza del brazo y la arrastró.

Allí había algo más de claridad. Las luces de emergencia, de un color anaranjado, se entremezclaban con las decenas de velas encendidas por todo en amplio subterráneo.

Estaba en lo cierto. Aquello era el parquin de una comunidad, pues a su derecha había una rampa lo suficiente ancha como para los vehículos pudiesen ascender planta tras planta hasta la puerta de salida.

Se fijó en las columnas a cada lado, formando pilares y, cómo las plazas de los coches estaban delimitadas con pintura blanca, formando rectángulos de diferentes tamaños.

La condujeron hasta un lado del garaje y en ese momento se le cortó la respiración. No lo había visto nunca, pero supo al momento de quién se trataba.

Un hombre de treinta y pocos años, vestido con túnica negra larga esperaba tras una alargada mesa. Sobre ella había botellas de vino, algo de fruta y dos copas.

Centró la mirada en él. Tenía el cabello castaño, sus ojos eran de un color claro. Su rostro dibujó una sonrisa mientras observaba a la muchacha que los vampiros arrastraban hacia él.

La miró maravillado hasta que la colocaron al otro extremo de la mesa y la soltaron de malas formas.

—Cintya —susurró él con fascinación. Ella se removió inquieta y miró con odio a los vampiros que se permanecían a su lado custodiándola.

Finalmente Cintya se dignó a mirarlo.

—Mabus —susurró con odio.

Aquello hizo que él sonriese más. Ladeó su rostro hacia ella, pensativo, y dio un paso a un lado para rodear la mesa, pero ella retrocedió intentando huir, aunque chocó contra un vampiro que le frenó.

—Buen trabajo, Drake. —Miró al vampiro y esta vez sonrió. El vampiro aceptó el agradecimiento—. Es toda una satisfacción tenerte aquí.

—Lamento no poder decir lo mismo —respondió un tono de voz más fuerte, mirándolo fijamente.

Aquel comentario hizo incrementar la sonrisa de él.

Se medio sentó sobre la mesa, en actitud despreocupada, y unió sus manos mientras la miraba reflexivo.

—Veo que sabes quién soy —comentó. Puso su espalda más firme—. Tú y yo tenemos algo juntos que hacer —susurró.

Ella intentó dar otro paso hacia atrás aunque el vampiro la cogió por los hombros reteniéndola.

—Yo no tengo nada que hacer contigo.

Mabus movió su rostro como si no estuviese muy seguro. Sonrió y se puso en pie. Comenzó a dar pasos lentos hacia ella, mientras Cintya comenzaba a temblar. Se puso justo en frente y se acercó a su rostro.

—Y tanto que sí —susurró junto a su oído de forma siniestra. Ella giró su rostro para observarlo, enfrentándose a una mirada cargada de ira. Había estado en lo cierto todo ese tiempo, Mabus era uno de los jinetes, la destrucción transformada en hombre. Mabus pasó su mano por su rostro

apartando un mechón de cabello caoba de ella—. No tienes por qué tenerme miedo. —Cintya tragó saliva y apartó su rostro de malas formas, mirándolo con odio, aunque a Mabus no le pilló por sorpresa aquel gesto y ni se inmutó—. Tú sabes algo que yo necesito.

—No pienso decirte nada —susurró atemorizada.

Mabus se quedó observándola.

—Vaya, vaya —rio como si le hiciese gracia la actitud de la muchacha—. Una oráculo peleona. —Miró a Drake con una sonrisa y le hizo un gesto con su rostro. El vampiro lo comprendió. La cogió del brazo y la impulsó con fuerza contra la mesa de madera haciendo que chocase y que parte de su cuerpo cayese sobre ella, derribando las copas de cristal que se estrellaron contra el suelo convirtiéndose en añicos—. Y tanto que lo harás —afirmó Mabus. Drake se acercó a ella por su espalda, aproximándose a su cuello y mostrándole los dientes.

Ella apretó sus labios mientras un gemido surgía de su garganta. Se removi6 intentando soltarse de las manos del vampiro que la retenían y la aplastaban contra la mesa.

—Mátame —Le sugirió ella—. No conseguirás nada de mí. Nada.

Mabus se sentó de nuevo sobre la mesa con total indiferencia hacia el sufrimiento y el dolor que le causaba el vampiro, que sujetaba con fuerza sus brazos por detrás.

—No tengo intención de matarte —confesó—. Me eres demasiado útil —Le sonrió. Ella volvió a retorcerse—. Pero el sufrimiento... —Le susurró amenazante, acercando su rostro al suyo—, el dolor... puede ser peor que la muerte.

Ella gimió y apartó la mirada de él apoyando su frente contra la mesa, intentando calmar su respiración.

—El cuerpo humano siempre tiene un límite —comentó él—. ¿Quieres probar dónde está el tuyo?

Ella volvió a gemir cuando el vampiro cercó su mano con más fuerza amenazando con desencajarle el hombro.

Cintya se giró con furia para observarlo, con la mirada determinada.

—No te tengo miedo —Le escupió—. Ellos vendrán a buscarme.

Mabus parpadeó varias veces.

—¿Ellos? —rio—. ¿Te refieres a los cazadores? —pronunció con sorna.

—Sí. Acabarán contigo. Lo sé —aseguró.

La miró con indiferencia.

—¿Lo sabes? —preguntó insinuante.

—Sí —respondió.

Mabus chasqueó la lengua mientras se cruzaba de brazos, aún sin cambiar su posición.

—Verás, tus amigos... me son indiferentes. Me da igual que estén vivos o muertos. No representan una amenaza contra mí. Ahora bien...

Ella se quedó pensativa mirándolo, Mabus la observaba con una extraña sonrisa enigmática, sin acabar la frase.

—La lanza del destino —susurró ella. En ese momento él la miró seriamente—. No sabes dónde está. Por eso me necesitas. Es lo único que puede matarte. Quieres destruirla.

Mabus se levantó y la miró con una fingida sonrisa.

—Ya te he dicho que tú y yo teníamos algo que hacer juntos. Pero no pienses que es lo único que me importa —pronunció acercándose más—. Hay algo más.

—Solo hay una persona que puede empuñarla.

Mabus rio y estuvo a punto de dar una palmada.

—Bien, muy bien... veo que has ido al otro lado en busca de respuestas —susurró. Miró a Drake y volvió a señalarle con un movimiento de su rostro a que la pusiese firme. Drake la cogió y la colocó de pie. La respiración de Cintya era agitada, mientras miraba hacia los lados comprobando los vampiros que había allí. No eran muchos en aquel subterráneo, pero en las plantas superiores era diferente. Tenía un pequeño ejército montando vigilancia—. Eso me gusta. Me gusta que ya estés instruida. No me gustaría perder el tiempo explicando todas esas sandeces.

Ella tragó saliva y lo miró con temor.

—No sé dónde está —admitió.

—Eso ya lo sé —respondió seguro de sí mismo. Indicó a un vampiro que se acercase y este extendió un mapamundi sobre la mesa. Cintya tragó saliva.

El vampiro la soltó empujándola hacia la mesa. Ella se masajeó el brazo dolorido y lo miró con temor cuando le mostró una pequeña cadena.

—Aunque nuestras causas son muy diferentes, tú necesitas saberlo... y yo también —propuso mostrándole la cadena.

Ella apretó los labios mientras observaba el colgante. Era una fina cadena de oro, con una piedra azul redonda.

Se quedó observándola. Aquello era lo único cierto que Mabus había dicho. Ella necesitaba encontrar aquella daga para poder matarlo, y él la necesitaba para destruirla y evitar que pudiesen acabar con él.

—No lo haré —gimió—. No pienso revelarte la ubicación. Si no la destruirás.

Aquel comentario le divirtió.

—Cintya, Cintya... —dijo sentándose sobre la mesa de nuevo, como si tuviese todo el tiempo del mundo—. ¿No lo entiendes? Todo tiene un ciclo. Las cosas comienzan y terminan... Ya ocurrió con anterioridad. La Atlántida... lo que llamáis vosotros como el período cretácico... Y muchas más de las que ni siquiera sois conscientes.

—Pero la humanidad siempre sobrevive —dijo ella.

—¡Sí! —exclamó él. Luego se acercó con paso lento—. Yo no destruyo, ¿no te das cuenta? —preguntó con una sonrisa—. Con cada nuevo inicio de ciclo la humanidad mejora... se acerca a la perfección, a lo que está destinada a ser.

Ella lo miró con fuerza.

—Es una extinción —remarcó.

Mabus cogió su mano y colocó el colgante sobre ella.

—Pero necesaria —susurró intentando convencerla—. El mundo debe cambiar... y yo soy esa evolución. Nadie puede alterar los ciclos. Es la

naturaleza del universo.

Ella lo miró con temor.

—Ya lo detuvieron con anterioridad —pronunció ella—. No es la primera vez que estás aquí...

—Es cierto —apuntó él—. Ni será la última. Como te he dicho, es un ciclo, y este ciclo ha llegado a su fin.

Ella ladeó su rostro hacia él.

—¿Y eres tú quién decide eso? —preguntó con odio. Aquel comentario hizo que él riese más, incrédulo por los comentarios de ella—. Tú no eres nadie para decidir cuando la humanidad debe extinguirse.

—¿Ah, no?

—No. Hay gente buena que no se merece esto. A eso se reduce todo... la lucha entre el bien y el mal y tú... solo representas la oscuridad.

—La oscuridad debe existir para que haya luz. —Se cruzó de brazos—. Podría destruir el mundo entero ahora si quisiese...

—No, no puedes. Si no lo hubieses hecho —dijo ella con más fuerza. Luego lo miró fijamente—. No puedes porque el elegido sigue vivo. Esa es la luz. Por eso necesitas destruir la lanza.

Él se acercó con gesto furioso, como si comenzase a agotarse su paciencia.

—Y vosotros la necesitáis para acabar con esto —acabó rugiendo— ¿Quieres un mundo así, Cintya? Un mundo sacudido por terremotos, incendios, inundaciones... Eso es lo que le espera. Podemos estar así toda la eternidad, por mí no hay problema. —Se encogió de hombros y se acercó de nuevo a su rostro—. Pero como tú has dicho, nadie se merece eso. Tú necesitas esa arma y yo también. Si no das con ella... —susurró—, el mundo se acabará destruyendo, aunque con más lentitud. Tú... eres la única persona en el mundo que sabe dónde encontrarla. Dime ¿pretendes que este mundo agonice eternamente? —Ella tragó saliva consciente de que lo que decía era cierto—. A eso se reduce todo —repitió las palabras de ella—. Puedo ir persona a persona acabando con su vida como he hecho con tus compañeros, como he hecho con las grandes ciudades, nadie va a frenarme, o... —dijo cogiendo con delicadeza la mano de ella que sujetaba el colgante, colocándola sobre el

mapa—, podemos intentarlo los dos. Tú puedes intentar salvarlos y yo destruirlos. Dime, ¿qué escoges? —preguntó—. ¿Quieres probar? — Directamente movió la mano de ella haciendo que el colgante comenzase a formar círculos sobre el mapamundi. Mabus se puso a su espalda cogiéndola por la cintura, sin soltar su mano temblorosa. Se acercó a su oído y volvió a susurrar—. ¿Quieres salvarlos? —preguntó en un susurro. Ella gimió mientras observaba el colgante—. Dime, ¿dónde está la lanza del destino? —preguntó.

11

Scott permanecía de rodillas. Miró hacia atrás comprobando que nadie se acercase y echó la vista al frente.

Llevaba varias horas esperando. No iba a irse de allí sabiendo que Cintya estaba en el interior de ese edificio, pero confiaba en que sus compañeros apareciesen. No había ni rastro de ellos.

Inspiró mientras observaba la verja que rodeaba el edificio y volvió a introducir las dos dagas en el cinturón.

Bien, ya era hora de actuar. Sacaría de allí a Cintya costase lo que costase. No iba a detenerse a matar a todos los vampiros, aunque si por él fuese lo haría. Su prioridad era sacarla de allí. Haría una operación rápida. Entrar, cogerla y escapar.

Abrió la pistola y miró las balas de la recamará. Solo tres. Suspiró y la colocó también en su cinturón. Aquello iba a ser una locura, la mayor locura que había hecho, pero lo cierto es que jamás había sentido una rabia tan grande como aquella. No sabía a cuántos vampiros debería enfrentarse. Aquello no le importaba. Arrasaría con todos sin dudarle un segundo hasta dar con ella.

Inspiró y corrió hacia la valla. Solo contaba con sus dos dagas y tres balas, aunque una sonrisa perversa inundó su rostro cuando se fijó en la cadena que permanecía cerrando la puerta de metal.

Aunque no era de plata estaba seguro que le daría un buen uso. Era larga y pesada y le permitía golpear a distancia. La cogió y la enrolló en su mano mientras miraba el edificio.

Estaba bastante destruido, incluso algunas plantas tenían una pared caída. Estaba prácticamente en ruinas, pero aquello le daba una idea de donde podían tenerla. Los vampiros no podrían permanecer en lo alto de esos edificios cuando se hiciese de día. Lo más seguro es que la mantuviesen retenida en un subterráneo donde los rayos del sol no pudiesen llegar.

Se agachó controlando la puerta de entrada del edificio. Lo había rodeado varias veces buscando otro acceso. Había encontrado varias puertas de parking a las que se accedía a través de una rampa del subsuelo. Podría haber derribado aquellas puertas sin problemas, pero no sabía en cuál de ellas estaría, y no quería ser descubierto hasta el último momento.

Por el contrario, en la puerta de acceso del portal que rezaba con el número cuatro habían varios vampiros vigilando la zona. Sabía hacia dónde dirigirse y lo que debía hacer para sacar a Cintya de allí.

Cogió con una mano su pistola y con la otra sujetó con fuerza la cadena de hierro que había enrollado en su mano varias veces, dejando que poco más de un metro colgase de ella.

No lo pensó más y fue hacia el portal a paso acelerado. Nadie le quitaría a la mujer de la que estaba enamorando. Nadie.

Ralentizó su paso cuando se colocó frente al portal, observando en aquella tenue oscuridad, solo quebrada por la suave luz que emitían unas velas colocadas al final del pasillo.

Dio un paso entrando en el edificio, mirando a cada lado, alerta. En la entrada había algunos buzones, todos con una gran cantidad de polvo en la parte superior. El suelo estaba repleto de polvo y tierra ocasionado por el derribe de partes del edificio, las paredes tenían algunos agujeros que permitían ver el interior de algunos pisos de aquella planta.

Se quedó estático cuando cuatro vampiros aparecieron al final del pasillo, pues seguramente estarían haciendo su ronda por aquella planta y habían sido alertados por el sonido de sus pasos. Elevó su arma hacia ellos, amenazante.

—¿Dónde está? —preguntó con furia.

Los vampiros gruñeron como si aquella intrusión no fuese de su gusto y caminaron hacia él adoptando posturas defensivas.

—Ella ya no es asunto tuyo —pronunció el primero.

Bien, ahora estaba seguro de que la mantenían retenida allí. Una sonrisa maliciosa inundó su rostro.

—Eso ya lo veremos —susurró con fuerza.

Los vampiros aceleraron hacia él, pero él no esperó. Se abalanzó directo hacia ellos. Cogió al primero por el cuello estrellándolo contra la pared mientras con el otro brazo golpeaba con la culata de la pistola el rostro de uno de ellos y salía despedido hacia la pared. Lanzó su puño contra el que mantenía sujeto que cayó al suelo mientras se agachaba para esquivar las uñas del otro que se acercaba y con una patada lo alejaba de él. El vampiro salió volando hacia atrás chocando contra una puerta y cayó al suelo.

Aprovechó para guardar su pistola y cogió una daga. Al menos, los golpes que daba con la cadena que tenía enrollada en la mano eran mucho más dolorosos que con su puño, incluso detectó como uno de los vampiros parecía aturdido. Tras luchar contra lobos y brujas los vampiros le parecían un juego de niños.

Uno de los vampiros intentó levantarse pero cogió su cabeza y la estrelló contra su rodilla. No iba a perder el tiempo matando a cada uno de ellos. Lo único que necesitaba era llegar hasta Cintya y salir de allí.

Dio una patada en el pecho de otro de los vampiros que intentaba levantarse y este gritó, pero tal era la ira que le consumía que se agachó y estrelló su puño de acero contra el rostro de él diversas veces hasta que este dejó de gritar cayendo inconsciente.

Rugió y se levantó mirando la puerta al final del pasillo donde había rebotado el primer vampiro que, en ese momento, permanecía aturdido por el golpe. Fue hacia este con el cuerpo en tensión, deseando acabar con todos los chupasangres que se interpusiesen en su camino. El vampiro comenzó a incorporarse mientras llevaba su mano al estómago, justo donde él le había golpeado, pero Scott salió disparado hacia él hundiéndolo su pierna en su pecho haciendo que cayese a un lado.

En ese momento escuchó el alarido de varios vampiros más y, un segundo después, la puerta contra la que había chocado el vampiro al que acababa de noquear se abrió de par en par. ¿De allí salían los vampiros? Aquello encajaba. Un subterráneo tal y como había pensado.

Se movió rápido esquivando las uñas del primero, apareciendo en su

espalda. Tomó impulso y golpeó su cabeza con el codo apartándolo. Cogió a otro de ellos por su ropa y lo impulsó hacia el lado, aunque no contento con eso colocó la mano en su rostro y con todas las fuerzas posibles golpeó la cabeza del vampiro contra la pared. No pudo ver cómo caía desmayado, pues con su otro brazo tuvo que frenar al vampiro que se acercaba. Lo golpeó con el puño y se giró en su dirección dando la espalda a la puerta abierta. Comenzó a golpearle con los dos puños, haciendo que el vampiro retrocediese hasta que finalmente cogió la daga y la clavó en su pecho mientras lo echaba al suelo. El vampiro se desintegró al momento.

Extrajo la daga de su pecho y se levantó lentamente, con los dientes apretados. Sabía que aquello no había hecho más que comenzar y que esos vampiros eran solo una pequeña muestra de los muchos que encontraría en su búsqueda.

Se dirigió a la puerta abierta pasando por encima de alguno de los vampiros malheridos. Uno de ellos comenzó a incorporarse delante de él, pero Scott arremetió con su puño sin dejar de avanzar echándolo de nuevo al suelo.

Rugió por los nervios acumulados cuando llegó a la puerta de acceso. Se fijó en que estaba poco iluminada. No había velas, solo la luz de emergencia activada en cada rellano.

Iba a avanzar cuando notó la brisa tan característica del vampiro en su nuca. Se agachó con un grito para esquivarlo, lo cogió por el pecho y lo tiró hacia delante estrellándolo contra la pared. El vampiro cayó sobre el suelo pero Scott avanzó y lo golpeó con una patada haciendo que cayese rodando por las escaleras hasta el siguiente rellano. Bajó rápido los escalones y lo golpeó directamente con la cadena sin frenar su paso.

Tuvo que quedarse quieto cuando visualizó a varios vampiros ante él, subiendo, alarmados seguramente por los gemidos de los vampiros a los que acaba de derribar.

Paró con su brazo el brazo del vampiro y con el otro puño lo estrelló contra su cabeza mientras lo echaba a un lado apartándolo de su camino. Aunque notó como alguien lo cogía por el brazo. Scott se movió rápido soltando al primer vampiro y cogiendo al que lo sujetaba. lo estrelló contra la pared y esta vez sí clavó la daga en el pecho. No había acabado de hundirla cuando tuvo que elevar su pierna para golpear a otro que se acercaba.

Extrajo la daga del pecho de aquel vampiro mientras al que acaba de golpear con la pierna perdía el equilibrio cayendo varios escalones, aunque logró apoyarse contra la pared.

Scott se movió rápido hacia él y comenzó a golpearlo con el puño enrollado en la cadena, aturdiéndolo. Se agachó para esquivar a uno de los vampiros que venían de la planta superior. Debía haber recuperado la consciencia. Lo golpeó con su pierna haciendo que cayese sobre las escaleras.

Scott se incorporó mientras daba un último golpe al que mantenía inconsciente en el rellano y se echó sobre el vampiro que acababa de atacarle clavando su daga en su pecho.

Intentó calmar su respiración, dosificar sus fuerzas mientras se ponía en pie de nuevo. Pudo escuchar los pasos rápidos de un vampiro, aunque esta vez no venían ni de arriba ni de abajo. Corrió hacia la puerta del rellano y tal y como el vampiro la abrió Scott la golpeó con la pierna haciendo que la misma puerta golpearase al vampiro echándolo hacia atrás.

Scott abrió la puerta con un grito de rabia y cogió al vampiro del cuello arrastrándolo hacia el rellano, lo golpeó en la mejilla con la cadena intuyendo que iba a atacarle y dejándolo así aturdido. Tal y como hizo eso clavó su daga en el pecho de él.

Resopló y no tuvo tiempo a respirar ni un segundo, pues escuchó como más vampiros subían por las escaleras. Estaba claro que la mantenían en la parte baja. Comenzó a bajar escalones rápidamente intentando ganar algo de metros hasta su próxima lucha.

Un vampiro entró desesperado por la puerta del subterráneo.

—¡Señor! —gritó atrayendo la mirada de Mabus que se encontraba a la espalda de Cintya, sujetándola por la cintura y haciendo que ella sostuviese el colgante sobre el mapa—. ¡Los cazadores! —gritó el vampiro alterado—. ¡Están aquí!

Mabus soltó a Cintya de inmediato, la cual se apartó de él enseguida, aunque al momento varios vampiros la rodearon. Miró a la muchacha con una

sonrisa de incredulidad y luego al vampiro que había entrado en el garaje gritando desesperado.

—Pues qué bien —ironizó Mabus.

Cintya miró directamente hacia la puerta por donde había entrado el vampiro. Sabía que vendrían a buscarla, que no la dejarían. Volvió su mirada hacia Mabus con determinación, mientras uno de los vampiros la sujetaba por un brazo para que no se alejase. Le sorprendió que lo único que hiciese Mabus fuese doblar con calma el mapamundi, guardarlo en su bolsillo y observar la cadena con la que había intentado localizar la lanza.

La guardó también, suspiró y se puso firme mientras miraba hacia la puerta de entrada al garaje, como si esperase que en cualquier momento entrasen los cazadores.

A Cintya le sorprendió aquel gesto tranquilo. Mabus sabía que vendrían a por ella, pero ni siquiera se alteraba o se ponía nervioso. Simplemente se quedó erguido mirando en aquella dirección, con las manos unidas delante de él y una media sonrisa de satisfacción en su rostro.

Scott tuvo que agacharse cuando uno de los vampiros lo embistió desde atrás, evitando así que le rebanasen el cuello. Se giró y paralizó con la mano en la que portaba la daga el otro brazo del vampiro. Con su otra mano lo estrelló con un movimiento rápido contra la pared y le golpeó con la cadena directamente en la nariz haciendo que el vampiro gritase de dolor. Lo cogió por el cuello y lo lanzó por las escaleras.

De la puerta del primer rellano salían más vampiros. No lo pensó. Lanzó la cadena hacia ellos golpeándolos, saliendo despedidos varios de ellos.

Agitó de nuevo la cadena y la lanzó hacia la parte alta, por donde veía que venían más vampiros desde la planta superior. Con aquel movimiento enrolló la cadena en el cuello del vampiro impulsándolo hacia delante, hacia la barandilla del rellano superior.

Agachó su rostro para ver que más vampiros subían de la planta inferior hacia él. Se sujetó con las dos manos a la cadena impulsándose hacia delante. El vampiro al que mantenía sujeto por el cuello con la cadena de hierro se agarró a la barandilla con fuerza para no salir despedido, cargando el peso de Scott mientras él, de un salto, bajaba hasta el siguiente rellano. Pateó a uno de los vampiros que lo esperaban allí haciendo que retrocediese y se llevase a

unos cuanto más contra la pared y volvió a coger la cadena con las dos manos impulsándola hacia abajo con todas sus fuerzas. El vampiro que se encontraba en el rellano superior cogido a la barandilla cedió a la fuerza que ejercía Scott en la cadena enrollada a su cuello y partió la madera cayendo.

Scott observó cómo se precipitaba por el hueco de la escalera hasta la planta inferior, aplastando a otro vampiro.

Desenrolló la cadena y con un sutil movimiento la hizo volver hasta su mano. Fue directo hacia el vampiro que había impulsado con el pie y volvió a golpearlo mientras seguía bajando escalones a toda prisa.

Llegó hasta el siguiente rellano cuando recibió un golpe que lo noqueó durante unos segundos golpeándolo contra la pared. Se repuso rápidamente y golpeó también el rostro del vampiro que se encontraba a su lado.

Se impulsó en él apoyándose en sus hombros y saltando por encima hasta el siguiente rellano de la planta. Se movió con rapidez apartándose de la trayectoria del vampiro y lo golpeó haciendo que cayese hacia atrás, sobre los escalones, justo cuando tuvo que elevar su pierna hacia otro vampiro que se dirigía en su dirección desde la planta inferior. Clavó su pie en el pecho de este que salió volando con fuerza contra la pared contraria, al final de esas escaleras.

En ese momento, el vampiro al que había impulsado contra los escalones se levantó arrojándose sobre él, haciendo que se estampase contra la pared que se descorchó ante la brutal embestida.

El vampiro intentó clavar sus colmillos pero Scott movió su cuello apartándose. En ese momento liberó su mano y golpeó su cuello, pero el vampiro se sujetó a él haciéndole perder el equilibrio y comenzaron a rodar por las escaleras, llevándose por delante a unos cuantos vampiros más que ya subían en su búsqueda.

Cuando dejó de rodar sobre los escalones y cayó al suelo comenzó a golpear con puñetazos a todos los que lo rodeaban. Elevó sus piernas y atrapó el cuello de unos de los vampiros mientras con sus manos apuñalaba al causante de que hubiese caído por las escaleras. No dudó en partir el cuello del vampiro que sujetaba entre sus piernas.

Golpeó de nuevo el rostro del vampiro que tenía a su lado y miró hacia las escaleras por donde bajaban dos vampiros más, seguramente los que iban

despertando tras la inconsciencia en la que los sumía a base de golpes.

Elevó su brazo e impulsó la cadena de hierro hacia ellos haciendo que perdiesen el equilibrio y cayesen los últimos escalones rodando.

Volvió a golpear el rostro del vampiro que seguía a su lado y a la que este lo soltó se incorporó colocándose de rodillas de un saltó y clavó la daga en el centro de su pecho.

No tuvo casi tiempo de reaccionar, pues los dos vampiros a los que había derribado con la cadena se abalanzaron contra él estrellándolo contra la pared, intentando sujetar sus brazos para que no pudiese defenderse.

Scott hizo toda la fuerza posible y se soltó de uno de ellos golpeando con la cadena enrollada en su mano su rostro y, con esa misma mano, la llevó directamente a la nuca del otro mientras elevaba su pierna e impulsaba su cabeza hacia abajo para acabar golpeándolo con su rodilla.

Aunque tuvo que dar unos pasos rápidos hacia atrás cuando las uñas de otro de los vampiros llegó hasta él amenazando con causarle un corte. Dio unos pasos hacia atrás mientras sujetaba con fuerza la daga. Se movió con rapidez y golpeó en el pecho al vampiro, haciendo que cayese al suelo. Clavó su daga y automáticamente tuvo que darse impulso para dar otra patada a otro que llegaba hasta él y que salió despedido con una tremenda fuerza contra la pared quedándose aturdido.

Scott gimió y perdió el equilibrio cayendo sentado sobre el vampiro que acababa de lanzar contra la pared. Tragó saliva, con la respiración acelerada, y miró hacia el rellano y las escaleras que ascendían, repletas de vampiros semiinconscientes. Algunos que comenzaban a despertar se quejaban por los golpes y sollozaban.

Se quedó unos segundos quieto intentando recuperar el aliento. Estaba hecho para la lucha, su resistencia era muy superior a la de cualquier humano, pero aquello había sido un sobreesfuerzo como ningún otro.

Se levantó de la espalda del vampiro cuando detectó que este se movía recuperando la consciencia. Directamente volvió a golpear su rostro noqueándolo antes de ponerse en pie.

Se había llevado unos fuertes golpes, pero sabía que en pocos minutos, gracias a su capacidad para regenerarse, estaría como nuevo.

Abrió la puerta mientras se pasaba la mano por una de las mejillas donde había recibido uno de los golpes y la cerró tras de sí. Sabía que no serviría de mucho, pero dobló el pomo dificultando la entrada de los vampiros con los que acababa de luchar y que recuperarían la consciencia en breve.

Unas pequeñas escaleras permanecían ante él y giraban hacia la derecha. Luego, estaba el enorme garaje. Bajó los escalones cuando vio que varios vampiros más esperaban allí, aunque se sorprendió cuando no salieron disparados en su búsqueda.

Su mirada se centró directamente en Cintya que permanecía sujeta por uno de los vampiros y que lo miraba aterrada, como si no esperase su intromisión allí.

—Scott —susurró ella. Intentó soltarse del vampiro pero este la retuvo a su lado con un movimiento brusco.

Scott respiró más tranquilo cuando la vio. Parecía magullada, pero estaba con vida, eso era lo que importaba, y por la suya que la sacaría de allí costase lo que costase.

—Vaya, Scott... —dijo una voz masculina. En ese momento centró su mirada en el hombre que había en el centro de la sala, rodeado de varios vampiros más. Vestía una túnica negra. Su rostro denotaba admiración—, qué alegría verte —ironizó.

Scott lo reconoció al momento. Sabía quién era, pero aquello no le acobardó, al contrario, le hizo hervir más la sangre. ¿Qué hacía él allí? ¿Mabus se encontraba en ese lugar? ¿Era quien retenía a Cintya? Sabía de lo que ese ser era capaz y que se trataba de un jinete gracias a Cintya. Era consciente del poder que poseía. Lo había visto en persona en Banff en uno de sus encuentros, y era conocedor de todas las catástrofes que estaba realizando por el mundo.

—El sentimiento no es mutuo —dijo mientras bajaba unos escalones, controlando a los vampiros y centrando la mirada en ella que a su vez lo miraba asustada.

Había ido a buscarla, sabía que lo haría. Cintya estuvo a punto de echarse a llorar cuando la leve claridad de las velas lo iluminó. Tenía el cabello castaño revuelto y un poco de sangre en su rostro.

Mabus permanecía muy sonriente y miró con suspicacia al vampiro que había entrado hacía pocos minutos gritando que los cazadores ya estaban allí.

—Has venido... ¿solo? —preguntó mirando de reojo al vampiro.

El vampiro tragó saliva, dio un paso atrás y agachó su rostro ante la clara insinuación de su señor.

Mabus volvió a mirar a Scott que permanecía paralizado en medio de las escaleras esperando algún movimiento.

—Será mejor que te marches —Le amenazó Mabus dando un paso al frente.

Scott suspiró y movió su cuello hacia un lado crujéndolo, preparándose para luchar de nuevo. No iba a marcharse. No sin ella, por mucho que un grupo de vampiros se interpusiese en su camino o un poderoso jinete del apocalipsis. No saldría de aquel edificio si no era con ella. Automáticamente desenrolló un poco la cadena de hierro que emitió un repiqueteo al chocar contra el escalón, dando por sentado que iba a hacer caso omiso a esa propuesta.

Sonrió y bajó el primer escalón.

—¿Mejor para quién? —respondió en tono amenazante.

Cintya miró de un lado a otro asustada, mientras el vampiro la mantenía aún sujeta.

Mabus observó a Scott bajar los escalones y colocarse ante los vampiros, preparado para luchar.

—Matadlos —ordenó Mabus—. A los dos.

Acto seguido se giró para alejarse dirección a la puerta trasera del garaje y abandonar el edificio. Al fin y al cabo ya tenía lo que quería, lo que realmente había deseado.

Drake siguió a su jefe mientras escuchaba como los vampiros comenzaban a gruñir amenazantes hacia Scott.

—Señor... —Mabus se giró mientras caminaba por el pasillo—. ¿A la chica también?

Mabus lo miró fijamente y dio unos pasos hacia él con una sonrisa.

—Síguelos —ordenó esta vez. El vampiro lo miró descolocado—. Insensato, ¿de veras crees que vais a poder acabar con él? —preguntó más amenazante—. Síguelos —ordenó de nuevo—, e infórmame de todos sus movimientos —dijo ya girándose. De repente desapareció de la vista de Drake.

Scott miró a los cuatro vampiros que tenía por delante y al que retenía a Cintya. Coincidió la mirada con ella un segundo, realmente era la mujer más hermosa que jamás había visto, pese a que tuviese el cabello revuelto y las ropas rotas. Se lanzó hacia ellos saltando hacia uno de los vampiros, golpeándole con el codo en la cabeza haciendo que se agachase. Se tiró al suelo y rodó arrojando al suelo a los otros tres vampiros.

Se arrodilló y tomó impulso con su brazo para lanzar la cadena hasta el pie del vampiro que sujetaba a Cintya, enrollándola. Tiró de esta arrojando al vampiro al suelo.

—¡Corre! —Le gritó señalando la rampa que subía hasta el garaje superior y volvió su mirada hacia los tres vampiros que ya se levantaban con miradas de odio.

El primero se abalanzó hacia Scott pero extrajo su daga y apuntó directamente a su corazón, aunque lo esquivó apareciendo a su espalda. Scott se giró saltando en el aire y de una patada lo arrojó contra una de las columnas del garaje.

Lo que vio a continuación no le gustó. Cintya corría en dirección a la rampa tal y como le había dicho, echando miradas furtivas hacia atrás para asegurarse de que él estaba bien, pero de repente uno de los vampiros de arrojó sobre ella tirándola al suelo.

Ella gritó intentando sacárselo de encima.

Scott se incorporó y corrió hacia ella pero una fuerza invisible lo desplazó hacia el otro lado golpeándolo contra la pared. Cayó contra el suelo gimiendo, el golpe había sido duro, y se había enfrentando con más vampiros que en toda su vida. Aunque comenzaba a sentirse agotado se puso en pie de inmediato pero el vampiro se abalanzó contra él golpeándole en la mejilla, haciendo que su rostro chocase contra la pared. Notó el sabor de la sangre en su boca y se giró para arremeter también contra el vampiro que lo golpeaba dándole un puñetazo en su rostro.

Iba a emplear su daga cuando otro vampiro sujetó su brazo y el primero se echó sobre él. Golpeó con su pierna al vampiro que sujetaba, lo soltó un segundo y aprovechó para golpearlo con fuerza arrojándolo contra el suelo.

El primer vampiro lo cogió por el cuello elevándolo, aprisionándolo contra la pared.

Escuchó un grito y giró su rostro lo suficiente para ver como el vampiro que se había echado sobre Cintya la había levantando reteniéndola contra ella y hundía sus colmillos en su cuello. Estaba claro que los vampiros intentarían acabar con ellos, pero antes se saciarían con su sangre.

—¡Aguanta! —gritó. Hizo acopio de todas las fuerzas que le quedaban e impulsó sus dos brazos hacia abajo, haciendo que el vampiro que lo retenía por el cuello lo soltase.

Asestó un puñetazo en el rostro del vampiro, pero aquel vampiro se aprovechaba del cansancio acumulado del cazador y le devolvió el golpe volviendo a estrellar el rostro de Scott contra la pared.

Automáticamente, giró a Scott y lo cogió por el cuello con su brazo, apretando.

Scott apretó con fuerza los dientes mientras llevaba sus manos hacia el brazo del vampiro que lo contenía, mientras observaba de reojo como el otro vampiro se levantaba con una mirada cargada de ira.

Notó la presión del brazo del vampiro cortando su respiración, intentando asfixiarlo. Giró su rostro levemente para observar como Cintya ponía los ojos en blanco mientras el vampiro seguía alimentándose con su sangre, ya sin que ella opusiese resistencia. Iba a matarla.

—¡Cintya! —rugió Scott.

Elevó su brazo en un acto desesperado haciendo que la cadena volase hacia el vampiro que la mantenía sujeta enrollándola en su cuello y tiró de él haciendo que al menos apartase sus colmillos de ella. Se impulsó hacia atrás apartándose levemente de la pared y apoyó sus pies en ella, aunque en vez de empujar lo que hizo fue dar unos pasos en la pared, darse impulso y rodar por encima del vampiro que lo mantenía sujeto logrando que lo soltase.

Cayó de rodillas tras la espalda del vampiro que permanecía asombrado con lo que había hecho. Lo primero que hizo fue coger con sus dos manos la

cadena e impulsar al vampiro que había mordido a Cintya lejos de ella, haciéndolo sobrevolar prácticamente todo el garaje.

Pudo ver como Cintya se removía dolorida en el suelo, llevándole la mano al cuello, sollozando.

Scott se puso en pie y asestó un puñetazo en la espada del vampiro que había intentado asfixiarle y salió impulsado hacia delante estampándose contra la pared. Fue hacia él, lo giró y clavó la daga en su pecho.

Ni siquiera esperó a que se desintegrara. Se puso en pie esquivando las uñas del segundo vampiro. Lo impulsó contra el suelo y clavó su daga.

Se fijó en ese momento en que el vampiro al que mantenía retenido por la cadena se movía rápidamente hacia ella, hipnotizado por el sabor de su sangre, queriendo acabar su cena.

Scott tiró de la cadena apartándolo del camino y atrayéndolo hacia él. El impulso fue fuerte y el vampiro salió disparado en su dirección. Scott lo paró colocando el pie en su pecho y directamente lo condujo hacia el suelo.

No tuvo tiempo de reaccionar, clavó directamente la daga en su pecho con todas sus fuerzas.

Soltó la cadena de hierro y corrió hacia donde ella se encontraba, tirada sobre el suelo. Extrajo su arma y apuntó a todos lados mientras se arrodillaba a su lado, fijándose en la puerta por dónde se había marchado Mabus.

Colocó una mano en la cadera de ella, aunque ella lo miró asustada, como si esperase que fuese un vampiro.

—Tranquila, soy yo —susurró con voz agotada, sin mirarle, observando cada rincón del garaje, preparado para disparar.

No había nadie, absolutamente nadie, ni siquiera Mabus.

Suspiró y centró su atención en ella que intentaba incorporarse.

—Eh, ¿estás bien? —preguntó apartando el cabello de su rostro para observarla a los ojos. Cintya estaba excesivamente pálida fruto de la mordedura. Su cuerpo temblaba de manera excesiva. La apretó contra él y Cintya cayó directamente sobre su pecho. Un largo suspiró salió de él cuando la abrazó y cerró los ojos para disfrutar de ese momento. Habían estado tan cerca...

Se obligó a ponerse alerta de nuevo y miró todo el garaje mientras aún la mantenía contra él. Ahí no había nadie, pero tras la puerta por la que había accedido a aquel sótano y que había doblado su pomo decenas de vampiros recuperarían la consciencia en breve.

La sujetó más fuerte y comenzó a ponerse en pie levantándola.

—Hay que salir de aquí.

Ella asintió mientras intentaba guardar el equilibrio.

—¿Estás mareada? —preguntó sin soltarla, sujetándola con un brazo por la cintura y con otro colocando su mano en su nuca para que le mirase. Le costó centrar la mirada en él pero finalmente lo hizo—. Pelirroja...eh —dijo llamando su atención mientras pasaba la mano por su mejilla golpeando levemente para que se centrara.

—Es... por la mordedura —susurró ella.

Estaba claro que sabía cuáles eran los efectos del mordisco de un vampiro, aunque se fijó en que ella se había quedado mirándolo fijamente y una mueca de disgusto atravesaba su rostro.

—Te han herido... —susurró mientras pasaba la mano por la mejilla de Scott, sobre el pequeño corte que tenía.

—No es nada. En diez minutos no lo tendré —Le informó quitándole importancia—. Tenemos que marcharnos —urgió. La apretó más fuerte contra él y miró hacia la rampa. Comenzó a caminar cargando prácticamente todo el peso de ella. Aunque estaba algo exhausto sabía que aquello era pasajero y que en pocos minutos se sentiría mejor. No pudo menos que volver a apretar a Cintya contra él mientras subía la rampa hacia la puerta de salida del garaje. La tenía junto a él, era lo único que le importaba en ese momento, y no permitirían que volviesen a quitársela. Nunca.

12

Scott no dejó de caminar a paso apresurado por la ciudad, observando de un lado a otro, siempre atento a cualquier movimiento. Con el paso de los minutos sus fuerzas tras la batalla se recuperaban y sus heridas se curaban.

Aún era noche cerrada cuando había derribado con una patada la puerta de una casa y entrado en aquel lugar abandonado con Cintya en brazos.

No había prácticamente luz, pero los antiguos propietarios de aquella casa debían hacer poco que se habían marchado dejando prácticamente todo allí. Depositó a Cintya sobre el sofá con cuidado, mientras se quejaba y se movió rápido por todo el comedor buscando el interruptor para encender la luz. Cuando lo encontró lo pulsó diversas veces pero no funcionaba. Se movió por el salón y la cocina con agilidad buscando algo con lo que iluminar hasta que en un cajón encontró unas velas y unos mecheros.

Encendió una de ellas a toda prisa y fue hasta el comedor. Cintya permanecía con los ojos cerrados, en la misma posición que la había dejado.

Se agachó a su lado depositando la vela sobre la mesa de cristal y pasó su mano por su mejilla.

—Eh... —susurró acariciándola. Cintya abrió los ojos levemente y miró de un lado a otro—. Estamos en una casa —Le informó.

Se incorporó para mirar pero Scott puso una mano en su hombro para que se reclinase de nuevo.

—¿Estamos a salvo aquí? ¿Hay vampiros cerca? —preguntó.

Ella tragó saliva y negó con su rostro.

—No.

—¿Y lobos?

—Tampoco —susurró.

Aquello tranquilizó a Scott que notó como sus músculos se relajaban. Se quedó observando como ella miraba al techo y volvía a cerrar los ojos. Las últimas horas que habían estado caminando por la ciudad destruida había recuperado un poco el color de su piel, pero aún no lo suficiente para que pudiese respirar tranquilo.

Se levantó y cogió otra de las velas que había encontrado encendiéndola con la llama de la primera. Sabía que en un par de horas se encontraría bien, pero había recibido algunos fuertes golpes y tenía arañazos por su cuerpo. Concretamente, se fijó en su hombro y en su frente. Ella no era como él, no sanaría tan rápido.

Dio unos pasos atravesando el comedor y fue hasta un pasillo. Abrió la primera puerta y encontró una habitación, seguramente de un niño, pues en el lateral había una cama pequeña y unos cuantos muñecos. Fue hasta la siguiente puerta y encontró el aseo. Se agachó ante el mueble debajo de la pica y lo abrió.

—Bien —susurró sujetando en su mano un bote de alcohol. Registró el cajón a consciencia encontrando también algodón.

Volvió al comedor y depositó la vela que acababa de encender al lado de la otra. En ese momento se fijó en el comedor. Era pequeño aunque decorado con estilo. Los que vivían ahí antes de la destrucción debía ser una pareja joven porque los muebles eran bastante modernos.

Se quedó observando a Cintya que abrió los ojos lentamente, como si hubiese detectado su presencia a su lado.

—¿Qué haces? —preguntó al verlo coger una botella.

—Es alcohol —explicó—. Tienes algunos rasguños.

Ella se quedó mirándolo fijamente mientras mojaba el algodón con el alcohol y cerraba la botella. Se acercó a ella y colocó el algodón sobre el rasguño que tenía en el hombro. Gimió un poco pero no se quejó más.

Paseó su mano por su cabellera rojiza acariciándola mientras miraba sus

enormes ojos marrón verdoso.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó en un tono tierno.

—Sí.

—¿Tienes ganas de devolver?

—No, solo un poco mareada y magullada.

Apartó el algodón del hombro y volvió a coger el bote ante la atenta mirada de ella.

—Mabus estaba ahí —continuó él con voz delicada.

—Sí. —Tragó saliva e intentó incorporarse pero Scott volvió a recostarla sobre el sofá para que no se moviese.

—No hagas esfuerzos.

Ella suspiró y durante unos segundos se quedó mirando el techo, pensativa.

—Mabus quería que le dijese la ubicación de la lanza del destino —Le explicó.

Aquello llamó la atención de Scott que la miró sorprendido.

—¿No lo sabe?

Ella negó.

—Colocó un mapa ante mí y me dio un colgante. Quería que la localizase para destruirla.

Aquello lo puso alerta y la miró con temor.

—¿Lo hiciste?

Ella negó débilmente.

—No, llegaste tú —gimió.

Él se quedó observándola y acarició su mejilla.

—Está bien —susurró de forma cariñosa.

Cintya inspiró con fuerza, como si se desahogase de todos los nervios que había sentido y miró a ambos lados.

—¿Y el resto de compañeros? —preguntó como si fuese consciente de

aquello en ese momento.

Scott cogió otro trozo de algodón y volvió a verter un poco de alcohol sobre él. Depositó el bote sobre la mesa y se acercó de nuevo a ella. Esta vez colocó su rostro sobre el de ella mirando el rasguño que tenía en la frente. Apartó su cabello con delicadeza y puso el algodón sobre la pequeña herida. Ella hizo otro gesto de dolor pero se contuvo al momento.

—No lo sé. La última vez que los vi fue cuando huimos hacia el bosque — admitió mientras pasaba el algodón con delicadeza sobre la piel herida.

Ella cogió su mano con delicadeza.

—¿Has... has venido tú solo? —preguntó sorprendida. Él la miró fijamente y asintió mientras secaba la herida. Se giró para dejar el algodón sobre la mesa ante la atenta mirada de ella—. Gracias —susurró.

Él le sonrió y se acercó de nuevo.

—No tienes que dármelas —pronunció en un tono suave mientras volvía a colocarse sobre ella para mirarla a los ojos mientras paseaba su mano sobre su cabello.

—Ha sido una locura... —dijo ella.

Él hizo un gesto gracioso con su rostro que despertó una sonrisa en los labios de ella.

—La mayor locura que he hecho —admitió él, y en ese momento se fijó en sus labios curvados en una tímida sonrisa.

Cintya llevó su mano hasta la suya que aún acariciaba su cabello y se la tomó, cogiéndosela con delicadeza. Se quedaron mirando fijamente. Ella era preciosa, delicada, todo lo que había deseado siempre. Su cabello caoba y ondulado remarcaba sus facciones tiernas, sus enormes ojos marrón verdoso. Cintya lo observó también, hacía poco que lo conocía, pero jamás había sentido una conexión tan grande con nadie como con él. La ternura con la que la trataba en esos momentos distaba mucho del chico que se había apoyado en la barra de la discoteca llamándola muñeca y que había luchado contra decenas de vampiros por mantenerla a salvo. Se fijó sus ojos verdes, en cómo caía un mechón de cabello castaño sobre su frente y pasó la mano por su mejilla inmaculada, en la que no había ningún rasguño, notando como comenzaba a estar áspera por una barba reciente.

No hizo falta ningún gesto más. Scott descendió lentamente sus labios hasta los suyos depositándolos encima con ternura, con suavidad. Sabía que ella estaba malherida y lo que menos quería era causarle algún dolor.

El beso fue extremadamente delicado, más de lo que esperaba ella. La suavidad que demostraba en aquel momento distaba mucho de la agresividad con la que lo había visto enfrentarse a todos.

Scott ascendió su rostro para observarla a los ojos, ella lo miraba de una forma cariñosa mientras seguía pasando la palma de su mano sobre su mejilla.

Ahora no había ninguna duda, estaba totalmente enamorado de ella.

Inspiró mientras miraba sus ojos de nuevo y volvió a descender sus labios sobre los de ella, esta vez en un beso más apasionado. Movi6 sus labios con delicadeza, degustando su sabor, su suavidad, mientras llevaba sus manos hacia sus hombros para acariciarla.

Cintya ascendió sus manos por su cuello hasta rodearlo para evitar que se alejase. Aquel beso era lo mejor que había experimentado nunca. Era la calma después de la tempestad que había vivido. Junto a él podía olvidar incluso en la situación en la que se encontraba, olvidar el sufrimiento que se estaba generando en todo el mundo.

Cintya abandonó su cuello y se abrazó a sus hombros cuando Scott aumentó la presión en sus labios mientras se incorporaba para acceder mejor a ellos, echando medio cuerpo sobre ella.

Se abrazó a él mientras notaba como las manos Scott ya descendían por su clavícula rumbo a su pecho con suaves caricias.

Scott paseó su lengua sobre sus labios obligándole a que los abriese para fundirse en un apasionado beso. Aquello le puso la piel de gallina e hizo que Cintya incrementase la fuerza de su abrazo.

Scott abandonó sus labios y comenzó a descender por su cuello mientras con sus manos viajaba por el cuerpo de ella rumbo a sus caderas. Las acarició y finalmente se colocó encima, tumbándose, internándose entre sus piernas.

Volvió a sus labios mientras notaba como ella pasaba su mano por el pecho de él, pero Scott necesitaba un mayor contacto y, ella también.

Se incorporó y se desabrochó la cremallera de atrás de su uniforme,

automáticamente sacó sus brazos y lo bajó hasta su cintura. Volvió a echarse sobre ella mientras Cintya colocaba la palma de sus manos sobre su pecho desnudo. Estaban frías a comparación con su cuerpo, pero no le importó, solo necesitaba sentir el cuerpo de ella junto al suyo.

No hacía falta que se dijese nada, que hablasen sobre lo que estaba sucediendo. Ambos tenían muy claro lo que querían.

Se apartó de sus labios de nuevo y volvió a su cuello mientras Scott introducía su mano bajo la camiseta y ella gemía al notar su tanto. No dudó en quitarle con delicadeza la parte de arriba y arrojarla al suelo.

La noche anterior ya la había visto en ropa interior antes de meterse en la bañera llena de hielo, pero los nervios por lo que iba a hacer no le habían dejado disfrutar de la visión. Ahora se daba cuenta de que era más hermosa de lo que esperaba.

Se dejó caer sobre ella notando piel contra piel, frío contra calor. Se fundieron en un apasionado beso mientras paseaba sus manos sobre el pecho de ella y descendían hasta su cintura, acariciándola con ternura.

Por circunstancias que ni siquiera comprendía, Cintya había aparecido en su vida y, ahora que la había saboreado, estaba seguro de que jamás iba a volver a dejarla escapar.

Volvió hasta sus labios fundiéndose en un apasionado beso en el que ella colaboraba, mientras paseaba sus manos sobre su espalda haciendo que la piel de él se erizase. Los labios de Scott estaban calientes, todo su cuerpo, y hacía que el cuerpo de ella ardiese en cada punto que sus cuerpos se encontraban.

Perdió la noción del tiempo mientras recibía las caricias de él, mientras acariciaba su cabello corto y sedoso. No fue consciente de cómo se había quedado sin toda su ropa, pero sí de cómo Scott se separaba unos centímetros de ella para acabar de quitarse el uniforme.

Acarició su cabello y besó sus labios mientras se colocaba sobre ella, internándose entre sus piernas, con unas ansias de tenerla para sí como jamás había sentido con otra mujer.

La besó de nuevo y sin apartar los labios de los suyos comenzó a introducirse lentamente. Cintya apartó sus labios para gemir, hecho que Scott aprovechó para volver a besar su cuello y descender su mano hasta su cadera

para apretarla contra él. No pudo evitar que un suspiro de placer se escapase de sus labios cuando acabó de hundirse en ella, cuando notó que lo rodeaba con sus piernas.

Comenzó a mecerse lentamente, con delicadeza, pues era consciente de que aún estaba malherida, pero a ella no parecía afectarle. Se abrazaba a él acompañándole en sus movimientos, correspondiéndole en cada beso y caricia con una total entrega.

Se incorporó para observarla a los ojos sin dejar de moverse. Cintya permanecía con los ojos cerrados, como si así pudiese disfrutar más de todo lo que le hacía sentir. Se fijó en como la luz de las velas se reflejaba en su cabello caoba, en su piel blanquecina, en sus labios entreabiertos por el placer y volvió a descender los suyos para fundirse en un apasionado beso mientras ella apoyaba su frente contra su hombro y su respiración se volvía agitada.

Paseó su mirada por su rostro tranquilo y no pudo evitar pasar un dedo suavemente sobre su mejilla.

La había dejado dormir mientras las horas pasaban. En aquellos momentos, el verla así de tranquila, con sus suaves rasgos relajados, su respiración calmada... era lo único que le daba paz en aquellos momentos.

Torció su rostro hacia la ventana, viendo que los tonos anaranjados ya iluminaban el horizonte. Pese a que ella había dicho que no había vampiros ni lobos cerca no había querido dormirse, prefería estar alerta.

Se puso en pie y acabó de abrocharse la cremallera del uniforme sin apartar la mirada de Cintya. Había hecho el amor de una forma que distaba mucho a cómo lo había hecho con otras mujeres. Donde solo había lujuria con ella había ternura, pasión y amor. Se puso el cinturón y colocó sus armas correctamente.

Pensar que habían estado a punto de arrebatársela... aquello lo consumía por dentro. Al menos, con el inicio de un nuevo día y la luz del sol podía respirar más tranquilo. Lobos y vampiros no los atacarían.

Se agachó a su lado y pasó la mano por su mejilla despertándola con

suavidad.

—Cintya... —susurró, aunque no pudo remediarlo y acabó besándole la frente. Cuando coincidió con sus ojos semi abiertos sonrió—. Hola —pronunció con ternura.

Ella se desperezó, aunque hizo un gesto de dolor.

—¿Estás bien? —preguntó ayudándola a incorporarse.

Se pasó la mano por el cuello y asintió.

—Sí, estoy bien.

—¿Mareada?

—No —pronunció con una sonrisa, aunque se dio cuenta de que la miraba preocupado. Recordó la forma en la que la había besado, en la que le había el amor y se medio sonrojo.

Scott detectó aquella mirada y sonrió.

—Lo de ayer... —comenzó Scott.

—Estuvo bien para descargar adrenalina —rio ella.

—Fue increíble —continuó él.

Ella se quedó contemplándolo fijamente. Scott la miraba con verdadera pasión. Por Dios, se había enamorado de aquel hombre. Ciertamente lo conocía de muy poco, pero las horas que había vivido junto a él habían sido muy intensas... en todos los sentidos.

—Sí —afirmó ella en un susurro mientras acariciaba su mejilla—, increíble —Y se acercó para besarle.

Scott la recibió de buen grado mientras apartaba el cabello de su rostro con delicadeza, besándola.

Se separó y sonrió hacia sus labios.

—Ya habrá más momentos —apuntó divertido—, pero ahora hay que irse —dijo levantándose.

Cintya solo se había puesto la camiseta aquella noche. Cogió los pantalones y se vistió.

—Tengo que dar con el equipo —Le informó mientras se sentaba a su lado y se calzaba las botas—. ¿Sabes dónde están?

Cintya acabó de vestirse y se calzó los zapatos también.

—Sí —dijo cogiendo su chaqueta.

Él se puso erguido y miró hacia la ventana.

—Ya no hay peligro. —La cogió de la mano y caminó con ella dirigiéndose a la puerta de salida. Cintya no pudo evitar echar una última mirada hacia atrás, mirando aquel sofá donde había hecho el amor con él. La casa estaba sucia y medio destruida, pero durante unas horas, junto a él, había olvidado el mundo que desaparecía a su alrededor.

Salieron de la casa y Scott miró a ambos lados de la calle.

—Bien, ¿hacia dónde hay que ir?

—No están lejos —comentó ella girando hacia la izquierda—. Vienen hacia nosotros.

—¿Están bien? —preguntó preocupado.

—Sí, todos están bien.

Se sintió aliviado y no pudo evitar echar un brazo por encima de sus hombros para acercarla a él.

—Lo que me comentaste ayer sobre Mabus... —comenzó Scott mientras miraba de un lado a otro—. Él sabe que existe un arma con el que podemos destruirlo.

—Y que solo puede empuñarla el elegido —continuó ella.

Scott suspiró.

—Tenemos que encontrarla antes que él —sentenció—. Es la única forma que existe de detenerlo.

—Lo sé.

Caminaron por la calle mientras el sol ascendía dotando de luz la zona, haciéndoles conscientes de la magnitud de la destrucción, con los edificios medio derrumbados y los coches estampados contra alguna farola caída o pared.

Se quedó quieto y soltó a Cintya cuando vio una moto. Fue directamente hacia ella y la puso en pie. Tenía la llave puesta.

—¿Funciona? —Ella asintió mientras se acercaba—. Al chico le pilló el terremoto conduciendo... —explicó—. Su familia fue de las primeras que dejaron Butte huyendo hacia los refugios. Lo dejaron todo atrás.

Arrancó la moto y la hizo rugir mientras una sonrisa se dibujaba en su rostro. Pasó su pierna por encima y se sentó encima.

—Vamos, pelirroja... —dijo con una sonrisa encantadora—, te llevo a dar una vuelta.

Ella sonrió y se subió en la parte trasera sujetándose a su cintura.

—¿Ya sabes conducirla?

Scott resopló y se giró hacia ella con una mirada incrédula.

—Por favor... —pronunció como si se sintiese ofendido por la pregunta—, sé conducir hasta un tanque —rio mientras volvía a dar gas a la moto—. Sujétate —dijo antes de arrancar y comenzar a recorrer las calles a más velocidad, tomando el rumbo que ella le había indicado.

13

Recorrieron durante más de media hora aquella larga carretera, mientras el aire azotaba sus cabellos hacia atrás.

Aquella zona era totalmente distinta a Utah. En Montana los árboles y los frondosos bosques poblaban las montañas.

Hizo derrapar la moto mientras Cintya se sujetaba con fuerza a su cintura y la detuvo frente al todoterreno negro de sus compañeros.

Scott se quedó mirándolo al igual que Cintya con la boca desencajada.

—¿En serio? —preguntó mientras colocaba el soporte para que la moto no cayese y bajaba de esta—. ¿Cómo habéis conseguido que arranque?

Se acercó mientras Christopher bajaba del asiento del conductor con una sonrisa, aunque cuando cerró la puerta esta chirrió.

El todoterreno estaba para el desguace. Faltaba una de las puertas traseras, la otra estaba bollada totalmente y sujeta por unas cuerdas que habían atado a los asientos traseros.

La chapa del motor estaba hundida hacia abajo y la luz derecha delantera rota.

Nicholas se bajó por la puerta del copiloto y cuanto intentó cerrar la puerta esta se quedó media abierta. Chasqueó la lengua mientras Dean también bajaba del asiento trasero y miraron a Scott con una medio sonrisa.

—Ya ves, atendíamos en clase de mecánica en el Pentágono —bromeó Dean.

—Menos mal que está asegurado a todo riesgo —ironizó Scott.

Nicholas sonrió y se acercó a su compañero para colocar una mano sobre su hombro.

—¿Cómo estáis?

Scott se giró para ver cómo Cintya bajaba de la moto.

—Bien, estamos bien —dijo volviendo la atención hacia su jefe.

—¿Tuvisteis muchos problemas? ¿O pasasteis buena noche?

Scott sonrió con algo de malicia.

—Las dos cosas —admitió, aunque cuando Cintya se colocó a su lado borró la sonrisa y se puso más serio—. Fue una noche movida.

—¿Os siguieron los lobos? —preguntó Dean.

Scott comenzó a reír incrédulo.

—Si hubiese sido solo eso —ironizó. Se giró para observar la moto y se cruzó de brazos—. ¿Qué hacemos con ella? ¿La dejamos aquí? —Luego ladeó su rostro hacia un lado—. Yo no me fío mucho del... del... de este trasto —acabó señalando el todoterreno.

Dicho y hecho. Habían amontonado las dos botellas de gasolina que les quedaban y las maletas en el lateral y habían subido la moto cruzándola.

Poco después habían iniciado la marcha de nuevo.

Scott, Cintya y Dean se habían sentado en el asiento trasero y al volante iba Christopher mientras Nicholas señalaba el desvío que debía tomar.

—¡No me jodas! —gritó Nicholas girándose hacia Scott.

Scott asintió mientras Cintya se pasaba la mano por los ojos agotada.

—Intentó que le dijese donde estaba la daga —admitió ella.

—¿Mabus? —repitió esta vez Dean mirándola fijamente.

—El mismo. Y... lo peor de todo... —Tragó saliva—, es que lo hubiese hecho si Scott no hubiese llegado en ese momento.

Scott pasó un brazo por los hombros de ella y la atrajo hacia él intentando reconfortarla.

—Lo importante es que no ocurrió —dijo Nicholas—. Buen trabajo. — Señaló a Scott que aceptó el cumplido. Se giró mirando hacia delante y se pasó la mano por su rostro agobiado—. Así que, ¿Mabus también la está buscando?

—Sabe que es la única arma capaz de acabar con él. Por eso la quiere. Si la encuentra primero la destruirá —prosiguió Cintya.

—Y adiós a todo nuestro plan de querer salvar el mundo —ironizó Christopher mientras giraba una curva.

—¿Te dijo algo más? —preguntó Nicholas mirando al frente, ya sin girarse.

—No, nada más. Al menos importante... Me soltó un rollo sobre que la humanidad ya había sido exterminada con anterioridad: la Atlántida, el meteorito de los dinosaurios...

—¿En serio? —preguntó sorprendido.

—Eso no me lo habías dicho —intervino Scott.

Ella se encogió de hombros.

—No creía que fuese muy importante. —Suspiró y miró hacia delante—. Me dijo que todo era un ciclo y que este había llegado a su fin.

—No si podemos impedirlo —pronunció Nicholas desde delante pasándose la mano por la reciente barba.

—También sabía lo de que solo existe una persona que pueda empuñar la lanza.

Todos suspiraron.

Christopher la observó a través del retrovisor.

—¿Te dijo algo sobre el resto de los jinetes? ¿Sobre Eligos?

Todos la miraron preocupados.

—No, no los mencionó.

Se quedaron en silencio unos segundos, intentando hallar la solución a todo aquello. Cintya notó como Scott, sin apartar su brazo de sus hombros comenzaba a acariciarla.

Nicholas se giró hacia ellos.

—¿Y luego? ¿Ocurrió algo más?

Cintya puso su espalda recta pero Scott intervino rápidamente.

—Nos escondimos el resto de la noche en una casa —pronunció con naturalidad—. Cintya sufría los efectos del mordisco y yo estuve un rato agotado por la lucha.

En ese momento Scott miró de reojo a Cintya que comenzaba a incrementar el tono de sus mejillas.

Al menos no había dicho nada, por lo poco que lo conocía sabía que no tenía ningún pudor para explicar esas cosas, y por un segundo había pensado que haría una clara insinuación sobre lo ocurrido entre ellos dos aquella noche, pero pudo relajarse cuando comprobó que no lo hacía.

—La ciudad estaba medio destruida y Cintya me aseguró que a aquella casa no iban a ir ni vampiros ni lobos aquella noche. —Apartó el brazo de ella y miró directamente a su jefe—. ¿Has pensado en lo que ocurrió ayer? La emboscada tenía que estar planificada —concluyó.

—¿Sabes a que manada pertenecían? —preguntó Dean mirando Scott.

—Alaska —dijo Cintya—. Los lobos venían de Alaska.

Todos resoplaron al escuchar aquello.

—Deben trabajar también para Mabus —comentó Christopher.

Christopher miró a su jefe.

—¿Aaron no te había dicho que conocía a la manada de Alaska?

Nicholas asintió.

—Hablaré con él cuando lleguemos a casa. Quizá, si son conocidos, pueda sonsacarle algo o averiguar los planes de Mabus.

Dean se sujetó al asiento de adelante para no salir despedido por el hueco que había dejado la puerta arrancada.

—Lo único que necesito es una buena ducha y un par de horas de sueño —susurró.

—Y tanto —Le dio la razón Cintya.

En ese momento Nicholas se giró hacia ella.

—Puedes usar una de nuestras habitaciones si lo deseas...

—No hará falta —interrumpió Scott—. Se vendrá a la mía —sentenció.

En ese momento las mejillas de Cintya se volvieron color carmín y lo miró con los ojos muy abiertos. ¿Cuando estaba más relajada saltaba justo con eso?

—¿Qué? —Le preguntó Scott con inocencia, ante la atenta mirada de todos sus compañeros y la de ella—. También querrás darte una ducha y dormir, ¿no?

—Ya... mmmm... —interrumpió Dean al ver las miradas entre ellos dos—. Si quieres, Scott, puedes venirte unos días a la habitación conmigo mientras le montamos una a...

—He dicho que no hará falta —respondió sin apartar la mirada de ella—, ¿verdad? —preguntó enarcando una ceja y luego una sonrisa inundó su rostro.

Cintya tragó saliva y lo miró fijamente. Bueno, al fin y al cabo tampoco los conocía mucho a ninguno de ellos, y realmente deseaba estar con Scott.

—Verdad —acabó diciendo ella con la voz tensa.

—Veis. Ningún problema con las habitaciones —pronunció Scott sonriente mientras volvía a echar un brazo sobre los hombros de ella. Todos lo miraron de forma sospechosa, como si no supiesen como encajar aquello. —Oye, ¿y vosotros? ¿Qué ocurrió con los lobos?

Dean rio.

—¿Pues qué va a ocurrir? —preguntó con sorna. Aunque su mirada viajaba de Scott a Cintya de una forma sospechosa—. Acabamos con unos cuantos y los otros huyeron.

—¿Se escaparon? —preguntó Scott sorprendido.

—Joder, nos juntamos con más de treinta lobos —puntualizo Christopher desde el asiento delantero. Resopló como si aquellos recuerdos lo pusiesen en tensión y cuando volvió su mirada al frente se quedó totalmente boquiabierto—. Eh... —dijo llamando su atención—, mirad hacia delante.

Todos hicieron lo que él pedía y al momento entrecerraron sus ojos para observar mejor.

—¿Qué es eso? —preguntó Nicholas acercándose al salpicadero.

Unas inmensas nubes negras se dirigían en su dirección, oscureciendo el día a medida que se acercaban.

—¿Una tormenta? —preguntó Dean desde atrás.

—Me parece que no es una tormenta muy normal —susurró Scott sin soltar a Cintya.

En ese momento varios rayos eléctricos bajaron como columnas hacia la tierra haciendo que el sonido del trueno retumbase y que varios árboles saliesen disparados por la explosión.

Todos lo miraron con los ojos muy abiertos.

—Será mejor que busquemos un lugar donde refugiarnos. Esto no me da buena espina.

Habían seguido la carretera a una marcha más reducida cuando el enorme aguacero había caído hacia ellos. Dean, situado al lado del hueco de la puerta que faltaba estaba totalmente empapado. Cuando la lluvia se transformó en un granizo que competía con pelotas de pin pon y que amenazaban con romper la luna delantera decidieron parar. Habían querido recorrer el mayor trayecto posible, pero con aquella intensa tempestad era inviable.

—Ahí. —Señaló Nicholas hacia un lado, ordenando a Christopher que llevase el todoterreno hasta un pequeño granero al que se accedía a través de un camino de tierra.

Un rayo cayó a escasos metros de ellos obligándoles a agachar su rostro y apretar la mandíbula cuando el trueno hizo que todo el todoterreno y la tierra vibrase.

—Hay que cobijarse ahí. Voy a abrir la puerta. Vamos —pronunció hacia Dean para que le ayudase. Corrieron a una velocidad extrema hacia la puerta, intentando llevarse los menos golpes posibles del granizo, mientras este comenzaba a abollar la parte superior del todoterreno.

—Parece que Mabus se lo está tomando en serio —pronunció Christopher

mientras aceleraba hacia la puerta que Dean y Nicholas corrían a un lado para darle acceso.

Al menos, el techo de hojalata de aquella granja parecía que soportaría la embestida del granizo y el viento.

Conrad era un pequeño pueblo casi en la frontera con Canadá. Dedicado prácticamente a la ganadería y agricultura, aquella tormenta, sin duda, arrasaría con los recursos económicos con los que subsistía aquella región, aunque ahora, estaba tan abandonada como el resto de poblados que habían atravesado las últimas tres horas.

Bajaron del todoterreno mirando directamente al techo, donde caía con fuerza el granizo, amenazando con destruirlo.

—¿Aguantará? —preguntó Scott colocándose al lado de Cintya.

Ella asintió.

—Sí. —Luego se removió incómoda—. Más o menos.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—Eh, apaga el todoterreno —ordenó Nicholas mientras acababa de cerrar la puerta, dejando el establo más a oscuras—. Hay que guardar la máxima gasolina posible.

Entre que el día se había oscurecido bastante y que las pequeñas ventanas no dejaban pasar mucha luz, el lugar era bastante siniestro. Seguramente, si no estuviese acompañada por ellos le daría pánico estar en aquel lugar.

—Que frío, ¿no? —preguntó Christopher al bajar del todoterreno.

Dean se distanció un poco para sacudirse el uniforme y el cabello que estaba empapado.

—Dímelo a mí —Se quejó él mientras se desabrochaba el uniforme y comenzaba a bajárselo.

Cintya cerró los ojos como si se cargase de paciencia y miró directamente a Scott.

—En menos de una hora una de las placas saldrá volando —pronunció encogiéndose de hombros mientras señalaba al techo. Scott arqueó una ceja—, pero tranquilo, el lugar es seguro.

Scott suspiró mientras Nicholas se acercaba a ellos.

—Bueno, pues... ya que estaremos aquí, aprovecharemos para descansar.

—Y para comer algo... —dijo Scott con una sonrisa mientras iba al todoterreno y abría el maletero sacando el bote de olivas y los pepinillos.

Tras que comiesen todo lo que habían conseguido reunir y que tal y como Cintya había dicho una placa metálica saliese volando del techo, habían aprovechado para apoyarse contra la pared y cerrar los ojos.

Scott se había sentado al lado de ella, que permanecía con los ojos cerrados apoyada contra la pared, aunque los abrió cuando un relámpago iluminaba toda la estancia y el trueno hacía que todo vibrase.

Aunque lo que no esperaba es que ella se pusiese de lado y se apoyase en él. No dudó en rodear sus hombros con su brazo para estrecharla, mientras notaba como su corazón latía con más fuerza. Una sola sonrisa de ella, un gesto... y su mundo adquiriría color.

Cerró los ojos e intentó dormir un poco, aunque era frecuente abrirlos cuando un trueno explotaba cerca. No supo cuando rato estuvo durmiendo, solo que cuando despertó el granizo ya no caía, solo una ligera lluvia.

Intentó moverse pero fue consciente de que Cintya aún se encontraba apoyada en su hombro. Se quedó unos segundos quieto observándola hasta que se dio cuenta de que, unos metros por delante, Nicholas lo observaba apoyando contra la pared contraria, con los brazos cruzados y una mirada asombrada.

Se quedaron unos segundos mirando hasta que le indicó con un movimiento de cabeza a que le siguiese. En ese momento fue consciente de que todos sus compañeros se encontraban al final del pequeño cobertizo, esperando a que él se uniese.

Se levantó con cuidado de no despertarla y la dejó tendida contra la pared con delicadeza. Directamente se dirigió junto a sus compañeros.

Nicholas permanecía de pie mientras Christopher se había sentado sobre un montón de paja, al lado de Dean que seguía sin el uniforme.

Scott lo observó y resopló.

—Haz el favor de vestirte... —refunfuñó.

—Aún está húmedo el uniforme, no voy a congelarme por ti.

—Pues ponte la ropa normal —pronunció con más fuerza a lo que Dean sonrió y se puso en pie en calzoncillos para dirigirse al todoterreno pero Nicholas lo detuvo colocando una mano en su hombro.

—Un momento —dijo, luego miró a Cintya que permanecía dormida.

Aquella actitud vigilante descolocó un poco a Scott.

—¿Ocurre algo? —preguntó preocupado.

Nicholas soltó a Dean y se acercó un poco a Scott.

—Oye, ¿recuerdas hace dos días cuando ella se concentró para pasar al otro lado?

—Claro —respondió con indiferencia.

—Dijo que si lo hacía era posible que la localizasen... —Volvió a mirarla preocupado y ladeó su rostro hacia Scott—. ¿Crees que lo hicieron? ¿Por eso hemos sufrido el ataque de vampiros y lobos?

Aquello hizo que Scott pusiese su espada recta. No había pensado en ello.

—Es posible —susurró cruzándose de brazos—. Pero no fue lo que me explicó Cintya. —Se acercó un poco más a sus compañeros para susurrar—. La pelirroja me dijo que no había nadie al otro lado, que era extraño, pero había estado sola. —Luego miró a sus compañeros escudriñándolos—. ¿Lleváis algún sistema de localización encima?

Todos negaron al momento.

—Destruimos los móviles y los relojes —recordó Christopher.

Scott apretó los labios pensativo.

—Estamos tratando con un jinete. Es posible que supiese donde estábamos...

—Ya, pero... —continuó Nicholas nervioso—. Si es cierto y puede saberlo, ¿por qué no nos ataca continuamente? Quiero decir, sabrá que estamos aquí. —Todos se quedaron en silencio—. No tiene lógica.

—Quizá fue un golpe de suerte —pronunció Dean encogiéndose de hombros.

—No lo creo —respondió Nicholas—. Estaban demasiado bien organizados. Hay algo que se nos escapa.

—Tienes razón —dijo Scott—. Si Mabus nos pudo localizar una vez... ¿por qué no lo hace de nuevo?

En ese momento todos se giraron cuando escucharon como Cintya ronroneaba y se incorporaba arrodillándose en el suelo.

Nicholas se giró hacia ellos.

—¿Has pensado en que quizá cada vez que le preguntamos algo pueda localizarla? —preguntó directamente a Scott.

—Eso tampoco tendría sentido, jefe —desechó la idea Scott—. Estaríamos en las mismas. Si Mabus puede localizarla o puede saber dónde estamos, independientemente de que sea porque le preguntamos cosas o no, la razón es... ¿por qué no nos ataca? Él necesita encontrar la daga para destruirla. Nosotros tenemos a la única persona que puede encontrarla... ¿por qué no viene a por ella? —Luego se movió nervioso—. Que oye... a mí ya me está bien, prefiero que no lo haga.

—Ya, ya suponemos que a ti te está bien —dijo Dean en plan fanfarrón, llevándose un soplido por parte de Scott.

—No me apetece salir corriendo detrás de ella otra vez —respondió a su insinuación de malos modos.

—Ya, prefieres tenerla abrazada y... —comenzó a decir Dean pero Scott le cortó.

—Cállate, Dean —Le susurró con una ligera amenaza—. Tú no tienes ni idea de...

—¿De qué? —Luego sonrió y señaló con un gesto a Cintya que se levantaba y se pasaba las manos por el cabello, intentando arreglarlo, ajena a la conversación que mantenían—. Como tú dices, no te apetece correr detrás de ella, y la pelirroja también parece disfrutar más de estar abrazada a ti. ¿Estás intentando ligártela?

—Eh, nada de ligoteos con ella, Scott. Esa era otra de las cosas que iba a comentarte... —pronunció Nicholas—. En el coche has dicho que ibas a compartir habitación con ella, no he querido decirte nada puesto que Cintya

estaba delante, pero ahora no es momento para que tú... —comenzó Nicholas, aunque se calló cuando vio que Scott se acercaba a Dean señalándole con el dedo.

—No la llames así —Le amenazó.

—Así, ¿cómo? —preguntó Dean sin comprender.

—Pelirroja —contestó Scott.

—Pero si tú la has llamado...

—Ya, pero he sido yo.

Todos abrieron los ojos asombrados por aquella última frase.

—¿Qué? ¿Ahora ya es tuya? ¿Tu pelirroja? —preguntó Nicholas totalmente asombrado por lo que decía su compañero. Ya habían intuido todos que Scott se sentía atraído por ella, no hacía falta que lo confesase. Sus miradas, los gestos y las frases entre ellos eran muy claras, pero no esperaba que lo admitiese con tanta rapidez, aunque aquello tampoco les sorprendía viniendo de Scott.

—Vaya, fijate con el niño. ¿Ahora vas de enamorado? —bromeó Christopher.

—¿A quién llamas niño? Solo tengo dos años menos que tú, Chris.

Christopher resopló al escuchar el diminutivo.

—Sigues siendo el peque —pronunció Dean.

Scott los miró asombrados.

—¿Y qué tiene que ver eso con ella? Estáis mezclando peras con manzanas. Aunque no sé de qué me sorprende... siempre pasa igual.

—Me resulta gracioso —comentó Christopher—. Tú que siempre has tenido las hormonas tan revolucionadas... ¿ahora usas la palabra amor? No te pega.

—Yo no la he usado, las has usado tú... y al menos no se me revoluciona el carácter... —remarcó esa palabra—, y amenazo con dimitir —Y acabó con una gran sonrisa.

Dean lo miró seriamente.

—¿Estás hablando en serio? —dijo sin salir de su sorpresa—. ¿De verdad te gusta?

—Joder, pues claro que me gusta —reaccionó como si le sorprendiese el que su amigo no le creyese.

—¿Seguro que no está hablando la testosterona?

Scott levantó sus manos hacia el cielo como si le desesperase ese comportamiento. De acuerdo con que siempre había sido un bromista en ese aspecto, un conquistador... así que en parte era lógico que no lo creyeran, pues siempre que veía a una chica comenzaba con sus comentarios irónicos, pero Cintya se había colado en su corazón de una manera que no esperaba.

—¿Tan raro te resulta? —preguntó hacia Dean.

—Es un calentón de los tuyos, seguro —acabó diciendo su compañero.

—¿Calentón? —preguntó asombrado—. La madre que te trajo, Dean. Para una vez que hablo en serio con vosotros y me sincero...

—¿En serio? —volvió a reír Dean—. Entonces... ¿no hablabas en serio hace un mes cuando te enamoraste de la camarera del bar? ¿O de la del supermercado?

—O cuando quisiste ver a Agnes y su aquelarre desnudas... —intervino Christopher de nuevo.

—Scott... —volvió a decir Nicholas—. No quiero líos que...

—El lío os lo montáis vosotros solos —pronunció de los nervios.

Nicholas levantó las manos hacia él en son de paz.

—Vale, vale... tranquilo, fiero —dijo divertido—. A partir de ahora solo la llamaremos Cintya. —bromeó mirándola—. Madre mía... lo que da de sí un simple apodo —susurró más para sí que para el resto.

Scott apretó los labios y asintió, aunque hasta él mismo se sorprendió de su cambio de sentido del humor. Aquel era un apodo que él le había puesto, era su forma cariñosa de llamarla. Seguro que a Christopher no le gustaría que se refiriese a Laurel por cariño, o a Nicholas no le gustaría nada que llamase a Melanie por fierecilla.

Se quedó sorprendido con ese pensamiento.

—Eh, hola —Escucharon la voz de Cintya aún medio dormida.

Todos se giraron hacia ella.

—Hola, ahora vamos... —dijo Nicholas.

—Ya ha parado de llover casi —pronunció mirando hacia la ventana. Luego se giró hacia ellos con una tierna y confiada sonrisa—. ¿Nos vamos a ir ya?

Todos se quedaron contemplándola. Lo cierto es que la chica era preciosa.

—Ahora nos vamos —pronunció Nicholas. Se giró hacia sus compañeros y golpeó levemente el hombro de Scott para que despertase, pues se había quedado totalmente pasmado observándola—. Vamos directos a casa. Aún nos quedan más de cinco horas de trayecto. No pararemos más. Y tú —señaló a Dean—, haz el favor de vestirte de una vez y comprueba si tenemos gasolina suficiente.

14

Adrien y Taylor bajaron a toda prisa las escaleras cuando escucharon que la puerta del garaje se abría. Llevaban tres días sin noticias de sus compañeros, se habían puesto en lo peor, pero habían decidido confiar en que todo iba bien y que aquella omisión de comunicación con ellos era decisión de su jefe, no por una causa mayor, tal y como les había informado en la última llamada.

Ambos elevaron sus cejas cuando vieron entrar el todoterreno destrozado.

Taylor dio un paso al frente.

—¿Qué? —exclamó sorprendido, mirando el todoterreno asustado. Luego miró a su jefe directamente—. Estaba reservado a mi nombre. ¿Qué habéis hecho?

Nicholas bajó por la puerta del copiloto mientras chasqueaba la lengua.

—Es una larga historia.

—¿Y qué le voy a decir a la compañía de seguros? —preguntó atacado de los nervios.

—Con la que está cayendo... —dijo Christopher mientras bajaba por la puerta del conductor—, no creo ni que haga falta que se lo devolvamos.

—Puedes decir que nos atacó una manada de lobos... —explicó Scott mientras bajaba junto a Dean—, y de vampiros...

—No creo que haya ninguna cláusula sobre eso en la póliza —ironizó Taylor.

Adrien se puso al lado de su compañero colocando una mano en su hombro.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó Adrien.

Nicholas resopló y luego miró hacia detrás mientras Scott ayudaba a Cintya a bajar.

—Bien, la encontramos —pronunció—, pero tenemos que poneros al corriente de muchas cosas. —Taylor y Adrien miraron a Cintya fijamente—. Cintya —La llamó Nicholas—. Estos son Adrien y Taylor.

Ella se puso frente a los dos con una sonrisa tímida.

—Hola, encantada —dijo tendiendo su mano para estrecharla.

Scott se puso a su lado y sonrió a sus compañeros mientras Taylor colocaba una mano sobre su hombro y daba una palmadita.

—Hay una moto detrás, en el maletero —explicó Scott a Adrien—. ¿Me ayudas a sacarla?

—¿Y qué hace una moto ahí? —preguntó acompañándolo.

—Siempre he querido una —bromeó—. La encontré y pensé... para mí.

Abrió el maletero y se la mostró.

—Bien, pues vamos a la planta de arriba. Os pondremos al corriente de todo y trazaremos un plan. Luego descansaremos. Por cierto, Adrien —Llamó su atención Nicholas—. Quiero a la manada de lobos aquí en una hora.

Nicholas había sido el encargado de enseñarle la casa a Cintya y de presentarle al resto de chicas, todas encantadas de conocerla.

—Entonces, ¿es seguro? ¿Se trata de un jinete del apocalipsis? —preguntó Adrien sorprendido.

—Concretamente, el anticristo —comentó Scott apoyado contra la mesa y de brazos cruzados. Miró a Cintya sentada en la silla de al lado y preguntó—, ¿no?

—Sí, Mabus es el anticristo. —Tragó saliva y miró a Adrien—. Por eso mismo solo se le puede matar con la sangre de Cristo...

—Y por eso es necesario que encontremos la lanza del destino —enfaticó Dean mientras rebuscaba en los cajones y en las estanterías—. ¿Dónde están los dichosos mapas? —Se giró hacia Taylor y resopló—. ¿Los habéis cambiado de lugar?

Taylor fue hacia uno de los cajones y lo abrió.

—Siempre han estado aquí —pronunció.

Nicholas se volvió hacia Aarón y Alex que se encontraban al fondo de la sala, manteniendo la distancia con Cintya mientras Dean buscaba un mapamundi entre todos los que tenían.

—De camino para aquí nos atacó una manada... —explicó hacia a, los cuales pusieron su espalda recta—. Cintya dice que son de Alaska.

Alex chasqueó la lengua y se giró hacia Aaron con cara de circunstancias.

—No tengo control sobre el resto de manadas... —se excusó como si se sintiese culpable.

—Eso ya lo sabemos —enfaticó Nicholas—. Pero... ¿Mabus ha intentado contactar con vosotros?

—No, claro que no —respondió impresionado por la pregunta—. Os lo hubiésemos dicho.

Nicholas miró directamente a Cintya.

—¿Aaron dice la verdad? —preguntó directamente.

Cintya lo miró unos segundos y se giró hacia Nicholas asintiendo.

—Sí, la dice.

—Eh, ¿qué es esto? —preguntó Aaron indignado—. ¿Es la prueba del polígrafo? —Esta vez fue Nicholas quien chasqueó la lengua—. Creo que ya os hemos demostrado bastante que somos de fiar...

—Y por eso mismo estáis aquí —Le recordó Nicholas. Aquella respuesta pareció calmar un poco los ánimos de Aaron. —Pero comprende que queramos asegurarnos. —Dio un paso hacia él—. Recuerdo que hace unos meses me dijiste que conocías al jefe de la manada de Alaska.

Aaron resopló.

—Nunca me ha gustado ese tío.

—A mí tampoco me gusta, créeme —pronunció Nicholas—, pero esto es importante. Necesitamos que le sonsaques toda la información posible...

—Hazte pasar por su amigo —propuso Scott—, que crea que queréis colaborar con él.

Aaron comenzó a reír.

—No se lo va a tragar, ya te digo, no me llevo muy bien con él.

Nicholas inspiró intentando relajarse.

—Al menos inténtalo, es importante.

—Tan importante como que nos podemos ir todos a la mierda —ironizó Dean.

Aaron asintió.

—De acuerdo, lo llamaré —acabó aceptando.

—Gracias —agradeció Nicholas, luego se giró hacia su equipo—. Por el resto, a partir de ahora estamos solos. Nada de pasar emails al Pentágono, ni informarles de nada —enfaticó las palabras—. No contactaremos con nadie más, ni siquiera con la división de Nueva York o de España. Puede que nos tengan vigilados.

—De hecho... —ironizó Scott—, nuestro jefe de la DAE es el jinete de la guerra. Lucha en el otro bando —recordó.

Todos asintieron.

—Todo lo que hagamos será secreto... —Y miró directamente a Aaron y Alex—. ¿Puedo contar con vosotros y la manada?

—Por supuesto —respondió Aaron con fuerza.

Dean se puso en pie con un enorme mapa enrollado.

—Tengo uno —dijo colocándolo sobre la mesa. Cintya se acercó para observar como entre Dean y Adrien desenrollaban el mapa sujetándolo—. ¿Te sirve? —preguntó.

—Sí, me vale —afirmó abriendo su mochila. Sacó el colgante y lo colocó entre sus manos.

—¿Necesitas algo más? —preguntó Scott situándose a su lado.

Ella se mordió el labio y negó mientras se colocaba frente al mapa. Todos se cruzaron de brazos guardando silencio. Cerró los ojos y se concentró.

—¿Dónde está el lugar más cercano a Dios en la tierra? —susurró.

Luego estiró su brazo sobre el mapa y comenzó a hacer rodar el colgante. Todos lo miraron con atención.

Cintya comenzó a rodear la mesa, pasando el colgante sobre cada país, iniciando la búsqueda por América y Sudamérica. Lo pasaba lentamente mientras repetía la pregunta en su mente una y otra vez.

Scott miró de reojo a sus compañeros, todos nerviosos, con el alma en vilo y el corazón compungido. Si aquello no funcionaba, si no lo lograban, no podrían acabar con Mabus y, por lo tanto, no podrían salvar el planeta.

Scott se removió incómodo y apretó los labios cuando Cintya dio unos pasos más abandonando América e internándose en el Océano atlántico. Aquello era desesperante. Cintya lo hacía con una lentitud envidiable, pasando el medallón por cada centímetro del mapa.

Dean se acercó a él de forma sigilosa, lo que se llevó una mirada de reojo por su parte.

—Entre tú y yo... —susurró Dean—. ¿Lo que dijiste de Cintya es verdad?

—¿A qué te refieres? —preguntó volviendo su atención hacia ella.

—Lo de que te gusta.

Scott suspiró y esta vez sí se giró hacia su compañero para enfatizar sus palabras.

—Mucho —confirmó seriamente—. Más que ninguna mujer que haya conocido hasta ahora.

Dean pestañeó un par de veces sorprendido por el tono de seguridad que empleaba Scott. Sonrió y miró a Cintya.

—Vaya, así que has caído en sus redes... —bromeó.

Scott sonrió a su compañero mientras se cruzaba de brazos.

—Verás... —siguió susurrando—, cuando nos atacaron los lobos y los vampiros nos sorprendieron... —Dean lo miró de reojo—, se la llevaron.

—Sí, eso ya lo explicaste. Tuviste que luchar contra ellos.

Scott lo miró con furia.

—Le mordieron. La hubiesen matado delante de mí... —Dean lo miró fijamente—. Me juré a mí mismo que jamás permitiría que algo así volviese a ocurrirle. —Dean miró el rostro de su compañero, nunca lo había visto hablar tan serio—. Ella me importa, y no solo por lo que representa —La señaló con un suave movimiento de mano—, sino por cómo es. —Luego se acercó y esta vez sonrió con malicia—. Y el hecho de que sea pelirroja me gusta más.

Aquel último comentario hizo que Dean sonriese. Colocó una mano en el hombro de su amigo y lo palmeó.

—Pues Nicholas me parece que...

—Nicholas puede decir misa. Él está con Melanie.

Dean le dio la razón, aunque ambos miraron fijamente a Melanie cuando se dieron cuenta de que los miraba fijamente. Los dos sonrieron e incluso levantaron sus manos para saludarla.

—Hola, Melanie... cariño —bromeó Scott mientras le guiñaba el ojo.

Melanie sonrió hacia ellos por la ocurrencia de él y volvió a prestar atención a Cintya, que seguía recorriendo el mapa.

—Vas a tener que espabilarte, Dean —siguió bromeando Scott—. Me parece que eres el único soltero.

Dean lo miró sorprendido.

—Pero a ver... ¿te gusta? ¿o estás con ella?

Scott iba a responder cuando Cintya exclamó. Automáticamente los dos miraron en la misma dirección. La esmeralda se había clavado en un punto del mapa.

Todos se acercaron acelerados para observar el lugar.

Nicholas, al igual que todos los presentes, estudiaron el punto indicado.

—¿La frontera entre Nepal y China? —Preguntó Nicholas sorprendido.

Scott observó el mapa con atención colocándose al lado de ella.

—La cordillera del Himalaya —susurró, luego la miró fijamente, como si en ese momento comprendiese la frase—. El punto más cercano en el mundo a Dios.

Ella asintió.

Nicholas se puso firme.

—Adrien, mira a ver los poblados de la zona y si existe algún templo. Investiga la zona —urgió.

—Mejor que no. Puede que nuestro querido jefe de división esté rastreando también nuestros ordenadores.

Nicholas resopló y miró a Cintya.

—Muy buen trabajo, Cintya —Le felicitó Nicholas—. ¿Pero podrías concretar más?

—Gracias —susurró avergonzada—. Con un mapa de la zona podría.

—¿Y cómo conseguimos un dichoso mapa del Himalaya?

Alex dio un paso al frente.

—Ammm... Yo es posible que tenga un mapa —Y se encogió de hombros.

Todos lo miraron sorprendidos.

—¿Del Himalaya? —preguntó Adrien.

—Bueno, en los libros de clase de geografía salía.

—¿Y tienes un libro de geografía? —preguntó Scott asombrado.

—Ya os dije que me aburría mucho, y cuando acababa las películas que me traíais o los libros pues... ojeaba los que tenía de clase.

—¿Después de ver la película cuántas veces? —bromeó Dean.

—Lo tengo en mi caravana... —continuó, aunque luego miró de reojo a Dean—. Unas cuatro o cinco.

—Yo podría ir a la biblioteca... —sugirió Aaron.

—¿Sigue en pie? —preguntó Christopher sorprendido.

—Ammmm... más o menos —respondió Aaron.

—No, que vaya uno de nosotros —sugirió Nicholas— No quiero que os mezcléis con la poca gente que sigue aquí... aunque seáis de fiar —acabó rápidamente la frase.

Aaron y Alex resoplaron pero parecieron comprenderlo.

—Ya vamos nosotros —propuso Scott cogiendo de la mano a Cintya—. Ella podrá encontrar un libro rápido.

Nicholas asintió aunque chasqueó la lengua cuando vio el gesto de su compañero. Estaba claro que no creía nada de lo que había dicho sobre sus sentimientos. De acuerdo, se lo había ganado a pulso, pero la bromita ya cansaba.

Miró a su jefe escudriñándolo con los ojos hasta que finalmente asintió.

—De acuerdo. Id a ver qué encontráis.

Scott tiró directamente de la mano de ella mientras la conducía afuera de la oficina. Colocó una mano en su hombro y tomaron las escaleras.

—¿Estás bien? —preguntó Scott girándose hacia Cintya.

Ella lo observó con algo de timidez.

—Sí, estoy bien. —Luego le sonrió con complicidad—. Usar el colgante es más sencillo que pasar al otro lado —admitió.

—Sí, mucho más —Le dio la razón acariciando su hombro. Fueron hasta el garaje y se quedaron mirando el todoterreno medio destrozado.

—¿No estarás pensando en volver a subir en ese trasto, no? —rio Cintya.

Scott negó.

—¿Te he dicho alguna vez que me encantan las motos? —bromeó.

Cintya lo miró son una media sonrisa mientras Scott se alejaba e iba hacia una de las motos que tenían en el garaje. Se subió y la arrancó haciéndola rugir.

—Vamos a dar otra vuelta —propuso con una sonrisa maliciosa.

Dicho y hecho. En quince minutos se encontraban frente a la puerta de la biblioteca de Banff. Un edificio de dos plantas, con grandes ventanales por donde entraba mucha claridad, pero que tras el tremendo terremoto que había causado Mabus se encontraba medio derrumbado. Aún había varios cristales en el suelo y una de las paredes había desaparecido.

El poblado estaba prácticamente desértico, solo seguían ahí los pocos que no podían permitirse un pasaje para viajar a las colonias que se estaban formando.

Scott abrió la puerta lentamente que crujió y entraron. Lo primero que hicieron fue mirar el techo. Una parte se había caído y los escombros se encontraban en el interior.

Scott la cogió del brazo para conducirla sobre las piedras del suelo para que no resbalase.

—Bien... —dijo Scott deteniéndose con ella en medio de la biblioteca—, sorpréndeme. ¿Hay algún libro por aquí que contenga un mapa de la cordillera del Himalaya e información sobre esta?

Ella sonrió directamente y se soltó del brazo de él. Directamente se dirigió a una de las estanterías y la señaló.

—Debajo de esta estantería hay unos cuantos.

Scott asintió y se colocó al lado de ella. La miró con una sonrisa y directamente se agachó para levantar la estantería poniéndola en pie.

—Qué fuerte estas... —bromeó ella.

Él le guiñó el ojo con complicidad.

—¿Y eso te gusta? —pronunció mientras reía, comenzando a rebuscar entre todos los libros esparcidos por el suelo.

—Él de ahí, el de la tapa azul —Le señaló un libro que tenía al lado de su pie—. Ese nos puede ser útil. —Luego desvió la mirada hacia otro montón de libros y se acercó a él—. Y sí, me gusta —Se encogió de hombros y se agachó para coger otro libro.

Toda la información que contenían esos libros sobre el terreno, la fauna, las rutas del Himalaya... ya lo sabía, lo único que necesitaba era un mapa específico de la zona.

Se concentró en aquella pregunta cuando notó que Scott la cogía del brazo y la giraba con delicadeza.

Scott la miraba con ternura, con una media sonrisa en sus labios, aunque pudo detectar como él desviaba la mirada hacia sus labios.

—Scott... —susurró ella cuando él acercó sus labios hacia los suyos. Él se detuvo a escasos centímetros mientras lo miraba fascinada—, hay que encontrar un mapa y volver —susurró, aunque miró aquellos labios entreabiertos a escasos centímetros de los suyos.

Realmente se moría por volver a besarlos.

—En breve volveremos... —dijo él. Elevó su mano hasta su mejilla y la acarició con una suave caricia, luego colocó la palma de la mano en la nuca de ella—, en un rato —Y directamente la atrajo hacia él para besarla.

Cintya participó del beso de inmediato abrazándose a él con fuerzas. Él era la única persona que la mantenía a flote en esos momentos, que la hacía sonreír.

Scott la apoyó contra una de las estanterías sin apartar los labios de ella, saboreándolos. Lo que le había dicho a sus compañeros era cierto. Ella era la mujer que había estado esperando toda su vida, la única con la que sentaría la cabeza de verdad. Aquel pensamiento le hizo sonreír y apartó los labios de los suyos lentamente.

Si no se frenaba acabaría haciendo el amor con ella en la biblioteca, y era un sitio público. Aunque no hubiese mucha gente en el poblado y estuviese medio abandonado no podía fiarse de que alguien fuese, ya se tratase de un civil o de uno de sus compañeros.

La besó de nuevo y se distanció con una sonrisa. Se quedó mirándola mientras ella también lo observaba con ternura.

—Podría acostumbrarme a esto... —susurró él.

—¿A qué? —preguntó sin comprender.

—A estar siempre contigo —admitió con una sonrisa tímida.

Ambos se quedaron mirando fijamente y él acabó sonriendo más, como si le diese algo de vergüenza decir aquello. Tragó saliva y apretó los labios mientras volvía la mirada hacia ella.

—Yo también, Scott —admitió ella con timidez.

Aquellas palabras hicieron que intensificase su mirada. Su cabello caoba caía sobre sus hombros formando pequeños tirabuzones. Sus ojos marrón verdoso resplandecían.

Se acercó y la besó de nuevo, aunque se separó y pasó su mano por su cabello acariciándolo.

—Vamos, hay que encontrar un mapa —susurró.

Ella asintió y miró hacia el lateral.

—Ese libro de ahí. El de la tapa roja. Ese también servirá.

15

Cintya abrió los ojos lentamente cuando notó que el colgante se detenía. Había revisado cada una de páginas de aquel atlas que contenía la superficie detallada de la cordillera del Himalaya.

—No me jodas —susurró Dean mirando el punto que señalaba el colgante. Scott chasqueó la lengua.

—Desde luego tenían razón con lo del lugar más cercano en el mundo a Dios. —Suspiró y miró a su jefe—. ¿Ahora vamos a tener que escalar el Everest? —preguntó absorto.

Nicholas se pasó la mano por su rostro, agobiado.

El hecho de que se encontrase realmente en el punto más alto del mundo era un verdadero desafío. Ya lo habían pasado bastante mal en el viaje a la cabaña de Alaska donde permanecía escondido Abraham, así que no quería ni imaginar lo que podía ser un viaje a uno de los lugares más remotos y altos del planeta.

Suspiró y se apoyó contra la mesa.

—¿Qué puedes decirnos sobre el Everest? —preguntó hacia ella.

Cintya arqueó su ceja mientras se guardaba el colgante en el bolsillo. Dio un paso al frente y suspiró.

—El monte Everest tiene una altura de ocho mil ochocientos cuarenta y ocho metros sobre el nivel del mar, lo que la hace la montaña más alta del planeta Tierra...

—Climatología —interrumpió Nicholas.

Ella apretó los labios, bastante nerviosa.

—Es... extremo. —Tragó saliva y suspiró—. La temperatura media durante los meses de invierno es de treinta y seis grados bajo cero, pero puede llegar incluso a los setenta. El mes más cálido es julio, con una temperatura media de menos veinte... —Adrien empezó a maldecir por lo bajo—. Son comunes los vientos con una velocidad de ciento sesenta kilómetros hora, pero al atravesar la estratosfera y encontrarse en la troposfera superior pueden llegar a una velocidad de doscientos ochenta.

—¿Qué temperatura hay ahora? —preguntó Adrien de los nervios.

Se giró hacia él.

—Ahora mismo cuarenta y dos bajo cero en un punto medio, en la cima es peor.

—Mierda. Joder —gritó Adrien. Luego miró a su jefe—. ¿Tengo que ir?

—¿No tenías ganas de viajar? —preguntó Scott con sorna.

—Sí, pero a Las Vegas... —gritó—. No ahí. —Volvió a girarse hacia su jefe y lo señaló—. Sabes que no soporto el frío.

Nicholas suspiró y volvió a mirar a Cintya ignorando a su compañero.

—¿La lanza del destino está en la cima? —Ella miró de un lado otro—. ¿Necesitas un mapa concreto del Everest?

—Sería lo mejor.

Nicholas se pasó la mano agobiado por la cara.

—Y encima sin poder usar internet —susurró asqueado. Se quedó unos segundos pensativo y miró a sus compañeros fijamente. Todos sabían lo que significaba aquella mirada y todos respondieron con determinación—. Tenemos que ir —acabó diciendo.

—¡Y una mierda hay que ir! —gritó Adrien. Luego miró a Cintya en actitud suplicante—. ¿Seguro que no está en Las Bahamas? ¿O en la Polinesia?... vaaa... —Ella negó y chasqueó la lengua—. Nooooo —susurró mientras cerraba los ojos y agachaba su rostro como si intentase cargarse de paciencia.

—De acuerdo, tenemos que preparar el viaje... —Miró a Aarón y Alex

que lo observaban fijamente desde que habían decretado que el punto donde se encontraba la daga era el Everest. —¿Ocurre algo?

Ambos se removieron nerviosos hasta que fue Alex quien saltó primero.

—¿Podemos ir? —suplicó con un grito entusiasmado con la idea, llevándose la mirada contrariada de todos ellos. —¿Podemos? ¿Podemos?

Aaron se mantenía a la espalda de Alex y parecía igual de ansioso que él.

Nicholas sonrió impresionado.

—Claro, ya contaba con vosotros —pronunció girándose, aunque tuvo que volverse de nuevo hacia ellos cuando una explosión de júbilo hizo que Aaron y Alex gritasen de felicidad. Nicholas miró a sus compañeros, todos permanecían con cejas enarcadas, como si no comprendiesen aquella reciente felicidad excepto Adrien, que en vez de reflejar sorpresa tenía una mirada de querer asesinarlos—. Vosotros toleráis el frío mejor que nosotros y nos irá bien vuestra ayuda.

—Me cago en... —seguía protestando Adrien.

—Necesitaremos trajes especiales para esa zona —interrumpió Scott—. Nuestros uniformes están bien, pero no para aguantar temperaturas tan extremas.

—Tienes razón.

—Los sherpas podrán facilitar vestimenta adecuada —dijo Cintya.

—De acuerdo. Aaron —dijo acercándose a él—, necesito que vayas al aeropuerto y compres billetes de avión para todos. Nosotros no podemos usar tarjetas, podrían rastrearnos. Ya te lo devolveremos. —Aaron hizo un gesto como si no tuviese importancia, pues estaba realmente entusiasmado—. Y dile a Philippe que se venga también. Cuanto más seamos, mejor.

—Se lo puedo decir también a Ben, seguro que quiere venir, y es buen escalador. Era deportista de élite antes de que lo trasformasen —dijo con felicidad—. Hizo varios picos de cinco mil y alguno de seis mil. Siempre presume de ello.

—Contratado —Lo señaló Nicholas—. Entonces... —Se quedó pensativo y miró hacia Cintya—, ¿cómo llegamos hasta allí?

—Primero de todo hay que sacar un permiso para... —Se quedó callada —, no, no hay que sacarlo ahora. No hay casi gente por allí, excepto algunos sherpas rezagados y familias pobres. Nadie los pedirá —acabó diciendo— lo que es mucho mejor porque son caros y además nos ahorramos el tener que ir Katmandú más los trámites de estos permisos que suelen demorarse unos cinco días. —Se quedó pensativa de nuevo—. No, perdona, sí que hay que ir a Katmandú.

—¿En qué quedamos Cintya? —susurró Scott con una sonrisa nerviosa.

—No hay que sacar los permisos pero hay que viajar hasta Katmandú. Solo los vuelos a Lukla, al inicio de Solu Khumbu, salen desde allí.

—¿Hay vuelos? —preguntó Dean.

Ella cerró los ojos y asintió.

—Sí. Hay un vuelo a la semana —corroboró.

Nicholas señaló a Aaron.

—¿Seguro que Fillipe y Ben vendrán?

—Pues claro —respondió como si fuese lo más obvio.

—De acuerdo, compra once billetes para Katmandú y...

—Espera, espera... —interrumpió Scott—. ¿Once? —Luego enarcó una ceja hacia su jefe—. Nosotros somos seis y los lobos cuatro.

—Cintya tiene que venir.

—¿Quééé? —gritó de los nervios—. ¿Pero cómo va a venir? ¿No has escuchado lo que ha dicho del clima? ¿Y de los vientos? Nosotros vale, estamos más preparados que cualquier atleta pero ella...

—Necesitamos que nos indique el camino a seguir cuando lleguemos —pronunció sorprendido por la explosión de Scott—. Solo contamos con ella.

—Tiene razón —intervino Cintya—. Y os puedo prevenir de...

Scott se giró hacia ella.

—¿Te estás oyendo? —preguntó indignado—. No estamos diciendo de ir de excursión al parque... —pronunció acercándose con actitud furiosa—. Estamos hablando del Everest, son palabras mayores.

—Sé de lo que estamos hablando mejor que tú —pronunció ella en el mismo tono—. Pero ahora mismo no hay casi nadie allí... ¿qué harás cuando llegues? No puedes usar móviles, ni GPS, ni radios... ¿te recuerdo que podrían encontrarte desde el Pentágono si los usas?

Scott rugió ante la mirada de todos sus compañeros.

—Pues busquemos un mapa del Everest.

—No es tan fácil —protestó ella—. Si me sitúo en el terreno lo sabré mejor.

—¿Y lo sabrás desde Katmandú?

—Tengo que situarme en el terreno —volvió a repetir.

Scott suspiró y apretó los labios, como si se cargase de paciencia.

—¿Has subido alguna montaña? —Ella miró de un lado a otro nerviosa—. ¿Sabes usar mosquetes? ¿Cuerdas de ascensión?...

—Sé usarlas —contraatacó ella.

—La teoría está muy bien, ahora bien... ¿qué me dices de la práctica?

Ella tragó saliva y apartó la mirada de él mientras resoplaba dando a entender que jamás había usado alguno de esos instrumentos.

Scott se giró hacia su jefe.

—No es buena idea que ella vaya. Es demasiado peligroso.

Nicholas suspiró y cerró los ojos. Estaba claro que tampoco le hacía mucha gracia que ella fuese, todos eran conscientes del peligro que entrañaba aquella ascensión.

—Oye —dijo Cintya llamando la atención de todos y haciendo que Scott se girase hacia ella—, ¿crees que me hace gracia el tener que ir? ¿Qué estoy tan contenta como ellos? —Señaló a los lobos—. Pero tenemos que encontrar la lanza del destino, o si no... el mundo desaparecerá.

Scott la miró de una forma furiosa, sin estar de acuerdo aunque ella tuviese toda la razón del mundo.

—Sabré indicaros el camino... —pronunció segura de sí misma.

—Ya... —dijo Scott cruzándose de brazos—. ¿A cuánto está el primer

campamento base?

—Hay dos —informó rápidamente—. El campamento base del Sur se encuentra en el Nepal a cinco mil trescientos sesenta y cuatro metros. El campamento base norte está en el Tíbet, a cinco mil ciento cincuenta metros...

—El mal de altura comienza a partir de los dos mil cuatrocientos —Le interrumpió él con la mirada fija en sus ojos marrón verdosos. Cintya suspiró viendo por donde iba—. Mareos, vómitos, cefalea, elevación del ritmo cardíaco... incluso edema pulmonar o cerebral. Por mucho que yo o cualquiera de mis compañeros te ayude en la ascensión, tu cuerpo no está adaptado como el nuestro.

—Sé cuáles son los síntomas y también soy consciente de mis limitaciones, pero... ¿qué quieres que haga, Scott? —acabó gritando—. Si no os acompaño jamás daréis con ella —sentenció—. Estáis buscando una aguja en cientos de pajares. —Se puso erguida—. No tenéis otra opción... —enfaticó hacia él a lo que Scott resopló—. Además, sé cómo combatir los síntomas, hay que beber unos cuatro o cinco litros diarios de agua, una dieta rica en hidratos de carbono...

—Tonterías —dijo Scott cortándola. Se pasó la mano por el cabello, agobiado, y la miró fijamente. En ese momento Cintya fue consciente del miedo que habitaba en sus ojos, de su preocupación. Aquello hizo que su repentino enfado por la negativa constante se difuminase y una mirada tierna recorriese sus ojos.

Puso una mano sobre su brazo y esta vez intentó suavizar el tono. Lo único que estaba intentando era protegerla de que sufriese ningún daño.

—Escucha —susurró—, te prometo que... que si me encuentro mal o... —Scott suspiró como si la idea no le gustase—, o me ocurre algo os lo diré. Y si es necesario abandonaré la expedición —acabó diciendo.

Aunque aquello no le convenció ni le tranquilizó no tuvo otro remedio que aceptar. Colocó la mano sobre la suya y la acarició. Sabía que ella y su jefe tenían razón, pero aquello iba a ser lo más peligroso que habían hecho en su vida. Ellos podrían escalar aquella montaña sin mucho problema pero ella... ella era diferente, sin embargo, era la más necesaria. Sin ella, como había dicho, jamás la encontrarían.

—De acuerdo, entonces... —pronunció Nicholas desde atrás, que se había

mantenido callado durante la conversación—, once billetes —comentó hacia Aaron y Alex que se dirigieron hacia la puerta de inmediato—. Por cierto... —interrumpió su marcha—, cuando los compréis no nos llaméis para decírnoslo. Nada de dejar pistas de nuestro plan. Venid aquí directamente. Tenemos que prepararlo todo.

Ambos aceptaron mientras salían con grandes sonrisas, incluso parecían que quisieran ponerse a dar saltos, muy contrario, su equipo permanecía callado, más consciente del peligro que entraña aquello.

—El resto. —Miró a sus compañeros—. Id a todas las tiendas de alpinismo y escalada de Banff y Calgary y coged todo lo que podáis para el viaje. —Luego miró a Melanie que se encontraba en una esquina—. ¿Has seguido practicando estos días?

Taylor miró hacia atrás antes de salir por la puerta.

—Cada día —remarcó—. Menudas palizas nos ha pegado.

Ella le sonrió y se encogió de hombros acercándose.

—Sigo mejorando. Mi poder aumenta —admitió.

—De acuerdo. Necesito un favor. Nosotros debemos ir, pero no podemos dejar esta zona desprotegida...

Melanie supo a lo que se refería.

—Tranquilo, me encargaré de ellas —pronunció con ternura refiriéndose al resto de las chicas.

Nicholas la cogió por la cintura y la besó, pero justo cuando se separó observó que Scott miraba a Cintya aún con gesto preocupado. Lo cierto es que Scott siempre había sido un granuja, pero con Cintya se comportaba diferente. La forma en la que la miraba, que la protegía... estaba claro que sí era cierto que estaba enamorado de ella.

Suspiró y cogió a Melanie de la mano.

—Lleva a Cintya abajo y que cene algo y se acueste. Tiene que descansar.

Melanie asintió mientras iba hacia ella para ofrecerle algo de comer. Scott se quedó observándola mientras salía de la oficina con Melanie y notó la presencia de su jefe a la espalda. Cuando se giró, Nicholas lo escudriñaba con

la mirada.

—Cintya te importa de verdad —afirmó su jefe como si fuese una revelación.

—Ya te lo dije —respondió furioso. Iba avanzar pero Nicholas le hizo detenerse al poner una mano en su pecho—. ¿Qué?

—Oye... —pronunció en un tono suave—, a mí tampoco me gusta que ella venga. Créeme, soy consciente del peligro que entraña. Pero también soy consciente de que ella es la única que puede ayudarnos a...

—Ya lo sé —pronunció él mirándolo fijamente—. Respeto tu decisión, sé que estás en lo cierto. Pero eso no significa que me guste —acabó diciendo.

—Sabes que todos estaremos pendientes de ella y que haremos cualquier cosa por protegerla y ponerla a salvo.

Scott suspiró y asintió.

—Sí, ya lo sé.

—Pues tranquilo, no permitiremos que le ocurra nada malo.

—¿Sabes, jefe? —pronunció esta vez con un tono de mofa—. Me da igual si todos estáis pendientes de ella... yo voy a estar mucho más que vosotros.

Aquel comentario hizo gracia a Nicholas.

—Ya lo imaginaba —acabó diciendo.

Se giraron y fueron hacia la puerta.

—Y por cierto... duerme conmigo —dijo antes de salir de la oficina y dirigirse al ascensor—. ¿Algún problema?

Su jefe lo miró de reojo y, esta vez, no dijo nada al respecto, simplemente negó con su rostro.

Los cuatro lobos habían ido a la casa de Banff para ajustar los detalles de aquel largo y peligroso viaje, aunque ellos parecían mucho más ansiosos de emprender esa aventura que ellos.

—El vuelo sale pasado mañana. Tenemos tres escalas antes de llegar — explicó Aaron—. Nos llevará un poco más de treinta y dos horas. —Nicholas asintió—. Salimos de Calgary a las tres de la tarde. Primera escala Toronto, luego Guangzhou en China y finalmente Katmandú en Nepal. Nos ha costado hilar los tres vuelos pero lo hemos conseguido —Y directamente hizo un signo de victoria.

—Qué emoción —exclamó Ben, que estaba realmente entusiasmado—. Siempre he querido ir...

—Va a ser una pasada —intervino Philippe.

—Ya, ya... —intentó sofocar Nicholas aquel arrebatado de alegría. Miró a todos sus compañeros y suspiró— ¿Qué habéis encontrado?

Scott fue quien se situó frente a la mesa.

—Casi de todo. —Comenzó a señalar mientras los nombraba—. Arneses, cuerdas, cascos, pies de gato, descensores, mosquetones...

Taylor continuó.

—Bloqueadores de mano y pecho, poleas simples y dobles, fisureros y empotradores, anclajes...

Cintya se acercó para observar todo el arsenal que había sobre la amplia mesa.

—Plaquetas, guantes, sacos de dormir...

—Yo he encontrado unas cuantas tiendas de campaña —comentó Christopher señalando hacia el suelo—, y hornillos y luz de gas.

—Y ropa de alta montaña y gafas... —acabó Scott—. Nos iría bien alguna crema también, y víveres...

Nicholas asintió.

—¿Y magnesio?

Scott negó.

—No, de eso no hemos encontrado.

Cintya lo miró sin comprender.

—¿Para qué queréis magnesio?

Scott se giró para responder a su pregunta.

—Sirve para quitar el sudor de las manos y que no resbalen. —Luego enarcó una ceja—. ¿Sabes dónde podemos encontrarlo?

—En Katmandú —respondió.

—Necesitaremos víveres también —remarcó Scott—. La ascensión nos puede llevar días y no sabemos lo que nos encontraremos allí.

—Los podemos conseguir allí también —comentó Cintya.

—Perfecto. —Nicholas dio una palmada mientras miraba todo el instrumental—. Debemos cargar entre treinta y cincuenta kilos cada uno.

—Ya contábamos con eso —pronunció Christopher mientras cogía uno de los mosquetones y lo examinaba.

Nicholas también examinó unas cuantas piezas hasta que miró a todos sus compañeros.

—Bien, pues... a preparar todo y descansar. Nos espera un trayecto muy largo.

16

Pasaron toda la tarde y parte de la noche revisando todo el equipo y haciendo una lista con lo que les quedaba por encontrar. Habían preparado unas cuantas mochilas y tras la cena, a altas horas de la madrugada, habían ido a descansar.

Iban faltos de tiempo. Un viaje como aquel requería de una preparación exhaustiva, pero no contaban con ese tiempo, y estaban a pocas horas de emprender el viaje más importante que deberían hacer en su vida.

Dejó pasar a Cintya primero y luego cerró la puerta de la habitación tras de sí. No había tenido muchas oportunidades durante las últimas horas de cruzar palabras con ella, pues los preparativos lo habían tenido absorbido, al igual que a toda la división y a los lobos que iban a acompañarles.

Se quedó apoyado contra la puerta de brazos cruzados mientras Cintya entraba más en su habitación, observándolo todo. Tenía la espalda tensa, como si se sintiese cohibida de encontrarse en la misma habitación que él.

Se giró hacia Scott con la mirada tímida.

—Me parece que Nicholas no está muy conforme con que compartamos...

Scott suspiró.

—Nicholas no tiene ni voz ni voto aquí —interrumpió mientras iba hacia la cama y se quitaba la camiseta. La arrojó hacia el escritorio y se giró en actitud tirante—. Además, sabe de sobras que estás aquí, ya lo he informado antes.

Ella abrió los ojos y lo miró con suspicacia.

—¿Ah, sí?

Él enarcó una ceja y sonrió de una forma traviesa.

—Mis compañeros no tienen ni un pelo de tontos. —Se encogió de hombros y abrió el armario mientras buscaba el pijama y una camiseta para darle a ella—. Y yo tampoco es que sea muy sutil.

—¿No me digas? —preguntó ella cruzándose de brazos—. No me había dado cuenta, pensaba que eras el rey de la sutileza —bromeó.

Él se giró con una camiseta gris en sus manos y se acercó para entregársela.

—Siento decepcionarte —contestó de forma irónica—. Cámbiate. Estarás más cómoda para dormir. —Y se giró de nuevo para dirigirse al armario en busca de unos pantalones para él, aunque se dio cuenta de que ella miraba hacia la puerta del aseo—. Puedes cambiarte aquí... Ya te he visto desnuda.

Ella resopló.

—No es por eso... —contestó irritada por su comentario.

Scott cogió unos pantalones, los arrojó sobre la cama y se quitó los suyos delante de ella. Aunque tal y como decía Scott ya se habían visto desnudos, eso no quitaba que sintiese aún timidez, aunque a él no parecía influirle aquello, de hecho, nunca lo había hecho.

Cintya suspiró mientras dejaba la camiseta sobre la cama y lo miraba de una forma cohibida. No creía que pudiese mirar a Scott desnudarse sin sonrojarse nunca. Suspiró y apartó la mirada de él.

—Oye, no seguirás con esa extraña timidez tuya al ver a un tío desnudo, ¿verdad?

—¿Extraña? —preguntó ella, a lo que él se encogió de hombros—. Es lo más... lógico.

Scott ladeó su rostro hacia ella mientras se ponía los pantalones del pijama azul marino, con una sonrisa endiablada, estaba claro que le divertía aquella situación, pero Cintya tenía una mirada demasiado pensativa en aquel momento, como si algo le rondase la cabeza.

—¿Ocurre algo? —preguntó esta vez más serio.

Ella se encogió de hombros y se quitó la camiseta, aunque se dio la vuelta ofreciéndole su espalda cuando se quitó el sujetador.

—Estoy... estoy pensando... —Cogió la camiseta y comenzó a pasarlas por los brazos justo cuando Scott apareció ante ella en una milésima de segundo—. ¡Scott! —gritó por la impresión, bajándose la camiseta de inmediato.

—No me gusta hablar con una espalda... aunque sea tan bonita como la tuya.

Ella volvió a resoplar mientras se miraba a sí misma. La camiseta le llegaba por la pantorrilla. Comenzó a quitarse los pantalones dejándolos caer.

—Venga, dime —insistió Scott.

—Pues... —comentó alejándose de él para dejar su ropa sobre una silla—, pensaba en lo que has dicho antes...

—He dicho muchas cosas.

—Sí, eres bastante parlanchín —ironizó. Luego adoptó una postura compungida—. El... el viaje... me preocupa no estar a la altura. Vosotros tenéis fuerza, rapidez, os regeneráis, pero yo... Sé que debo ir, pero también os voy a retrasar mucho. —A Scott le sorprendió aquella afirmación por parte de ella—. A vosotros no os afectará el mal de altura, pero yo necesitare una aclimatación... —Scott comenzó a acercarse lentamente. Cintya se estaba sincerando con él. Aunque no lo hubiese admitido en el despacho mientras elaboraban un plan estaba asustada.

—Pues esperaremos a que te aclimates.

Ella chasqueó la lengua.

—Los alpinistas experimentados muchas veces tardan días en aclimatarse, incluso semanas. —Scott llegó hasta ella y colocó las manos en sus hombros—. Me revienta no poder usar este poder al cien por cien.

—Oye, no es culpa tuya... —comentó directamente—. Mapas del Everest no se encuentran en sitios normales. Debe ser en sitios especializados y no podemos acceder a internet para encontrar uno. No pasa nada. —Luego descendió su rostro hacia abajo para colocarse frente a sus ojos—. Además, Mabus no sabe dónde está la lanza del destino. No tiene ni idea.

—Pero nos encontró una vez. Podrá volver a hacerlo.

Scott se encogió de hombros.

—Ya, pero podría encontrarnos aquí, allí... donde fuese. Eso es algo que está fuera de nuestro alcance. —Luego arqueó una ceja hacia ella y se puso erguido—. No dejaremos que te ocurra nada malo. —Luego la miró fijamente, con seguridad—. No dejaré que te ocurra nada —pronunció con más suavidad haciendo que ella lo mirase esta vez con ternura. —Tengo curiosidad. Explicaste que Mabus te había dicho que ya había estado aquí... y que otras veces lo habían podido detener. —Ella aceptó—. ¿Fue con la lanza del destino?

Ella suspiró.

—Esa información...

—¿Es difícil? —preguntó él rápidamente, a lo que ella asintió—. ¿Deberías ir al otro lado para saberlo?

—Sí. Podría intentarlo de nuevo...

—No, no... —reaccionó Scott rápidamente—. Ya tuve bastante con una vez.

Ella le medio sonrió. Lo cierto es que pese que hacía menos de una semana que se conocían sentía con un él una confianza que no había sentido con nadie. En el poco tiempo que llevaban juntos ya le había salvado la vida varias veces y además, se había sentido preocupado y protector con ella. Y eso, sin contar con los besos y caricias que habían compartido.

Ella le sonrió y lo miró directamente a los ojos.

—¿Por qué eres tan bueno conmigo? —preguntó en un susurro.

—¿Bueno? —preguntó tras parpadear varias veces.

—Sí, toda la división lo es pero tú... —Aquellas palabras hicieron que Scott sonriese.

—¿Acaso no es obvio? —preguntó mirándola fijamente de una forma intensa. La cogió por la cintura atrayéndola mientras una dulce sonrisa se apoderaba de sus labios—. ¿Sabes? —preguntó en un susurro frente a sus labios—. Pese a que estábamos en el apocalipsis y... que seguramente vamos

a morir todos —bromeó—, nunca me había sentido tan vivo hasta que te vi por primera vez. —Ella se quedó observándolo. Sí, estaba enamorado de ese hombre, de su fuerza, de su lealtad, de su risa, su ternura... pero no esperaba un arrebató tan romántico por su parte.

No pudo evitar reír ante las últimas palabras de él, en parte por los nervios y por el significado que tenían.

—Que cursi, ¿eh? —bromeó Scott. Ella lo miró divertida. Luego Scott chasqueó la lengua como si algo le disgustase—. Y si lo llego a saber no te doy mi camiseta —comentó acelerado mientras bajaba hasta sus labios para besarlos y se le quitaba la rápidamente.

Aquel comentario hizo que ella se separase un segundo riendo pero Scott la sujetó con urgencia mientras tiraba su camiseta al suelo y la conducía hacia la cama.

Dio media vuelta y se sentó en el borde colocándose ella encima, sin abandonar sus labios, abrazándose.

Lo único que deseaba era tenerla cada segundo a su lado, pues en breve emprendería un viaje junto a todos sus compañeros que no les permitiría gozar de la intimidad suficiente.

Besó su cuello y comenzó a descender por su clavícula y pecho mientras ella enredaba sus dedos en su sedoso pelo castaño.

La primera vez que habían estado juntos había sido en un sofá, en una casa desconocida, pero ahora gozaban de una cama mucho más cómoda y de la que iba a dar buena cuenta.

La cogió por la cintura rodeándola con su brazo y la giró sobre el colchón situándose encima, besándola apasionadamente mientras ella se sujetaba a su cuello con fuerza.

Si fueran otras circunstancias, se metería en aquella habitación con ella durante semanas y no saldría de allí, pero lo que les había tocado vivir era totalmente lo contrario, así que debía asegurarse de poder disfrutar cada segundo que pudiese junto a ella.

Comenzó a moverse con delicadeza, colocando una mano en su cuello para que le besara y notando a través de las yemas de sus dedos como el pulso de Cintya se aceleraba.

Fue lento y minucioso, deleitándose en cada caricia, notando como las manos de ella se aferraban con fuerza sobre sus hombros y los gemidos de placer comenzaban a inundar la habitación.

La besó intentando reprimir esos gemidos mientras la abrazaba y se fundían en un mismo cuerpo.

Cintya observó maravillada desde la ventana del avión cuando este tocó la pista de aterrizaje en Katmandú, treinta y dos horas después de que hubiesen cogido su primer vuelo desde Calgary. Aquel viaje había sido agotador.

Se habían dividido en dos grupos, por suerte, los aviones no iban muy llenos, por lo que habían podido tener a los cuatro lobos que los acompañaban sentados en la parte de atrás. Ya ni siquiera se preocupaban de que pudiesen hacer daño a una persona, sabían que eran de fiar, pero... como se habían repetido innumerables veces, los accidentes existían, así que los habían sentado a los cuatro al final del todo, rodeados por ellos, y Cintya y Scott eran los únicos que se habían sentado por delante dejando tres filas vacías por detrás.

En el vuelo solo iban unas diez personas más de origen chino, y ni siquiera se habían molestado en hablar con ellos durante las últimas horas. Estaba claro que en breve, a medida que se sucediesen más catástrofes naturales, los vuelos dejarían de circular por el cielo. Ya era prácticamente un milagro haber llegado hasta allí.

Miró a través de la ventana. El cielo estaba totalmente cubierto de unas esponjosas nubes blancas. Había despertado unos minutos antes de que el avión comenzase a descender y, tras atravesar las nubes había vislumbrado los prados verdes y húmedos, los ríos. Habían sobrevolado la ciudad y pisado pista pocos minutos después.

Scott se giró hacia atrás para mirar a sus compañeros que se levantaban de su asiento mientras estiraban la espalda.

—Estoy muerto —dijo Taylor mientras se estiraba.

Los lobos miraban alucinados por la ventana.

—Qué pasada —gritó Alex sonriente mientras Adrien bostezaba.

—Sí, sí... —respondió Aaron asomándose—, muy bonito todo —pronunció sin interés. Cogió su mochila de mano y la echó a su espalda—. Vamos.

Scott pasó por delante de ellos dejando que Cintya lo adelantase y se dirigieron a la puerta de salida.

No había ningún pasillo, solo unas escaleras que te permitían salir del avión y bajar hasta la misma pista de aterrizaje.

Desde que pusieron un pie fuera pudieron notar la gran humedad de la zona, aunque lo cierto es que no hacía frío. Adrien se colocó al lado de Scott sorprendido.

—Pues no hace frío —susurró mirando hacia el cielo totalmente encapotado, justo cuando notó que unas gotas de lluvia caían sobre su frente.

—Estamos a veintidós grados —indicó Cintya ante la sonrisa de Scott. Luego miró divertida a Adrien—. Ya pasarás frío.

Adrien arrugó su frente al escuchar aquello.

—No tengas tanta prisa —comentó Scott colocando una mano sobre su hombro.

—Eso no es alentador —susurró Adrien a Cintya.

Aquel viaje le había dado la oportunidad de conocer mejor a todos los miembros de la división y darse cuenta de que todos eran encantadores y la trataban incluso con ternura.

—Vosotros, cuidado —Escuchó que decía Nicholas hacia los lobos que caminaban sonrientes por la pista de aterrizaje, como si se dirigiesen a una fiesta.

—Sí, claro... cálmate —respondió Alex que miraba de un lado a otro impresionado.

Nicholas suspiró y se adelantó hacia su división que caminaba por delante de él.

—Iremos a buscar el equipaje. Cintya... —dijo llamando su atención—, necesitamos un par de todoterrenos y un hotel donde pasar la noche.

—Hay que cambiar el dinero primero —dijo Scott.

—Sí, es verdad. —Cogió la mochila que tenía colgada a su espalda y sacó varios sobres de dinero con todos los billetes que habían podido juntar entre ellos y los lobos. Miró a Cintya y se los entregó a ella—. ¿Os encargáis vosotros? —Ambos asintieron—. Cambiad el dinero, buscad algún transporte para movernos y un hotel. Nosotros iremos a coger el equipaje y os esperamos en la puerta de salida.

Dicho y hecho, sus compañeros y los lobos se alejaron de ellos para cargar en los carros todo el equipaje que llevaban.

—¿Dónde está el cambio del dinero?

—Ven... —Le indicó ella—. Ya me encargo yo.

Poco después, Cintya estaba recibiendo un montón de sobres con monedas doradas y billetes coloridos. Scott le esperaba un poco alejado, observando todo y controlando a los lobos que los había visto pasar con los carros y las maletas a toda prisa por el aeropuerto, con risas. Por Dios, si hasta Alex parecía querer subirse al carrito en el que llevaban las maletas y gritar de alegría.

—Malditos lobos... están locos —susurró para él. Se giró justo cuando notó que Cintya se colocaba a su espalda y abría la mochila introduciendo todos los billetes que le acababan de entregar.

—¿Ese es Ben y Philippe? —preguntó impresionada mientras los veía cargar con dos maletas, una de cada mano y andar con felicidad, incluso dando pequeños saltitos de alegría.

—Mejor no preguntes... —comentó él cogiendo la mochila para cerrarla—. ¿Cuánto has cambiado?

—La mitad, no tenían más moneda. Podemos conseguir más dinero en Katmandú —explicó mientras Scott se echaba la mochila al hombro.

—Ahora el transporte —Le animó.

—No hay problema, fuera hay varios taxis y autobuses que llevan hasta la ciudad. Lo que necesitamos es... —miró de un lado a otro como si buscara algo. Scott la miraba sorprendido, ¿quién había dicho que no era buena idea llevarla? —Ven —dijo acelerando hacia un lado del aeropuerto.

Scott igualó su paso.

—¿Qué hacemos?

Ella lo miró con una sonrisa.

—Hay que contratar una avioneta que nos lleve hasta Lukla. Solo desde allí podemos acceder a la zona del Everest. Podríamos ir en coche, pero se tarda más.

Scott la miró impresionado.

—¿Y dónde lo contratamos?

Ella miró de nuevo de un lado a otro, pensativa.

—Ya... —dijo sonriente—. Ven... —dijo acelerando el paso—. Aquel hombre puede ayudarnos.

Scott la miraba cada vez más fascinado.

Fueron hasta un hombre que se encontraba sentado en un pequeño banco del aeropuerto con un cartel en sus manos con unas extrañas letras. Su piel morena contrastaba con su cabello blanco. Era poca cosa, de hecho, Cintya le superaba en altura, y era extremadamente delgado. Vestía una túnica azul a conjunto con un turbante azul oscuro que llevaba sobre su cabeza.

—Namasté —pronunció ella con una amplia sonrisa.

El hombre la miró con una amplia sonrisa, aunque Scott hizo un gesto de desagrado cuando observó que a aquella boca le faltaban unos cuantos dientes.

—Namasté —pronunció el hombre.

—Ma usala i kiraya garna... —Scott dio un brinco hacia atrás cuando la escuchó hablar—, cahanchu.

—¿Pero que hablas? —gritó asustado, pues no salía de su asombro.

Ella lo miró como si no comprendiese su repentina actitud fascinada.

—Nepalí —comentó mientras se encogía de hombros como si nada—. Le he dicho que queremos contratarlo...

—¿Para qué? —pronunció mirándola con cierto temor. Luego desvió su mirada hacia el hombre bastante mayor y sus ojos se clavaron en dos dientes marrones que se encontraban en su encía vacía. El hombre no paraba de

sonreír y asentir todo el rato.

—Es piloto. —Señaló el cartel—. Ofrece vuelos baratos a Lukla —respondió feliz.

—Ya... ammm... y... ¿no hay otro piloto? —Luego miró al hombre con una sonrisa incrédula—. Namasté —dijo alzando su mano de forma cortés sin poder intentando apartar la mirada de su boca.

El hombre cogió su mano y comenzó a estrechársela de inmediato.

—Ho, ho... —comentó el hombre dándole un fuerte apretón de manos.

—Ja, ja... qué mono —dijo Scott incrédulo.

—Se llama Hari. Es buen piloto, no te preocupes.

Cintya volvió a conversar con él mientras este seguía estrechando la mano de Scott con gran felicidad.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

—Estoy cerrando el trato. —Y directamente soltó la mano de Scott y cogió la de ella con fuerza sin dejar de reír.

Scott se quedó mirándola fijamente, sin dar crédito, mientras hablaba un perfecto nepalí con el hombre al que acababa de contratar. Tras varios minutos se giró hacia él.

—Ya está. —Scott permanecía en shock—. Nos puede llevar pasado mañana, dice que habrá mejor tiempo. El vuelo hasta allí son unos cuarenta minutos —explicaba como si nada—. Le he preguntado por los hoteles y me ha dicho que él nos puede hospedar, pero le he comentado que somos once...

—Prefiero un hotel, Cintya —dijo con los dientes apretados hacia aquel hombre.

—Sí, ya lo sé. Me ha explicado que hay hoteles aquí cerca por cinco dólares la noche. Eso ya lo sabía —Se encogió de hombros—, pero lo más importante es que me ha dicho que tiene una furgoneta y nos puede llevar al hotel.

—Ah, qué amable.

—Sí, la gente de aquí lo es. —Miró al hombre y sonrió—. Ho. Dhan yavada.

El hombre asintió mientras ella volvía a hablar señalándole a la puerta.

—Vamos —dijo a Scott—. Ahora viene a buscarnos con la furgoneta.

Scott seguía con la misma mirada fascinada que desde el principio y eso llamó la atención de ella.

—¿Qué pasa?

—Dios, eres como la wikipedia —pronunció asombrado—. ¿Sabes nepalí?

Ella rio por su comentario.

—Soy un oráculo, Scott —explicó.

Scott observó a sus amigos que lo esperaban en la puerta del aeropuerto.

—Joder —susurró aún impresionado.

Cuando llegaron hasta ellos Nicholas se colocó enfrente.

—¿Habéis conseguido algo?

Scott miró de reojo a Cintya.

—Lo hemos conseguido casi todo —respondió ella sonriente—. Ya tenemos programados los vuelos para Lukla y un transporte que nos llevará hasta el hotel.

Nicholas los miró sorprendido.

—¿Tenemos hotel?

Todos miraron a Cintya.

—Sé donde hay uno con habitaciones. Nos las darán a buen precio.

A Scott parecía que iban a salirse los ojos de las órbitas. Realmente Cintya era mucho más de lo que había esperado.

La señaló aún sin dar crédito.

—Y habla nepalí —pronunció como si aquello le hubiese traumatizado.

Christopher miró a Scott con una sonrisa.

—Vaya, tienes una novia muy lista, eh.

Scott lo miró incrédulo por lo que acababa de decir y Cintya se mordió el

labio intimidada por aquellas palabras. Scott miró de reojo a Cintya que desviaba la mirada hacia otro lado y fusiló a Christopher que pareció darse cuenta de su error y cambió de conversación rápidamente, incluso nervioso.

—Ahh... mmm... ¿y cómo vamos hasta el hotel?

En ese momento una furgoneta de color verde bastante grande se puso ante ellos. Todos se giraron para observar el pequeño hombrecito que los saludaba con una gran sonrisa y un enorme turbante azul marino.

—Namasté, Hari —comentó Scott como si lo conociese de toda la vida, cogió a Cintya del brazo para que se acercase, aún un poco tenso por las últimas palabras de su amigo. —Anda, dile el hotel al que tiene que llevarnos —pronunció con ansiedad.

No tardaron más de quince minutos en encontrarse dentro de aquella furgoneta adoptando posiciones contorsionistas para que cupiese todo el material que llevaban.

Cintya no había dejado de hablar con Hari durante todo el trayecto y ahora, Scott, no era el único que la miraba con los ojos como platos.

—Menudo fichaje —susurró Nicholas hacia el equipo.

—¿Sabe hablar todos los idiomas del mundo? —preguntó Dean sin apartar la mirada de Cintya que iba sentada en el asiento delantero junto al conductor.

Scott no apartaba ojos de ella mientras seguía conversando tan tranquila. Se giró hacia sus amigos y los lobos.

—Es un oráculo, supongo que sí. Lo sabe todo —pronunció lentamente. Luego tragó saliva—. Joder, es alucinante.

Dean resopló ante aquello, llevándose la mirada inquisidora de Scott.

—¿Qué? —preguntó mosqueado.

—Tío, ¿y eso no te asusta? Es... no sé...

—Me encanta —sonrió.

Dean lo miró enarcando una ceja

—Es verdad... qué pregunta más tonta acabo de hacer —pronunció como si se riñese a sí mismo.

Scott resopló y luego miró a Christopher directamente.

—Y tú... a ver si te controlas un poco —Le riñó haciendo referencia a su anterior frase sobre que eran una pareja.

—Ya, perdona —susurró hacia él—. Es que... es... es tu pareja, ¿no?

Scott volvía a ponerse nervioso ante la conversación y la mirada intrigada de todos, incluso de los lobos. Colocó correctamente una de las mochilas que caía encima de él al tomar una curva y miró nervioso a Cintya, parecía estar inmersa en una apasionante conversación con su nuevo amigo.

—No... no lo sé. —Se encogió de hombros volviendo la mirada hacia ellos.

Todos ladearon su rostro hacia él.

—Pregúntaselo a ella... —bromeó Dean—, seguro que lo sa...

Scott le dio una colleja tirándolo hacia detrás.

—Cállate —Le susurró.

Cintya se giró en ese momento con una gran sonrisa, parecía divertirse la conversación con Hari.

—¿Ocurre algo? ¿Necesitáis alguna cosa?

—No, no... tranquila —respondió Scott, aunque se llevó un codazo por parte de Dean como si le animase a preguntarle—. Déjame, Dean.

—¿A qué jode, eh? —preguntó Christopher socarrón al ver que Cintya se giraba de nuevo ya sin prestarles atención.

Scott lo miró con sorna.

—¿El qué? ¿Qué ahora me molestéis a mí porque me gusta Cintya? Pzzzz... —Se encogió de hombros—. A mí me da igual. —Luego pestañeó repetidas veces hacia Christopher—. Por lo menos no soy exhibicionista, ni me voy besando con ella por...

Christopher comenzó a rugir y se hubiese abalanzado sobre él si no fuese porque iban rodeados de maletas.

—Era culpa tuya —susurró hacia él—. Siempre estabas en el lugar menos apropiado —Le recriminó.

—Ya, claro... como que yo os iba buscando.

—¿De qué habláis? —preguntó Taylor.

Christopher suspiró.

—Scott me pilló un par de veces besando a Laurel antes de que lo hiciésemos formal —confesó.

—Oh, vaya... —comentó Nicholas, luego lo miró enarcando una ceja hacia Scott—. Scott... —pronunció a modo de amenaza—. Espero que mantengas tu testosterona controlada durante el viaje...

En ese momento una tos intencionada hizo que todos mirasen hacia delante, encontrándose a una Cintya que los observaba dudosa. Los miró a todos intrigada, hecho que hizo que todos se pusiesen tiesos como palos, ¿también les podía leer el pensamiento? ¿Por eso los miraba así? ¿O acaso había escuchado la última frase de Nicholas?

—Ya hemos llegado —acabó diciendo. Luego sonrió de una forma tranquila—. Aquí hay habitaciones, podremos dormir cómodos estas dos noches. —Luego tendió la mano hacia Scott—. Pásame el sobre con el dinero. Tenemos que pagarle la mitad del viaje a Hari ahora. El resto se lo pagaremos cuando lleguemos a Lukla.

Scott le tendió el sobre sin decir nada.

—Toma.

Cintya sacó unos cuantos billetes y le entregó el sobre esta vez a Nicholas.

Todos volvieron a escuchar atentos la conversación con el hombre y vieron cómo le entregaba unos cuantos billetes.

—¿Es de fiar? —preguntó Nicholas mientras abría la puerta del maletero para salir.

—Claro, si no, no le daría el dinero. Pasado mañana nos vendrá a buscar a las seis de la mañana —explicó mientras bajaba de la furgoneta.

Todos comenzaron a sacar las mochilas y maletas depositándolas sobre la acera.

Mientras todos acababan de sacar los bártulos Nicholas se acercó a Cintya.

—Oye —dijo abriendo su mochila—, he pensado que dado que tú eres la que te entiendes... —Y le pasó los sobres con el dinero—. Todo tuyo. —Ella lo miró sorprendida pero aceptó y lo guardó en la pequeña mochila roja que llevaba. Scott los observó y sonrió mientras dejaba una de las maletas en el suelo. Aquello le gustó. El saber que Nicholas confiaba en ella le hizo sentir un extraño cosquilleo—. ¿Puedes encargarte de coger las habitaciones mientras nosotros subimos esto?

—Claro —respondió feliz al ver la confianza que depositaba en ella.

Nicholas le sonrió, asintió y fue de nuevo hacia la furgoneta, pero Scott puso la espalda recta en cuanto ella comenzó a alejarse. Soltó la maleta con un golpe en el suelo y corrió en su dirección.

—Cintya... —dijo acercándose. Ella se giró y lo miró sorprendida cuando la cogió del brazo alejándola más de sus compañeros que permanecían entretenidos sacando todo el material. Se giró hacia ella con una ligera sonrisa maliciosa y se acercó—. ¿Qué te parece si coges una habitación para nosotros solos? —propuso.

Ella miró hacia el grupo de reojo y luego lo miró a él con una sonrisa pilla.

—Ya había pensado en eso —afirmó mientras se separaba de él con una sonrisa más exagerada—. Este hotel es pequeño... —dijo mientras se alejaba—, y solo dispone de una habitación triple y cuatro dobles. Son casas de acogidas.

Dicho esto se giró caminando con tranquilidad hacia la recepción ante la mirada asombrada de Scott.

Se giró mientras parpadeaba varias veces y miró como todos se despedían del pequeño hombrecillo con un saludo.

Se sintió un poco desubicado. Siempre era él quién hacía esas proposiciones o sugerencias, no las mujeres. Desde luego, era más lista y espabilada de lo que esperaba, y, eso, volvía a confirmar que le encantaba.

17

Se habían distribuido en diferentes habitaciones. Tres de los lobos: Aaron, Philippe y Ben dormían en la habitación triple. Adrien lo haría con su cuñado, Alex. Taylor dormiría con Nicholas, Christopher con Dean y Scott con Cintya.

Nadie había dicho nada al respecto cuando Nicholas había hecho los grupos, excepto Alex que había pasado la mano sobre el hombro de Adrien con una gran sonrisa, encantado con la idea.

Tras distribuir las armas por las diferentes habitaciones y darse una ducha se habían reunido en el pequeño comedor de la planta baja.

Cintya se había encargado de pedir los platos y les había explicado en qué consistía cada uno.

—¿Son lentejas con arroz? —preguntó Alex arrugando su nariz.

Cintya asintió.

—Dhal Bhaat —explicó ella—. Y la carne con la que lo acompaña es búfalo.

Alex volvió a resoplar.

—Vamos, come lentejas... —ordenó Adrien, y luego sonrió hacia él—, tienen mucho hierro y estás en edad de crecimiento —bromeó.

Alex miró con desagrado a su cuñado que sonreía sin parar.

—Eso son momos —siguió Cintya—. Son como raviolis rellenos de verdura y pollo.

Alex cogió uno de aquellos platos.

—Eso me gusta más.

—Esto es Aloo Tama, es un caldo de patatas con brotes de bambú y curry en polvo. Se suele acompañar con el arroz —señaló hacia el bol de arroz blanco—. Y esto es sekuwa, la típica barbacoa de carne aderezada con hierbas naturales. Hay carne de cerdo, cabra, pollo y búfalo.

Christopher cogió uno de los trozos y se lo metió en la boca, luego asintió.

—Está buenísimo. Buena elección —sonrió a Cintya.

Nicholas cogió un par de trozos y luego dio un sorbo a su vaso de agua.

—Bien, vamos a planear lo de mañana... —pronunció mientras cogía un plato y se servía un poco de cada cosa que les habían traído.

—Eh, si nos quedamos con hambre podemos pedir más, ¿no? —preguntó Alex mientras iba sirviéndose también en su plato al igual que todos.

—Primero vamos a acabarnos esto, Alex —dijo Nicholas mientras se acomodaba de nuevo—. A ver, nos faltan varias cosas por encontrar... —miró a Cintya—, nos dijiste que podíamos comprar provisiones aquí en Katmandú.

Ella asintió mientras Scott le entregaba uno de los platos, bastante lleno.

—Podemos comprar cosas, pero piensa que en nuestra ruta hay poblados donde podemos ir comprando más comida. —Comió un momo y se limpió los labios con una servilleta—. Pasado mañana, cuando Hari nos lleve con avioneta a Lukla allí podemos comprar más alimentos. Desde allí tenemos que ir hasta el campamento base del Everest. Ese camino es a pie, no se puede usar transporte, son caminos muy estrechos.

—¿Hay varios poblados hasta el campamento base? —preguntó Scott mientras comía.

—Sí, hay varios. Podemos ir comprando a medida que se gaste hasta que llegemos al campamento base, pero allí... ya es más difícil. Hay un templo budista que alberga a alpinista y el restaurante es... reducido. Tienen poca cosa. Lo mejor sería proveernos de todo en el pueblo antes de llegar al campamento base, está a unos cien kilómetros de este.

—De acuerdo —intervino Nicholas—. ¿Cuánto se tarda desde Lukla hasta

el campamento base?

Cintya chasqueó la lengua.

—Os puedo decir lo que tardan los viajeros... más o menos. —Todos asintieron—. Entre ocho o nueve días caminando.

Todos resoplaron.

—Eh, yo tengo una idea mejor —intervino Aaron, y miró a Cintya—. ¿Por qué no le decimos a tu amigo Hari que nos lleve directamente al aeropuerto del campamento base?

Scott intervino esta vez.

—No podemos hacer eso.

—¿Por? —preguntó sin comprender.

—A vosotros y nosotros no nos afectará el mal de altura, pero a Cintya puede que sí. Debemos ascender de forma gradual. Si aterrizamos a una altura de más de cinco mil pies puede que ella lo sufra, y creo que todos coincidimos en que es mejor no arriesgarse.

Todos afirmaron.

—En eso tienes razón... —intervino Philippe—. Sin ti estaríamos perdidos.

Cintya respondió a una sonrisa a ese comentario.

—Siento retrasaros —susurró.

Scott puso una mano en su hombro acariciándolo.

—Igualmente, nosotros nos movemos mucho más rápido que un alpinista de elite, así que podemos hacer el trayecto más rápido e ir parando cada cierto tiempo. —Luego la miró con una amplia sonrisa—. Te llevaré a caballito...

—Scott... —pronunció ella avergonzada.

—¿Prefieres a coscoletas? —siguió con la broma.

Cintya lo miró fijamente.

—En esto tienes toda la razón —intervino Nicholas—. Podemos hacer el recorrido a primera hora de la mañana e ir parando en algunos pueblos. Si te encuentras bien seguimos un poco más adelante, aunque sin abusar, y si no lo

soportas pues tiramos hacia atrás.

Cintya aceptó aquello.

—Sí, así no nos retrasaremos tanto.

—Bien —continuó Dean—. ¿Y cuando lleguemos al campamento base? ¿Sabrás hacia dónde ir?

Ella se encogió de hombros.

—Sí, supongo que sí. Esa información es difícil de conseguir, esta... protegida —acabó diciendo decepcionada—, pero supongo que al estar allí podré saberlo.

—Esperamos que sí —apuntó Nicholas.

—Si no siempre puedo volver al otro lado y preguntar de nuevo.

Aunque aquello disgustó a todos los miembros de la división no pudieron hacer otra cosa que asentir. No podían llegar tan lejos y abandonar, el mundo entero dependía de ellos.

—Bien, ¿qué más nos falta? —preguntó ella.

—El magnesio —corroboró Scott—. Nunca se sabe si será necesario.

—Podéis conseguirlo en una tienda de aquí... —indicó ella—. Aunque no mucho.

—Tampoco creo que nos haga mucha falta —interrumpió Dean.

—Nunca está de más llevar un par de bolsas, por si acaso —corroboró Nicholas.

—Más para los lobos que para nosotros. Ellos sudan más —dijo Adrien con una sonrisa.

Aquello hizo que todos sonriesen, incluso Cintya. Scott se giró para observarla, era tan hermosa... No pudo evitar pasar su mano por debajo de la mesa y acariciarla. Le gustaba verla tan unida al grupo, compartir todo aquello con ella. Aquel gesto se llevó una mirada cargada de ternura por su parte.

Scott se acercó levemente mientras sus compañeros seguían con aquella conversación.

—Tengo ganas de ir a la habitación —Le susurró.

Notó como toda la piel se le ponía de gallina. Ya sabía para qué. No es que fuesen especialmente lujosas, todo lo contrario, eran habitaciones pequeñas y austeras, pero tenía una gran cama de matrimonio.

—¿Y qué bebida tienen aquí? ¿Hay cerveza? —preguntó Dean mirando a Cintya.

Tanto Scott como ella despertaron de un sueño y se giraron hacia Dean, que en aquel momento resoplaba por haberlos pillado mirándose de aquella forma.

—Sí, se llama Chang, está elaborada con cebada, maíz y centeno o mijo fermentado —explicó—. Pero si lo que quieres es alcohol de verdad... —bromeó ella—, prueba el Arak. —Dean enarcó una ceja hacia ella—. Es alcohol de patata. Lo mezclan con anís.

—¿De qué graduación estamos hablando? —preguntó Dean, como si esperase una graduación baja por parte de ella.

—Cuarenta.

La miró sorprendido y luego rio hacia Scott.

—Vaya con la oráculo... juega duro.

Aquel comentario hizo gracia a Scott y la miró con una sonrisa.

—¿Una copa? —preguntó como si la retase—. ¿O no vas a poder soportarlo, pelirroja?

Media hora después Alex, Dean y Taylor se habían puesto las servilletas a modo de turbante sobre la cabeza mientras daban buena cuenta de las botellas de Arak que había pedido Cintya y reían sin parar.

—Esto no es serio... —pronunció Nicholas mosqueado al ver a sus compañeros.

Taylor se puso de rodillas y miró a su jefe.

—¡Es el fin del mundo!

—¡Vamos a morir todos! —gritó Adrien extendiendo los brazos hacia el cielo, de forma exagerada.

Los lobos elevaron sus puños como si estuviesen de celebración gritando de alegría mientras cogían una de las botellas de Arak.

—Eh, eh... ¿quién soy? —gritó Taylor tapándose los dientes con el dedo, sujetándose el turbante en la cabeza.

Ben fue hasta él riendo.

—¡Eres Hariiiii!

—Voy a echar tanto de menos a Laurel... —pronunció Christopher emocionado mientras olisqueaba el alcohol. Lo llevó a sus labios y lo bebió de un trago.

Alex se levantó y extendió los brazos hacia ellos mientras se le caía el turbante que llevaba puesto en la cabeza sobre el rostro de Aarón que seguía sentado, tapándole hasta la nariz y dejando ver solo su gran sonrisa, aunque este no se inmutó y elevó su vaso como si fuese a brindar aunque no pudiese ver nada al estar tapado con la tela.

—¡No quiero morir virgen! —gritó alterado. De repente se quedaron todos en silencio, observándole, incluso Aaron se quitó la servilleta de la cara para elevar su mirada hacia él—. No quierooooo —gimió.

Ben y Filippe fueron los primeros en ponerse en pie.

—¡Vamos a buscarte a una loba! —gritaron al unísono y comenzaron a dar saltos de alegría—. Arrrgggggg —fingieron un rugido.

Nicholas suspiró mientras agachaba su cabeza resignado. Sabía que no les duraría mucho aquel estado, por suerte su cuerpo lo filtraba rápido, pero desde luego le iban a dar la noche o parte de ella.

—Oid, hay que ir a descansar, es... —Se miró el reloj de muñeca—, la una de la madrugada. Mañana hay que dejarlo todo listo...

Adrien se acercó a él con el vaso en su mano y el turbante en la cabeza. Se colocó ante él con una sonrisa y miró sus manos vacías. Nicholas no había ni probado el alcohol, pero aquello no pareció importarle nada a Adrien que estrelló su copa con el puño de su jefe como si sujetase alguna copa, haciendo que Nicholas enarcase una ceja hacia él.

—Ey, Nick. ¡Por el apocalipsis! —Y automáticamente hizo un movimiento sensual de cadera.

Nicholas suspiró cargándose de paciencia mientras Adrien se apartaba de nuevo, aunque le llamó en especial la atención que Alex se hubiese escondido

bajo una mesa y asomase su cabeza entre los manteles, como si estuviese sufriendo un ataque de pánico.

—No quiero morir así... así no... —gritaba histérico.

Nicholas enarcó una ceja y se pasó la mano por su rostro. Se giró directamente hacia Scott y Cintya que permanecían sentados.

—Eh, Cintya... ¿para qué les das eso? —preguntó sorprendido. Scott elevó su copa hacia su jefe con una gran sonrisa en sus labios. ¿También estaban bebiendo? —Dios, dame paciencia —susurró.

—Te voy a llevar al... al otro lado —pronunció Scott con un tono provocativo hacia Cintya que también daba buena cuenta de la bebida.

Nicholas apartó la mirada directamente de allí. ¿Cómo habían podido llegar a aquello?

Scott y Cintya despertaron sobresaltados sobre la cama cuando escucharon unos fuertes golpes en la puerta, aunque ella se llevó la mano a la cabeza directamente.

—Ayyyyy —sollozó mientras entrecerraba los ojos por la luz que entraba por la ventana de la habitación.

Scott la miró sorprendido sin un solo matiz de resaca.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó alterado mientras se levantaba de inmediato de la cama de un salto.

Ella se llevó las dos manos a la cara frotándosela y luego las llevó hasta su cabello revuelto.

—Dioooooossss.... —sollozó mientras se tiraba de nuevo sobre la almohada.

Los golpes se volvieron a repetir en la puerta aunque con mayor brusquedad.

Scott corrió hacia la silla y cogió sus pantalones poniéndoselos.

—¿Quién es?

—Adrien —gritó de los nervios.

Scott suspiró mientras miraba como Cintya se medio incorporaba en la cama y gemía.

Abrió la puerta sin apartar la mirada de ella.

Adrien y Alex esperaban con ansiedad.

—¿Aún no te has vestido? Son las diez. ¿No habíamos quedado a esta hora abajo?

Scott parpadeó un par de veces y se giró de nuevo hacia su habitación mientras veía a Cintya caminar sin rumbo por ella.

Se giró hacia Adrien con una sonrisa.

—Una ducha y bajamos —dijo.

Adrien pudo ver de reojo como Cintya resoplaba mientras se dirigía al aseo de su habitación.

—Menuda resaca lleva, ¿no? —preguntó Adrien contemplándola.

Scott se encogió de hombros.

—No metaboliza igual que nosotros. Bajamos en seguida —dijo mientras cerraba la puerta.

¿Ya eran las diez? Recordaba que se habían ido a dormir sobre las dos de la madrugada. La fiesta había seguido durante un buen rato más. Lo cierto es que todos lo necesitaban. Demasiada presión acumulada, demasiados nervios... Necesitaban desinhibirse de alguna forma y, aquella noche, había sido una vía de escape, aunque Cintya no parecía pensar igual que él.

Fue hacia el aseo. Ella se encontraba reclinada sobre la pica mojándose la cara. Se colocó a su espalda y puso una mano en su hombro.

—¿Cómo estás? —Ella gimió—. Vale —Se dio por respondido.

Fue hasta la ducha y corrió la cortina. Encendió el grifó y dejó que el agua corriese durante unos segundos.

—Una ducha, un buen desayuno y te encontrarás mejor, ya verás.

Ella se puso erguida, o al menos lo intentó, porque seguía apoyada contra la pica. La verdad es que no tenía muy buena cara. Estaba bastante pálida y

ojerosa.

—Menuda resaca llevas —susurró Scott. La cogió del brazo y la empujó hacia la ducha—. Venga, a refrescarse.

Media hora después todos se encontraban a la mesa, desayunando sonrientes, sin una mínima señal de lo que había ocurrido la noche anterior. Cintya, muy al contrario, se apoyaba sobre su mano con cara de sueño, las gafas de sol puestas y mirando a todos con desagrado mientras desayunaban.

Nicholas la había mirando durante los primeros minutos, al igual que toda la división y se había mantenido en un principio callado, aunque pronto habían olvidado su mal cuerpo y habían comenzado a alzar el tono y comer sin parar.

—¿Unos momos? —Le ofreció Taylor que estaba sentado delante de ella. Ella lo miró por debajo de sus gafas y negó sin decir nada—. Pues más para mí.

Nicholas dio un sorbo a su té con leche.

—Hoy nos encargaremos de ordenar las mochilas. Scott y Cin... —Se quedó callado cuando observó que ella se pasaba la mano por el cabello agobiada. Chasqueó la lengua—. Necesitamos el magnesio —acabó pronunciando hacia Scott.

Scott asintió y se echó un poco sobre ella.

—Ve a descasar a la habitación —Le sugirió—. Dime simplemente donde puedo encontrarlo y ya iré yo.

Ella lo miró agradecida pero negó con su rostro.

—No, da igual, necesito que me dé un poco el aire.

—¿Seguro? —Ella asintió—. De acuerdo, pues... come algo, por favor. Y bébete el té, te encontrarás mejor. Te aposentará el estómago.

Taylor la miró esta vez preocupado mientras ella volvía a gemir y se acercó a la mesa.

—¿Cuántas resacas te has pillado en tu vida?

Ella cogió la taza y dio un sorbo al té.

—Pocas.

—No debe ser agradable... —comentó Taylor mientras bebía también de la taza.

—Te aseguro que no lo es.

Nicholas miró a todos sus compañeros aunque desviaba la atención de vez en cuando hacia ella.

—El resto del día descansaremos y... esta noche... nada de alcohol —acabó diciendo hacia todos.

—Claro —comentó Adrien echándose más leche en el té—, pero no negarás que fue divertido —acabó sonriente.

Nicholas ladeó su rostro hacia él.

—¿Me ves cara de que me haya parecido divertido? —preguntó con sorna—. Creo que tenemos muy claro lo que va a ocurrir si no completamos la misión. Es de vital importancia que todos estemos al cien por cien mientras...

—Traed el Arak —interrumpió Adrien el discurso de su jefe, lo que hizo que Nicholas lo mirase con cara mosqueada—. De acuerdo, de acuerdo Nicholas... a partir de ahora nos volveremos abstemios.

—Eso espero —Los señaló a todos—. También va por vosotros —Señaló a los lobos.

Los cuatro lobos asintieron aunque con cara de arrepentidos, muy diferentes a la división que sonreía sin parar.

—Menudo sermoncito, pareces nuestro padre... —apuntó Christopher—. Lo necesitábamos... —continuó—, es demasiada presión. A mí me fue bien para desahogarme...

—Pero si estuviste todo el rato llorando por las esquinas —Le reprendió Dean.

Christopher chasqueó la lengua y volvió a dar un sorbo a su té.

—Está bien, Nick. Tranquilo, nos portaremos bien a partir de ahora —bromeó Taylor y le guiñó el ojo directamente.

Tras pasar la tarde y la noche durmiendo se encontraba mucho mejor. Ya no tenía malestar ni pesadez de estómago, había dormido las horas suficientes así que cuando había sonado el despertador a las cinco de la madrugada se había levantado sin problema.

Hari había aparecido con su peculiar sonrisa y su turbante azul, saludándolos. Todos habían mirado a Taylor de una forma divertida.

—Lo clavaste —pronunció Dean entrando en la furgoneta.

A la llegada al aeropuerto habían subido todos a la avioneta e iniciado el vuelo. La avioneta, vieja y destartalada, había ocasionado miradas de reproche en todos, pero tras iniciar el vuelo pudieron corroborar que Cintya tenía razón. Hari era un excelente piloto, y pudo demostrarlo cuando vieron aparecer la pista de aterrizaje del aeropuerto de Tenzing-Hillary, en Lucka.

Considerado como uno de los aeropuertos más peligrosos del mundo por diversos factores como una longitud de pista de solo cuatrocientos sesenta metros y además con pendiente, la presencia de un muro al final de dicha pista lo que hacía que los aterrizajes fuesen muy arriesgados, estar rodeado de montañas, la presencia de un acantilado al inicio de la pista y a todo eso, debíamos añadirle que estaba situado a mucha altitud, concretamente a dos mil ochocientos sesenta metros.

Las vistas los dejaron impresionados. Las altas montañas de la cordillera del Himalaya se elevaban ante ellos majestuosas y, justo en frente, un enorme valle verde, salpicado por casas con techos de colores: azul, rojo, blanco... la estampa era digna de admirar, pero cuando Hari señaló con la mano hacia

delante hacia la pista de aterrizaje con una gran sonrisa todos resoplaron.

La pista comenzaba al inicio del precipicio y era extremadamente corta.

Todos miraron con cierta inseguridad a Cintya.

—No vamos a estrellarnos —exclamó ella. Luego apretó el cinturón—. Aunque tampoco será un aterrizaje suave. Abrocharos fuerte los cinturones.

La avioneta saltó varias veces sobre la pista haciendo que todos botasen repetidas veces en su asiento y luego vino el imponente frenazo que les hizo echar a todos su cuerpo hacia delante.

—Madre mía —susurró Scott sujetándose al asiento delantero y con el otro brazo pasándolo por delante de Cintya.

En cuanto la avioneta se detuvo todos respiraron tranquilos, aunque aquella calma fue alterada por los lobos que comenzaron a aplaudir.

—¡Genial! —gritó Aaron mientras Alex y Bob aplaudían a Hari que se giró con una gran sonrisa y les hizo el gesto de victoria con sus dedos.

Scott puso los ojos en blanco ante aquel arrebatado de felicidad por parte de los lobos.

Nicholas fue el primero en ponerse en pie y se acercó a Cintya que en ese momento se quitaba el cinturón.

—Oye, ¿salen aviones regularmente de aquí?

—Cada vez menos. —Luego lo miró con detenimiento—. ¿Te preocupa como volver?

—Sí —susurró Nicholas.

Ella asintió.

—Suelen salir vuelos, si no, a las malas, siempre se puede volver andando, aunque llevará muchos días más.

Nicholas suspiró y aceptó aquello.

—Está bien. Atención —dijo señalando a los lobos—, coged todas las mochilas y nos ponemos en marcha, no hay tiempo que perder. —Dejó pasar a Cintya que se acercaba a Hari para acabar de pagarle y fue hacia Scott—. Tú encárgate de ver cómo se encuentra ella. Estamos a bastante altura.

Scott asintió y se acercó a Cintya que volvía a conversar con su nuevo amigo.

Mientras tanto, el resto del equipo y los lobos sacaron las mochilas de la avioneta.

En cuanto bajaron de ella se dieron cuenta de la diferencia de temperatura.

—Esto ya no me gusta tanto —pronunció Adrien.

Taylor se acercó cogiendo la mochila y echándosela al hombro.

—Hace más frío en Canadá en invierno —contestó.

—Ya, pero... prefería la temperatura de Katmandú.

—Pues prepárate —pronunció Taylor socarrón.

Cintya y Scott bajaron de la avioneta y la rodearon para ir donde habían dejado las maletas.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Scott.

—Sí, claro —respondió ella encogiéndose hombros.

—¿Dolor de cabeza? ¿Vómitos?...

Ella sonrió y negó.

—Tampoco estamos tan altos, y hemos estado en Katmandú un par de días a mil cuatrocientos metros. Me encuentro bien.

Scott sonrió y le pasó una pequeña mochila roja. Cintya solo se encargaría de llevar unas pocas provisiones, un pequeño botiquín y una botella de agua. Su mochila a duras penas pasaba dos kilos y medio, mientras las de ellos debían rondar los cincuenta kilos cada una, aún así, observó como todos se la echaban a la espalda sin problemas.

—Eh, Cintya... temperatura —Le pidió Adrien que parecía no estar conforme con el súbito cambio climático.

—Ocho grados, pero son las nueve y media de la mañana. Subirá.

—Eso ya me gusta más —dijo hacia Taylor.

Nicholas se acercó a ellos.

—¿Todo bien? —preguntó a Scott, aunque miró de reojo a Cintya.

—Sí, todo muy bien.

—De acuerdo... —Se acercó a ella y ladeó su rostro—. Tú guías. ¿Hacia dónde hay que ir?

El resto de los compañeros se acercaron para escucharla.

—Por allí —indicó mientras comenzaba a caminar—. Hay una calle principal que recorre el pueblo. Siempre tienen un mercadillo montado, por si se os ocurre algo que comprar.

Todos tuvieron que apartarse para dejar pasar a un hombre con un caballo. La calle era bastante estrecha, de suelo de piedra, con casas a cada lado, y tal y como había explicado Cintya, cada una de esas casas, en su sótano, tenía montada una pequeña tienda. Abrigos, mochilas, polares...

Scott la cogió del brazo y la detuvo.

—Espera —dijo colocándose frente a una de las tiendas.

—¿Qué?

—Saca el dinero —Luego dio un paso adelante—. Nicholas, voy a comprar unas cosas...

Nicholas que iba unos metros por delante junto al resto del equipo se detuvo y se giró hacia él.

—¿El qué?

Scott señaló hacia la mesa.

—Un par de filtros de agua.

Nicholas se acercó.

—Buena idea, así no tendremos que cargar con tanta botella.

—Podremos aprovechar el agua de las fuentes —explicó Scott—. Y un par de bastones de caminar para Cintya. Le irá bien.

Cintya miró de reojo a Nicholas.

—Compra lo que quieras —respondió Nicholas—. Ella es la que lo administra —sonrió.

Cintya abrió su mochila y sacó un par de billetes mientras hablaba con el

vendedor pidiéndole los filtros y los bastones, aunque se quedó mirando un tubo.

—¿Puedo comprar esto? —preguntó a Scott.

Scott la miró sorprendido.

—Compra lo que quieras —reaccionó sonriente.

Cintya cogió el tubo y se lo entregó al vendedor.

—¿Qué es eso?

—Un tubo de oxígeno —respondió tímida—. Vosotros sois superhombres... —Se burló—, pero yo soy una humana normal y corriente.

—Tú de normal y corriente no tienes nada —rió él.

Tras guardar todo en la mochila de Scott se dirigieron junto al grupo que los esperaba varios metros por delante, observando fascinados todo el poblado.

Lo cierto es que caminaba mucho más a gusto con los palos y, aunque sabía que a la que pudiesen la cargarían para ir más rápido, los trayectos que tuviese que hacer a pie le serían mucho más fáciles con la ayuda de los palos de montaña.

Atravesaron el pequeño pueblo con sus bulliciosas calles. Aquel lugar era ajeno a toda la destrucción que ocurría en el resto del mundo, como si la catástrofe no hubiese llegado hasta allí.

Adrien, que iba a la cabeza se detuvo y se quedó mirando hacia atrás, hacia el resto de sus compañeros. Directamente miró a Cintya e instó a todos a que mirasen unos metros por delante.

Al final de la calle, una de las casas pintada en azul, rezaba con el nombre de *police*.

Scott miró a Cintya como si no comprendiese lo que ocurría.

—¿No habías dicho que no encontraríamos controles? —preguntó viendo como un policía uniformado paraba a unos jóvenes.

—No nos detendrán. Con todo lo que está ocurriendo les interesa más que haya gente de turismo que mantenga a los habitantes de esta zona que no exigir los pases.

Dicho esto comenzó a caminar poniéndose ella en cabeza, segura de lo que decía.

Así fue, simplemente unas miradas con los agentes y siguieron caminando hacia las afueras del poblado, aunque todos observaron cuando pasaban por delante las numerosas fotografías de montañeros perdidos en el Himalaya.

Tras varios minutos de caminar y tras dejar el poblado se detuvieron ante un portal blanco sobre un camino. Era estrecho, creando una puerta hacia una pendiente bastante pronunciada.

—Hay que ir por aquí —dijo Cintya girándose hacia ellos.

—¿Hacia abajo? —preguntó Alex que parecía ansioso por trepar las altas montañas que los rodeaban.

—Aquí se inicia el camino hacia el campamento base del Everest. Debemos descender dos cientos metros hasta los dos mil seiscientos. El primer pueblo se llama Phakging. Se encuentra a casi nueve kilómetros de aquí.

Nicholas se giró sonriente hacia ella.

—Este camino será rápido. —Cintya arqueó una ceja mientras Nicholas miraba a Scott con una gran sonrisa.

Scott se colocó a su lado mientras pasaba su mochila a Taylor y la cogió del brazo, haciendo que se situara a su espalda.

—¿A caballito? —preguntó.

Cintya resopló ante la sonrisa de todos y dio un salto para subirse a la espalda de él. Scott la sujetó y giró levemente su rostro para observarla de reojo.

—Que no te de miedo apretar —dijo colocando sus manos sobre las piernas que rodeaban su cintura.

—No me da miedo —protestó ella por la clara insinuación de él.

—Ya, bueno... —intervino Nicholas con una sonrisa apretando los dientes—. Un trayecto rápido. Antes de llegar al poblado avísanos para descender la... —Se quedó callado mirando hacia delante. Alex, Ben, Aaron y Fillipe, habían salido corriendo mientras reían.

—¡A ver quien llega antes! —reconocieron la voz de Alex mientras todos los lobos descendían la pendiente a gran velocidad y giraban la primera curva adoptando ya una velocidad sobrehumana y perdiéndolos de vista.

Todos se miraron de reojo.

—Lo que hay que aguantar... —susurró Nicholas.

Taylor se tiró por el barranco seguido de Adrien.

—Venga... ¡a mí estos lobos no me ganan! —gritó Taylor mientras se echaba la mochila de Scott a la espalda e igualaba la velocidad de los lobos desapareciendo de la vista de todos.

Se habían encontrado sherpas por el camino, aunque estos ni siquiera habían sido conscientes de su presencia, únicamente habían notado una corriente de aire rápida y nada más.

La vegetación era más abundante de lo que esperaban en aquella primera etapa en dirección al valle de Dudh Hhosi. No se habían detenido en ningún momento excepto al adentrarse en el valle de la región Solu Khumbu para observar las maravillosas vistas.

Un gran valle entre altas montañas se extendía ante ellos, con un precioso río de agua cristalina que lo cruzaba.

Poco después se habían vuelto a detener para cruzar su primer puente colgante. Un puente estrecho y que parecía débil, pero que tras observar como los burros, yaks y sherpas cruzaban sin problemas había pasado sobre el.

Era impactante la altura del puente y cómo se movía cuando se llegaba al centro. Nicholas había ido echando miradas furtivas a los lobos, pues sabía que aquel puente podía darles mucho juego, pero lo habían cruzado rápido y se habían vuelto a adentrar en el frondoso bosque.

Lo que los montañistas tardaban un día entero en hacer, a ellos no les había llevado ni una hora. Estaba segura de que si no fuese porque ella podía sufrir el mal de altura podrían plantarse en el campamento base del Everest en unas siete u ocho horas.

En cuanto llegaron a Phakding Scott la dejó en el suelo. Cintya estiró la espalda una par de veces.

El pueblo era pequeño y mucho más rústico que Luckla.

—Si alguien tiene que ir al lavabo que vaya —informó Nicholas. Todos miraron directamente a ella.

—Yo estoy bien —dijo encogiéndose de hombros.

Tuvieron que apartarse cuando una manada de yaks conducido por un sherpa que los guiaba con un palo se echó sobre ellos.

—Menudos bichos —pronunció Alex.

Adrien se giró hacia él.

—Mucho pelo, cuatro patas, grandes zarpas... ¿no sé a quién me recuerda? —bromeó su cuñado ante la mirada de desagrado de Alex.

—Y ahora, ¿qué? —interrumpió Nicholas mientras colocaba su mochila delante y sacaba la botella de agua para dar un sorbo.

Cintya imitó a Nicholas cogiendo su botella de agua y bebiendo.

—Joer, hace calor, ¿no? —preguntó Adrien mientras lanzaba su mochila al suelo y se quitaba el abrigo.

Cintya guardó de nuevo la botella de agua y le entregó la mochila a Taylor.

—Hay que dirigirse hacia Namche Bazaar. A medio camino hay otro control donde debería entregarse la documentación para acceder al Parque de Samargatha. —Luego los miró a todos con algo de duda—. Ese un trayecto complicado. Hay que ascender hasta los tres mil cuatrocientos cuarenta metros.

—Pzzzz... —dijeron todos como si no tuviese importancia.

Ella se removió incómoda.

—No te preocupes, pararemos ahí para hacer aclimatación —indicó Nicholas.

Ella asintió.

—Pues es por ahí —dijo señalando el camino y comenzando a caminar, pues hasta que no saliesen del poblado Scott no volvería a cogerla y no

iniciarían la marcha rápida—. Llegaremos a un poblado que se llama Monjo. Tras eso está el puente más elevado de todos lo que pasaremos. Mide sesenta metros de largo y sobrevuela el Río Dudh Khosi.

—Uaaaaa... ¡qué pasada! —dijo Ben emocionado.

Ella le devolvió a sonrisa.

—¿De momento vas bien? —preguntó Scott.

—Sí, de momento sí, pero a la que lleguemos a Namche Bazaar...

—Ya —dijo Scott colocando un brazo por encima de sus hombros—, la altura será más considerable.

Nicholas se colocó a su lado.

—¿Hay hoteles ahí?

Ella lo miró sorprendida. ¿De verdad iban a pasar la noche allí?

—Sí, hay un hotel en el poblado.

—¿Y habitaciones? —preguntó Scott.

—Sí.

—Haremos noche allí —indicó Nicholas.

Ella se miró el reloj que marcaban las once y media de la mañana.

—Podríamos seguir un poco más... tenemos mucho día por delante —Les animó ella.

Tanto Nicholas como Scott negaron antes de que acabase la frase.

—No nos vamos a exponer a que te dé un mal de altura —informó Scott ante el asentimiento de Nicholas.

—Pasaremos el resto del día allí y la noche, aunque te encuentre bien necesitas aclimatar... —Ella chasqueó la lengua—. ¿Con un día tendrás suficiente?

Ella se encogió de hombros.

—Supongo que sí —susurró.

—¿Supones? —preguntó Scott.

Ella se removió incómoda.

—La mayoría de los montañistas hacen dos días en Namche Bazaar. Aunque también tiene que ver con el fuerte desnivel y el agotamiento con el que llegan...

—Tú no tendrás de eso —sonrió Scott.

—No —respondió ella feliz—, por eso creo que con un día entero podré seguir. Además, hay remedios como el té de Jengibre que disminuye el riesgo del mal de altura.

Ambos se quedaron quietos mirándola, como si aquel dato los pillase de sorpresa.

—¿En serio? —preguntó Nicholas.

Ella asintió.

—¿Y por qué no nos lo has dicho antes? —continuó Scott—. Hubiésemos comprado.

Ella sonrió impresionada.

—Tampoco es que lo evite, simplemente disminuye el riesgo y las consecuencias de este... un poco —acabó susurrando mientras iniciaban la marcha de nuevo—. Se puede tomar en cualquier sitio. Es una de las bebidas típicas de aquí.

—Compraremos y haremos termos para llevar —concluyó Nicholas antes de seguir a Cintya y comenzar a subir una empinada calle que los llevaría hasta el camino a seguir. Miró a Scott y sonrió—. Pues a la que salgamos la vuelves a cargar —dijo mientras aceleraba para unirse con ellos.

—Que no soy un trasto —Se quejó ella.

Drake dio un paso atrás cuando Mabus lo observó fijamente. Se levantó de la silla y estudió al vampiro con detenimiento, haciendo que este bajase su rostro ante el escrutinio.

Kenai, al contrario, se mantenía totalmente firme, aunque iba echando

miradas de reojo al vampiro, como si la actitud nerviosa de este le divirtiese.

Mabus volcó su atención finalmente sobre el lobo.

—¿Al Nepal? —preguntó incrédulo, luego rio—. Desde luego, cada vez la esconden mejor.

—Uno de mis hombres los vio tomar el avión. Ya he enviado a un grupo hacia allí —contestó el lobo con grandiosidad. En aquel momento el vampiro lo miró de reojo, asqueado ante la pomposidad con la que hablaba.

—Muy bien hecho —Lo felicitó Mabus, luego torció su rostro hacia el vampiro—. ¿Y vosotros? ¿Qué habéis hecho?

—Mis hombres se dirigen hacia el lugar...

—¿Aún? —preguntó Kenai retándole.

—Solo podemos movernos por la noche. Durante el día debemos buscar un refugio para escondernos del sol.

El lobo comenzó a reír como si aquel comentario le hiciese gracia. Torció su mirada hacia Mabus y sonrió con malicia.

—No te preocupes, Mabus. Nosotros nos encargamos de... —Pero Mabus elevó su mano para que se callase.

Dio unos pasos hacia ellos ladeando su rostro hasta que se situó enfrente.

—No quiero que os encarguéis solos —enfaticó hacia Kenai—. La única vez que me fuisteis efectivos fue cuando colaborasteis —Le recordó. Se acercó más, esta vez de una forma intimidante y elevó el tono—. ¡Esto no es una competición! —Ambos cerraron los ojos ante el grito y bajaron sus rostros de nuevo—. Todos luchamos por la misma causa, ¿verdad? —preguntó esta vez en un tono más suave.

Ambos afirmaron, aunque de una forma leve.

Mabus se quedó observándolos hasta que decidió que ya los había intimidado suficiente y se dio media vuelta deshaciendo el camino hasta la silla. Se sentó de nuevo y apoyó sus dos brazos en el reposabrazos.

—Quiero resultados —explicó—. Cada uno por separado no valéis nada... pero juntos... juntos podéis conseguir muchas cosas. —Tanto el lobo como el vampiro se miraron con odio—. Necesito que consigáis esa lanza.

—Y la conseguiremos... —intervino Drake rápidamente.

El lobo dio un paso hacia delante, envalentonándose. Tal y como Mabus había dicho los necesitaba, y aquello le daba cierta licencia para tomarse alguna libertad.

—Esa lanza... ¿para qué sirve?

Justo acabó de pronunciar aquella pregunta que supo que no era buena idea. Se quedó observándolo fijamente y se levantó de forma lenta, incluso siniestra.

—Es... es que quizá nos podría ser útil saber para qué...

Mabus apareció ante él en un movimiento excesivamente rápido incluso para el ojo de un lobo.

—Eso no es de tu incumbencia. De ninguno de los dos... —Miró de reojo a Drake. Centró su atención en el lobo de nuevo, enfurecido porque realizasen aquella pregunta, aunque intentó modular su voz—. Si queréis un mundo donde ambos podáis campar a vuestras anchas sin tener que preocuparos porque un cazador os clave una daga o una estaca a vuestra espalda... debe destruirse.

Aquellas palabras hicieron que el lobo y el vampiro se mirasen de reojo, aunque ambos decidieron que sería mejor no intervenir más.

Mabus iba a seguir hablando cuando elevó su mirada al frente, hacia aquella neblina que se materializaba al final de la estancia. Una sonrisa brotó en su rostro cuando reconoció la figura. Pasó entre sus dos súbditos acercándose a Eligos, que permanecía firme en la sala, con la mirada clavada en Mabus.

—Eligos, amigo mío... —sonrió acercándose. Aunque Eligos no dijo nada, simplemente se limitó a mirar alrededor observando.

—¿Esta es tu humilde morada? —ironizó Eligos.

Mabus se encogió de hombros mientras miraba a su alrededor. Lo cierto es que era simple. Una casa abandonada cerca de la frontera con Alaska. Solo estaban usando la planta baja, con un comedor muy humilde. A penas una mesa que permitiría seis comensales rodeada de sillas, un sofá y una estantería con varias figuras y adornos de porcelana.

—Está bien ubicada —bromeó Mabus. Dio un paso hacia él ignorando al

lobo y al vampiro—. ¿Qué vienes a hacer aquí?

Eligos aún estaba volcando su interés en la casa, fijándose en la simplicidad de esta cuando contestó.

—Vengo a asegurarme de que va todo bien —pronunció encogiéndose de hombros.

—¿Controlándome? —preguntó incrédulo, aunque su voz denotaba un claro enfado.

—No, no, no... —Le rectifico Eligos volviéndose hacia él—. ¿Cómo va tu misión?

—¿Mi misión? —rio incrédulo ante sus palabras—. Dirás, nuestra misión. —Eligos asintió con gesto serio. Mabus suspiró y se acercó a él lentamente—. Sé dónde está... —pronunció con una ligera alegría.

Eligos lo miró sorprendido y miró de reojo al lobo y al vampiro.

—Dime... ¿te están ayudando?

Mabus se encogió de hombros.

—Intentan ayudar —ironizó.

Eligos no pareció conforme con aquello, suspiro y se acercó a Mabus colocándose enfrente.

—¿Dónde está? —preguntó con interés.

Mabus comenzó a reír con cierto triunfo. Se quedó callado y adoptó una postura seria.

—Los cazadores se encuentran en el Nepal —pronunció—, junto al oráculo. —Eligos lo miró intrigado hasta que Mabus torció su rostro hacia el vampiro y el lobo—. Un grupo de ellos se dirigen hacia allí... —En ese momento sonrió con malicia—. La encontraré, la lanza y al elegido, y los destruiré. No hay vuelta atrás, hermano —pronunció con ansiedad mientras colocaba una mano en su hombro—. Esta vez completaremos nuestra misión.

Eligos asintió y dio un paso atrás separándose de su contacto.

—¿Necesitas la colaboración de alguno de nosotros? —preguntó refiriéndose a Alouqua y Gergund.

Aunque Mabus valoró su ofrecimiento lo detestó.

—De momento no. Vosotros seguid con vuestras cosas: la guerra, el hambre, la muerte... —rio—. Yo me encargo de esto. —Se acercó ante la mirada recelosa de Eligos y puso una mano en su hombro otra vez—. Este es nuestro momento, al final ha llegado. Los destruiré.

Eligos se apartó de él dando un paso atrás por segunda vez, como si repudiase su contacto.

—Esto me suena... —ironizó—. ¿No dijiste lo mismo hace ochenta años? ¿Te recuerdo lo que los humanos llaman como la Segunda Guerra Mundial? —Mabus oscureció la mirada—. No, espera... ¿Y cuando sembramos la peste en el siglo catorce? ¿Tengo que recordarte también la caída del Imperio Romano?

—Esta vez será diferente —gruñó Mabus.

Eligos ladeó su rostro y se acercó con una clara amenaza en su mirada.

—Eso espero. —Tomó aire como si se cargase de paciencia—. Siempre hemos fracasado por culpa de tu egocentrismo... así que, ahora mismo, me vas a explicar lo que tus nuevos amigos... —miró con rechazo al lobo y el vampiro—, habéis averiguado.

—No tengo que explicarte mis planes.

—Y tanto que debes hacerlo. Los cuatro debemos llevar a cabo la misión, ¿recuerdas? Ese es tu problema, siempre has ido por libre... y siempre ha habido el mismo desenlace.

Mabus apretó los labios nervioso por lo que decía.

—Los vampiros y los lobos están siguiendo al grupo de cazadores que acompañan a Cintya, la oráculo —respondió de mala gana—. Se encuentran en el Nepal en busca del arma.

—¿Y?

—De momento nada más. Dejaremos que la encuentren y luego se la arrebatemos y la destruiremos.

—¿No te olvidas de algo? —preguntó con la mirada oscura—. ¿Y el elegido?

Mabus resopló.

—Muerto el perro, adiós a la rabia, ¿no es así como se dice? —bromeó, aunque ningún destello divertido cruzó su mirada—. Sin el arma el elegido no podrá actuar.

Eligos se quedó pensativo unos segundos, escudriñando a su hermano con la mirada.

—Veo que lo tienes todo planeado...

—Así es —reaccionó rápidamente.

Eligos dio unos pasos hacia él, enfurecido.

—¿Y si sale mal? ¿Y si se hacen con ella?

—Entonces destruiré al elegido —rugió él—. No volverán a enviarme a la oscuridad.

—Ya... ¿y sabes acaso quién es? ¿dónde podemos encontrar a ese elegido?

Mabus rugió.

—¡No! —gritó—. Pero la oráculo lo sabrá. No va a ser el caso, pero si se hiciesen con la lanza del destino deberían encontrar al elegido para empuñarla. Podrían llevarme hasta él.

—Esto me suena demasiado...

—¡No vuelvas a infravalorarme! —gritó Mabus—. Yo soy el anticristo, el único que puede llevar a cabo este plan.

—Y el único que puede morir —gruñó Eligos—, como todas las anteriores veces. —Se quedó mirándolo fijamente hasta que dio un paso atrás—. Me tendrás informado de todo, absolutamente. Yo informaré a nuestros otros dos hermanos. Esta vez, lo vamos a hacer los cuatro juntos —ordenó—. Haz que la necesidad de la división crezca, que se esfuercen por encontrarla lo antes posible. Envía a... —miró de nuevo con odio a las dos especies—, a tus amigos para forzarles a correr y, cuando tengan el arma en sus manos, que se la arrebatan. Sabes que vamos a contrarreloj. Iniciaste el ciclo y debe completarse.

Estaba claro que a Mabus no le gustaba el tono que empleaba con él pero se contuvo de decir nada más. Se obligó a asentir con tirantez y solo cuando

Eligos vio ese gesto, este desapareció dejando una bruma negra donde pocos segundos antes había estado su cuerpo.

Mabus se removió inquieto y lanzó un grito al cielo. Se dirigió a la mesa y de un golpe hizo que las copas cayesen al suelo haciéndose añicos. Miró con furia a sus súbditos y avanzó hacia ellos.

—Seguid a los cazadores y haceros con la lanza del destino —ordenó con un grito—. Y como fracaséis... considerados muertos.

19

Los días pasaban y tras los cuatro de ascensión, Cintya notaba que comenzaba a faltarle el oxígeno.

Se detuvieron todos y Scott la bajó de su espalda.

—¿Cómo vas?

Ella asintió pero no dijo nada valorándose a sí misma unos segundos.

—Bien, aunque se nota que falta un poco el aire, me canso solo de estar agarrada a ti.

Scott la cogió del brazo mientras todos se acercaban. Aquel lugar era el más estremecedor en el que habían estado de todo el camino hacia el Everest.

—El paso de Thukla —dijo ella girando sobre sus pies para observarlo todo. Aquel pequeño valle estaba totalmente rodeado de piedras, algunas con placas conmemorativas—. Es un homenaje a todos los montañeros que han perdido la vida en la ascensión o lo han intentado sin lograrlo.

—Hay muchas piedras —pronunció Adrien acercándose.

—Demasiadas —contestó ella rápidamente.

Durante aquellos últimos cuatro días el paisaje había cambiado drásticamente. Donde había bosques y una espesa naturaleza, ahora se dibujaban áridas llanuras y valles, altas montañas nevadas y escarpadas. El paisaje era sobrecogedor y les hacía ser consciente de lo que insignificantes que eran.

Todos se quedaron mirando de un lado a otro hasta que Nicholas se acercó

a ella.

—¿Cómo te encuentras? Hemos debido ascender unos doscientos metros de desnivel este último tramo.

—Para ser correctos ciento ochenta y tres —sonrió ella, luego se puso más seria—. De momento estoy bien, aunque si me pongo a caminar noto que me falta el aire, ¿vosotros no lo notáis? —preguntó asombrada—. Es como cuando corres una maratón.

Todos negaron y se encogieron de hombros. Realmente era un lastre. Si hubiesen ido sin ella habrían llegado a la cima del Everest en un mismo día, aunque obviamente no sabrían hacia dónde dirigirse.

—Bien, ¿cuánto falta?

Todos elevaron sus miradas al cielo cuando un helicóptero pasó por encima de sus cabezas haciendo que el sonido de sus hélices produjese un eco por todas las montañas.

—Otro helicóptero de rescate... —comentó Taylor acercándose.

—Es un montañero con mal de altura, viene de Lobuche —respondió Cintya. Miró a Nicholas y suspiró, como si intentase cargarse los pulmones de aire—. Lobuche está a varias horas de camino, aunque nosotros no tardaremos más de cinco minutos en llegar —acabó bromeando. Luego se apretó los labios como si algo la volviese temerosa—. Está a cuatro mil novecientos cuarenta metros. —Volvió a subirse el polar para taparse la boca, pues el frío era intenso.

—¿Te ves capaz? —preguntó Scott—. ¿O nos quedamos un poco aquí?

Ella asintió.

—Prefiero llegar y tener toda la tarde y noche para aclimatarme. Además... allí tendrán aspirinas —susurró.

Scott ladeó la cabeza hacia un lado y la cogió del brazo otra vez.

—¿Tienes dolor de cabeza?

Todos se acercaron preocupados.

—Un poco —admitió ella—, pero también puede ser por este frío y el dichoso viento helado.

Scott miró preocupado a Nicholas.

—Scott, cógela —ordenó Nicholas—. Lleguemos a Lobuche y que coma algo y descanse.

Esta vez Scott no la cargó a su espalda. Directamente la cogió en brazos como si se tratase de una niña para que no tuviese que hacer fuerza para sujetarse a él e iniciaron la ascensión.

Tal y como Cintya había dicho no tardaron más que pocos minutos en recorrer la distancia hasta el pequeño poblado de Lobuche, formado por pocas casas de piedra, con tejados rojos y verdes. Pocas personas vivían ahí, pero al menos, disponían de un albergue donde pasar la noche y un bar donde los montañistas paraban a comer.

Se detuvieron a pocos metros del poblado y caminaron ya más lentos. Cintya intentó bajarse de los brazos de Scott pero no la soltó.

—Mejor que no —dijo él.

No había habitaciones individuales, sino amplias estancias para albergar grupos, todas con literas.

Habían conseguido una de las habitaciones para quince personas.

Lo primero que había hecho Scott era pedir unas aspirinas en recepción y entregárselas a Cintya. Le pasó una pequeña botella y la bebió mientras se sentaba en una de las literas, en la parte baja.

—¿Quieres dormir un poco? —preguntó Scott frente a ella.

El resto del grupo se preparaba para darse una ducha e ir al restaurante a comer. Ella negó y le sonrió.

—Dormiré luego, me irá bien comer. —Se levantó y se llevó la mano a la cabeza ante la atenta mirada de él.

—¿Seguro que no es mal de montaña?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. No tengo ganas de devolver, solo dolor de cabeza.

Nicholas se colocó al lado de Scott mirando preocupado a Cintya.

—Vamos a ir a comer algo. ¿Venís?

Ambos asintieron, pero Nicholas se colocó al lado de ella también.

—He pensado que quizá sea mejor pasar un par de días aquí para que te aclimates bien.

Cintya lo miró de reojo mientras seguía a sus compañeros hacia el amplio comedor.

Sabía que debían seguir, que aquello los retrasaría un poco más, pero si quería estar al cien por cien, o al menos, servir de ayuda Nicholas tenía razón. Aún les quedaba otra ascensión hasta el campamento base del Everest, situado a cinco mil trescientos sesenta y cuatro metros de altitud. No podía permitirse caer enferma con todo lo que se jugaban.

—No quiero retrasaros... —susurró ella—, pero creo que sería lo mejor. —Miró a Nicholas con cara de disgusto—. Ojalá no me afectase la altura, pero no es así. Creo que me iría bien la aclimatación de dos días.

Ambos asintieron directamente.

—Recuerda que tenemos bombas de oxígeno... —dijo Scott.

—Sí, pero prefiero reservarlo.

Entraron en un comedor con mesas de madera y bancos rodeándolos. Había poca gente, apenas las personas que vivían allí y un par de excursionistas.

Se sentaron todos a una mesa y Cintya pidió el plato estrella de la zona, dado que era lo único que servían en aquel momento. Macarrones con tomate. Los hidratos de carbono era lo que les iría mejor para todos, o al menos, para ella, dado que el resto del grupo no parecía sentirse incómodos por la altura de aquella zona.

Se obligó a comer lenta pese al hambre que tenía.

—Nos quedaremos aquí un par de días—comentó Nicholas hacia su grupo.

No hizo falta que explicase los motivos, todos sabían que Cintya necesitaba acostumbrar su cuerpo a la presión de la zona y a la falta de oxígeno, así que ni siquiera cuestionaron aquello, se limitaron a responder afirmativamente mientras engullían su plato de pasta.

Dean, sentado frente a Cintya la miró fijamente.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado, y luego miró a Scott.

Ella le devolvió una sonrisa algo tímida.

—Tengo dolor de cabeza, pero me he tomado una aspirina. —Se encogió de hombros—. Supongo que se me pasará.

Dean miró de reojo a Nicholas que estaba sentado al lado de Cintya y a Scott.

—Estás un poco pálida... —continuó.

—Es por el frío. —Se llevó la mano a la cara y se tocó la nariz—. Se me había quedado helada, ni siquiera la acabo de notar aún... —bromeó haciendo que todos se tranquilizasen un poco.

Scott pasó un brazo por los hombros de ella y la atrajo hacia él para darle un beso en la frente. A ninguno de sus compañeros le pilló por sorpresa aquel gesto, aunque sí que Scott fuese tan cariñoso con ella.

—La ruta la estamos haciendo bien, ¿verdad? —preguntó Scott.

Ella asintió.

—Sí, hay que llegar al campamento base y, allí... no sé... —Se encogió de hombros—, supongo que sabré el camino que tomar o a las malas podría pasar al otro lado.

Nicholas soltó su tenedor y cogió su vaso con agua.

—¿Puede que la daga esté ahí?

Ella negó.

—No, no está ahí. Sé que llevamos buen rumbo, pero toda la información que se me da es que debemos llegar hasta allí. Luego no hay más.

—Por eso, ¿no sería posible que la lanza del destino estuviese en esa zona?

Ella volvió a negar.

—No, sé que no está ahí. Simplemente lo que sigue al campamento base del Everest es información...

—Difícil —acabó su frase Dean, a lo que ella asintió. Dean se encogió de hombros y medio sonrió—. Bueno, veremos a ver qué pasa cuando llegemos.

—Supongo que podré actuar como brújula —pronunció sin importancia, aunque se llevó la mirada intrigada de todos, incluso de los lobos.

Adrien, sentado en diagonal con ella la miró intrigado.

—Oye, ya me supongo que sí pero... la temperatura va a empeorar, ¿verdad?

Ella chasqueó la lengua y asintió.

—Verdad.

Adrien resopló y miró con cierto rencor a Nicholas el cual enarcó una ceja hacia él.

—¿Qué? —preguntó como si no comprendiese el repentino enfado de Adrien—. Yo no tengo culpa de este frío.

—Tendrás que compensármelo... cuando acabe todo esto, me iré un mes a las Bahamas con Beth

Nicholas lo miró divertido.

—Si siguen existiendo... deseo concedido.

Aquel comentario se llevó el soplido de Adrien.

—¿Puedo ir? —preguntó Alex a su cuñado, el cual recibió una mirada enfurecida de este. Agachó su rostro y miró de reojo a sus compañeros—. Me parece que no.

Scott se quedó mirando a Cintya y luego observó el reloj de muñeca, marcaban las seis de la tarde.

—¿Quieres ir a descansar ya?

Ella asintió, le iría bien dormir y dejar que la aspirina hiciese su efecto, además de acostumbrar su cuerpo a aquella altura.

Ambos se pusieron en pie mientras el resto seguían con la comida como si no hubiese un mañana.

—Cintya va a descansar... —Luego miró a su jefe—, me quedaré allí con ella por si necesita ayuda.

Todos afirmaron ante aquella última frase aunque sus compañeros de división lo miraron con malicia.

—Claro, nosotros aún estaremos un buen rato por aquí antes de ir a dormir —prosiguió su jefe con una sonrisa perversa.

No hubo comentarios por parte de Scott, simplemente un par de miradas de incredulidad hacia sus compañeros ante lo que insinuaban. Resopló y cogió a Cintya por el brazo, sin prestar más atención hacia ellos y dirigiéndose a la estancia de las literas.

Aunque la chimenea estaba puesta en la habitación, no calentaba lo suficiente y aún hacía frío.

Cintya se quitó el abrigo con ayuda de Scott y se sentó en la cama para quitarse las botas.

—¿Puedes? —preguntó él arrodillándose enfrente.

—Claro que puedo, solo tengo un poco de dolor de cabeza, no estoy inválida —rio mientras se desabrochaba las botas de montaña.

Scott miró alrededor.

La estancia de madera era muy simple. Siete literas, tres a un lado y cuatro a otro, así como un pequeño camastro donde Cintya se encontraba sentada. La manta, aunque era gruesa, dudaba que los abrigase lo suficiente cuando llegase la noche.

Scott fue hacia el pequeño armario empotrado y lo abrió.

Había varias mantas más. Cogió una y se dirigió de nuevo hacia ella.

—¿Quieres otra? —preguntó desdoblándola ya—. La chimenea no tira mucho.

—Sí —dijo ya metiendo los pies bajo la primera manta, aunque miró divertida la chimenea y los pequeños ladrillos que habían al lado—. ¿Sabes con qué hacen ese fuego? —preguntó estirándose ya del todo.

Scott le echó la manta por encima mientras volvía su mirada hacia la chimenea.

—¿Barro? —preguntó.

Ella negó y comenzó a reír.

—Son excrementos de yak.

Scott se quedó mirándola fijamente y acabó de echar la manta por encima. Luego se giró hacia la chimenea y observó con detenimiento los ladrillos que pensaban que eran de barro. Hizo un gesto de desagrado y se giró hacia ella cruzándose de brazos.

—Creo que hay información que es mejor que no facilites... —bromeó—. ¿Lo saben el resto?

—Lo dudo —dijo mientras se colocaba bien la almohada tras su cabeza.

—Genial —susurró Scott pensativo, sonriendo con cierta malicia.

Acabó de taparla y se sentó en la parte baja de la litera que tenía al lado.

—¿Qué estás pensando? —preguntó divertida al ver el gesto de él.

Él seguía sonriente tras enterarse del dato de los ladrillos pero se encogió de hombros. Se apoyó contra la pared y se quedó contemplándola.

—Ya verás cómo mañana estás mejor —pronunció de una forma cariñosa—. Es mucha la altura a la que estamos... bastante bien lo estás llevando.

Ella se tapó hasta la boca.

—Sí, también ayuda el hecho de no tener que agotarme subiendo.

—Me encanta llevarte a caballito —bromeó él.

Ella sonrió y se quedó contemplándolo fijamente. Scott era extremadamente protector con ella, pero no solo él, toda la división e incluso los lobos velaban por su salud.

—Todos os portáis muy bien conmigo —pronunció al final—. Muchas gracias.

Él se encogió de hombros.

—¿Y qué esperabas? —preguntó con una sonrisa. Coincidió con la mirada de ella y se acercó a su cama sentándose en un lateral—. ¿Tienes frío? —preguntó mientras colocaba una mano sobre las mantas notando como temblaba.

—Las mantas están frías, ya entraran en calor...

—Déjame un hueco —pronunció mientras se levantaba y echaba la manta a un lado para acostarse junto a ella, aunque se detuvo cuando la puerta se abrió.

Se giró y observó cómo Adrien iba directamente hacia las mochilas—. ¿Todo bien?

Adrien asintió y cogió una de sus mochilas sin prestarles mucha atención.

—Sí. —Luego miró a Cintya—. ¿Dónde tienes el dinero?

Cintya estaba tapada hasta su boca con las mantas.

—La mochila roja —señaló ella—. En el bolsillo interior.

Adrien cogió la mochila y la abrió buscando. Sacó un sobre y lo mostró con una sonrisa.

—Aquí está. Hay que pagar la cena y el alojamiento —bromeó—. ¿Estás mejor? —preguntó mientras depositaba la mochila en el suelo.

—Sí, solo necesito descansar un poco.

—De acuerdo —dijo Adrien—. No haremos ruido cuando vengamos esta noche. Duerme del tirón hasta mañana —indicó mientras se dirigía a la puerta.

—Espera —pronunció Scott haciendo que Adrien se detuviese bajo el marco de la puerta—. Hace un poco de frío aquí, ¿te importa echar unos cuantos ladrillos a la chimenea? —preguntó con inocencia.

Adrien se encogió de hombros.

—Claro, claro... —reaccionó mientras se acercaba. Cogió con cada mano uno de los excrementos y los lanzó a la chimenea ante la mirada traviesa de Scott y la mirada divertida de Cintya.

—Eres cruel —le susurró Cintya a Scott.

—¿Otro más? —preguntó Adrien.

—Sí, echa otro, así seguro que mejora la temperatura del interior.

Adrien cogió con su mano otro de los ladrillos y lo volvió a lanzar. Luego sonrió hacia los dos mientras se sacudía las manos.

—Pues descansa, Cintya. —Miró a Scott—. Cualquier cosa estamos en el comedor.

Scott asintió.

—Claro, quizá luego me pase —dijo despidiéndose de él, aunque en el

momento en que Adrien cerró la puerta tras de sí recibió un suave golpe en el hombro por parte de ella—. Ayyyyy.

—¿Cómo le haces eso a tu compañero?

—Alguien tiene que echar la mierda de yak al fuego, ¿no? —ironizó.

—Ya, pero dile al menos que use los guantes o las pinzas...

—Pzzzz... —rio Scott—. Es más divertido así. —Echó la manta hacia un lado y comenzó a meterse con ella en la pequeña cama.

—Scott —le advirtió moviéndose hacia el lado—. La cama es pequeña... y no sé si aguantará el peso...

—Claro que lo aguanta —dijo mientras la acogía entre sus brazos. Cogió su mano y la besó—. Estás helada —susurró esta vez—. Intenta dormirte, tienes que descansar.

Cintya se dio por vencida, no tenía ganas de discutir con él y, además, estaba muy cómoda. Hacía frío, pero el cuerpo de Scott le daba el calor suficiente para que pudiese dejar de temblar.

Apoyó su rostro en su hombro mientras un suspiro recorría su garganta. La apretó contra él y besó su frente haciendo que ella alzase su mirada hacia él.

—¿Sabes? —preguntó—. Lo que ha dicho antes Adrien...

—¿El qué?

—Lo de irse un mes a las Bahamas —sonrió.

—Apetece, ¿eh? —bromeó ella.

—Cuando acabe todo esto, nosotros también podríamos irnos a un sitio de vacaciones. Nos lo merecemos. —La miró fijamente y sonrió—. Los dos juntos.

Ella asintió.

—Siempre he querido ir a Cuba.

—¿A Cuba? —preguntó sorprendido.

—Sí.

Él se encogió de hombros.

—Pues a Cuba —dijo mientras se aproximaba para besar sus labios. Se quedaron mirando unos segundos hasta que finalmente volvió a descender hasta ellos. La besó con delicadeza y paseó su mano por su mejilla. Si no fuese porque sus compañeros podían entrar en cualquier momento le haría el amor de forma lenta, pero aunque estuviese casi al cien por cien seguro de que no los molestarían había algo más importante, ella debía descansar. Se distanció poco a poco y apartó un mechón de cabello de su rostro—. Descansa —susurró mientras la abrazaba.

La habitación estaba a oscuras, solo la luz que desprendía la chimenea al final de la estancia daba la luminosidad suficiente para ver algo. Se pasó la mano por los ojos y elevó su mirada para contemplar el reloj. Las once de la noche. Se movió levemente hasta que notó el peso muerto de Cintya encima de él. Se encontraba con su pecho sobre el suyo, con el brazo atravesándolo, la cadera en el colchón y una pierna encima de las suyas. Estaba totalmente atrapado, aquella idea le hizo gracia.

Giró su rostro hacia las camas de sus compañeros. ¿Aún no estaban ahí?

Cogió el brazo de Cintya con todo el cuidado que le fue posible y movió sus piernas desplazándose poco a poco, aunque acabó cayendo de la cama con golpe. Ella había tenido razón, la cama era muy pequeña. Se incorporó y la miró temeroso por haberla despertado aunque no fue así. Cintya seguía totalmente dormida, con su respiración pausada.

Se levantó poco a poco y la tapó, luego se llevó la mano al trasero y la pasó sobre él.

—Ah, joder... —susurró mientras caminaba con sigilo hacia la puerta.

Sí, estaban totalmente solos en la habitación, ninguna litera estaba ocupada. ¿Qué estaban haciendo?

Salió de la habitación y cerró con cuidado. El pasillo no estaba iluminado con ninguna luz, solo la que atravesaba el cristal opaco de la siguiente puerta que lo conduciría hasta el comedor. Por suerte, las puertas eran gruesas y no dejaban pasar casi el sonido, pero a medida que avanzaba podía reconocer las voces de sus compañeros.

Atravesó la puerta del pasillo y la cerró con cuidado.

Cuando se giró todos sus compañeros lo observaban. No se habían movido de la mesa. Había varias tazas, botellas y mapas sobre ella.

—¿Va todo bien? —preguntó Nicholas directamente.

Scott se pasó la mano por la cabeza revolviéndose el cabello y caminó hacia ellos.

—Sí, Cintya está durmiendo.

—Me parece que tú también lo estabas —dijo Dean.

—Me he quedado frito —admitió mientras le daba un golpe a su compañero para que le hiciese un hueco a su lado—. Déjame.

Dean se movió a un lado haciendo que todos se desplazasen hacia la derecha para poder sentarse.

—¿Qué hacéis? —preguntó mientras se acomodaba. Cogió una de las botellas y observó que era de agua. Chasqueó la lengua y cogió una de las teteras. Había té de jengibre. Cogió una taza y se echó.

—Hemos conseguido estos mapas —explicó Nicholas—. Unos montañeros lo olvidaron hace unas semanas. Estábamos mirando las posibles rutas a seguir.

—¿A seguir? —preguntó dando un sorbo al té—. Ni siquiera sabemos dónde está la lanza del destino. Puede estar en cualquier lugar. —Señaló al mapa.

—Ya, pero hemos estado mirando posibles lugares. ¿Sabes que hay varias grutas por la zona? —Le preguntó Dean.

Scott lo miró sorprendido, barajando la idea.

—Está claro que debe estar en algún lugar escondida —continuó Nicholas—. Si no, sería visible para todos. —Señaló un punto del mapa—. Por esta zona hay varias cuevas que no han sido muy exploradas...

—¿A qué altitud se encuentran?

—No lo sé seguro, Scott —continuó Nicholas—, pero suponemos que cerca de los siete mil.

Scott resopló.

—Cintya no va a poder ir hasta ahí. Es demasiada altitud —contestó preocupado.

—Tenemos oxígeno para ella... —recordó Dean intentando tranquilizar a su amigo—. El mal de montaña se da por la hipoxia...

—Ya sé la razón por la que se da —contestó tirante.

—Igualmente no lo sabemos seguro —interrumpió Nicholas—. Puede que la ubicación de la lanza sea otra. —Suspiró y se pasó la mano por la nuca—. Mañana dejaremos que Cintya se aclimate a la altura y al día siguiente saldremos rumbo al campamento base. Haremos la ascensión lenta, parándonos cada pocos metros y dejando que ella que se vaya aclimatando. —Miró a Scott con determinación—. No permitiremos que se ponga enferma. La necesitamos.

Scott asintió lentamente y suspiró.

—Quizá mañana podríamos enseñarle este mapa.

—Ya habíamos pensado en ello —intervino Taylor—, pero todos hemos deducido que no va a conseguir la información. Ella misma nos dijo que era una información cifrada, difícil de conseguir.

—Igualmente lo intentaremos —remarcó Nicholas—. Es posible que la proximidad al lugar haga que pueda obtenerla. —Luego torció su rostro hacia Scott—. Pero si no es así y si aún estando en el campo base no lo logra...

Scott tragó saliva notando como se ponía nervioso, entendiendo el significado de sus palabras.

—Necesitaremos que visite el otro lado —susurró.

—Exacto —contestó Nicholas—. Nos gusta tan poco como a ti pero...

—Es necesario —respondió Scott pensativo. Luego miró a sus compañeros—. Lo hablaré mañana con ella. —Dio un sorbo y acabó su taza de té. —¿Y mañana? ¿Estaremos aquí?

Nicholas sonrió hacia él y negó.

—Todos no. Los lobos —señaló hacia el grupo sonriente sentados al final de la sala—, bajarán parte de la montaña para asegurarse de que no nos

siguen. Así estaremos más tranquilos. Esto de no tener radares no me gusta nada.

—Y de paso compraremos ácido acetilsalicílico para Cintya —apuntó Aaron rápidamente—. Seguro que en Lukla venden.

—¿Vais a ir hasta Lukla? —preguntó Scott asombrado—. Es el poblado donde aterrizamos.

—No caímos en comprar el medicamento, y Cintya puede que lo necesite —explicó Nicholas.

—A nosotros no nos importa —dijo Alex rápidamente—. Es mejor que quedarse aquí todo el día.

—Luego volverán para explicarnos qué tal el camino —acabó la frase Nicholas—. Mientras, nosotros daremos un tranquilo paseo con Cintya para procurar su aclimatación y probaremos si el oxígeno funciona. He visto que hay máquinas de oxígeno aquí, así que podemos rellenar las botellas si hace falta antes de salir pasado mañana. —Scott asintió—. Bien, pues vamos a descansar. —Señaló a los lobos—. ¿Sobre qué hora saldréis? —preguntó poniéndose en pie.

Todos se levantaron.

—Cuando nos digas —respondió Alex ansioso.

—Salid sobre las diez de la mañana.

Los lobos lo miraron confundidos.

—¿Tan tarde? —preguntó Ben como si aquello lo desconcertase.

—Ammm... —Todos lo miraban impresionados—, pensaba que querríais descansar un poco.

Aaron desechó la idea con un movimiento de mano y se giró hacia sus compañeros.

—¿Salimos a las seis? —Los tres lobos asintieron rápidamente, demasiado ansiosos. Se giró hacia Nicholas y sonrió—. Ya dormiremos por la tarde.

Nicholas resopló y miró a sus compañeros como si los lobos no tuviesen remedio.

—¿Sabéis qué? Haced lo que queráis... —dijo dándose por vencido.

—Pues venga... a descansar —pronunció Aaron excitado mientras daba una palmada—. Que en poco más de seis horas salimos.

—¡Genial! —gritó Alex mientras corría feliz hacia la puerta que les conduciría al pasillo.

—Eh —Le llamó la atención Scott—. Nada de ruido, Cintya duerme. — Luego se giró hacia Adrien que iba atrás de él—. Por cierto, Adrien —susurró sin dejar de avanzar—. ¿Puedes echar un poco más de mierda de yak a la chimenea antes de meterte en la cama?

—¿Qué? —preguntó sorprendido, deteniéndose en el pasillo con cara de enfadado.

20

El día anterior había ido bien. Aunque el dolor de cabeza había persistido por la mañana, hacia mediodía había desaparecido. Había tomado bastante té de jengibre para prevenir el mal de altura y el medicamento cada ocho horas. Por la tarde se encontraba perfecta, lo cual no solo había sido un alivio para ella, si no para todos.

El día anterior habían aprovechado la mañana para intentar localizar a través del mapa la lanza, pero siempre acababa señalando el campo base del Everest. Por más que lo repitiese solo señalaba aquel punto, aunque ella sabía a ciencia cierta que aquel no era el lugar, simplemente, que era lo más cerca de la respuesta que iba a estar.

Ahora, tras varias horas de un ascenso excesivamente lento comenzaba a notar los efectos de la altura de nuevo. Habían salido sobre las ocho de la mañana y, pese a que la distancia que había entre Lobuche y el campo base del Everest era de cuatrocientos veinte cuatro metros, estaba claro que la división se había tomado muy en serio el bienestar de ella, y cada pocos metros de ascensión se detenían durante minutos para que ella fuese aclimatándose.

Se subió de nuevo el cuello de su anorak de nieve y se frotó las manos mientras permanecía sentada sobre la tierra escarpada. Cerca, podía observar las altas montañas rodeándolos, cubiertas de nieve. El paisaje era espectacular. Siempre le había gustado viajar, pero sin duda, aquel era el viaje más extremo que jamás había hecho.

Scott se sentó a su lado.

—¿Todo bien? —preguntó colocando una mano en su espalda.

—Sí —respondió tras dar un sorbo a la botella de agua.

—¿Necesitas oxígeno?

—De momento no.

Nicholas se acercó a ellos.

—¿Todo bien?

—Sí —respondió ella sonriente—. Todo muy bien.

—¿A cuánto estamos?

—A cinco mil dos metros —respondió.

Taylor y Dean se acercaron a ellos.

—¿Más de cinco mil? —preguntó Dean con una sonrisa—. Guau.

—Sí, ahora en breve llegaremos al monasterio de Rongbuk. Está un poco más hacia delante.

Todos pusieron su espalda recta al escuchar aquello.

—¿Un monasterio? —preguntó Nicholas con interés.

En ese momento todos miraron a Cintya intrigados. Recordaban que lo había mencionado anteriormente, pero hasta ese momento no le habían dado importancia, como si no fuesen conscientes de que se trataba realmente de un monasterio, no un albergue como les había mencionado anteriormente Cintya, donde había camas para descansar y un pequeño restaurante.

—Sí, es un monasterio budista, el más alto del mundo, a cinco mil cien metros de altura. Se fundó en mil novecientos dos por...

—Espera, espera... —Le cortó Scott pensativo—. Has dicho un monasterio. ¿Es posible que la lanza esté ahí? —preguntó emocionado, mirando a todos sus compañeros que parecían igual de intrigados que él—. Dijiste en el lugar de la tierra más cercano a Dios.

Cintya negó.

—Ya... pero no —respondió confundida—. La... la lanza del destino no está ahí. Siempre se me remite al campo base del Everest como último punto de localización no encriptado.

Todos resoplaron.

—Pues qué fastidio —respondió Adrien—. El sitio encajaba.

—Encaja más en la cima del Everest —respondió Dean—. Es el punto más cercano a Dios.

—Pero eso es una iglesia... o templo... —continuó Adrien.

—Ya, pero es budista —remarcó Christopher.

—¿Y qué si es budista? —preguntó Adrien.

—Pues... no sé. Es la religión católica. El templo que hay aquí es en honor a Buda.

—¿Y no es lo mismo? —contraatacó Adrien.

Alex se aproximó.

—Eh, ¿vamos a seguir o qué? —preguntó nervioso.

—Esperaremos unos minutos más —respondió Nicholas sin mirarle enfascado en la conversación. Señaló a Adrien—. Yo no estoy muy seguro de eso, opino igual que Christopher. Al fin y al cabo es una religión, y nadie dice que tenga que referirse al Dios de...

—Por favor... —interrumpió Adrien—, estamos hablando de la lanza del destino, la que se clavó en el costado de Jesucristo...

—Ahí tienes razón —dijo Scott.

—Ya, pero todas las religiones tienen un mismo fundamento —continuó Taylor.

—Ehhhh... escuchad —volvió a interrumpir Alex.

—¿Lo notas? —preguntó Aaron acercándose rápidamente a Alex.

—Como para no notarlo —ironizó Alex.

Scott se puso en pie mirando a Taylor.

—Opino igual que tú —Le señaló a su compañero—. ¿Tendría que esconderse la lanza del destino en una iglesia católica? No tiene por qué. Si fuese una iglesia en vez de un templo budista todos estaríamos seguros de que la lanza se esconde ahí.

—Eh, chicos... —volvió a repetir Alex.

—¿Y seguro que no está? —preguntó Nicholas mirando directamente a Cintya.

—Seguro —respondió Cintya.

—¡Ehhhhhhhhhhhh! —gritó Alex haciendo que todos se girasen hacia él. Alex permanecía a su lado, junto a los otros tres lobos mirando hacia abajo, el camino que acababan de subir—. Aquí huele a lobo... y no somos nosotros.

Todos pusieron su espalda recta.

—¿A lobo? —preguntó Nicholas acercándose a ellos.

Tanto Alex, como Aaron, Filipe y Bob miraban a un mismo punto.

—Sí —corroboró Aaron dando un paso al frente con la mirada fija—. Y cada vez el olor es más intenso.

Los cuatro lobos se pusieron unos metros por delante.

—Se acercan —susurró Bob. Se giró directamente hacia ellos con la mandíbula tensa y miró a Cintya que permanecía aún sentada sobre la tierra, con la espalda totalmente recta y los músculos tensos—. ¿Vienen hacia aquí?

Ella tragó saliva.

—Sí —susurró—. Una manada.

Todos se movieron rápidamente. Scott la cogió por el brazo poniéndola en pie y la sujetó por la cintura mientras el resto de compañeros lanzaban sus mochilas al suelo y extraían las dagas y armas.

—¿A cuánto están? —gritó Nicholas mientras sujetaba en cada mano una daga.

—Unos tres cientos metros —corroboró Aaron.

—Dos cientos cincuenta y tres —respondió Cintya rectificando al lobo. Luego apretó sus brazos alrededor de Scott—. Dos cientos veinte.

—¡Vienen directos! —gritó Nicholas—. ¡Aléjala de aquí! ¡Vamos! — Todos formaron una línea ante Cintya y Scott. —Nos vemos en el templo. Si no en el campamento base y si no... ya nos encontraréis. ¡Marcharos!

Scott sujetó con fuerza a Cintya entre sus brazos y dio una última mirada a

sus compañeros. No era la primera vez que se veían obligados a huir los dos solos, ya les había ocurrido lo mismo en el viaje desde Las Vegas a Banff y habían salido airosos.

—¿De cuantos se tratan? —preguntó Nicholas a Aarón situándose a su lado.

—Unos diez...

Eso fue lo último que escucharon. De repente, Cintya se sintió trasportada. Se sujetó fuerte a sus hombros mientras el viento helado hacía que su capucha se echase hacia atrás, obligándose a cerrar los ojos.

¿Cómo era posible que los hubiesen encontrado? Habían ido con un cuidado extremo, nada de móviles, ni GPS... nada.

Sabía lo que querían. A ella. Ella era la única que podía encontrar la lanza del destino y Mabus estaba desesperado por hacerlo, pues era la única arma capaz de destruirlo. Los lobos y los vampiros obedecían sus órdenes, aunque ahora, al menos, podían estar tranquilos respecto a los vampiros, pues sabían que no podrían atacarles, aunque obviamente si algo tenían claro es que si los lobos estaban allí, también era posible que los vampiros fuesen en su búsqueda.

Scott se detuvo frente a unas piedras, deteniéndose. No sabía cuánto se había alejado pero Cintya no se movió.

—¿Vamos por buen camino? —preguntó preocupado sin soltarla.

—Sí, estamos a unos cien metros de... —Se quedó callada cuando otro pensamiento los alertó—. Nos siguen.

Scott colocó su rostro frente a ella para mirarla directamente a los ojos.

—¿Los lobos? —preguntó con ansiedad.

—Sí, dos. Dean y Aaron los siguen.

En ese momento pudieron escuchar unos pasos acelerados.

—Sujétate fuerte —pronunció antes de salir disparado con ella en brazos.

Volvió a correr lo máximo posible, subiendo la pendiente a una velocidad extrema hasta que llegaron a un valle totalmente escarpado.

La sujetó fuerte sin parar de correr, con la vista al frente, reconociendo el

templo de Rongbuk. Estaba claro que debía ser ese edificio dado que no había otra construcción cercana.

El templo era más grande de lo que esperaba. Durante la ascensión habían encontrado construcciones blancas religiosas, pero nada semejante a eso.

Al inicio de este había otras de esas grandes construcciones blancas formadas por enormes círculos que acaba con una punta dorada, desde donde salían hacia el templo cuerdas con pequeñas banderas de colores.

El templo parecía construido con la misma tierra que pisaba, de un color marrón oscuro casi gris. Tenía varios edificios de diferentes plantas, todos rectangulares.

Scott corrió hacia allí. Debía dejar a Cintya en un lugar seguro e intentar contener a los lobos que le seguían hasta que llegase la ayuda.

—¿Dean y Aaron están cerca? —preguntó sin dejar de correr.

—Sí. —Observó hacia atrás justo para ver como en ese momento dos personas aparecían en el descampado con un gran salto y corrían hacia ellos a gran velocidad. Sabía que se trataba de los lobos aunque no se hubiesen transformado, pues aquellos ágiles movimientos y velocidad eran característicos de ellos—. ¡Los lobos! —gritó dando unos cuantos golpes en la espalda de Scott provocados por los nervios.

Scott se giró para valorar la distancia justo antes de subir los escalones y situarse bajo el porche del templo. No esperó un segundo. Abrió la puerta y arrojó a Cintya sin miramiento al interior.

—¿Qué haces? —gritó ella desesperada.

—¡No salgas! —Le devolvió el grito mientras cerraba la puerta en las narices de ella.

Se giró hacia los dos lobos que corrían en su dirección a gran velocidad y dio un paso al frente llevándose las manos a la cintura para coger las dagas, aunque palmeó su cadera varias veces.

—¡Mierda! —gritó a pleno pulmón al ser consciente de que no tenía ningún arma con la que defenderse, pues las había dejado en la mochila—. Arrrrggggg —gruñó mientras bajaba los escalones del templo dispuesto a frenarlos como fuese.

Puede que no tuviese sus armas, pero era un cazador, y no le hacía falta una daga o una pistola para acabar con aquellos lobos.

Cintya gritó varias veces por la impotencia y la preocupación, incluso llegó a golpear la puerta. Dean y Aarón tardarían pocos segundos en llegar, aquello le tranquilizaba, pero sabía que cada segundo contaba y, en ese momento, Scott se las tenía que ver con dos lobos él solo.

—¡Joder! ¡Noooooo! —gritó mientras golpeaba la puerta. Resopló y estuvo a punto de darle un golpe con el pie para quitarse tensión.

Se giró histérica para buscar algo con lo que defenderse si entraban al templo pero se quedó totalmente pasmada cuando encontró a cinco monjes observándola fijamente, con sus túnicas rojas y anaranjadas, con mandíbulas desencajadas, seguramente por lo que había dicho y los gestos que había empleado.

Se quedaron mirando unos segundos. Sabía que en aquel templo vivían treinta monjes y treinta monjas, pero no esperaba interrumpir una de sus oraciones. Uno de los monjes aún sujetaba un botafumeiro en una mano, que se desplazaba hacia delante y hacia atrás.

—Hola —dijo ella dando unos pasos hacia delante, aunque reaccionó rápidamente—. Namaste. —Luego extendió los brazos hacia ellos en señal de súplica—. Ayuda. Nos siguen —pronunció en nepalí.

Los monjes se miraron entre ellos sin comprender nada de lo que aquella joven intrusa decía.

—Gente mala —continuó en un perfecto tibetano—. Quieren matarnos...

—¿Quién quiere hacerle daño? —preguntó uno de los monjes dando unos pasos hacia ella en actitud calmada.

En ese momento un rugido hizo que se le erizase la piel y mirase hacia atrás. Estaba segura de que Scott podría contenerlos, no lo dudaba, pero temía que pudiese sufrir algún daño.

—¿Qué es eso? —preguntó el monje mirando hacia la puerta.

Cintya se giró hacia él y tragó saliva nerviosa.

—Si se lo dijese no me creería... —susurró de forma irónica.

En ese momento la puerta del templo salió impulsada, sobrevolando varios metros y cayendo a poca distancia de ella. Cintya retrocedió cuando la figura de uno de los lobos se materializó bajo el marco de la puerta.

Escuchó los gritos de asombro de todos los monjes detrás de ella.

—¡¿Scott?! —gritó desesperada al ver que el lobo clavaba su mirada en la suya.

Aunque no pudo evitar girarse sorprendida hacia atrás cuando uno de los monjes gritó la palabra *Bheriya*. Cintya desencajó su mandíbula al oírlos decir la palabra lobo en nepalí.

—¡Lobos! —gritó el monje que llevaba el botafumeiro lanzándolo al suelo con premura.

—¿Vosotros... sabéis...? Ahhhh... —gritó sorprendida cuando vio que varios monjes extraían del ancho cinturón de sus túnicas unos cuchillos alargados—. Jo... der.

Los monjes corrieron hacia una Cintya incapaz de moverse por la sorpresa. Lo único que pudo hacer fue quedarse quieta y seguir con la mirada a los monjes cuando estos pasaron a su lado dirigiéndose hacia el lobo con los cuchillos en la mano.

Parpadeó varias veces intentando despertar de aquel extraño sueño y fijó la mirada en el lobo que adoptaba una postura defensiva hacia los monjes, pero justo en ese momento, como si una fuerza invisible lo impulsase, salió despedido hacia atrás varios metros, saliendo disparado del templo, levantando una nube de polvo mientras daba vueltas sobre la tierra.

Scott apareció justo en el lugar donde el lobo había estado y la miró un segundo asegurándose de que estaba bien, aunque se sorprendió cuando vio que cinco monjes corrían hacia él con cuchillos en su mano.

—¿Qué pasa? —preguntó desesperado hacia Cintya.

En ese momento ella reaccionó.

—¡Él no! ¡Él es bueno! ¡Es un cazador!

Scott la miró sin comprender lo que decía y desapareció de la vista de todos, echando una última mirada confundida hacia esos monjes que gritaban mientras corrían hacia él.

—¡Él no! —gritó de nuevo sin dejar de correr, aunque la falta de oxígeno le obligaba a un paso más lento del que quería.

¿Qué estaban haciendo? Estaba claro que sabían que se trataba de un lobo, ¿cómo era posible aquello?

Salió al portal para observar como los monjes bajaban ante ella los escalones del porche, dirigiéndose directamente hacia donde se encontraba Scott que en ese momento cogía del cuello al lobo, lo elevaba y lo impulsaba con fuerza contra la tierra para golpearlo. Directamente, comenzó a asestar puñetazos contra su rostro. Cuando el lobo pareció quedarse atontado por los golpes o, al menos, sin capacidad de reacción, ya que sabía que no perdería la consciencia del todo, elevó la mirada hacia los monjes que corrían hacia él empuñando los cuchillos.

Aquello era surrealista. Elevó su mirada hacia Cintya sin comprender nada de lo que ocurría.

—¡Diles que se queden quietos! ¿Pero qué hacen? —gritó hacia ella.

—¡Y yo que sé!

—¿Están locos?

Cintya bajó los escalones fijándose en que el otro lobo permanecía también tirado sobre la tierra. Debía tener una de las piernas rotas porque se arrastraba intentando alejarse, sin poder levantarse.

—¡Saben que son lobos!

Scott parpadeó varias veces justo cuando notó la presencia de alguien a su espalda. Se giró comprobando que Dean y Aaron se habían situado tras él.

—Aaron... —dijo directamente hacia él—, el otro lobo. —Señaló al que se arrastraba.

Aaron se movió rápidamente hacia él para sujetarle.

Luego miró a su compañero que observaba pasmado hacia delante.

—Creo que tienen ganas de pelea —ironizó hacia él.

Dean arqueó una ceja hacia su compañero y dio un paso al frente arqueando su rostro hacia un lado, sin dar crédito a que cinco monjes budistas corriesen hacia ellos con armas en sus manos, dispuestos a luchar.

—¡A ellos no! —Cintya corría tras los monjes todo lo rápido que podía—. ¡Ellos no!

Los monjes llegaron hasta Dean y Scott y directamente se lanzaron sobre el lobo.

—¡Eh!, ¡no!, ¡no!... —gritó Scott apartándolos con un empujón. Luego se llevó la mano a la cabeza—. ¿Estáis locos? ¡Contagio! —gritó desesperado apartando al monje—. ¡Contagio!

Al menos parecía que no los atacaban a ellos. Dean separó a otro de los monjes que llegaban hasta ellos, sin permitirles que se acercasen al lobo que había derribado.

—Ayuda a Aaron —pidió Scott a Dean.

Dean suspiró y soltó al monje mientras corría hacia los otros tres que se dirigían hacia el lobo que retenía Aaron.

Scott paralizó al que tenía sujeto Dean cogiéndolo por la cintura, sujetando con cada brazo a uno de los monjes que luchaba por lanzarse hacia los cuerpos de los lobos.

—¡No!, ¡no!, ¡no!... —gritó Scott reteniéndolos, como si se trataran de dos niños que intentan alcanzar su juguete favorito. Luego alzó la mirada hacia Cintya que se aproximaba—. ¿Entienden la palabra no? —grito de los nervios mientras retenía a los dos monjes que luchaban por soltarse.

—Sí, se pronuncia igual —contestó ella en un susurro, agotada por la marcha apresurada.

Scott resopló y los empujó atrás varios metros, luego los señaló con el dedo y repitió con contundencia.

—¡No! ¡No se toca! ¡Malo!

Los monjes quisieron avanzar de nuevo pero Scott les cortó el paso amenazante.

—¡Nooooo!

Aquellos dos monjes lo miraron fijamente y se miraron entre ellos.

—Lobo. Malo —volvió a explicar Scott señalando al lobo que en ese momento comenzaba a moverse—. ¡Ni se te ocurra levantarte! —gritó colocándose encima, y asestó otro puñetazo en su rostro haciendo que volviese a quedarse atontado—. Sangre mala. Contagio. Si tú tocas... tú lobo, ¿entiendes? —gritó desesperado colocándose ante ellos de nuevo.

Los dos monjes se miraron y luego recorrieron desde los pies a la cabeza a Scott, aunque torcieron su rostro hacia Cintya que en ese momento llegaba hasta ellos.

—¿Entendéis o no? —gritó Scott de los nervios.

Los monjes volvieron a centrar su atención en él.

—Nosotros entendemos —pronunció uno de ellos—. ¡No hace falta gritar!

Scott ladeó su rostro totalmente pasmado con las últimas palabras de uno de los monjes. Aunque tuvo que girarse de nuevo cuando el lobo comenzó a removerse otra vez. Iba a dar un paso hacia él cuando Nicholas y el resto del equipo aparecieron ante ellos.

—Ohhhhhh —dijeron los monjes dando un paso atrás, alzando las manos hacia el cielo.

Cintya los miraba confundida al igual que el resto del equipo.

Nicholas golpeó directamente la cabeza del lobo sumiéndolo de nuevo en el aturdimiento, mientras Christopher, Adrien y Dean permanecían junto al otro. Observaron como Adrien, sin ningún problema, se agachaba y clavaba su daga en el centro del pecho del otro lobo.

Los monjes volvieron a gritar asombrados.

—Ohhhhhhh.

Iba hacia el que se encontraba a los pies con la daga en la mano pero Nicholas le detuvo.

—No, nos iría bien interrogarlo.

—No creo que diga nada —comentó Adrien colocándose a su lado—. Además, ya sabemos qué hace aquí.

Scott dio unos pasos hacia el lobo y golpeó su rostro con el pie

suavemente para que se centrara.

—Sí, eso lo tengo claro pero, ¿cómo se ha enterado? Eh —dijo en un tono grave—, hay dos opciones ahora para ti: o hablas y no te matamos, o no hablas y te matamos ahora.

El lobo intentó centrar la mirada aunque le costó después de los golpes que había sufrido.

—Elige —Le instó Nicholas.

El lobo intentó incorporarse pero a duras penas podía. Escupió sangre a un lado y los miró con odio.

—Pudriros en el infierno, hijos de...

—Vale, ha escogido muerte —dijo Scott cogiendo la daga de la mano de Adrien.

—No, no, no... —comentó el lobo colocando las manos por delante de él—. Hablaré... hablaré...

—¿Hablarás? —preguntó Nicholas enarcando una ceja.

El lobo pareció dudar.

—¡Y una mierda! —gritó hacia ellos—. Por mí os podéis pudrir todos en el infier....

—¿Pero en qué quedamos? —gritó Adrien de los nervios.

Scott miró extrañado hacia Nicholas y se puso la mano en la sien imitando a que estaba loco.

—Debe tener doble personalidad... —comentó.

Nicholas resopló.

—Mátalo —acabó diciendo.

—¡Nooooo! —gritó el lobo—. Os explicaré lo que queráis —volvió a gemir.

—¿Pero en qué quedamos? —gritó Scott desquiciado sujetando la daga en su mano con fuerza.

—Os explicaréis lo que queráis, pero por favor... no me matéis.

Nicholas lo miró con sorna, dio un paso hacia él y le propinó otro golpe en la cabeza con el pie aturdiéndolo de nuevo. Luego miró a sus compañeros sorprendido y se encogió de hombros.

—Veremos a ver si habla y si no... pues ya sabe lo que le espera. —Luego alzó su mirada hacia Cintya que se encontraba junto a unos monjes, aunque le llamó en especial la atención que todos portaban cuchillos afilados en sus manos.

—¿Y ellos? ¿Qué hacen con chuchillos en las manos? —preguntó a Scott.

—Yo que sé, se han lanzado hacia los lobos para matarlos —comentó—. Deben ser monjes ninja o algo así.

Aquello hizo que Nicholas sonriese. Dio un paso hacia ellos pensativo y alzó su mano.

—Namaste —pronunció.

—Saben nuestro idioma —corroboró Dean.

—Hola —contestó uno de los monjes.

Nicholas se quedó sin saber qué decir, lo cierto es que su vida era sorprendente, pero jamás había imaginado llegar a ver algo así.

—Ammm... ¿esos cuchillos son de plata? —Fue lo único que se le ocurrió preguntar.

—Sí, plata. Es necesaria para matar lobos —explicó el monje como si le diese una lección.

—Sí —rio Nicholas con incredulidad observándolos de los pies a la cabeza—. Ya lo sabemos. —Luego señaló a su equipo—. Somos cazadores...

—¿Y ellos? —preguntó señalando a los lobos.

—Ellos son lobos, pero están de nuestra parte, nos ayudan.

Los monjes se miraron entre ellos y finalmente asintieron.

—De acuerdo. Sois amigos. Pasad —Indicaron con sus manos hacia el templo.

Todos se miraron sin saber cómo actuar hasta que Cintya fue quien se decidió a hablar.

—Debemos acudir al campamento base del Everest. Estamos buscando la...

—Lo sabemos —interrumpió el monje—. El cuarto jinete nos acecha — indicó el monje. Todos abrieron los ojos como platos—. Debéis venir... — Luego miró de reojo a su compañero y le indicó con un movimiento de cabeza a que fuese hacia el templo—. Avisa a nuestro maestro.

—¿Vuestro maestro? —preguntó Nicholas siguiéndolos apresurados.

—Ganesh —dijo directamente. Todos miraron a Cintya sorprendidos, pues recordaban que las palabras de Cintya habían sido que la lanza del destino se encontraba en el lugar del mundo más cercano a Dios y que debían buscar a Ganesh.

Cintya dio un paso hacia ellos.

—Se... ¿se llama así? —preguntó temerosa—. Pensaba que significaba guardián en nepalí —comentó hacia los monjes que lo miraron sin comprender a lo que se refería.

—Y eso es lo que es. Es el guardián —pronunció el monje mientras indicaba que les siguieran.

21

Todos se mantenían en silencio mientras saboreaban el té de jengibre que los monjes les habían ofrecido amablemente. La sala donde los habían llevado no era muy grande, pero disponía de una gran chimenea que dotaba de calor el ambiente y les permitía quitarse los anoraks.

La mesa era amplia y posibilitaba sentarse todos a ella sin estar apretados. No había cuadros, ni adornos, simplemente unas repisas donde acumulaban bastantes libros antiguos.

Adrien y Taylor se habían encargado de llevar al lobo a un subterráneo que los monjes tenían preparado con barrotes de plata. Aún no salían de su asombro respecto a los monjes de aquel templo. Ciertamente que no tenían habilidades como la fuerza, la velocidad o la regeneración, pero tenían muchos conocimientos sobre lo que era un hombre lobo y su forma de matarlos, demasiados, y, aquello, los mantenía alerta.

Habían pasado los primeros minutos sin decir nada, observando a los cinco monjes que permanecían sentados frente a ellos tomando el té, sin pronunciar palabra. Las miradas volaban entre todos hasta que Nicholas se atrevió a hablar.

—¿Cómo sabéis de la existencia de los lobos?

—Eso jefe... —susurró Scott a su lado—, directo al grano, sin rodeos.

Aquel comentario se llevó una mirada de desaprobación por parte de Nicholas pero después decidió ignorarlo y miró directamente al monje con el que habían hablado desde un principio.

—Sabíamos que vendrían —pronunció sin interés, rellenando su taza de té, luego le ofreció más a él.

—Sí, gracias —respondió Nicholas llevando su mano hasta la tetera.

El monje volvió a sentarse en su asiento y se colocó correctamente la túnica.

—Todo está escrito... —continuó el monje. Luego le sonrió de forma amable—. Mi nombre es Sudhir —Se presentó—. He vivido en este templo desde los dos años de edad. He dedicado toda mi vida a la oración y a la protección de la humanidad...

Scott miró de reojo a Cintya, pues ni siquiera pestañeaba mientras el monje hablaba.

—¿La protección de la humanidad? —preguntó Scott. Luego lo miró confundido—. ¿Desde aquí? ¿A más de cinco mil metros de altura?

El monje le miró y sonrió.

—Hay más formas de proteger a la humanidad de las que usted cree —respondió con calma—. La mayor protección no consiste en empuñar armas y luchar contra sus adversarios, si no... en mantener escondida ante todo el mundo, incluso ante el mal, la única arma capaz de salvarnos.

Cintya asintió.

—Os referís a... ¿a la lanza del destino? —preguntó temerosa.

Los monjes asintieron.

—La pregunta que yo debo hacer es: ¿cómo sabéis que se encuentra aquí? —preguntó el monje mirando con curiosidad a Nicholas.

—No lo sabemos —respondió él.

—De hecho —interrumpió Cintya—. Sé que no está aquí.

—¿Y cómo lo sabes?

Scott la miró fijamente.

—Soy un oráculo —susurró—. Me... —tragó saliva—, me dijeron que tenía que venir al lugar de la tierra más cercano a Dios y encontrar a Ganesh. Solo así podríamos obtener la lanza del destino, la única arma capaz de matar

a Mabus.

El monje la miró fijamente y al final asintió. Se quedó observándola unos segundos con detenimiento.

—Cuando nos enteramos de lo ocurrido tras las montañas sabíamos que había llegado el momento —explicó el monje.

Nicholas dio un sorbo a su té y miró a Sudhir.

—¿Vosotros sabéis dónde podemos encontrarla? —preguntó directamente.

—Sí —respondió, aunque todos torcieron su rostro, incluso él, cuando una puerta al final de la estancia se abrió.

Los monjes se pusieron en pie. La división y los lobos se miraron entre sí, como si no estuviesen muy seguros de qué hacer, pero finalmente optaron por imitarlos.

Un monje bastante más anciano que los anteriores entró en el salón. Al igual que el resto, no tenía un solo cabello en su cabeza, pues estaba apurada al máximo con navaja y una túnica, en este caso, solo roja, lo cubría desde el cuello hasta los pies.

Avanzó por el comedor hasta que llegó a la silla que presidía la mesa y que uno de los monjes desplazó para que se sentase.

Todos se sentaron de nuevo.

Cintya se removía incómoda en su asiento, sabía que no eran malas personas, pero todo lo relativo a aquel templo era información restringida, a la que no podía acceder, y en cierto modo se sentía vulnerable, sobre todo cuando aquel monje torció su rostro hacia ella directamente, investigándola.

Intentó soportar el escrutinio lo mejor posible pero se vio obligada a descender la mirada al final.

Los monjes comenzaron a conversar entre ellos en nepalí, en un tono bastante bajo. Nicholas se acercó disimuladamente a Cintya, al igual que Scott.

—¿Qué dicen? —preguntó.

Ella tragó saliva.

—Lo están poniendo al corriente de lo que ha ocurrido. El ataque de los

lobos y que sabemos de la existencia de la lanza del destino.

—¿Nos van a ayudar? —preguntó directamente Scott.

—No lo sé —gimió ella.

Tanto Nicholas como Scott la miraron sorprendidos.

—¿No lo sabes? —preguntó el jefe de la división.

—Es información restringida —susurró hacia él de los nervios.

Aunque los tres torcieron su rostro hacia los monjes cuando notaron las miradas fijas de ellos.

El monje que acababa de entrar examinaba a todos con detenimiento y acabó mirando a Cintya. De nuevo, Cintya se obligó a mantener la mirada. Aquel monje parecía que podía leer su alma, tenía una mirada realmente intensa y a la vez sobrecogedora.

Tomó aire y puso una mano en su pecho.

—Mero nama Ganesh cha.

Cintya apretó los labios y asintió.

—Ma Cintya hum.

Nicholas y Scott la miraban de reojo.

—¿Qué dice? —susurró Nicholas a su lado con cierto disimulo.

—Es Ganesh

—¿Ganesh? —preguntó Scott más sorprendido.

El monje arqueó una ceja hacia él y luego volvió a mirar a Cintya.

—¿Quiénes son? —preguntó en nepalí.

—Son cazadores —respondió ella. Suspiró y cerró los ojos intentando ordenar las ideas y explicarse con claridad—. Soy un oráculo —susurró ella—. Intentaron matarme. Ellos me salvaron. Sé que aquí cerca está la única arma capaz de acabar con Mabus y evitar la destrucción de la tierra. —El monje se puso firme en su silla—. Cuando me concentré una voz me dijo que el arma la encontraría en el lugar más cercano en la tierra a Dios y... que debía buscar a Ganesh. Es decir, a usted.

Ganesh asintió y miró a los monjes como si evaluase la situación.

—Explícame cómo es el otro lado.

Aquella pregunta le hizo parpadear y removerse inquieta. Titubeó un poco ante la mirada sorprendida de todos sus compañeros que no entendían nada de la conversación.

—Es frío —susurró—. Todo blanco. Infinito. Las respuestas me aparecen siempre detrás de una puerta que surge de la nada y cuando accedo a ella una voz me responde.

Todos se mantuvieron en silencio. Ganesh totalmente relajado, al igual que el resto de monjes, la división y los lobos en tensión, sin saber a lo que atenerse.

El monje se apoyó sobre la mesa juntando sus manos y asintió.

—Son muy pocos los privilegiados con un don como el tuyo. Los únicos capaces de comprender lo que está ocurriendo y poder ponerle remedio —susurró, y luego moldeó su rostro a unos gestos más relajados—. ¿Eres la única superviviente?

Aquella pregunta, aunque le sorprendió, le hizo pestañear varias veces para contener las lágrimas, pues el recuerdo de sus compañeros y en concreto de Abraham le hizo sentirse vacía. Había pasado por demasiadas cosas aquellas últimas semanas, y ninguna agradable, aunque no pudo evitar mirar de reojo a Scott y sonreír levemente, como si fuese la única persona en el mundo capaz de sacarla a flote.

—Sí. Los vampiros acabaron con ellos —continuó explicando—. Cuando vinieron a por mí ellos me salvaron.

Ganesh volvió a asentir y esta vez miró a Nicholas.

—¿Es el jefe de los cazadores? —preguntó volviendo la mirada hacia ella.

—Sí.

—¿Y de los lobos?

Ella negó y esta vez habló más calmada.

—El alfa de los lobos es Aaron, aunque ahora todos trabajamos por una misma causa —explicó, aunque Aaron tuvo que identificar su nombre porque

brinco en su asiento bastante nervioso al no comprender nada—. Los lobos nos siguieron hasta aquí, aún no sabemos cómo... pues hemos tomado todas las precauciones posibles. Este grupo de lobos junto a los cazadores permitieron que él —Señaló a Scott que arqueó su ceja hacia ella—, pudiera traerme hasta aquí.

Ganesh volvió a asentir conforme con la explicación y volvió su rostro hacia los cazadores.

—Sed bienvenidos —dijo esta vez en inglés, haciendo que todos lo mirasen fijamente. ¿Sabía ese idioma?

Ninguno protestó, si no que se limitaron a agradecer su ofrecimiento con movimientos de cabeza, e incluso Alex colocó las manos frente a él como si implorase una oración para agradecer.

—Tiempos oscuros se acercan... —susurró Ganesh con un acento nepalí muy marcado—, y pocos son los elegidos que pueden hacerle frente.

—Estamos preparados para hacer todo lo posible —pronunció Nicholas con determinación.

—Me alegra oír eso —susurró hacia él esta vez con una tímida sonrisa. Luego señaló a uno de los monjes para que se acercase—. Traedlos a todos —pronunció.

Nicholas miró a Cintya de reojo.

—¿A quiénes?

Ella negó como si no supiese la información.

Ganesh volvió a captar su atención mientras el monje al que había encomendado la misión salía a toda prisa de la alcoba.

—Verá —comenzó su explicación juntando las manos sobre la mesa, mirando directamente a Nicholas, aunque luego los recorrió a todos con la mirada—, esto no es más que la batalla de la luz contra la oscuridad. El bien contra el mal. La creación contra la destrucción. La vida contra la muerte... —Se apoyó contra el respaldo con la mirada pensativa—. Nos fue encomendada esta misión en mil novecientos cuarenta y cinco...

—¿En la Segunda Guerra Mundial? —preguntó Nicholas.

Ganesh sonrió.

—Vera, señor...

—Nicholas —contestó de forma amable.

—El mal puede disfrazarse de muchas formas, pero no deja de ser lo que es. Esa batalla se ganó, al igual que muchas otras a lo largo de la historia de la humanidad... —Tomó aire como si reflexionase—. Nuestro templo fue fundado en mil novecientos dos, por Zatul Rinpoche. La única razón por la que se creó fue para esconder la mayor arma de la humanidad —explicó seriamente—. Antes me ha preguntado qué cómo es posible que sepamos la existencia de los lobos. —Se reclinó contra la mesa para dar más énfasis a sus palabras—. Nosotros, señor Nicholas, lo hemos sabido incluso antes que muchos gobiernos, antes incluso de que muchas especies comenzasen a sembrar el caos por el mundo ante la venida de lo que ellos llaman como su salvador. Siempre hemos estado ahí, protegiendo la único arma que es capaz de derrotarlo y, créame, no es un trabajo fácil. —Los miró a todos—. Primero se escondió en Israel, pero tras las persecuciones por parte del Imperio Romano hacia los cristianos se decidió esconder, años después, en Egipto. Allí, en un escondite secreto de las pirámides permaneció durante más de mil años, pero ya se sabe... el hombre es curioso y las numerosas investigaciones científicas obligaron a cambiar la lanza de lugar. India, Islandia y la Selva negra de Alemania han sido testigos del paso de esta, y fue en mil novecientos cuarenta y cinco cuando se decidió trasladar aquí. Y usted se preguntará... ¿y desde que se fundó este templo en mil novecientos dos hasta el cuarenta y cinco que hicieron? —Gadesh sonrió—. Aprender. Nos preparamos para acoger lo que podría ser la salvación del mundo y prepararnos para este día.

Alex elevó su mano como si quisiera hacer una pregunta.

—Entonces... ¿tienes la lanza del destino aquí? —preguntó con cierto nerviosismo.

Nicholas chasqueó la lengua por la interrupción y le envió una mirada furiosa.

—¿Usted cree que la tendría aquí? —preguntó con sorna, algo que llamó la atención de todos los presentes, pues no esperaban esa entonación por parte del monje—. Mi misión es esconderla para que solo una persona con semejante don... —señaló a Cintya—, pueda encontrarla.

Cintya lo miró confundida.

—Pero... —Se removió inquieta—, esa información es cifrada, no puedo acceder a ella —pronunció desesperada.

Gadesh se puso en pie lentamente, sin apartar la mirada de ella.

—Sí que puede. —Comenzó a dar pasos despacio en su dirección, ante la mirada inquieta de todos. Se llevó una mano al cuello y se quitó un colgante, colocándolo delante de ella—. Si es un oráculo, si sus intenciones son buenas, con esto podrá hallarla. —Le tendió el colgante consistente en un cordel viejo y en su extremo tenía un pequeño trozo de madera anudado.

Cintya lo cogió y lo observó con detenimiento.

—¿Qué es? —preguntó mirándolo.

Gadesh inspiró y colocó las manos a su espalda, colocándose totalmente erguido frente a ella que permanecía sentada.

—Verá, cuando acabó la guerra se decidió que la lanza se escondiese en un lugar remoto, al que solo una persona con dicho poder pudiese acceder. Pequeños trozos de la lanza fueron esparcidos por el mundo, con el único objetivo de que un oráculo al tenerlo en sus manos pudiese encontrar el camino. Es algo por el que muchas personas han perdido la vida y, a la vez, lo único que puede conservarla. Nos tomamos muy en serio su protección. —Dio unos pasos volviendo hacia su silla—. Usted, tiene en sus manos, un trozo de la lanza del destino y, si es un oráculo, podrá encontrar el camino.

Cintya notó como sus manos comenzaban a temblar al ser consciente de lo que reposaba en ellas. Un trozo de la lanza del destino, la misma que atravesó a Jesucristo en el costado y que contenía la sangre del salvador.

—Diez trozos de la madera que sujetaba el metal que atravesó a Cristo se han distribuido por el mundo esperando que, alguien como usted, pueda encontrarla cuando llegue el momento, pero solo... si es una oráculo real y sus intenciones son nobles, la misma lanza la llevará hasta ella.

Cintya lo miró sin comprender, bastante agitada por todo lo que decía.

—Pero... ¿cómo debo hacerlo? —preguntó desesperada—. ¿Sobre un mapa?

Gadesh se acomodó en su asiento con una leve sonrisa al ver la

desesperación de la muchacha.

—Usted, tal y como ha dicho, sabe que debe dirigirse hacia el campo base del Everest, ¿verdad? —Ella asintió—. Pues vaya, y como le he explicado, la lanza le mostrará el camino.

Ella apretó los labios, sin comprender a qué se refería, pero decidió asentir y se puso directamente el colgante en el cuello.

—Esa lanza debe ser empuñada única y exclusivamente por el elegido — continuó explicando.

—Lo sabemos —comentó Nicholas pensativo—. Pero aún tenemos que encontrarlo.

—Pues será mejor que se den prisa —dijo rápidamente el monje—. El ciclo se ha iniciado y la fecha para la destrucción de nuestra civilización se acerca.

Scott suspiró mientras observaba a Cintya sujetar entre sus manos el pequeño trozo de madera. Se giró hacia el monje y ladeó su rostro hacia él.

—Habíamos pensado en qué quizá, cuando tengamos la lanza, Cintya con su poder podría localizar al elegido.

Gadesh afirmó.

—El bien atrae el bien... —Se encogió de hombros y acabó asintiendo—. Supongo que sería lo correcto. La daga buscará a su dueño. —Volvió a apoyar su espalda contra el respaldo del asiento y se estiró, como si sintiese dolor—. Ahora bien, otra cuestión muy importante es... ¿cómo los lobos los han seguido hasta aquí? Eso pone en peligro toda la misión.

Nicholas fue quien intervino.

—Sabemos que tanto esa manada de lobos como los vampiros trabajan para Mabus.

—No hay que tener un premio nobel para imaginarlo, ¿verdad? —preguntó de nuevo divertido.

Nicholas enarcó una ceja y miró hacia sus compañeros que observaban incrédulos hacia el monje.

—Hemos extremado todas las precauciones. Igualmente, ahora

interrogaremos al lobo y le sacaremos la información necesaria para... —Se quedó callado al ver que Gadesh alzaba su mano reclamando silencio.

—Como he dicho, el mal no se disfraza solo de hombre, o de vampiro, o de lobo... —Luego miró a los lobos que había en la sala—, sin ofender.

—No nos ofende... —remarcó Aaron—. Esos lobos están locos.

Aquella respuesta dejó un poco descolocado al monje pero volvió a prestar toda su atención a Nicholas.

—Por lo que ha dicho de interrogar a los lobos, no se preocupe. Mis monjes están haciendo ese trabajo ahora y... créame, saben hacerlo. Pero deben tener en cuenta que los lobos y los vampiros son solo un instrumento. El mal escala posiciones y se ubica en lugares estratégicos...

—Si se refiere a Eligos —comentó Scott con los dientes apretados—, ya sabemos que nuestro jefe superior de división se trata de otro jinete.

—Veo que han hecho sus deberes.

Scott se encogió de hombros.

—¿Qué quiere que le diga? —preguntó esta vez socarrón—. Tenemos una buena oráculo, real y con buenas intenciones —dijo colocando la mano en su hombro.

Todos captaron el tono que Scott había usado, ¿pero qué hacía?

Nicholas se giró hacia él con los ojos muy abiertos.

—No hace falta que te pongas en plan machote y defiendas el honor de tu novia ahora —Le susurró.

Scott lo miró con inocencia.

—Solo digo la verdad —Se excusó.

Cintya aún mantenía el trozo de madera entre sus manos, aunque no prestaba atención a lo que Scott y Nicholas debatían.

—Disculpe... —dijo llamando la atención del monje—, pero... si la lanza solo puede ser empuñada por el elegido, ¿qué ocurrirá si nos equivocamos?

Gadesh miró hacia ella.

—La daga tiene un poder enorme, tan grande, que cualquiera que la

cogiese, si no fuese el elegido, no soportaría dicho poder y moriría pocos segundos después de tenerla en sus manos.

Todos desviaron su atención hacia él al escuchar esas palabras.

—¿Y cómo vamos a hacernos con ella? —continuó Nicholas.

—Dos de mis hombres les acompañaran en el viaje —interrumpió Gadesh—. Ellos saben lo que hay que hacer. —Cogió la tetera y se sirvió un poco más de té—. La lanza debe ser transportada con extremo cuidado. Disponemos de un recipiente que les ayudará a eso... siempre que la encuentren —acabó mirando a Scott.

—La encontraremos —dijo él seriamente.

—Eso espero, por el bien de todos nosotros y de la humanidad —acabó el monje.

En ese momento el monje que había salido de la habitación volvió a toda prisa.

—Ya están preparados —indicó a Gadesh.

Dio un último sorbo a su té y se puso en pie.

—Sígueme —pidió mientras se dirigía directamente a la puerta por la que el monje había entrado.

Todos se levantaron rápidamente de las sillas, pues Gadesh no parecía esperarles. Pasaron bajo el marco de la puerta y tomaron un pasillo estrecho que les permitía caminar en fila india. El templo, pese a que era enorme, destacaba por su sencillez, sin ningún adorno, con las paredes lisas y solo algunos de los trozos estaban pintados en blanco. Otras partes, podía verse la tierra gris que formaba la construcción al desprenderse la pintura.

Scott, que caminaba delante de Cintya, se giró un segundo para observarla, tenía la mirada confundida, incluso asustada.

—¿Estás bien? —Le susurró.

Ella alzó su mirada y asintió mientras apretaba los labios.

—Es... que es mucha responsabilidad —susurró.

Scott le sonrió colocando una mano en su hombro, sin dejar de avanzar.

—Lo harás bien —dijo en un tono tierno—. Todos confiamos en ti. Yo... confío en ti —acabó susurrando.

Ella le devolvió una sonrisa, aunque algo amarga, justo cuando llegaron a una enorme estancia.

En aquella habitación, iluminada únicamente por velas y la luz que entraba por las ventanas, permanecían más de veinte monjes formando filas, totalmente rectos.

Gadesh les instó con un movimiento a que se detuvieran a un lado de la sala, quedándose quietos, observando a todos aquellos monjes.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Scott colocándose a su lado.

—No tengo ni idea —susurró ella.

Gadesh se situó frente a todos con las manos en su espalda.

—Todos sabéis la misión que hay que cumplir —dijo en nepalí, haciendo que toda la división mirase a Cintya esperando una traducción. Iba a hablar cuando Gadesh continuó—. Quien crea que es merecedor de poder llevarla a cabo que dé un paso al frente.

La división y los lobos seguían mirando fijamente a Cintya esperando una traducción.

—Está pidiendo voluntarios para acompañarnos —explicó ella hacia todos.

En aquel momento todos los monjes dieron un paso al frente, sin pestañear.

Toda la división y los lobos torcieron su rostro.

—¿Todos quieren venir? —preguntó Alex.

Gadesh paseó por delante de ellos y luego se internó entre las filas. Examinó a sus hombres y colocó la mano en el hombro de uno de ellos.

—Rajib, ¿serás capaz?

El muchacho que no llegaría a los veinticinco años de edad se giró con orgullo hacia su maestro.

—Lo haré —dijo convencido.

Ganesh asintió y apretó su hombro.

—Háznos sentir orgullosos.

—No tiene ni que dudarlo, maestro —pronunció el muchacho con educación.

Gadesh soltó al muchacho y avanzó entre los monjes.

—Brahma, ¿preparado? —preguntó colocando una mano en el siguiente monje.

—Sí, maestro —pronunció girando su rostro hacia él, totalmente convencido.

Gadesh se quedó observándolo unos segundos y finalmente asintió. Dio una palmada en su hombro y se dirigió hacia la división.

—Son dos de mis mejores monjes. Rajib y Brahma —explicó en inglés—. Ellos os acompañaran en el camino. —Se colocó frente a ellos y miró a Cintya—. Descansad esta noche aquí y mañana por la mañana partiréis hacia el campamento. Disponéis de cabañas fuera del templo donde podéis asearos y pasar la noche. —Dio un paso atrás y se giró hacia sus hombres—. No os preocupéis. Ningún lobo o vampiro os molestará esta noche. Ellos os protegerán.

Dicho esto se giró hacia sus hombres dando nuevas órdenes en nepalí. Todos los monjes comenzaron a disgregarse por el templo y a las afueras, protegiendo la zona.

22

Las pequeñas casas que les habían ofrecido al lado del convento eran muy sencillas pero amplias. Habían cogido dos, una para los lobos y otra para ellos.

Aunque los monjes dijese que allí estarían protegidos no se fiaban, pues frente a lobos y vampiros no contaba solo la intención, sino las habilidades, y estaba claro, por lo que habían visto hacía pocas horas, que los monjes no contaban con ellas.

Estaban seguros que eran buenos luchadores. Contra un humano normal podrían sin problema, pero no contra ellos.

Habían organizado turnos de vigilancia durante toda la noche en la que un lobo y un cazador vigilarían la zona.

Scott tragó la pasta a rebosar de tomate y dejó el tenedor en el plato, totalmente saciado.

Habían pasado la tarde paseando por la zona, asegurándose de que ella se aclimatase bien. Pero cuando el dolor de cabeza había vuelto a persistir en Cintya la habían mandado a la cama. Poco después un monje se había personado en la cabaña y le había facilitado a Nicholas unas hojas de una planta medicinal para que ella las mascase, con eso, reprimiría el mal de altura.

Una hora después Cintya se encontraba perfectamente. Y ahora, prácticamente a las nueve de la noche, se disponían a descansar tras la cena, pues habían quedado en que a las siete los dos monjes que Gadesh había escogido pasarían a buscarlos.

Dean haría el primer turno junto a Fillipe, y posteriormente ya irían saliendo el resto cuando les tocase.

—Hace bastante frío —comentó Adrien acercándose a la chimenea. Se puso unos guantes de tela fina y echó unos cuantos ladrillos para que la llamarada cogiese fuerza, aunque se quedó observando el material deshacerse y resopló—. Es una guarrada.

—Aquí no hay madera, Adrien —respondió Scott levantándose de la mesa—. Me ha tocado el quinto turno, ¿no? —Fue hacia una de las camas y se quitó la camiseta directamente—. Pues me voy a dormir ya.

—Sí, será mejor que vayamos todos a dormir, mañana nos espera un duro trayecto. —contestó Nicholas. Miró a Cintya y le sonrió—. ¿Sigues bien?

—Estupendamente —respondió con una sonrisa mientras se dirigía a la cama situada al lado de Scott.

Se giró cuando todos comenzaron a desnudarse, pero todos se quedaron quietos cuando escucharon que alguien llamaba a la puerta. Se miraron entre ellos intrigados.

—Seguro que Alex quiere algo —comentó Adrien acercándose, bajándose el jersey que había estado a punto de quitarse y arrojar sobre la silla. Abrió la puerta mientras el resto seguían desnudándose aunque se quedó totalmente pasmado—. Namasté —dijo alzando una mano.

—Namasté —comentó la mujer.

Vestía igual que el resto de monjes, con la cabeza totalmente rapada. Un par de mujeres más esperaban tras la primera.

Adrien enarcó una ceja hacia ella cuando vio que miraban al interior de la vivienda y parecían escandalizarse al observar a todos aquellos hombres medio desnudos pasear en el interior.

Adrien abrió más la puerta en actitud divertida y llamó la atención de sus compañeros.

—Tenemos visita.

Todos se giraron hacia la puerta para observar a las tres mujeres. La que presidía el grupo era algo más mayor, tras ella, había dos chicas jóvenes que no superarían los treinta años de edad.

Adrien las miró en una actitud provocadora.

—¿Entienden mi idioma? —Las tres afirmaron aún con la cabeza agachada, sin atreverse a elevar la mirada, algo que hizo bastante gracia a Adrien—. ¿En qué podemos ayudarlas, señoritas?

La mujer más mayor elevó la mirada hacia él.

—Venimos a buscar a Cintya.

Todos ladearon su rostro hacia ella confundidos.

—¿A Cintya? —preguntó divertido, luego miró hacia ella que estaba sentada en la cama—. Cintya, ven, te buscan —pronunció apartándose de la puerta, luego miró sonriente a las tres monjas—. ¿Quieren pasar? Fuera hace frío.

Las tres negaron de inmediato.

Cintya se acercó con una sonrisa.

—Namaste —saludó.

Las tres mujeres la saludaron con grandes sonrisas, mirándola fascinadas. Estaba claro que sabían que se trataba de un oráculo dado que la observaban con los ojos muy abiertos, aunque pronto volvieron a agachar su rostro cuando Taylor y Christopher pasaron desnudos de cintura para arriba frente a la puerta.

Aunque Adrien se apartó levemente se quedó bastante cerca, lo que hizo que las mujeres continuasen nerviosas.

—Venimos para que se una esta noche a nosotras. Puede dormir en nuestra habitación —ofreció la mujer.

Cintya parpadeó sorprendida mientras el resto de la división se sentaba en las camas cambiándose de ropa, aunque sin parar de echar miradas furtivas hacia ellas, sin perder un detalle de la conversación y mirando con sonrisas maliciosas a Scott.

—Creo que te la quieren robar —Le susurró Dean.

Cintya sonrió más.

—No... no hace falta, gracias. No hay ningún problema. Pero agradezco mucho su...

—Pero... —comentó sorprendida—, hay... hay muchos...

—Hombres —pronunció Adrien acercándose.

La mujer lo miró un segundo y asintió hacia ella, aún sin comprender el que Cintya no aceptase su ofrecimiento.

—No se preocupe, señora. La tratamos bien —continuó Adrien con una sonrisa.

La mujer apretó los labios y miró inquieta a la Cintya.

—Usted... no, no está casada con ninguno de ellos y...

—Bueno, casada no, pero está conmigo —dijo Scott desde el final de la habitación elevando su tono, haciendo que toda la división sonriese.

Aquello pareció escandalizar a la mujer más y miró seriamente a Cintya.

—Usted es un oráculo, no debería dormir aquí. Podría perder su...

—Si no lo ha perdido ya... —continuó Scott arrastrando las palabras.

Esta vez sí se llevó una mirada de desaprobación por parte de Cintya, aunque divertida por parte de toda la división.

Cintya suspiró y miró a la mujer con una sonrisa tirante esta vez.

—No se preocupe, de verdad. Estoy bien aquí. Agradezco mucho su ofrecimiento pero prefiero quedarme cerca de ellos.

—Pero eso es... intolerable.

Adrien se acercó más a la puerta y cogió a Cintya del brazo empujándola detrás de él.

—Ayyyy —Se quejó ella.

—Verá —pronunció colocándose bajo el marco de la puerta—, usted sabe que hay vampiros y lobos por aquí y que la van buscando a ella, ¿verdad? —La mujer lo miró confundida—. Créame, está mucho más segura con nosotros.

—No podemos permitir que ella duerma en una habitación con...

Adrien arqueó una ceja y se cruzó de brazos con impaciencia.

—Insisto en que se queda —adoptó un tono más serio.

—No puede ser —contraatacó la mujer más furiosa—. Esto es un templo, un lugar sagrado y puro.

—Y seguirá siendo puro esta noche, se lo aseguro —contestó Scott acercándose. Se colocó al lado de Adrien echando a Cintya más atrás, la cual se quejó de nuevo y sonrió a la mujer—. Muchas gracias por su ofrecimiento, pero nosotros nos encargamos de la seguridad de ella. Cintya se queda. Buenas noches —Y automáticamente cerró la puerta en las narices de las tres monjas.

Adrien se giró hacia él molesto por su reacción.

—Eh, tío... que son monjas. No les cierres la puerta así —protestó.

Scott enarcó una ceja hacia él mientras cogía de la mano a Cintya y la arrastraba hacia la cama.

—¿Qué? —preguntó provocativo—, no tengo ganas de discutir. Esas mujeres no iban a parar y nosotros mañana tenemos que madrugar y tenemos un largo día por delante. Si quieres seguir hablando con ellas sal afuera. Yo voy a dormir.

Soltó a Cintya al lado de la cama de ella que resopló por el comportamiento de él y miró a Adrien, aunque este no dijo nada más, se pasó la mano por la nuca, se encogió de hombros y fue directamente hacia su cama.

—Pues nada... Dean, creo que tendrás compañía durante tu rato de turno de vigilancia —ironizó Adrien.

Dean arrugó su frente y resopló mientras se ponía el anorak para salir afuera.

—Pues qué bien —ironizó mientras se dirigía a la puerta.

Rajib y Brahma esperaban al lado de la pequeña casa, con su túnica roja y su chaleco naranja, aunque esta vez, Cintya, pudo apreciar como llevaban unos pantalones debajo de esta.

Se habían levantado a las seis de la mañana. Tras que todos se diesen una rápida ducha y desayunasen ya estaban listos.

Los dos monjes elegidos por Ganesh permanecían sentados en un muro de piedras bajo, aunque se pusieron en pie rápidamente cuando la puerta de la casa se abrió y todos salieron al exterior.

Los lobos también estaban preparados, aunque se mantenían a una distancia prudencial de los monjes y se iban lanzando miradas furtivas, como si la compañía de ambos no les gustase.

Nicholas fue directo hacia los monjes tendiendo una mano hacia ellos para presentarse.

—¿Habláis mi idioma? —Cuando ambos asintieron les estrechó la mano —. Soy Nicholas. Vosotros debéis ser Rajib y Brahma, ¿cierto?

—Sí —contestaron al unísono.

—Encantados de contar con vosotros.

Los lobos, a poca distancia de ellos, resoplaron ante aquellas palabras. Estaba claro que no les gustaba nada la compañía de aquellos dos monjes.

—Estamos ansiosos por emprender el camino —respondió Rajib con una sonrisa. Luego miró directamente a Cintya. Los dos monjes se quedaron observándola pasmados, incluso parecían hacer un gesto como si fuesen a arrodillarse ante ella para venerarla.

Nicholas se giró hacia Cintya con una sonrisa pícaro.

—Te adoran —bromeó en un susurró, la cual los miraba con una ceja enarcada. Se encogió de hombros ante la mirada sonriente de Scott y el resto de la división que la rodeaba. —Bien —dijo hacia los monjes para que dejaran de mirarla, llamando su atención—. ¿Conocéis el camino hasta el campamento base?

—Sí, está aquí cerca. En un par de horas, si llevamos buen ritmo, llegaremos.

—Je, je. Llevamos un ritmo bastante rápido —contestó Nicholas y luego miró a su división—. ¿Quién se ofrece voluntario?

Scott cogió a Cintya del brazo colocándola a su lado, dando a entender que él no iba a ser uno de los afortunados que llevase a los monjes a cuestras.

Nicholas resopló cuando ninguno de sus compañeros dio un paso al frente.

Caminó hacia ellos recorriéndolos a todos con la mirada.

—Desde luego... igual que ellos, eh —Se quejó al recordar que cuando Ganesh había pedido voluntarios para acompañarles todos se habían ofrecido.

Dean suspiró y levantó una de sus manos mientras le pasaba la mochila a Adrien.

—Ya me encargo yo de uno —propuso mientras un largo suspiro salía por su boca.

—Gracias Dean, eres un fantástico compañero —sonrió hacia él, aunque luego los miró a todos con ironía. Puso los ojos en blanco y se quitó la mochila. Automáticamente la hizo volar hacia Christopher que la cogió al vuelo—. Yo me encargaré del otro.

Los dos monjes se miraban sin comprender.

Adrien y Nicholas fueron hacia ellos, colocándose en frente.

—Los llevaremos —pronunció.

Los monjes se miraron de reojo.

—¿Nos llevarán? —preguntó Rajib.

Estaba claro que no sabía a qué se referían.

—Sí, iremos más rápidos —respondió Nicholas.

Rajib sonrió incrédulo.

—No, no hace falta —dijo agradecido—. Estamos acostumbrados a la altura y hacemos varias veces a la semana este recorrido. No tenemos problema.

—Ya me imagino que están adaptados a la altura y que no tendrán ningún problema. Pero créame —dijo dando un paso hacia ellos con una gran sonrisa —, nosotros somos muy rápidos.

—Ammmm... —continuó el monje sin saber qué decir ante aquello.

—¿Por dónde está el campamento base?

Esta vez fue Brahma quien contestó. Se giró y señaló hacia delante.

—Hay que subir ese montículo y seguir recto. Hay un poco de subida,

aunque no es un recorrido difícil. El campamento se encuentra a los pies del glaciar de Rongbuk.

Rajib señaló hacia un lateral, donde se encontraban las mochilas y dos escaleras metálica. Aquello llamó la atención de todos. Rajib se acercó a ellas y las señaló.

—El glaciar de Rongbuk se encuentra en constante movimiento.

—Sobre unos dos metros al día —añadió Brahma.

—Las escaleras nos serán útiles para pasar sobre las grietas que se forman —acabó diciendo Rajib.

Nicholas escuchó mientras se cruzaba de brazos.

—No harán falta —pronunció en un tono amable—, pero gracias.

—Ammm... algunas grietas tienen metros de ancho y ni siquiera puede apreciarse lo profundas que son —continuó Rajib intentando que entrase en razón—. Ir sin las escaleras es una locura. Son extensibles. Se colocan sobre las grietas y se cruza. Si no disponemos de ella, nos quedaremos...

—Tranquilo, tranquilo... —intervino Dean—. Está todo controlado.

—No tendremos ningún problema... —continuó Nicholas acercándose a Rajib. Luego se giró hacia su compañero—. Encárgate de Brahma.

—Claro —contestó Dean con una sonrisa, divertido por la expresión asustada de los dos monjes. Brahma dio un paso hacia atrás lo que hizo que Dean ensanchase más su sonrisa—. Ven aquí.

—Ammmm... mmmmm... —dijo el monje.

—No pasa nada. —Se colocó a su lado y le dio la espalda—. Vamos, sube —Le animó.

Los dos monjes lo miraron con cejas enarcadas.

—¿Qué?

—Que te subas, vamos... iremos muy rápidos —dijo dando pasos hacia atrás para acercarse, pero el monje retrocedía igual que él.

Aquello hizo que toda la división comenzase a reír.

Nicholas también fue hacia Rajib, aunque se movió rápido hacia él y lo

cogió del brazo sin permitirle a este último huir.

—Ahhhh —gritó Rajib.

—Va, que tampoco es para tanto —bromeó Nicholas mientras se lo echaba a la espalda y el monje se quejaba.

Dean seguía retrocediendo hacia Brahma, animándole a que se subiese a su espalda.

—Podemos caminar —volvió a decir.

—No tan rápido como nosotros —explicó Dean. Desapareció un segundo de la vista del monje y automáticamente lo subió a su espalda.

—Ahhhhhh —gritó Brahma al verse elevado.

Nicholas que sujetaba a Rajib por las piernas se giró hacia Scott.

—Cógela —Le indicó hacia Cintya—. Nos vamos ya.

Cintya dio un salto sobre la espalda de Scott directamente y se sujetó a su cuello, lo que sorprendió a los dos monjes que dejaron de intentar bajarse de las espaldas de Dean y Nicholas.

—Sujetaros fuerte —pronunció Nicholas hacia los monjes.

Antes de que ambos pudiesen protestar salieron disparados hacia donde Rajib había indicado.

Ambos escucharon como los monjes gritaban sorprendidos mientras avanzaban a una velocidad sobrehumana. Gritaban palabras en su idioma que nadie alcanzaba a entender, excepto Cintya.

Tras varios minutos moviéndose a aquella velocidad todos se detuvieron. Pocos segundos después la división de los lobos apareció también a su lado.

Los monjes se encontraban hiperventilando sobre las espaldas de los dos, aunque cuando elevaron sus miradas al frente desencajaron su mandíbula.

—Bienvenidos al campamento base del Everest —bromeó Nicholas mientras lo dejaba sobre la tierra poco a poco.

Tanto Rajib como Brahma fueron incapaces de moverse mientras observaban petrificados el glaciar, como si se hubiesen convertido en estatuas de piedra.

Scott depositó con delicadeza a Cintya sobre el suelo y ella misma se acercó a los monjes, totalmente abstraídos.

—Son rápidos, eh —bromeó colocándose al lado de ellos. Ambos giraron su rostro hacia ella con la mandíbula desencajada. Cintya aumentó su sonrisa al ver el estado de shock en el que se encontraban. Se llevó la mano al cuello y sujetó en su mano el cordel junto al trozo de madera que Gadesh le había entregado la noche anterior.

—Vuestro maestro me dijo que esto me indicaría el camino a seguir —pronunció.

Aquellas palabras les hizo salir a ambos de su aturdimiento y se acercaron a ella asintiendo.

—Tú... eres un oráculo, ¿verdad? —preguntó Rajib.

Ella le sonrió.

—Sí.

Rajib se colocó frente a ella. Le sacó con delicadeza el cordel del cuello y lo colocó entre sus manos observándolo. Lo cogió con sus dedos de un extremo, dejando que el trozo de madera de la lanza del destino cayese hacia abajo. Cogió la mano de Cintya y le entregó el cordel adoptando la misma posición que tenía él, dejando caer la madera hacia abajo.

Rajib dio un paso hacia atrás.

—Pídele que te muestre el camino, que te indique dónde se encuentra.

Ella tragó saliva y miró de reojo a toda la división y a los lobos que la rodeaban. Inspiró intentando calmarse y cerró los ojos.

—Muéstrame dónde está escondida la lanza del destino. ¿Qué camino debo seguir? —susurró.

No pasaron más que unos segundos antes de que se escuchase una exclamación que obligó a Cintya a abrir los ojos. Cuando miró al frente, la punta de madera indicaba hacia delante, similar a una brújula que indica el norte.

Tragó saliva y miró al monje.

—¿Es el camino a seguir? —preguntó fascinada.

—Sí.

La división se acercó, observando el glaciar ante ellos.

—Hay que subir por ahí —pronunció Scott colocándose al lado de ella—. ¿Cómo llevas la altura?

Ella volvió a ponerse el colgante en el cuello y sonrió.

—No la noto.

El monje se acercó a ella y extrajo del bolsillo una pequeña bolsa transparente. En el interior había hierbas.

—Es lo mismo que ayer. —Se lo entregó—. Nosotros estamos hechos a esta altura, pero usted no.

—No me hables de usted —rio ella.

Rajib le sonrió.

—Si la necesita. Tómela... —continuó sin tutearla.

Cintya suspiró.

—Gracias.

Scott se acercó y se puso a su lado.

—Bueno, pues... vamos a cruzar el glaciar en esa dirección. Por causalidad —dijo prestando toda su atención hacia ella—, ¿sabes si está muy lejos?

Cintya negó.

—No, solo la dirección que hay que tomar.

Scott miró directamente a los monjes esperando esta vez una respuesta por su parte.

—Ni idea —Se encogió de hombros Rajib.

—De acuerdo, pues vamos allá —comentó Nicholas situándose a su lado para que Rajib volviese a subirse a su espalda. Lo sujetó por las piernas y se giró hacia los lobos que esperaban a unos metros de ellos—. ¿Preparados?

Los cuatro lobos asintieron con ansias.

—Siempre —pronunció Aaron.

Se giraron y se dirigieron al glacial.

Tal y como les habían informado el glaciar de Rongbuk era peligroso. Si no tuviesen aquellos dones hubiera sido una ascensión realmente difícil.

El inmenso glaciar de más de veinte kilómetros se encontraba partido por anchas grietas de varios metros que dificultaban el trayecto. Para eso mismo se usaban las escaleras. Los escaladores colocaban la escalera en horizontal de una punta de la grieta a la otra y, tras asegurarla, pasaban sobre ella. A ellos no les hacía falta. Con un buen salto las cruzaban sin problemas, algún que otro resbalón al aterrizar en el otro extremo, pero nada que no hubiese generado risas.

Eso sí, era sobrecogedor, ni siquiera se veía dónde acababan la mayoría de esas grietas. Con una profundidad media de trescientos metros en el centro del glaciar, a medida que te alejabas del punto central podías encontrar grietas de más de mil cuatrocientos metros de profundidad.

La dificultad del terreno había retrasado la velocidad de la división y los lobos, pero aún así, habían conseguido atravesar el glaciar hasta llegar a una altura de seis mil trescientos metros.

Habían parado a descansar una sola vez, a unos cinco mil setecientos metros de altura, rodeados de hermosos seracs, enormes columnas cónicas de hielo que les hacían parecer diminutos.

Aquel, había sido el momento en que le habían dado la bombona de oxígeno a Cintya que, pese a no caminar y limitándose a estar sujeta a la espalda de Scott, notaba la dificultad de respirar.

Habían montado las tiendas de campaña al cruzar el glaciar. Tres en

concreto. Una para la división, otra para los lobos y otra que llevaban los monjes.

—¡Mierda! —volvió a gritar Adrien mientras se frotaba las manos con intensidad—. Esto no me gusta.

Scott mantenía entre sus brazos a Cintya dándole el mayor calor posible. Pese a que habían encendido un pequeño hornillo de gas para dar algo de calor era insuficiente. Se habían echado encima toda la ropa posible y habían cenado una sopa que llevaban en las mochilas los monjes, pero jamás habían sentido tanto frío como en aquel momento.

—Se me están congelando los dedos —volvió a quejarse Adrien frotándose.

Scott resopló sin dejar de frotar a Cintya contra él.

—Todos estamos igual —pronunció con paciencia.

Adrien resopló mientras se acercaba un poco a Taylor que entregaba el termo de la sopa a los monjes buscando algo de calor. Lo miró de reojo.

—Eh —bromeó—, a mí no te me acerques.

En aquel momento un golpe en la tela de la tienda les hizo girarse a todos. Vieron como sobre la gruesa tela que la formaba chocaba una bola de nieve que se hacía añicos, al momento, las risas inundaron aquella recóndita zona.

—Putos lobos... —susurró Adrien tiritando—, ¿no notan el frío o qué? —preguntó indignado. Otra pelota de nieve volvió a chocar contra la tienda—. Arrrrrgggg —gritó enfadado ante la atenta mirada de todos.

Se puso en pie y fue hacia la cremallera con la que mantenían cerrada la tienda. Asomó solo su rostro entre las telas mirando al frente.

Los cuatro lobos corrían por el valle, en la oscuridad e iluminados solo por las estrellas y una enorme luna, aunque pudo detectar como Alex volvía a coger un trozo de hielo y lo arrojaba contra Aaron que corría sobre el descampado, aunque este resbalo y cayó sobre el hielo llevándose un culetazo.

Filippe, Ben y Alex comenzaron a reír mientras señalaban a Aaron que, cuando intentó levantarse volvió a resbalar sobre el hielo, aunque tan fuerte eran las risas de Philippe y Ben que acabaron también resbalando y pegándose otro culetazo contra el frío hielo. Alex se llevó las manos a la barriga mientras

se agachaba, como si le costase mantenerse en pie al perder la fuerza de tanto reír.

—Qué patosos sois —rio atragantándose mientras observaba a sus compañeros intentar levantarse.

Adrien resopló ante aquella escena, aunque no pudo evitar que una sonrisa apareciese en su rostro cuando Alex avanzó hacia sus compañeros y resbaló también, haciendo que los tres que se mantenían tumbados sobre el hielo comenzasen a reír más fuerte.

—Eh —gritó Adrien—. ¡Parad de una vez panda de locos!

Los cuatro lobos giraron su rostro hacia él mientras borraban las sonrisas.

—No seas aguafiestas, Adrien —Le provocó Alex. Directamente hizo una bola con las manos y tomó impulso para arrojársela hacia su cuñado, pero se quedó parado, con el brazo hacia arriba cuando Adrien oscureció su mirada.

—Atrévete —rugió con tanta intensidad que Alex tragó saliva y bajó el brazo lentamente.

—¡Parad de una vez y a dormir! Son las diez de la noche y mañana a las seis hay que ponerse en pie.

—Aún quedan muchas horas para que... —pronunció Alex.

—Ni una palabra más —Le señaló Adrien—. Ni bolas de nieve...

—Es hielo —Le rectificó Aaron.

—¡Lo que sea! —gritó Adrien de los nervios—. Una risa más, un ruido más... y cojo mi daga de plata y me lío a...

—Vale, vale... —Le cortó Alex—. No te enfades que veo como te palpita la vena de la frente desde aquí —bromeó.

—¡A dormir! —gritó de nuevo antes de cerrar la tienda de campaña con la cremallera.

Cuando se giró se dio cuenta de que era el centro de atención de todos.

Nicholas se echó a un lado para facilitarle que volviese a su sitio.

—¿Ya te has desahogado? —ironizó.

—Sí —respondió Adrien de mal humor. Miró a Cintya que lo observaba

con los ojos muy abiertos—. ¿A qué temperatura estamos?

Ella sonrió con algo de malicia.

—Prefiero no decírtelo.

Adrien resopló.

Cintya se separó un poco de Scott y se puso firme.

—¿Estás bien? —preguntó. Ella asintió mientras se echaba la capucha por encima—. Fíjate Adrien, lo lleva mejor que tú... —bromeó haciendo que su compañero lo mirase enfadado. Luego volcó su interés en los monjes—. ¿No tenéis ningún indicio de si falta mucho para llegar a la lanza?

Rajib negó con su cabeza.

—No.

—¿Pero no estará en la cima, verdad? —preguntó preocupado.

—Lo dudo —respondió—. Burak la escondió. —Acabó de cerrar su mochila y se acomodó de nuevo—. Él fue el encargado de ponerla en un lugar casi inaccesible y al que solo se pudiese llegar con ayuda de un oráculo. —La miró a ella y sonrió—. Jamás reveló su posición, ni siquiera a Sanjaya, el maestro anterior a Gadesh. —Luego señaló a Cintya—. Pero antes de esconderla se guardó un trozo de la lanza de forma que pudiese ser localizada.

—Dicen que tardó cuarenta y cuatro días en volver al templo de Rongbuk —explicó Brahma. —Poco después murió llevándose con él el secreto.

Todos se miraron entre sí.

—¿Quién os entregó la lanza? —preguntó de nuevo Scott.

—La trajeron de Alemania, tras la Segunda Guerra Mundial.

—¿Se usó ahí? —preguntó Taylor.

Los dos monjes se miraron sorprendidos por la pregunta.

—Claro —dijeron encogiéndose de hombros.

—¿Cómo crees que acabaron con el canciller? —bromeó Rajib.

Todos parpadearon varias veces.

Scott cogió uno de los termos con té de jengibre y se lo pasó a Cintya que

lo aceptó.

—Vuestro maestro, Gadesh... —continuó Scott—, dijo que solo podía ser empuñada por el elegido.

—Así es —contestó Rajib.

—¿Vosotros sabéis dónde podemos encontrarlo?

Todos miraron a los monjes cuando negaban.

—No, nuestra única misión era la protección del arma. Siento no poder ayudaros con eso.

Cintya chasqueó la lengua y miró a Scott con una media sonrisa.

—Con la daga podremos localizarlo, seguro —comentó segura de sí misma—. Gadesh dijo que sería posible.

Scott se quedó observándola. Hacía mejor cara que un rato atrás. Habían decidido detener la marcha a las siete de la tarde, montar las tiendas de campaña, cenar y descansar. En ese momento había sido consciente de la palidez de ella y habían decidido detenerse. Tras respirar oxígeno, tomar la hierba medicinal de los monjes, cenar y el té de jengibre había mejorado considerable, aún así, sus mejillas no eran tan rosadas como siempre, y aquello le preocupaba. Bastante bien estaba sobrellevando el efecto de la altura, pero debía mantenerse alerta porque sabía que en cualquier momento podía afectarle más. Por suerte, los monjes tenían más idea que ellos respecto a eso y las últimas tres horas se habían encargado de ella de una forma amable, mientras ellos montaban el campamento.

Pero ni siquiera la compañía de los monjes y el reciente bienestar de ella lo calmaban.

—Si por algún casual... —pronunció con los labios apretados—, no pudiésemos hacernos con la lanza del destino, ¿hay alguna forma de detener al anticristo?

—Me temo que no —contestó Rajib—. Es la única forma.

—Al menos que nosotros sepamos —continuó Brahma.

Scott suspiró y miró a sus compañeros.

—Habrà que hacerse con ella entonces —bromeó Nicholas.

Rajib tragó saliva y miró a Scott, el que daba más conversación en ese momento.

—Vosotros... ¿habéis visto al anticristo? —preguntó con temor.

—Y tanto que lo hemos visto —intervino Christopher—. Es un cabrón de mucho cuidado —Luego miró divertido a Rajib y Brahma—. Perdón.

—Luchamos contra él —explicó Dean.

—¿Luchasteis? —preguntaron los dos monjes asombrados.

—Sí, y nos dio a base de bien —ironizó Scott—. Es imposible ganarle —dijo en un tono más preocupado.

—Por eso es de vital importancia que encontremos la lanza del destino —volvió a decir Dean explicándose hacia ellos—. Ni siquiera nosotros podemos hacer nada contra él.

Los dos monjes suspiraron y se miraron entre ellos.

—Daremos con la lanza y os la entregaremos. Confíad en nosotros —dijo Rajib.

Brahma se puso en pie y Rajib lo imitó.

—Será mejor que vayamos a nuestra tienda a descansar. Mañana debemos ponernos temprano en pie.

Christopher y Taylor se apartaron para dejarlos pasar, aunque Rajib se colocó al lado de Cintya, observándola con ternura.

—Toma un vaso más de té de jengibre antes de dormir y algo de hierba medicinal. Te ayudará a dormir y reducir el dolor de cabeza —comentó.

Scott se giró hacia ella preocupado.

—¿Te duele la cabeza? —preguntó.

—Un poco —susurró. Luego miró a Rajib con cariño, aquellas últimas horas los dos habían sido encantadores con ella—. Gracias, así lo haré.

Rajib miró a Scott.

—Si se encuentra mal avisadnos.

Scott asintió agradecido.

—Hasta mañana. Descansad —dijo Rajib saliendo de la tienda de campaña.

Christopher cerró corriendo para que no entrara ninguna corriente helada de frío.

—¿Te encuentras mal? —preguntó Scott preocupado hacia ella.

Cintya se encogió de hombros ante la mirada atenta de todos.

—Es solo un poco de dolor de cabeza —susurró intentando calmarlo.

—¿Y por qué no me lo dices? —protestó dolido.

Ella le sonrió más intentando quitarle importancia.

—Estoy bien, Scott. Entre el té y la medicina que me han dado lo llevo bien. —Luego colocó la mano sobre la suya en actitud cariñosa—. No te preocupes.

—Me preocupo más si no me lo dices y me entero por el monje —contestó a regañadientes.

Cintya suspiró.

—Cintya —dijo Dean pasándole la bolsa de plástico transparente con las hierbas que guardaba en su mochila—. Si te encuentras mal debes decírnoslo.

Ella chasqueó la lengua.

—No quería preocuparos... —confesó ella.

Nicholas se acercó levemente.

—Hazlo. Tú eres la más importante aquí. No podemos arriesgarnos a que enfermes.

Ella apretó los labios y asintió.

—De acuerdo pues... antes me dolía muchísimo la cabeza —confesó extendió los brazos hacia ellos con una sonrisa—, pero ahora estoy bien. Aunque congelada —admitió.

Scott miró directamente a su jefe.

—La voy a meter en mi saco, hay que hacerla entrar en calor. —Todos resoplaron ante aquel comentario—. Sois unos mal pensados... —protestó

mientras gateaba hacia el saco y lo abría—. Cintya, ven —ordenó.

Adrien suspiró y miró divertido a Taylor.

—Ni lo sueñes, Adrien —se burló Taylor—, no pienso meterte en el mío.

Scott acabó de abrir el saco mientras ella saltaba por encima de Christopher y Dean.

—Quítate el anorak y métete.

Ella suspiró mientras se lo desabrochaba, pues sus manos no dejaban de temblar, así que Scott le ayudó a sacárselo y lo dejó al lado. Hizo lo mismo con su anorak y dejó que ella pasase antes.

Dean miró sonriente a Scott mientras tapaba las piernas de Cintya y se metía también. No hizo falta que le dijese nada.

—Ni una palabra —Le amenazó Scott mientras cerraba el saco con ellos dos en el interior y abrazaba a Cintya.

El resto de los compañeros hicieron lo mismo introduciéndose en los suyos.

—Está bien —dijo Nicholas cogiendo el hornillo de gas con el que alumbraban el interior de la tienda—. Hago el primer turno de vigilancia, luego seguiremos el mismo orden que ayer y Scott... —dijo pasando por su lado. Scott y Cintya lo miraron desde abajo—. Ya haré yo tu turno también, quédate con ella.

Scott despertó repentinamente cuando escuchó la voz de sus compañeros. Aunque aún no había mucha claridad, se notaba que estaba amaneciendo. Dean permanecía enrollando su saco de dormir y metiéndolo en la bolsa.

Se pasó la mano por los ojos, pues hasta la suave luz del hornillo de gas le molestaba.

—¿Qué hora es? —preguntó a su compañero.

Dean lo miró y le sonrió al verlo despierto.

—Las cinco y media, comenzamos a levantarnos ya.

Scott resopló y torció su rostro hacia Cintya que se encontraba apoyada en su hombro. El verla así dormida le hizo sentir ternura, tenía una respiración muy tranquila. Se fijó en sus ojos cerrados, sus labios entreabiertos... aunque detectó que estaba bastante pálida. Pasó directamente una mano sobre su frente acariciándola, percatándose de que estaba totalmente congelada.

—Cintya —susurró hacia ella mientras colocaba una mano en su mejilla. La palmeó suave pero ella no reaccionó—. ¡Cintya! —pronunció más fuerte alertando a todos sus compañeros de división que se giraron para mirarles.

Scott se incorporó de inmediato.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nicholas acercándose con urgencia.

—No despierta —gimió llevando las manos hacia sus hombros y zarandeándola levemente—. Cintya, vamos.

Dean se levantó rápidamente, nervioso.

—Avisaré a los monjes —dijo preocupado mientras salía de la tienda.

Scott se acercó más a ella mientras la tapaba con el saco para que no cogiese más frío.

—Cintya, Cintya... —continuó pasando su mano sobre su mejilla mientras todos se acercaban para observarla.

En ese momento ella abrió los ojos con mucha lentitud.

—Cintya —gimió Scott pasando la mano por su frente.

La rodearon y Nicholas acercó el hornillo de gas. Todos apretaron los labios cuando observaron su rostro pálido y ojeroso.

Scott reaccionó rápidamente.

—¡Dame el oxígeno! —gritó hacia Taylor. Volvió su atención hacia ella—. Eh, eh, mírame... —susurró poniendo las manos en sus mejillas para obligarle a centrar la mirada.

—La... la cabeza... —sollozó ella intentando no perder la conciencia.

Taylor le pasó la bombona de oxígeno de inmediato y Scott la colocó en la boca de ella para que respirase mientras con la otra mano la incorporaba.

Ella comenzó a negar intentando quitarse la mascarilla.

—Necesitas oxígeno —susurró él—. Así mejorarás.

—Voy... voy a vomitar —sollozó.

Scott fue rápido, la cogió en brazos mientras todos sus compañeros se apartaban y Nicholas abrió la cremallera de la tienda para facilitar que saliesen.

Nada más sacarla la ayudó a arrodillarse en sobre la nieve y comenzaron las arcadas. Scott se arrodilló a su lado mientras escuchaba el crujir de la nieve acercándose. Elevó la mirada un segundo para ver que Dean corría junto a los monjes.

—Ponedle el oxígeno —pronunció Rajib alertado mientras llegaba hasta ella.

Cintya no dejaba de expulsar todo el líquido que había ingerido en la cena anterior.

—Se lo habíamos puesto, pero ha comenzado a devolver.

Brahma llegó hasta ellos también preocupado.

—¿Dónde están las hiervas medicinales?

Nicholas entró en la tienda directamente para buscarlas.

Dean se colocó también a su lado apartándole junto a Scott el cabello suelto, para que no se ensuciase.

Rajib se arrodilló enfrente.

—Es por el mal de altura.

—¿No me digas? —ironizó Scott de mal humor. Resopló y volvió a colocar una mano en la espalda de Cintya cuando otra arcada le hizo encogerse—. Hay que llevarla a una menor altura.

Cintya negó entre arcada y arcada, pero Scott no le hizo caso y miró a Nicholas que salía de la tienda con la bolsa en la mano y se la pasaba a Brahma.

—No soportará mucho tiempo más —dijo asustado.

Nicholas asintió directamente.

—Rápido. —Miró a Christopher, Taylor y Alex que se había acercado—.

Recoged las tiendas ya. Bajaremos unos metros.

—No —consiguió decir Cintya mientras recuperaba el aliento.

Scott pasó una mano por sus hombros.

—Tenemos que bajar para que mejores —respondió urgente.

Ella negó mientras se tomaba unos segundos para acabar de recuperar el aliento.

—No podemos bajar —susurró.

—Debemos bajar —ordenó Scott mientras se ponía en pie—. No estás en condiciones de...

—¡No! —gritó ella. Tragó saliva y elevó su rostro hacia él—. No podemos bajar —gimió—. Aguantaré. Debemos encontrar la lanza.

Brahma volvió a arrodillarse delante de ella y le tendió el té de jengibre que comenzó a beber con pequeños sorbos.

Scott se desesperó ante la negación de ella. ¿Qué pretendía? ¿morir?

—No estás en condiciones de...

—Dame diez minutos —pronunció ella mientras Rajib le tendía la bombona de oxígeno.

Scott resopló por los nervios e iba a volver a hablar cuando Dean lo cogió por el hombro pasando su brazo sobre él y lo apartó un poco.

—Cálmate —Le susurró—. Si en diez minutos no mejora la bajamos tanto si quiere como si no.

Scott miró fijamente a su amigo y asintió conforme a lo que decía.

Sabía que Cintya tenía buena intención, que necesitaban encontrar la lanza para poder salvar al mundo, pero en las condiciones en las que se encontraba sería imposible que pudiesen avanzar más pese a que la llevase en brazos. Corría un grave riesgo de edema pulmonar y no pensaba arriesgarse a ello.

—Respira tranquila —susurró Rajib mientras colocaba una mano en su frente—. Relájate e intenta calmar los latidos del corazón... —Escuchó que le susurraba.

Scott se pasó la mano por la nuca angustiado y se obligó a apartar la

mirada de ella. Verla en ese estado le ponía nervioso.

Nicholas se acercó a ellos dos mientras miraba de reojo a Cintya. Se fijo en que Christopher, Taylor y Alex ya tenían prácticamente desmontadas las tiendas y se disponían a guardarlas en las bolsas y cargarlas en las mochilas.

Nicholas se puso frente a Scott, que se mantenía de brazos cruzados removiéndose sobre la nieve.

—Si no mejora...

—La bajo —sentenció Scott.

Nicholas suspiró.

—Escucha... —pronunció elevando su mano para que se mantuviese callado, hecho que hizo que Scott enarcase una ceja hacia él—. Si no mejora bajarás a Cintya, pero antes... haremos que indique el camino. Nosotros seguiremos la ruta y Dean, Alex y tú os bajaréis con ella, ¿de acuerdo?

Los dos asintieron de inmediato, aunque volvieron su rostro hacia ella cuando se quitó un momento la mascarilla y habló hacia el monje.

—Sí, me encuentro mejor —susurró.

Rajib volvió a indicarle que se colocase la mascarilla sobre la boca. Se levantó y la ayudó a ponerse en pie, directamente la condujo a una piedra apartando la nieve para que se sentase y Adrien echó una manta térmica sobre ella.

—No te muevas durante diez minutos y mejorarás —Le animó Rajib, a lo que Cintya asintió cerrando los ojos.

Rajib se giró hacia Nicholas, Dean y Scott y los miró fijamente. Hizo un gesto de desagrado y caminó hacia ellos algo tenso.

Se giró una vez más hacia Cintya para comprobar que estaba con los ojos cerrados, asistida por Brahma y Adrien y prestó atención a los tres cazadores.

—¿Cuántas bombonas de oxígeno tenéis?

—Tres más la que está usando —contestó Nicholas directamente.

Rajib asintió pensativo, como si valorase las opciones. Finalmente elevó su mirada hacia ellos, aunque la centró en Scott.

—Cintya está muy débil. Puede que tenga un poco de edema pulmonar...
—Scott apretó los labios mientras colocaba las manos en su cintura, preocupado—. La hierba medicinal, más el té de jengibre y el oxígeno le harán mejorar, pero solo es un parche. —Se acercó más y esta vez susurró—. Hay que darse prisa. Ahora parece que mejora, pero no podrá aguantar mucho más.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Nicholas.

Rajib dudó durante unos segundos.

—Con las bombonas de oxígeno, la hierba medicina y el té... quizá un par de días como mucho, y sin realizar ningún esfuerzo, pero es de vital importancia que respire oxígeno. Ella no está adaptada como nosotros a la altura.

—¿El bajar de altura le aliviaría?

—Obviamente, pero después tendría que volver a subir. Necesitaría tiempo y... siento decirlo pero no disponemos de él.

Scott resopló. No le gustaba nada aquello. Al menos, ahora, Cintya no devolvía y parecía estar más tranquila, pero si seguían la ascensión empeoraría.

Nicholas se giró hacia él de brazos cruzados.

—Aunque no me guste la idea, hay que seguir...

—Ya lo sé —protestó mientras se pasa las manos por el cabello nervioso.

Nicholas se cruzó de brazos y miró a Scott.

—Ralentizaremos la ascensión. —Se giró hacia Rajib—. ¿Funcionará?

—Al menos será algo más gradual, lo podrá llevar mejor.

Nicholas se giró hacia Scott como si esperase su aprobación, hecho que le sorprendió bastante. Se quedaron mirando fijamente. Cintya era la mujer a la que amaba, estaba total y absolutamente enamorado de ella, jamás la sometería a algo así si no fuese tan necesario. Ella parecía estar decidida a correr ese riesgo, y... de todas formas, si no lo hacía, no existía un mundo para estar con ella.

—Está bien —susurró al final—. Despacio.

Nicholas asintió y los tres se giraron para observarla, justo en ese

momento notaron como la tierra comenzaba a temblar.

Se quedaron quietos y el silencio reinó en aquella explanada. Se miraron entre todos confundidos, incluso Cintya abrió los ojos cuando el temblor se hizo más patente.

—¿Qué es eso? —gritó Scott corriendo hacia ella.

Un estruendo retumbó en las montañas y una fuerte corriente de aire llegó hasta ellos a la vez que el temblor se incrementaba.

—¡Avalancha! —grito Brahma.

24

Scott llegó hasta Cintya justo cuando el estruendo más intenso que había escuchado retumbaba en la montaña.

Alzaron la vista para ver cómo uno de los picos que sobresalía caía formando una gran ola de nieve que avanzaba a gran velocidad y con mucha fuerza.

Se quedaron petrificados cuando aquella monstruosidad comenzó a descender dirección a ellos.

Scott cogió a Cintya poniéndola en pie mientras todos daban un paso atrás.

—¡Es demasiado elevada para saltarla! —gritó Scott sujetando a Cintya contra su cuerpo para que no perdiese el equilibrio.

—¡Descended! —gritó Aaron que observaba impasible como la nieve lo iba sepultando todo.

—¡La avalancha tiene mucha fuerza, nos haría retroceder mucho! —gritó Nicholas de los nervios.

Scott dio unos pasos hacia atrás sujetando a Cintya, colocándola junto a su pecho para abrazarla, con la mirada fija en el enorme derrumbe.

—¿Entonces qué? —gritó de los nervios.

Nicholas giró sobre sí mismo, buscando una salida que no acabase con ellos sepultados bajo la nieve.

Centró su mirada en el inmenso precipicio que había al lado. Puede que funcionase. Seguramente la nieve seguiría bajando borrando todo a su paso

durante kilómetros.

—¡Al precipicio!

—¿Estás loco? —gritó Adrien de los nervios.

Nicholas corrió hacia el lugar, derrapó cuando llegó al final del valle y comenzó a descenderlo. Todos comprendieron lo que quería hacer. Si descendían varios metros la nieve caería por él y, con suerte, no los arrastraría. Pero, había un grave problema, no había cuerdas, no habían asegurado la zona y la caída era de cientos de metros.

Scott se giró hacia la ola de nieve que venía en su dirección para controlarla justo cuando el aire se volvió casi insoportable. No podían hacer otra cosa.

—Sujétate fuerte —gritó a Cintya, aunque al momento se dio cuenta de la debilidad de ella—. ¡Mierda! —No podría aguantar—. ¡Dean! —gritó a su compañero—. ¡Ayúdame!

Si se arrojaba por aquel precipicio necesitaría las dos manos para sujetarse a la roca y que la nieve no se los llevase por delante, pero Cintya estaba demasiado débil como para sujetarse por sí misma ni siquiera a su cuello, así que solo contaba con un brazo.

Dean corrió hacia ellos mientras Scott se acercaba al precipicio sujetando a Cintya entre sus brazos.

Adrien cogió a Rajib colocándoselo a su espalda mientras Christopher hacía lo mismo con Brahma y Taylor intentaba salvar todo lo que pudiese.

—¡No hay tiempo! —gritó Nicholas que les esperaba al borde del precipicio, sujeto con las dos manos—. ¡Taylor! ¡Déjalo!

Taylor se echó un par de mochilas más a la espalda y corrió hacia el precipicio. Adrien y Christopher derraparon al final, con los dos monjes sujetos a las espaldas y se pusieron en la misma posición que su jefe, sujetándose a este con los brazos.

—¡Bajad! ¡Vamos! —Les ordenó.

Al momento, Christopher y Adrien descendieron muy poco a poco, sujetándose en las pequeñas fisuras que había en las piedras con los dos monjes a sus espaldas que no dejaban de gritar.

Brahma miró hacia abajo observando los cientos de metros que había hasta un valle cubierto de nieve. Apartó la mirada al notar el mareo y gritó más fuerte por la impresión.

—¡No mires hacia abajo! —Le llamó la atención Christopher mientras controlaba el ir colocando los pies y las manos en lugares donde pudiese sujetarse.

Aquello iba a ser muy difícil, necesitaban un lugar donde asegurarse y las estrechas grietas solo les permitían sujetarse con la mitad de sus dedos, incluso con las yemas. Cuando llegase la avalancha ni ellos serían capaces de sujetarse, necesitaban descender lo máximo posible.

Scott derrapó sobre la tierra al borde del acantilado y Nicholas cogió directamente a Cintya que aún llevaba la mascarilla puesta. La cogió por la cintura colocándola en el precipicio mientras Dean y Scott se ponían en la misma posición que Nicholas.

—¡Desciende un poco! —Le gritó a Scott. Luego miró hacia Taylor que corría hacia ellos—. ¡Necesitamos al menos un fisurero y una cuerda!

Taylor llegó hasta ellos y abrió una de las mochilas mientras su mirada volaba de la mochila a la enorme avalancha.

Taylor le pasó uno de los fisureros a Dean sujetándolo con la boca y Taylor cogió la cuerda.

—¡Déjalo todo! ¡Va! ¡Abajo! —gritó Nicholas que aún sujetaba a Cintya, suspendida en el aire.

Miró hacia abajo, Scott se había colocado a sus pies y miraba hacia arriba, controlando a Cintya.

—¿Estás sujeto? —Le preguntó mientras la montaña comenzaba a temblar por la llegada de la avalancha.

—Sí.

Nicholas se inclinó hacia abajo para entregarle a Cintya que no pudo evitar gritar cuando comprobó la gran altura que había.

Scott se alzó un poco para cogerla con un brazo. Cintya se sujetó de inmediato a él, aunque no con tanta fuerza como quería.

—Tranquila, tranquila... te tengo —intentó calmarla cuando gimió y tembló.

Nicholas descendió hasta ellos.

Dean había descendido bastante, acercándose a Christopher y Adrien que llevaban los monjes a la espalda.

—Vamos, vamos... —susurró Dean buscando una grieta lo suficiente ancha para introducir el fisurero. Descendió un poco más y encontró una—. ¡La tengo! —gritó introduciendo el fisurero en el interior, asegurando que pudiese aguantar el peso. Lo clavó con fuerza justo cuando Taylor llegó a su lado entregándole la cuerda.

Nicholas y Scott iban descendiendo mientras se pasaban a Cintya el uno al otro, bajando poco a poco los metros con ella en brazos. Si al menos ella hubiese tenido la suficiente fuerza para sujetarse por sí misma todo hubiese sido más rápido, pero cada metro que descendían debían pasársela al otro para que bajase, se sujetase y pudiera cogerla permitiendo que el otro descendiese.

Taylor pasó la cuerda por el fisurero y lo primero que hizo fue entregarle un vértice a Adrien, que se lo pasó a Christopher, por el otro lado le tiró la cuerda a Aaron que se encontraba junto a los lobos.

—¡Rodearos y devolverme la cuerda! —gritó Taylor.

Sabía que no serviría mucho, pero si se rodeaban con ella y la anudaban al mismo fisurero podrían contener mejor la embestida de la avalancha.

Todos hicieron lo que les pedía mientras Nicholas y Scott se acercaban. Anudó con fuerza la cuerda al saliente, mirando de un extremo a otro, asegurándose de que Christopher y Adrien, así como los lobos, estuviesen en el interior de la cuerda y miró hacia arriba justo cuando Scott cogía a Cintya de nuevo, un metro por encima de ellos.

Taylor se alzó levemente.

—¡Estoy asegurado! ¡Dámela! —gritó tendiendo el brazo hacia arriba, hacia Cintya.

Scott se giró, justo por debajo tenía a Taylor con el brazo alzado. Tal y como había dicho estaba sujeto a un fisurero.

Se reclinó hacia atrás y dejó caer a Cintya sobre Taylor mientras ella gritaba. La sujetó con fuerza y la colocó entre su cuerpo y la montaña. Cintya lo rodeó con sus brazos.

Nicholas y Scott llegaron hasta él, introduciéndose en la cuerda y sujetándose como podían a las rocas, acercándose lo máximo posible a Cintya y Taylor, intentando cubrirlos con su cuerpo justo cuando sobre sus cabezas la nieve comenzó a precipitarse.

Tal y como había intuido Nicholas, la nieve formaba una pequeña parábola al caer hacia el vacío que, aunque pequeña, no les daría de lleno.

Aún así la fuerza con la que bajaba era tal que tuvieron que emplear todas sus fuerzas para no salir despedidos.

Scott gruñó mientras se sujetaba con una mano y con la otra la colocaba en costado de Cintya. Taylor la mantenía prácticamente cubierta con su cuerpo, casi aplastándola con fuerza contra la montaña mientras se sujetaba con las dos manos a unas pequeñas fisuras y hacía fuerza contra la pared.

En ese momento, Scott se dio cuenta de que Nicholas hacía lo mismo desde el otro lado, sujetando a Cintya por si Taylor no lo soportaba él solo.

La nieve cayó sobre ellos con fuerza y durante unos segundos no vieron absolutamente nada, solo blanco. Se quedaron congelados durante segundos mientras aquella ola de nieve los atravesaba.

Notaron como una inmensa fuerza los arrastraba hacía abajo. Por suerte, la cuerda con la que se habían asegurado les hizo aguantar el equilibrio, pero jamás habían tenido que emplearse tan a fondo.

Taylor rugió mientras hacía fuerza contra la pared sujetándola a ella. En ese momento notó como alguien colocaba su mano detrás de él, aguantándolo. Giró levemente su rostro para observar que Dean se había acercado a ellos poco a poco, en su ayuda.

Dean hizo fuerza para mantener a Taylor contra la pared mientras Scott y Nicholas sujetaban a Cintya.

Sabían que la embestida sería fuerte, pero no esperaban que tanto. La avalancha había cogido inercia de todos los metros que había descendido y se precipitaba sobre ellos. Tenían suerte de encontrarse en ese precipicio, definitivamente no hubiesen podido aguantarla si se hubiesen anclado al suelo,

pues la fuerza los hubiese arrastrado hasta abajo o sepultado.

Gimieron aliviados cuando la avalancha remitió. Cuando Scott elevó su mirada descubrió que todos sus compañeros estaban cubiertos de nieve, incluso Dean comenzó a escupir copos.

—Joder —susurró Taylor levantando la mirada hacia Cintya.

—Eh, eh... ¿estás bien? —preguntó Scott sujetándose a la montaña con una mano y los pies. Cintya ni se había sacado la mascarilla de oxígeno.

Ella asintió y suspiró.

Rápidamente buscaron al resto de sus compañeros.

Adrien y Christopher se encontraban a pocos metros. Habían hecho lo mismo que Taylor con los monjes, colocándolos contra la fría pared y apretándolos contra la montaña para protegerlos con su cuerpo.

Los lobos estaban al otro lado y en ese momento se sacudían la cabeza de nieve.

—¡Guauuuuuuuu! —gritó Alex—. ¡Ha sido brutal!

Adrien le gritó desde el otro extremo, aún sujetando al monje.

—¡Cállate, Alex! ¡O te juro que cuando llegemos arriba te doy una paliza!
—Le riñó.

Puede que los lobos se lo tomaran todo como una diversión y les encantase la aventura y la acción, pero aquello había sido demasiado extremo, habían tenido mucha suerte de no salir precipitados hacia el vacío.

—¿Ni siquiera podemos celebrar que estamos vivos? —Le devolvió el grito Alex.

Adrien gruñó mientras apartaba la mirada de él sin contestar y miró directamente a Rajib.

—¿Estás bien? —Rajib asintió mientras se sujetaba a sus hombros.

—Sí, gracias.

—Vosotros —gritó hacia Christopher, situado a un par de metros a su izquierda—. ¿Todo bien?

—Todo bien —contestó su compañero.

Nicholas miró hacia arriba. Habían descendido bastante, lo suficiente para salvarse del impulso de la nieve.

—¡Subid! —gritó Nicholas hacia el resto—. Aaron —gritó llamando su atención, sabiendo que serían los primeros en subir dado que no llevaban a nadie a cuestas—. Mirad si se ha salvado alguna mochila y si es así, pasadnos más cuerdas y fisureros.

Los lobos recibieron el impacto de trozos de nieve que caían aún, promovidos por la gran avalancha y llegaron hasta la cima en menos de un minuto.

Ahí no había nada, absolutamente nada. Todo estaba cubierto por una espesa nieve. Ni las mochilas con el material, ni la comida, ni siquiera las tiendas de campaña.

Fueron hacia Christopher y Adrien, ayudándolos en sus últimos impulsos y ambos monjes cayeron directamente sobre la nieve.

—¿Todo bien? —preguntó Aarón colocado sobre Rajib.

Los monjes no habían entablado en ningún momento conversación con los lobos, pero en ese momento, Rajib sonrió hacia este.

—Sí, todo bien.

Aaron tendió la mano al monje que se la cogió y lo ayudó a levantarse.

—Gracias —contestó soltándose.

Adrien los miró con recelo y luego clavó su mirada en Aaron.

—Cuidado, no sabemos si tiene alguna herida —indicó.

—Estoy bien —pronunció Rajib asombrado.

Adrien y Christopher miraron al frente. Una gran montaña de nieve cubría la superficie donde habían montado el campamento la noche anterior. Seguramente sus mochilas y todo el material habrían caído por el precipicio.

Resopló y se acercó a este.

—¡No hay nada! —Luego miró a Christopher y le indicó con un movimiento de su rostro—. Vamos a ayudarles, hay que subir a Cintya.

Taylor, Scott, Nicholas y Dean ya habían comenzado a ascender poco a

poco pasándola de unos brazos a otros, pero con la ayuda de Christopher y Adrien fueron más rápidos.

Dean dio un último empujón y subió a Cintya hasta la cima, Scott ya estaba allí para ayudarla. La cogió por la cintura y la apartó del precipicio varios metros. Luego se dejó caer con ella sobre la nieve intentando recuperar el aliento.

Jamás se había sentido tan agotado como en aquel momento, aunque sabía que en menos de un minuto estaría totalmente recuperado.

Nicholas pasó por su lado observándolo todo.

—Mierda —susurró.

Scott controló a Cintya, inmóvil, ella también estaba agotada, pero permanecía con los ojos abiertos mirándolo.

—Lo hemos perdido todo —pronunció Scott aún tumbado en la nieve, girándose para mirar hacia lo que había sido su campamento hasta hacía pocos minutos.

Nicholas resopló.

—Hay... —dijo Cintya—, hay dos mochilas enterradas, y una bombona de oxígeno. El resto sí ha caído por el precipicio.

Dean, que se había levantado ya caminaba junto a Taylor colocándose a su lado.

—¿Dónde están?

Cintya intentó ponerse en pie pero le costaba. Ya no era solo la debilidad, si no el temblor que sacudía todo su cuerpo por el miedo que había pasado.

Scott la sujetó de inmediato para que no cayese. Miró de un lado a otro y señaló varios puntos. La mochila solo tiene un par de metros de nieve encima, pero la bombona de oxígeno tiene más de diez.

Aaron, Alex, Ben y Philippe se colocaron a su lado, sonrientes.

—Nosotros las podemos recuperar como si nada si nos transformamos —propuso Alex. Todos los miraron fijamente—. Nos gusta cavar.

—¿Ya podréis transformaros a pleno día? —preguntó Scott.

Todos se encogieron de hombros.

—Es más difícil, nos llevará más tiempo, pero después... tendremos lo que necesitáis en un par de minutos —propuso Aaron con una sonrisa.

Todos los de la división se miraron entre ellos hasta que Nicholas se encogió de hombros y señaló al frente.

—Todo vuestro —Les indicó.

Los cuatro alzaron sus puños hacia el cielo con un grito de júbilo mientras comenzaban a correr hacia los lugares que indicaba Cintya.

Nicholas se giró hacia ellos esta vez con una mueca cómica.

—De verdad... no los entiendo —susurró hacia su división.

—Nadie los entiende —bromeó Scott—. No eres el único.

Los lobos no habían tardado más que unos minutos que cavar unos hoyos y, cuando habían encontrado las dos mochilas y la bombona de oxígeno, los habían llamado para que ellos mismos las cogiesen.

Al menos, disponían de una mochila con material de escalada y otra con unos pocos alimentos, la mayoría comida enlatada que comenzaba a hincharse por la presión de la altura. Por suerte, Brahma tenía en su bolsillo guardada la hierba medicinal para contrarrestar los efectos de la altura en Cintya.

A parte de eso, no tenían nada más, ni tiendas de campaña, ni el hornillo de gas, ni sacos... absolutamente nada para refugiarse por las noches. Aquello iba a ser un verdadero problema.

Habían descansado media hora y tras que Cintya se recuperase un poco habían iniciado la marcha.

El trozo de lanza que llevaba colgado al cuello había indicado el camino a seguir y, para sorpresa de todos, no tenían que ascender, si no que los llevaba a través de una pequeña ladera escarpada para pasar a otro enorme valle.

Todos miraron la cima del Everest, situada aún muchos metros por encima de sus cabezas. Sin embargo, la madera les señalaba en ese momento que

debían seguir recto, sin ascender más, lo cual suponía un alivio para todos, ya que aunque ellos no notaban la presión, ella sí lo hacía.

Scott había decidido llevarla en brazos, ni siquiera quería que hiciese fuerza para sujetarse a su espalda, bastante estaba aguantando ya.

Habían caminado durante todo el día, sin correr, manteniendo una marcha lenta para dejar que ella se acostumbrase a la altura, ya que, aunque la mayoría del terreno era llano a veces sí se veían forzados a ascender unos metros.

Cuando llegó las siete de la tarde Nicholas detuvo la marcha. El frío cada vez era más intenso y necesitaban un lugar donde refugiarse aquella noche.

Scott depositó a Cintya sobre una piedra a la que Dean le quitó la nieve.

—¿Vamos por buen camino? —preguntó Nicholas acercándose a ella.

Cintya cogió el cordel de su cuello y cerró los ojos mientras se concentraba. La madera les indicó una pequeña pendiente a subir, situada al final de la enorme llanura.

Nicholas asintió y los miró a todos.

—En poco rato se irá el sol, necesitamos un refugio donde pasar la noche.

—¿Montamos un iglú? —preguntó Alex emocionado.

—¿Sabes hacerlo? —preguntó Dean mirándolo extrañado.

Alex se removió inquieto y luego negó.

—No —Señaló a los monjes—, pero quizá ellos sí sepan.

—Son monjes, no esquimales —puntualizó Adrien a su cuñado.

—Ni siquiera hay árboles o maderas para construir un refugio —pronunció Dean fastidiado, mirando el terreno totalmente escarpado, donde solo había hielo y rocas.

Todos miraron de un lado a otro.

—¿Alguna cueva por aquí cerca? —preguntó Nicholas a Cintya.

Ella apretó los labios y negó.

—No.

Dean fue hasta una enorme roca y posó su mano sobre ella.

—Podemos amontonar las rocas y hacer cuatro paredes, al menos nos refugiará un poco del viento helado.

Todos asintieron, pues no había otra posibilidad.

Cintya se quedó quieta, sentada sobre la roca junto a los monjes que cuidaban de ella. Mientras tanto, la división y los lobos movían las enormes rocas hacia ellos formando unas paredes poco estables. No tenían más de un metro de altura, pero si se sentaban el viento helado no les daría de lleno.

En poco más de cuarenta minutos habían construido tres paredes contra la montaña y, con suerte, si no soplaba mucho viento aguantaría. Para cuando el sol desaparecía y las estrellas comenzaban a iluminar la noche la temperatura cayó en picado.

—Va a hacer más frío a medida que la noche avance —explicó Rajib mirando a Cintya, la cual se encontraba entre los brazos de Scott y este no dejaba de frotarla para darle algo de calor—. Podemos llegar fácilmente a veinticinco o treinta grados bajo cero.

Adrien comenzó a resoplar mientras se encogía temblando.

Nicholas miró hacia los cuatro lobos que, aunque temblaban un poco, no lo hacían con tanta intensidad como ellos. Miró a Cintya. Aquellas últimas horas se habían mantenido muy callada, tenía el rostro pálido y se le notaba sin fuerzas. Había masticado la hierba medicinal que Braham había salvado, pero estaba claro que en aquellas condiciones ella no aguantaría mucho más y, sobretodo, después de tener que pasar una noche a la intemperie.

—Scott, ven —susurró Nicholas desde el otro lado del pequeño refugio.

Scott miró a su jefe unos segundos, preocupado, y suspiró. Dean se acercó enseguida para sustituir a Scott y poner a Cintya entre sus brazos. Ella abrió los ojos y los centró en los de Dean el cual comenzaba a frotar con insistencia su espalda y sus brazos.

—Hola —pronunció Dean con una medio sonrisa al ver que ella lo miraba extrañada, aunque al momento le sonrió también al ver que Scott se alejaba y él había ido a sustituirlo.

—Hola —susurró.

—Estás helada, ¿verdad? —preguntó preocupado.

Ella asintió sin decir nada más, mientras se apoyaba contra su pecho cerrando los ojos.

—Muchas gracias —pronunció al final.

—No te preocupes —dijo mientras seguía frotándola intentando que la fricción le diese algo de calor.

Scott se acercó a Nicholas y se arrodilló a su lado mientras se subía la capucha y una enorme columna de vaho salía por su nariz y su boca.

—Dime.

—Cintya... —pronunció Nicholas fastidiado.

—No se encuentra bien desde esta mañana. La altura la está matando... y este frío va a acabar con ella —dijo con los labios apretados.

Nicholas se removió inquieto mientras observaba como su compañero Dean intentaba darle algo de calor.

—He pensado algo, pero no te va a gustar —dijo Nicholas mirándolo fijamente.

Scott ladeó su cuello hacia un lado, extrañado, pero no dijo nada dejando que su jefe prosiguiese.

—Los lobos tienen la temperatura más elevada que nosotros...

No hizo falta que Nicholas continuase, Scott captó en seguida lo que quería decir.

—De acuerdo —pronunció al momento.

Nicholas parpadeó varias veces y lo miró extrañado.

—Son lobos...

—Son nuestro amigos —reaccionó rápidamente—. No le harán daño, y pueden darle calor mucho mejor que nosotros. Es lo único que me importa.

Nicholas asintió y se giró hacia Aaron y Alex, los dos miembros con los que tenía más confianza.

—Eh —dijo llamando su atención, aunque los cuatro lobos se giraron

hacia ellos—. Necesitamos un favor...

—Claro, dime —dijo Aaron mientras se frotaba las manos sobre los guantes.

Scott miró con intensidad a Aaron y habló esta vez él.

—Vosotros tenéis una temperatura mayor que nosotros... —pronunció—, y Cintya está realmente...

No hizo falta que continuase hablando. Aaron y Alex se levantaron de inmediato con gesto preocupado. Les dieron la espalda y se dirigieron directamente hacia Dean que aún mantenía en brazos a Cintya.

Se colocaron ante ellos y se pusieron de rodillas.

—Nosotros nos ocupamos —pronunció Alex en tono serio.

Dean miró hacia Nicholas y Scott que se acercaban y este último asintió.

Se apartó arrodillándose al lado, dejando que Aaron y Alex se pusieran uno a cada lado de ella. Cintya permanecía con los ojos cerrados, parecía dormida.

Scott se agachó y directamente tomó su pulso. Era estable, aunque estaba congelada y agotada.

No sintió ira ni repulsión, ni siquiera celos cuando Alex y Aaron la rodearon con sus brazos para darle su calor, lo único que sintió fue agradecimiento.

—Gracias —susurró hacia ellos dos, los cuales le correspondieron con una leve sonrisa para calmarlo.

—Puedes estar tranquilo —dijo Aaron.

—Lo estoy —corroboró Scott—. Sé que podéis darle más calor que nosotros.

Observó como Alex había rodeado la cintura de Cintya y colocado una pierna encima de ella para cubrirla mientras pasaba su brazo por debajo de su cuello para acercarla a su pecho. Aaron se había puesto de lado cubriendo parte de la espalda de ella.

—Pasará buena noche, tranquilo —dijo Alex cerrando los ojos.

Aunque habían conseguido superar la noche y los lobos se habían encargado de dar calor a Cintya, ella seguía con su rostro pálido, totalmente agotada. Se habían puesto en marcha en cuanto había amanecido y llevaban todo el día caminando. Solo se habían detenido sobre las doce de la mañana para descansar, antes de la última ascensión, así que cada pocos minutos iban parando para asegurarse de que ella estaba bien. El avance había sido lento, siempre controlándola.

Scott cambió la botella de oxígeno, pues la anterior se había agotado y acarició su mejilla.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó mientras la ayudaba a apoyarse contra la pared de roca.

Ella intentó sonreírle pero a duras penas pudo.

—Bien —mintió.

Scott suspiró y besó su frente mientras pasaba la goma de la mascarilla sobre su cabello y volvía a ponerle la capucha.

—Cuando todo esto acabe recuerda que tenemos unas vacaciones pendientes —pronunció con cariño.

Esta vez ella sí sonrió, aunque el temor apareció en sus ojos y Scott pudo comprobarlo. No se encontraba bien, nada bien, y él era el primero que era consciente de ello.

—No me mires así —Le suplicó Scott—. Saldremos de esta y te pondrás bien —susurró con ternura—. Te lo prometo.

Cintya suspiró mientras Scott la rodeaba con un brazo y ella dejaba caer su frente sobre su hombro.

Ninguno de la división, ni los lobos, ni los monjes les dieron prisa, dejaron que ella se calmase, pues lo necesitaba. Llevaban todo el día caminando sin parar, y ni siquiera se había quejado.

Scott no se contuvo más y apartó la mascarilla de oxígeno unos segundos de sus labios para besarlos. Fue un beso corto pero hizo que ella cambiase su mirada y una pequeña felicidad asomase a sus ojos.

Colocó de nuevo la mascarilla sobre su boca y frotó sus brazos instándole confianza.

—¿Hacia dónde debemos dirigirnos? —preguntó Scott.

Cintya se movió lenta y finalmente colocó el colgante en sus manos. Cerró los ojos de nuevo y se concentró. La madera se elevó hacia arriba, señalando que debían escalar la pequeña pared donde ella estaba apoyada.

—Hay que subir —comentó Dean que se había acercado, luego miró a Scott preocupado. Aunque no había mucha altura, cada metro contaba para Cintya. Se giró hacia Nicholas y dejó la mochila que habían logrado rescatar de la avalancha sobre el hielo—. Prepararé la escalada para subirla.

Scott asintió agradecido. Se quedó a su lado todo el rato mientras el resto de la división preparaba la ascensión para poder subirla sin problemas. Rajib y Brahma se acercaron y le dieron un poco más de hierba medicinal. No quedaba mucha, quizá para un par de tomas más. Debían llegar al lugar y encontrar la lanza lo antes posible.

Diez minutos después Scott se había atado una cuerda y subía a Cintya en brazos mientras Dean y Taylor tiraban desde arriba.

En la parte superior de aquel precipicio había una pequeña explanada y, después seguía subiendo en una pared vertical.

Dean y Scott se arrodillaron al lado de ella tras apoyarla contra un montón de rocas al borde de la montaña. Cintya seguía extremadamente pálida, al menos, estaba consciente y no había vuelto a devolver, en parte, gracias a la medicina de los monjes, pero estaba claro que debía tener un dolor de cabeza espantoso y no podía mantenerse prácticamente en pie.

Scott pasó de nuevo su mano por su cabello, intentando reconfortarla.

—Dinos hacia dónde —susurró mientras no dejaba de acariciar su cabello.

Dean miró a su compañero. Se le notaba extremadamente preocupado, no era de extrañar, todos lo estaban.

Cintya intentó sacarse el colgante por el cuello pero lo hacía extremadamente lenta.

—Espera —dijo Scott cogiéndolo él. Dean la sujetó mientras se lo quitaba y volvió a apoyarla contra la pared mientras el resto de la división y lobos los rodeaban—. Toma —dijo poniéndolo en sus manos.

Cintya suspiró y volvió a cerrar los ojos concentrándose, preguntando donde debía encontrar la lanza del destino.

—No entiendo nada —pronunció Dean, lo cual hizo que ella abriese los ojos.

El trozo de madera se había movido señalando la pared donde ella estaba apoyada.

—¿Hay que escalarla? —preguntó Nicholas.

—La lanza indica recto, pero está la montaña —dijo Scott poniéndose en pie—. Si tuviésemos que escalarla indicaría hacia arriba.

Ninguno comprendía nada.

—Dean —dijo Scott cogiendo a Cintya, pasando un brazo por debajo de las piernas de ella y de la espalda—. Las piedras donde está apoyada. Apártalas.

No hizo falta que le pidiera nada al resto de compañeros. Todos se lanzaron a apartar piedras, incluso los lobos y los monjes que aunque más lentos iban apartando las piedras más pequeñas.

Scott se apartó de allí alejando a Cintya. Las piedras parecían haber caído en algún derrumbe, seguramente de alguna avalancha como la que habían sufrido el día anterior.

Dean escaló unas cuantas piedras y comenzó a lanzar hacia abajo las que había en la parte más alta de aquel derrumbe.

Se giró directamente hacia sus compañeros.

—Parece que hay una gruta —pronunció asombrado.

Scott depositó a Cintya de nuevo en el suelo, sorprendido, y fue a ayudar a sus compañeros, cuanto antes quitasen las rocas y consiguiesen la lanza antes podría llevar de vuelta a Cintya a un lugar más bajo.

Se unió a Dean en la parte más alta mientras los monjes acudían con Cintya, dado que ellos no tenían tanta fuerza para apartar las enormes rocas.

Rajib se arrodilló a su lado y colocó una mano en el hombro de ella.

—¿Crees que es ahí? —Le preguntó.

Ella asintió.

—Creo que sí —susurró con esfuerzo.

Rajib miró a Brahma apretando los labios, con cierto miedo y suspiró.

—Lo haré yo —dijo.

Brahma negó al momento.

—No, lo haré yo —Se ofreció.

—Nuestro maestro me eligió a mí —susurró él con ternura.

—También me eligió a mí —contestó rápidamente.

Cintya los miraba sin comprender.

—Tú eres más joven que yo —prosiguió Rajib.

—Solo un año —exclamó Brahma.

Rajib se puso en pie y lo miró fijamente.

—No lo harás —acabó a modo de orden—. Esta no es tu misión. Tu misión era acompañarnos.

Y lo dijo con tanto énfasis que Brahma se quedó callado, observando a su compañero y amigo, totalmente impresionado.

Iba a contestar cuando Scott les llamó la atención mientras corría hacia ellos.

—Eh —dijo agachándose para coger a Cintya—. Hay una gruta. —Señaló

con la cabeza hacia el lugar.

Habían apartado la mayoría de las piedras. Era cierto, había una pequeña cueva y parecía bastante profunda. No era muy alta, un par de metros, al menos no deberían agacharse.

—Vamos —dijo Scott encaminándose con ella en brazos hacia la entrada.

El resto de sus compañeros y lobos se encontraban al pie de la cueva esperando a que ellos llegasen.

Nicholas se colocó al lado de Scott que mantenía en brazos a Cintya y tragó saliva.

—¿Es por ahí?

Cintya aún tenía el cordel sobre sus manos. Segundos después el pequeño trozo de madera les indicó el camino señalando al interior.

Nicholas miró a Dean.

—¿Hay alguna linterna en el interior de la mochila?

Dean removió hasta que sacó una bastante pequeña. Por lo menos, si la cueva se hundía mucho en el interior podrían alumbrarse un poco.

Desde allí podían ver como la cueva avanzaba hacia dentro varios metros y luego giraba ligeramente a la derecha hasta que la oscuridad no les permitía ver más.

Miró a sus compañeros y luego todo a su alrededor.

—Alex, Aaron, Ben y Fillipe quedaros aquí fuera vigilando —ordenó mirando hacia el horizonte, donde el sol ya comenzaba a esconderse entre las altas montañas—. Si necesitamos vuestra ayuda os llamaremos.

Los lobos asintieron colocándose frente a la gruta.

Nicholas miró a Scott y Cintya y se colocó a su lado cogiendo la linterna que Dean le ofrecía.

—Iré yo primero —dijo a Scott.

Scott abrazó más fuerte a Cintya entre sus brazos y asintió.

Entraron en la gruta mirando de un lado a otro. Era pequeña, nada ancha, solo permitía caminar en parejas y bastante apretados. Por lo menos, no

debían agacharse para avanzar ya que desde sus cabezas al techo sobraba más de medio metro.

Nicholas avanzó despacio iluminando todo a su paso. El suelo era de tierra negra y, en las paredes, se entremezclaba la tierra con las grietas que se habían formado con el hielo. Era una cueva peculiar, dado que el hielo que se acumulaba en las grietas cambiaba de tonalidad pasando de un blanco puro al azul más intenso.

Dentro hacía menos frío que fuera, varios grados más, o al menos, esa era la sensación térmica que tenían, dado que el viento helado no chocaba contra ellos.

Nicholas se giró para controlar que Scott le seguía de cerca, con Cintya entre sus brazos. Tras él iban todos sus compañeros y al final de todo los dos monjes.

Torció a la derecha y alumbró hacia delante para ver hasta donde llegaba, pero se quedó totalmente quieto haciendo que Scott casi se golpeará contra su espalda.

Todos se quedaron paralizados.

—Eh, ¿qué pasa? —preguntó Christopher que iba el último en la cola, al lado de los monjes.

Nicholas avanzó unos pasos hacia delante sin comprender. Aquella gruta acababa ahí. Fue hasta la tierra y pasó su mano sobre ella y el hielo. Empujó con fuerza por si se podía mover pero nada. Se separó de la pared con desesperación.

—La gruta acaba aquí —pronunció en un tono más alto para que todos lo escuchasen.

—¿Qué? —preguntó Adrien intrigado.

—Que acaba aquí —repitió de nuevo sin saber qué hacer. Se giró hacia Cintya y se acercó a ella, la cual también miraba de un lado a otro como si no comprendiese nada—. Cintya, ¿seguro que es por aquí?

Ella volvió a cerrar los ojos concentrándose ante la mirada preocupada de Scott. La madera indicó hacia la pared de la cueva donde esta acababa.

—Indica que es por ahí —susurró ella sin comprender tampoco—. ¿No se

puede derribar?

Scott se apartó a un lado chocando contra la pared de hielo para dejar que Taylor y Dean llegase hasta Nicholas. Se quedaron petrificados observando. Tal y como Nicholas le había dicho la cueva tenía su fin en ese lugar.

—No puede ser —susurró Dean acercándose a la pared.

Colocó las dos manos sobre ella y empujó con todas sus fuerzas.

—Ya lo he intentado —dijo Nicholas para que desistiese—. No parece una doble pared. Creo que es la montaña.

—¿Y entonces? —Se giró hacia él sin comprender. Luego miró a Cintya—. ¿Quizá podamos acceder por otra cueva al otro lado de la montaña?

Cintya negó desesperada.

—No lo sé. Solo señala en esta dirección —sollozó.

En ese momento todos se apartaron cuando los dos monjes llegaron hasta ellos y se obligaron a retroceder para que se pusiesen en primera fila.

Ambos se acercaron a la pared comprobándola y luego se giraron hacia ella.

Rajib le tendió la mano.

—¿Puedes mantenerte en pie?

Ella asintió levemente. Scott no comprendía nada pero la depositó con cuidado sobre el suelo, sin soltarla del todo y sujetándola.

—Ven —Le animó el monje dándole la mano.

Rajib dio unos pasos hacia la pared con ella cogida. Scott caminaba detrás de ella sujetándola por la cintura con un brazo.

—Pregúntalo de nuevo —Le animó Rajib situándola frente a la pared.

Ella lo miró dudosa pero hizo lo que le pedía. Se concentró y, en ese momento, la madera se levantó y se estrelló directamente contra una brecha de hielo situada en medio de la pared.

Rajib se giró hacia Nicholas.

—La linterna, por favor —Le pidió.

Nicholas se la dio de inmediato y Rajib se acercó a la brecha de hielo alumbrándola con la luz. Sí, podía verse claramente. Al final de aquella estrecha brecha había algo. Se podía vislumbrar una especie de cuchillo o daga.

Sonrió y se giró hacia ellos.

—Ahí está —pronunció emocionado—. La lanza del destino —susurró.

Todos se acercaron para observar pero la brecha de hielo era tan pequeña que si no cogías el mismo ángulo que Rajib no conseguías verla. Desde luego, la habían escondido a base de bien.

—Necesito algo para romper el hielo —pronunció. Dean, que llevaba la mochila buscó dentro de ella. En ese momento Rajib miró a Brahma—. La caja.

Brahma suspiró y del bolsillo sacó la pequeña caja negra que le habían entregado en el convento para poder guardarla.

Se la acercó pero, antes de entregársela miró a su amigo, esta vez con pena.

—No tienes porque hacerlo tú —susurró con un ápice de voz.

Rajib cogió la caja y sonrió a su amigo con ternura.

—No te preocupes —dijo intentando calmarlo—. Todo saldrá bien. Llevo toda mi vida preparándome para esto.

—¡Tomad! —dijo Dean mientras entregaba un mosquete con el que romper el hielo.

Nicholas lo cogió e iba a acercarse a la fisura para golpearla pero Rajib lo detuvo colocando la mano en el material de escalada.

—Lo haré yo —dijo Rajib.

Nicholas se quedó mirándolo, no muy seguro, pero finalmente dio el mosquetón a Rajib que comenzó a golpear el hielo poco a poco, ante la mirada ansiosa y atenta de todos e iluminado por Taylor que sujetaba la linterna en aquel momento.

Aunque seguía llegando luz del exterior, esta ya era leve, pues el día se acababa y en el interior de la cueva la claridad no entraba prácticamente.

Dio unos cuantos golpes más y apartó el hielo tirándolo al suelo. En ese momento la contempló. El agujero era pequeño, pero si estiraba el brazo podría llegar hasta ella.

Nicholas se acercó para mirar y se quedó sorprendido.

—Es pequeña —dijo asombrado hacia Rajib—. Pensaba que sería una lanza.

Rajib le sonrió muy calmado.

—La transformaron para que fuese más fácil de esconder. Se conservó la parte de metal que contiene el ADN de Cristo y un poco de madera —explicó—. El puño es de acero. —Luego los miró a todos—. Es una daga —acabó diciendo.

Todos se quedaron en silencio, deseosos por verla, aunque les sorprendió cuando Brahma, sin previo aviso, se acercó a su amigo y lo abrazó.

Rajib apretó con fuerza los hombros de su amigo, abrazándolo.

—No te preocupes. Todo saldrá bien —Le susurró.

La división se miró entre ellos, sin comprender.

—Gracias por todo lo que me has enseñado —pronunció Brahma alejándose de él para mirarlo a los ojos. Aunque en ese momento, todos se dieron cuenta de que a Brahma le caía una lágrima por la mejilla.

Rajib suspiró y colocó una mano en su hombro intentando reconfortar a su amigo.

—Cumple tu misión —dijo esta vez con la voz más fuerte—. Llévalos a un lugar seguro.

Brahma asintió mientras cogía la mano de su amigo y la estrechó.

—Así lo haré. Te lo prometo —sollozó.

Se quedaron unos segundos más mirándose, hasta que Rajib se acercó a grieta y se colocó en posición para introducir su mano, pero en ese momento Scott lo paró.

—Espera... —dijo pensativo—. La lanza del... la daga del destino —rectificó—, solo puede ser empuñada por el elegido... —Todos miraron fijamente a Rajib—. Si la tocas morirás.

Rajib miró a Scott y luego contempló a Cintya que lo miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Qué importa una vida cuando el mundo entero está en juego? — preguntó Rajib.

—No —sollozó Cintya acercándose a él. Se quitó la mascarilla mientras se acercaba.

—Cintya... —pronunció Rajib cogiéndola por los brazos para que no cayese, fue a ponerle el oxígeno de nuevo pero ella se negó—. Póntela... — suplicó.

—Seguro que hay otro modo... —suplicó ella.

Rajib miró el estrecho hueco por donde debía introducir el brazo.

—No lo hay —Le respondió con una sonrisa tranquilizadora.

Nicholas y Scott miraron el hueco.

—Podemos hacerlo más grande e intentar cogerla con material de montaña —improvisó Nicholas.

Rajib negó.

—No podemos arriesgarnos a ningún derrumbe —dijo él. Luego miró a Cintya de nuevo—. No me importa...

—Morirás... —sollozó.

Él suspiró y volvió a sonreírle mientras pasaba una mano por su nuca, aproximándola a él.

—Todo el mundo tiene una misión en la vida... —susurró intentando reconfortarla—. Tú... has dado esperanza a la humanidad —dijo esta vez sollozando también—. Esa era tu misión. Llevo toda mi vida preparándome para este momento, es a lo que he dedicado toda la mi vida y... me siento honrado por ello si gracias a mi sacrificio puedo salvar a la humanidad.

Ella lloró más fuerte y se abrazó a él mientras todos los miembros de la división permanecían estáticos, totalmente pasmados.

—No es justo —gimió abrazada a él.

—¿Por qué no? —preguntó estrechándola más—. Lo que no es justo es que

este mundo desaparezca cuando existen buenas personas como tú... o como ellos... —sonrió a la división—... o vuestros amigos los lobos. —Besó su frente y se separó de ella—. No te preocupes por mí. Salvad el mundo, esa es vuestra misión.

Cintya lloró más fuerte. Rajib se había portado desde un principio de una forma protectora con ella, cuidándola cuando se encontraba mal, protegiéndola y, ahora... lo perdería.

Se quedó mirándolo fijamente mientras él se acercaba a la grieta, sin apartar los ojos de los suyos.

—Gracias —sollozó ella antes de que él introdujese el brazo en la grieta.

Se quedó mirándola, sin apartar los ojos de los suyos, sin un ápice de miedo o temor por lo que le ocurriría mientras su brazo avanzaba por la pequeña grieta con algo de esfuerzo.

Brahma se acercó a él con la caja, mientras las lágrimas bañaban su rostro y, esta vez Rajib volvió su atención hacia él.

Apretó los labios, suspiró y centró la mirada en él.

—Todo saldrá bien, amigo —Le dijo—. Haz que me sienta orgulloso de ti.

Brahma no pudo ni hablar, simplemente asintió mientras sujetaba la caja delante de él.

Todos supieron el mismo momento en que cogía la daga entre sus dedos porque un gemido de dolor lo traspasó.

Rajib extrajo el brazo de la grieta sujetando la daga y se arrodilló directamente, como si no pudiese aguantarse en pie. Automáticamente introdujo la daga en la caja que Brahma sujetaba entre sus manos arrodillándose.

Todos pudieron ver como de la frente de Rajib bajaban gotas de sudor, seguramente por el dolor que le producía sujetar aquella daga.

La colocó en el interior de la caja, arrodillado ante ella y miró de nuevo a su amigo y a todos.

—Salvad al mundo —suplicó antes de caer sobre la tierra.

Cintya se agachó a su lado llorando y colocó sus manos en sus hombros

meciéndolo, como si así pudiese volver a la vida.

—Rajib —gimió ella.

Volvió su mirada hacia Brahma, el cual lo observaba totalmente derrumbado, llorando sin cesar. Llevó su mano hasta la caja donde había introducido la daga y la cerró.

Brahma se acercó a él deprisa y le tomó el pulso, cuando no se lo detectó no pudo evitar el grito y se echó sobre su cuerpo.

Toda la división lo rodeó agachándose a su lado. Scott sujetó a Cintya, pues parecía que comenzaba a ahogarse entre el llanto y le puso la mascarilla de oxígeno, aunque ella parecía que no quería.

Dean y Nicholas se agacharon al lado de Brahma que lloraba sobre el cuerpo de su amigo y ambos pusieron su mano en su hombro intentando reconfortarlo.

—Lo siento —pronunció Nicholas con dolor en su voz.

Brahma se levantó del cuerpo de su amigo, sin vida, arrodillándose frente a él y miró a Nicholas con los ojos empañados en lágrimas.

—Él nos ha dado una oportunidad —susurró.

—Y no la desperdiciaremos —pronunció Dean mientras pasaba una mano sobre la frente de Rajib.

Todos se quedaron durante unos segundos conmocionados, sin dar crédito a lo que había ocurrido y al sacrificio que Rajib había hecho por todos.

Nicholas miró a la división. Todos permanecían en silencio, con los músculos en tensión, en un gesto de impotencia y rabia.

—Llevaremos su cuerpo al templo. Merece ser enterrado en...

Nicholas tuvo que guardar silencio cuando un grito provino del exterior de la cueva.

—Ehhhhh —reconocieron la voz de Alex—. ¡Se acercan! —gritó.

Todos miraron hacia el final de la cueva.

—¡Se acercan! —gritó de nuevo.

Christopher dio unos pasos al frente, en tensión.

—¿Qué ocurre?

—¡Lobos! ¡Y no vienen en son de paz! —gritó Aaron.

26

Scott cogió directamente de la mano a Cintya y todos corrieron hacia el exterior excepto Brahma que se quedó junto al cuerpo de su amigo, aún incrédulo por el sacrificio que había hecho.

Dean se giró antes de tomar la curva de la cueva observándolo.

—Brahma, vamos... —dijo tendiéndole la mano—. Tenemos que irnos.

Brahma miró por última vez a su amigo y puso sus dedos sobre sus párpados cerrándolos.

—No te decepcionaré, amigo —susurró. Echó parte de su túnica hacia un lado y sacó una daga, directamente se la pasó a Dean—. Es de plata —exclamó.

Cogió la caja de madera en la que había incluido la daga del destino y la cerró con un pequeño cerrojo. Colocó las dos asas que salían de la caja en sus hombros y dejó que la caja de madera colgase sobre su espalda.

Dean corrió hacia la salida seguido de Brahma.

Todos esperaban en la entrada observando boquiabiertos.

Una manada de al menos treinta lobos se dirigía hacia ellos corriendo a través del enorme descampado que precedía al acantilado, por el que habían subido hasta esa cueva.

Nicholas se giró hacia ellos.

—Buscad cualquier arma que podamos usar contra...

—Tengo una daga de plata —dijo Dean colocándose a su lado. Nicholas lo miró extrañado—. Me la ha entregado Brahma. Rajib la llevaba.

—Tengo otra —comentó Brahma asiendo otra daga de plata en su mano, con la mirada fija en los lobos que corrían hacia ellos dispuestos a la lucha. Se colocó al lado de Cintya y le entregó la caja de madera pasando las asas por sus hombros y dejando que la caja de madera reposase sobre su espalda. Ella lo miró confundida—. Llévala contigo y encuentra al elegido —suplicó. Luego dio unos pasos al frente con determinación.

Nicholas resopló y le quitó la daga de la mano.

—Adrien, sácalo de aquí —ordenó.

—¡No! —Se quejó Brahma—. ¡Debo luchar!

Nicholas lo empujó hacia Adrien que lo cogió directamente del brazo.

—Nosotros nos manejamos mejor con estas dagas y ya han habido suficientes muertes. —Miró a Adrien con decisión—. ¡Sácalo! —ordenó con un grito.

Adrien fue rápido, no dejó que Brahma se quejase más. De repente, desaparecieron de la vista de todos.

—Scott —dijo Nicholas entregándole la daga de plata—. ¡Sácala de aquí también!

Scott miró hacia la manada que venía en su dirección. Aunque comenzaba a haber poca luz aún había suficiente para poder ver como se acercaban.

Volvió su mirada hacia Cintya que llevaba la mascarilla y lo observaba con terror, con una respiración acelerada.

En ese momento, Christopher comenzó a pasarles a todos el material de montaña que podrían usar como armas para defenderse de los lobos.

—Intentaremos frenarlos. No dejes de correr —Rugió Nicholas—. Vamos, ¡Largo!

Scott asintió. No quería dejar a sus compañeros solos frente a tantos lobos pero debía sacar a Cintya y a la daga del destino de allí.

—Nos vemos pronto —pronunció mientras ponía la daga en su cinturón y cogía a Cintya por la cintura acercándola.

Nicholas asintió mientras cogía uno de los palos de montaña puntiagudos y la miraba a ella.

—Cuando todo pase, búscanos —susurró.

Cintya asintió mientras Scott la cogía en brazos.

Miro por última vez a sus compañeros.

Nicholas, Dean, Christopher y Taylor se quedaban allí para intentar retener el avance de aquella enorme manada, sin más armas que una sola daga de plata con la que matarlos y el poco instrumental de montaña.

Scott sujetó con fuerza a Cintya en su pecho y comenzó a correr alejándose de ellos, poniendo la mayor distancia posible entre aquellos lobos y ella. Sabían qué la iban buscando. Primero de todo, la daga del destino y, segundo, a ella.

No permitiría que se la arrebataran por nada del mundo.

De un salto llegó al final del precipicio, cayendo de rodillas y directamente se puso en pie para correr lo máximo posible. En breve, la luz del sol los abandonaría, dejándolos totalmente a oscuras. Aunque Cintya podría guiarle en la oscuridad prefería llegar al templo antes de que anocheciese, pero eso, iba a ser imposible. Dudaba que quedasen más de diez minutos de luz.

Escuchó cómo Cintya gemía junto a su pecho mientras rodeaba sus hombros con sus brazos. El viento helado los golpeaba con fuerza por la velocidad.

Scott se giró un segundo para observar como sus cuatro compañeros más los lobos saltaban desde el acantilado para enfrentarse a la manada, intentando frenarlos.

Volvió su atención hacia delante, concentrándose en el camino a seguir y perdiendo ya de vista a sus amigos.

Saltó por encima de unas piedras y tomó un pequeño desfiladero por el que habían pasado hacía doras.

Echó su mirada hacia el rostro de Cintya. Mantenía los ojos cerrados, con fuerza... Estaba totalmente pálida.

—¿Estás bien? —preguntó.

Ella abrió los ojos y lo miró. Asintió y volvió a apoyarse contra su pecho escondiendo su rostro del viento helado.

Con suerte, a la que bajasen de altura ella notaría la mejora.

Corrió observando a su alrededor. El cielo, en el horizonte, estaba levemente anaranjado y, sobre ellos, las estrellas comenzaban a lucir con más fuerza. La blancura de aquel lugar comenzaba a perder su color para ser un lugar siniestro, totalmente helado.

Mientras la luz del sol bañaba aquel lugar este se convertía en un sitio majestuoso, pero a la que la luz se marchaba solo se convertía en un lugar abandonado, desierto y frío.

Iba a saltar sobre unas rocas cuando notó una presencia cercana. Sabía de lo que se trataba, llevaba gran parte de su vida luchando contra ellos.

Se agachó lo suficiente para esquivar las garras del vampiro y se tiró sobre el suelo resbalando sobre el hielo.

Cintya gritó aunque cayó sobre su pecho. Scott se dejó resbalar sobre el hielo mientras abrazaba con fuerza a Cintya, pero se obligó a frenar casi en seco cuando la figura de varios vampiros más aparecieron ante él.

Aunque había luz, ya no era suficiente para dañarlos, podían moverse a sus anchas sin miedo a quedar totalmente pulverizados.

Frenó en seco y depositó con urgencia a Cintya a un lado mientras se ponía en pie y se estrellaba contra un vampiro que iba a gran velocidad hacia él.

Por suerte, Nicholas le había dado una de las dagas de plata que tenían. Se agachó para evitar las uñas del vampiro y clavó la daga en el centro de su pecho haciendo que este desapareciese. Justo en ese momento, fue consciente de la gran cantidad de vampiros. Aquello era una emboscada en toda regla.

—Mierda —susurró. Se giró hacia detrás para ver a Cintya incorporarse sobre el hielo, sin siquiera poder levantarse, pero con un movimiento de brazos se colocó la caja de madera delante en su pecho, protegiéndola mejor.

Un vampiro apareció justo al lado de ella.

Scott gruñó y se desplazó directamente hacia el lugar dando una patada al

vampiro que pretendía agacharse sobre ella y en un movimiento rápido clavó la daga en otro que se acercaba.

Se puso firme viendo que le rodeaban unos quince vampiros. Si hubiese estado solo se hubiese divertido de lo lindo acabando con todos ellos, pero ahora mismo su prioridad era otra. Debía sacar a Cintya junto a la daga de allí. Con la oscuridad, no había ningún lugar dónde esconderse, dónde refugiarse, lo mejor era huir de allí y evitar el enfrentamiento.

Se agachó hacia Cintya, que abrió los brazos para cogerse a él justo cuando recibió una patada en el costado desplazándolo hacia un lateral y alejándolo de ella.

—¡Scott! —gritó Cintya echándose sobre el hielo con las pocas fuerzas que le quedaban.

Scott se deslizó sobre el manto helado y se puso en pie por inercia, frenando con la fuerza de sus piernas. Tomó impulso y se lanzó hacia todos los vampiros que corrían en su dirección.

Cintya miró hacia atrás, todos los vampiros corrían hacia ella, mientras por el otro lado, Scott corría en su dirección para ponerla a salvo.

Intentó ponerse en pie para acercarse a él cuando notó que la cogían del brazo elevándola. Giró su rostro para ver como un vampiro, con sus afilados colmillos, la sujetaba con fuerza del brazo.

El vampiro iba a rodear su cintura para echársela al hombro justo cuando Scott llegó derribándolo y haciendo que Cintya cayese al suelo con un fuerte golpe.

Sollozó al caer e intentó recuperar el aliento. Estaban a demasiada altura, el oxígeno en aquella zona escaseaba y cualquier movimiento le costaba una infinidad. Hubiese sido diferente en otro lugar, pero allí se sentía más vulnerable que nunca, pues ni siquiera tenía fuerzas para levantarse. Llevaba demasiados días soportando el mal de altura y estaba agotando sus últimas fuerzas.

Intentó incorporarse mientras apretaba los dientes pero lo único que pudo hacer fue dejarse caer sobre la caja de madera intentando protegerla con su cuerpo. Giró su rostro a duras penas para ver que Scott luchaba contra todos aquellos vampiros y, pese a que intentaba acercarse, siempre aparecía alguno

que le cortaba el paso. Al menos, estaba evitando que llegasen hasta ella.

Scott se agachó deslizándose sobre el hielo y con sus piernas echó a uno de los vampiros al suelo. No esperó y clavó la daga en su pecho. Nada más hacerlo se puso en pie y fue a por el siguiente.

Pudo notar como el hueso de la rodilla del vampiro se desquebrajaba por su golpe y este caía de rodillas gritando, de una forma tan fuerte que aquel agudo sonido se repitió como un eco en las montañas.

Se giró para controlar a Cintya a pocos metros de él, tirada sobre el hielo y protegiendo la caja, mirándolo de una forma temerosa.

Clavó su daga en el vampiro y cuando se puso en pie se quedó totalmente estático.

—No, no, no... —gimió al ver en el horizonte aparecían la figura de varias decenas de vampiros más que no tardarían en posarse sobre aquella montaña.

Miró en la lejanía, al final de aquel descampado había un terraplén. Si conseguía lanzarse con Cintya por allí quizá tuviese alguna posibilidad de huir, pues estaba claro que no los iban a dejar hasta conseguirla a ella y a la daga.

Corrió hacia Cintya, debía sacarla de allí cuanto antes. Tuvo que moverse en zigzag evitando a todos los vampiros justo cuando uno de ellos se puso tras de ella.

Se agachó para evitar sus uñas mientras observaba como el vampiro se materializaba al lado de Cintya y se agachaba para cogerla del cabello.

Cintya gritó mientras era elevada. Llevó una mano hasta la carne fría y dura del vampiro y la otra sosteniendo la caja de madera contra ella.

—¡Nooooo! —gritó ella ahogándose, sin poder defenderse.

El vampiro rodeó su cintura justo cuando Scott clavaba la daga en uno de los vampiros que se abalanzaba sobre él para retenerlo. Lo tiró al suelo cayendo con él y la clavó con todas sus fuerzas en su pecho. En ese momento observó cómo Cintya era elevada levemente por el vampiro. Tenía clara la trayectoria que iba a coger.

Correría hacia el acantilado y saltaría hasta la siguiente montaña. No iba a

permitirlo.

Se levantó mientras gruñía, aceleró todo lo que pudo agachándose y rodeando a los vampiros, sin pararse a acabar con ellos, solo con la única pretensión de llegar hasta ella antes de que fuese tarde.

Saltó levemente, lo suficiente para coger al vampiro que sujetaba a Cintya por el tobillo y, con todas las fuerzas que pudo, lo impulsó hacia abajo evitando que pudiese elevarse más.

Cintya cayó sobre el hielo con un grito, dándose un fuerte golpe, pero Scott impulsó al vampiro con todas sus fuerzas contra el hielo y cuando lo estrelló el hielo se desquebrajó.

Se giró directamente hacia ella, casi a su lado, echada sobre el hielo.

—¿Estás bien? —gritó mientras se ponía sobre otro vampiro y acababa con su vida atravesando su corazón.

Ella solo gimió mientras apoyaba la frente sobre el hielo, sin importarle lo frío que estuviese. Hizo un gran esfuerzo y volvió a colocarse la caja con la daga a su espalda.

Scott iba a correr hacia ella cuando fue impulsado de nuevo alejándolo. Esta vez clavó la daga en el hielo para frenar con más fuerza mientras un gruñido por el esfuerzo salía de lo más profundo de su ser.

Frenó y elevó la mirada para controlar la situación justo cuando los vampiros que iban hacia ellos sobrevolando las montañas posaron sus pies sobre el hielo.

Taylor tragó saliva, no iba a rendirse, acabaría uno a uno con todo ellos. Los vampiros formaron una línea divisoria entre Cintya que sollozaba y Scott.

—No vas a llevártela —gruñó hacia el vampiro que precedía al grupo que acababa de llegar, obviamente era el líder, pues era el que estaba más adelantado.

El vampiro ladeó su rostro hacia un lado y medio sonrió, con una mirada triunfadora.

—¿Qué te apuestas a que sí? —Le retó. Miró a uno de los vampiros que estaban por detrás de él y señaló hacia la muchacha—. Llevárosla, ya sabéis lo que tenéis que hacer.

—Por supuesto, Drake —respondió uno de los vampiros girándose hacia ella.

Scott gruñó y sujetó con más fuerza la daga en su mano. Automáticamente, comenzó a correr hacia ellos mientras el resto de vampiros iban en su dirección, dispuestos a detenerlo.

El suelo crujió bajo sus pies, mientras corría con la mirada clavada en ella.

Unos dedos esqueléticos y fríos rodearon el brazo de Cintya que ya ni siquiera gritó, pues parecía que rozaba la inconsciencia.

—¡Cintya! —gritó Scott mientras veía como la elevaban y se la echaban al hombro, sin que ella opusiese resistencia alguna—. ¡Cintya! —gritó más fuerte intentando que reaccionase.

El golpe con los vampiros fue duro, pero no se detuvo a matarlos, lo único que necesitaba era volver a llegar hasta ella antes de que se elevasen y atravesaran el vacío que había hasta la siguiente montaña.

Echó al suelo a unos cuantos vampiros más, pero esta vez no estaba de suerte. Eran demasiados vampiros y los segundos corrían.

Vio, a pocos metros, cómo el vampiro corría con ella en su hombro hacia el acantilado.

—¡Detente! —gritó Scott agachándose y dejándose deslizar por el hielo a gran velocidad, usando todas las fuerzas que tenía para intentar alcanzarle.

Fue demasiado tarde, vio como Cintya elevaba su mirada a duras penas hacia él, sin siquiera poder estirar su brazo para alcanzar su mano. El vampiro se arrojó al vacío sobre volando a gran altura la distancia que había hasta la siguiente montaña, hasta el descampado donde pensaba aterrizar.

Scott frenó justo antes de caer, haciendo que la nieve y el hielo cayesen por el terraplén ante su frenada.

Vio como el vampiro sobrevolaba la gran distancia hasta el siguiente descampado en un lateral de la montaña y aterrizaba sobre él sin mucho esfuerzo.

—Cintya —susurró mientras se fijaba en la figura del vampiro caminar ya sobre el descampado. Se giró hacia Scott y le sonrió victorioso. —Esto no

acaba aquí —susurró con ira.

Justo tuvo que agacharse para esquivar las garras de otro vampiro, pero antes de que pudiese darle una patada para alejarlo el vampiro salió disparado hacia el otro extremo del descampado, llevándose a un par más hacia atrás. No supo lo que había ocurrido hasta que Dean se materializó a su lado. Su mirada voló directamente a la lejanía, hacia el vampiro que corría por el descampado de la otra montaña con Cintya en su hombro.

—Se la ha llevado —gritó Scott alejándose del precipicio, corriendo en dirección contraria y poniendo distancia con este.

—¡Scott! —gritó Dean mientras clavaba la daga de plata que Brahma le había entregado sin comprender lo que su compañero hacía.

Llegó hasta el final del descampado y se volvió hacia el precipicio mirándolo con furia. Dean lo intuyó en ese momento.

—¡Hay mucha distancia! ¡Incluso para nosotros! —gritó este.

—¡La daga! —ordenó tendiéndole el brazo mientras en su otra mano sujetaba la otra con fuerza.

Dean apretó los labios pero hizo lo que pedía arrojándosela, mientras se tiraba sobre otro vampiro para frenarlo.

—No pienso consentir que se la lleven —susurró con furia antes de comenzar a correr con todas sus fuerzas hacia el precipicio.

Sabía que había mucha distancia, demasiada. Gracias a sus dones podían moverse a una gran velocidad, impulsarse con mucha fuerza, pero jamás había saltado una distancia como aquella. Pero, ¿qué otra cosa iba a hacer?

Se dirigió a toda la velocidad que podía hacia el precipicio justo cuando reconoció la voz de su jefe.

—¡Scott! ¡Noooooo! —gritó Nicholas que acababa de llegar a aquel punto junto a sus compañeros.

Scott no frenó ante la negativa. Llegó al final de la montaña y con todo el impulso que pudo se precipitó al vacío a gran velocidad.

No pensaba consentir que se la llevaran, lo frenaría... y si no lo conseguía, no sabía otra forma mejor de morir que no fuese intentando ponerla

a salvo.

Estiró sus brazos y sus piernas lo máximo para darse todo el impulso posible mientras sobrevolaba la distancia entre ambas montañas, ante la mirada asombrada de todos sus compañeros que apretaban sus mandíbulas rezando porque el impulso fuese suficiente para que Scott llegase a la otra montaña.

No lo fue. No logró alcanzar la cima de aquel descampado, pero si estamparse contra la pared de hielo. El golpe fue duro, le quitó el oxígeno de los pulmones, pero clavó con fuerza las dos dagas en la pared de hielo y se quedó suspendido.

Sus compañeros acababan de luchar contra los vampiros, dejando a la mayoría inconscientes en el suelo o bien intentando diseccionar su cabeza del resto del cuerpo, dado que no disponían de ninguna daga de plata en aquel momento.

A la que tuvieron la zona despejada se acercaron todos al precipicio observando a Scott en el otro extremo. Iba clavando las dagas en su ascensión hasta el descampado por donde había visto por última vez a Cintya a hombros del vampiro.

Clavó las dagas mientras ascendía y logró llegar al descampado. Ni siquiera se detuvo a recuperar el aliento ni se giró para indicarle a sus compañeros que se encontraba bien, corrió hacia el desfiladero que tenía delante, lo más rápido que pudo, siguiendo la estela del vampiro.

—Alex —gritó Nicholas hacia el lobo—. ¿Vosotros podéis llegar?

Los lobos que los acompañaban se miraron dudosos.

Aaron fue hasta el final del descampado sin decir nada.

—Lo intentaré —dijo mientras comenzaba a correr y a la vez se transformaba, cogiendo más potencia para el salto.

Scott corrió por un desfiladero helado, mirando de un lado a otro con desesperación.

—¡Cintya! —gritó.

Debía estar cerca, el vampiro había logrado tocar tierra pocos segundos antes que él, y ellos podían igualar su velocidad. Sabía que no debía andar

muy lejos.

—¡Cintya! —gritó mientras corría sin cesar, intentando hallar alguna pista que lo condujese a ella, un sonido, una respuesta por su parte.

Notó como el miedo más atroz se apoderaba de él. No, no podía perderla, no podía permitirselo.

Siguió corriendo hasta que un gemido le alertó. Corrió en aquella dirección aunque se quedó paralizado al observar la escena.

Diez vampiros permanecían sobre la nieve, con partes del cuerpo rotas, inconscientes. Solo uno de ellos lograba arrastrarse sobre la nieve mientras la sangre brotaba de su boca.

Dio unos pasos hacia el lugar totalmente perplejo.

En una roca, apoyada, permanecía Cintya sujetando entre sus manos la caja con la daga. Bien, estaba viva, estaba a salvo... y tenía la daga. Pero una cosa llamó su atención. Cintya permanecía con la mirada hacia delante, sin siquiera reparar en su presencia. Siguió la mirada asustada de Cintya y contuvo el aliento.

Pese a que llevaba la capucha negra puesta pudo recocerlo desde la distancia. Su figura era única. Su cuerpo atlético y alto, aquella capa que se movía hacia atrás por el viento.

Eligos permanecía ante Cintya, con la mirada clavada en ella.

Scott sujetó con más fuerza las dagas en sus manos y corrió hacia él con todas sus fuerzas, sabía que era lo próximo que aquel jinete haría. Acabaría con Cintya y se llevaría la daga. Él era uno de los causantes de todo el desastre que estaba viviendo la humanidad, de la cuenta atrás para su existencia, de la muerte de su antiguo jefe de división, Jones. Sabía que no tendría muchas oportunidades para acabar con uno de los jinetes, dudaba que pudiese conseguirlo, pero lo intentaría a riesgo de perder su vida.

Cintya pudo ver que Scott corría tras ella, arrastrando con él a todos los vampiros que se ponían por delante, pero fue imposible. Lo siguiente que vio fue como sobrevolaban el infinito, como aquel vampiro la alejaba de Scott que

derrapaba justo a la llegaba del inmenso acantilado antes de caer. Coincidió la mirada con él un segundo antes de perder el sentido.

Ni siquiera fue consciente de cuando cayeron sobre el hielo, o del camino que había recorrido a hombros del vampiro. Fue recuperando la consciencia en determinados momentos.

Lo primero que vio tras aquellos minutos de estar inconsciente fue el hielo bajo los pies de aquel vampiro que corría con agilidad por un estrecho desfiladero. Las paredes que los rodeaban a cada lado estaban cubiertas también de una gruesa capa de hielo.

Escuchó unas voces en la lejanía y estas cada vez se hicieron más fuertes. Ni siquiera tenía fuerzas para abrir los ojos pero el fuerte golpe contra el suelo cuando el vampiro la soltó le hizo reaccionar.

Sollozó e intentó recuperar el aliento mientras notaba como su cuerpo se helaba sobre aquella superficie fría y dura.

—La tenemos —dijo el vampiro que la había llevado hasta allí.

Cintya elevó la mirada comprobando que estaba rodeada diez vampiros, todos observándola con ansias.

—¿Dónde está Drake? —preguntó otro de los vampiros.

—Se ha quedado luchando contra los cazadores —contestó el primero—. Me ha dicho que la trajese.

Uno de los vampiros se agachó al lado de Cintya observándola atentamente. Ella intentó moverse, deslizarse sobre el hielo para poner distancia con aquellos monstruos pero ya no podía.

Uno de los vampiros la cogió del brazo y la atrajo hacia él.

—Nooooo —gimió ella al borde de la extenuación.

El vampiro tocó la caja de madera que llevaba en su pecho y directamente le sacó las asas de los brazos.

—No, no, no... —sollozó Cintya intentando con movimientos débiles que no se la arrebatasen.

No pudo hacer nada. Tal y como el vampiro cogió la caja y la depositó sobre el hielo empujó a Cintya contra una roca. Por suerte, en esta ocasión, el

golpe no fue fuerte.

El vampiro miró atento la caja y luego quitó el cerrojo con la que la se cerraba. La abrió y observó. Todos los vampiros rodearon la caja mirando el interior con fascinación.

El vampiro que mantenía la caja abierta comenzó a reír con orgullo. Elevó su mirada hacia sus compañeros, triunfante.

—La tenemos —pronunció mientras volvía a cerrarla—. Hay que comunicárselo a Mabus.

Cintya se movió hacia ellos, encontrando el valor que necesitaba. Iban a matarla, pero debía hacer algo, no podía permanecer impasible.

—Nooooo —gritó con más fuerza intentando coger la caja, pero el vampiro la apartó de su mano y volvió a empujarla hacia la piedra.

Gritó cuando volvió a golpearse y los miró con las pocas fuerzas que le quedaban.

El vampiro cogió la caja en sus manos y se puso en pie, igual que sus compañeros.

—¿Qué hacemos con ella? —preguntó el vampiro que tenía al lado.

—Mabus ha dicho que la quiere con vida —respondió mirando a Cintya—. Cogedla —ordenó.

Dos vampiros fueron hasta ella mientras Cintya se removía e intentaba deslizarse sobre el hielo para alejarse. Sabía que sería imposible escapar, pues conocía la fuerza y agilidad de los vampiros, pero su instinto de supervivencia le obligaban a intentar mantenerse a salvo aunque supiese que no iba a conseguirlo.

—¡Nooooo! —gritó débilmente mientras la elevaban por los brazos—. ¡No me toquéis! ¡Bestias! —Notó que se ahogaba, cómo el oxígeno le faltaba en sus pulmones mientras intentaba soltarse de ellos—. ¡Mabus nos matará a todos! —gritó desesperada mientras se removía entre los brazos de ellos, aunque nada tenía que hacer—. ¡Soltadme, malnacidos! —gritó con todas sus fuerzas.

En ese momento notó como algo la impulsaba hacia atrás cayendo al suelo junto a los dos vampiros que la sujetaban. Una potente corriente de aire

impulsó, con una fuerza sobrehumana, a todos los vampiros de la zona, alejándolos de ella.

Algunos se estrellaron contra la pared del desfiladero, golpeándose con tal fuerza que cuando cayeron al suelo ya no se levantaron. Otros simplemente salieron rodando por el suelo golpeándose con fuerza.

Cintya colocó un brazo ante ella para protegerse del fuerte embiste mientras se agarraba a la piedra. Cerró los ojos cubriéndose la cabeza con el brazo mientras escuchaba los gemidos y gritos de dolor de los vampiros. La enorme piedra contra la que estaba apoyada evitó que saliese volando. Notó todo su cuerpo en tensión, aquella corriente de aire no era normal. Llevaba días en aquella zona y en ningún momento el viento había tenido tanta fuerza.

Cuando la corriente de aire disminuyó se quedó totalmente quieta, intentado recuperar el aliento. No tuvo mucho tiempo puesto que unos pies aparecieron ante ella. Centró la mirada en aquellas botas negras y la fue ascendiendo por la túnica gris oscuro, cubierta por una capa negra. Supo que se trataba de uno de los jinetes..

Su cuerpo temblaba, no de frío, sino de miedo mientras contemplaba aquel rostro. No era quién ella imaginaba. Había supuesto desde que lo había identificado que se trataría de Mabus, pero otro jinete se encontraba ante ella, totalmente firme, con la mirada clavada en sus ojos.

Aunque jamás lo había visto supo de quién se trataba. Eligos, el jinete de la guerra, el que había asumido el control de la división a la que pertenecía Scott.

Se encogió más si pudo contra la piedra, encogiéndole sus piernas y rodeándolas con sus brazos, temblando de miedo. Aquel ser desprendía un aura de peligrosidad muy superior a la de los vampiros.

Eligos la observó pero no hizo nada. Contrariamente, elevó su mano hacia uno de los vampiros que intentaba levantarse y este salió despedido contra la pared de hielo estrellándose con todas sus fuerzas.

Cintya se quedó sorprendida al ver aquello y volvió su mirada temerosa hacia él. Eligos volcó toda su atención en ella y dio un paso al frente, aproximándose.

Era más alto de lo que esperaba. Desde luego, había elegido bien donde

infiltrarse, ya no solo porque era el jinete de la guerra, sino por su físico.

Cintya se quedó mirándolo, sin saber qué hacer. Frente a los vampiros aún tenía algo de valor, pero frente a él se quedaba totalmente inerte.

Eligos se agachó y cogió la caja donde se guardaba la daga del destino, ante la atenta mirada de Cintya que, en ese momento no se atrevió ni a protestar tal y como había hecho contra los vampiros.

Eligos la abrió, la observó y tal y como lo hizo volvió a cerrarla poniéndose en pie, totalmente erguido.

Cintya lo miró con terror, temblando, incluso una gota de sudor frío comenzó a resbalar por su frente descendiendo por su mejilla. ¿La mataría? Era un jinete, y tenía entre sus manos la única arma capaz de derrotar a Mabus. La mataría en aquel momento evitando que pudiesen encontrar al elegido y destruirían la daga. El mundo estaba totalmente condenado.

Eligos dio unos pasos hacia ella y, solo en ese momento, Cintya se removió nerviosa intentando alejarse, pero Eligos fue más rápido colocándose frente a ella, evitando que pudiese moverse.

Se agachó sin apartar la mirada de sus ojos de una forma intrigada. Se quedó así varios segundos, desquiciándola totalmente.

—¿Vas... vas a matarme? —gimió haciendo un gran esfuerzo para encontrar el oxígeno suficiente para pronunciar aquellas palabras.

Eligos respiró hondo.

—No —pronunció, y tal y como dijo aquello colocó la caja de madera sobre las piernas de ella. Cintya se quedó totalmente inmóvil mientras la depositaba, sin comprender lo que ocurría y elevó la mirada hacia él, asustada —. No vuelvas a perderla —susurró con un tono serio, incluso sonando a orden.

Ella lo miró sin comprender. ¿Le estaba entregando la daga? ¿El arma para poder acabar con Mabus?

Puso una mano sobre la caja de madera y la atrajo junto a su pecho.

—¿Por qué? —gimió ella.

Eligos se puso en pie de nuevo y miró hacia los lados.

—Todo es más complejo de lo que piensas. —Dio un paso atrás—. No todo es lo que parece —acabó diciendo.

—¿Qué... qué quieres decir? —sollozó.

En ese momento, Eligos elevó la mirada con una leve sonrisa.

—Tienes compañía —pronunció volviendo su atención sobre ella.

Cintya lo miró sin comprender.

—¿Qué? —preguntó antes de que él se difuminase desapareciendo del lugar. Un segundo después Scott apareció donde él estaba, moviendo las dagas de arriba hacia abajo, intentando clavárselas, pero había llegado tarde, unas milésimas de segundo tarde.

Scott miró de un lado a otro, asegurándose de que no se encontraba allí.

—¿Qué? ¿Dónde está? —gritó desesperado.

Cintya no respondió, sino que hizo lo mismo que él, volviendo su rostro de un lado a otro nerviosa sin comprender lo que ocurría. En ese momento pudo ver a los vampiros que la habían atacado sobre el hielo, sin moverse. Podía asegurar a que estaban muertos, y cuando amaneciese sus cuerpos de disolverían con la luz del sol.

Apartó la mirada de aquellos cuerpos cuando Scott se arrodilló ante ella y colocó las manos en sus mejillas obligándola a mirarle.

—¿Estás bien? —preguntó con urgencia—. Cintya... —pronunció al ver que ella permanecía en estado de shock—. Eh, eh... mírame... pelirroja —dijo al final. En ese momento ella centró la mirada en sus ojos verdes—. ¿Estás bien?

Cintya apretó los labios y asintió mientras abrazaba con más fuerza la caja de madera contra su pecho y rompía a llorar.

—Shhhh... —pronunció Scott internándola entre sus brazos—. Tranquila —continuó apoyándola contra su pecho. Temblaba muchísimo, y que le costaba respirar—. Relájate... —dijo acariciando sus hombros. Se distanció un poco y la miró fijamente volviendo a poner sus manos en su rostro para mantener el contacto visual—. ¿Era Eligos? —preguntó asombrado. Ella aún parecía dudosa pero acabó afirmado—. ¿Qué hacía aquí?

Cintya se removió nerviosa entre sus brazos, intentando hallar una explicación a lo que había ocurrido.

—Los vampiros... iban a llevarme con Mabus. Él... —tragó saliva e intentó respirar hondo—, Eligos... los ha matado —dijo volviendo la mirada hacia los vampiros—, y me ha entregado la daga.

Scott la miró confundido.

—¿Qué? —preguntó anonadado ante lo que decía.

—Él... me ha entregado la daga, me ha dicho que... que no vuelva a perderla... que... —comenzó a pronunciar nerviosa, ahogándose.

—Shhhh... shhhh... —intentó calmarla—. Tranquila.

En ese momento elevó la mirada al escuchar unos pasos, no se asustó, pues supo a quien pertenecían. Aaron, Alex, Ben y Fillipe corrían hacia ellos.

—Ehhhh —gritó Alex a pleno pulmón al divisar a Scott, corriendo sobre el hielo.

Scott elevó una mano.

—Estamos bien. La tengo —gritó hacia ellos mientras se acercaban. Volvió toda su atención hacia Cintya, que parecía encontrarse en un estado de shock, sujetando con fuerza la caja contra su pecho y mirando con horror los cuerpos de los vampiros. Pasó una mano por su mejilla y la forzó a mirarle—. Hay que sacarte de aquí. Ahora —dijo pasando una mano por debajo de sus piernas y otra por su espalda para elevarla. Cintya ni siquiera pudo rodearlo con los brazos, estaba totalmente exhausta.

Prefirió no preguntarle nada más, su estado era muy débil y debía conservar todas sus fuerzas, pues hasta para hablar necesitaba un gran esfuerzo. Ya tendría tiempo de explicarle lo ocurrido, pero ahora, lo primordial era sacarla de allí y que se recuperase.

La manada llegó hasta ellos observando a su alrededor.

—Menuda matanza —ironizó Alex mirando hacia los cuerpos de los vampiros sobre el hielo, luego miró a Scott asombrado—. Cualquiera se mete contigo cuando estás cabreado.

Scott arqueó una ceja hacia él.

—No he sido yo —pronunció comenzando a caminar.

—¿Ah, no? —preguntó Aaron colocándose a su lado mirando a Cintya preocupado. Scott volvió a negar—. ¿Cómo está?

Scott bajó su mirada hasta ella, Cintya permanecía con los ojos cerrados, apoyada contra su pecho.

—Muy débil. Tenemos que irnos de aquí ya. —Miró a Alex, Ben y Fillipe y señaló a los vampiros—. Acabad el trabajo.

Ambos asintieron mientras iban hacia los cuerpos de los vampiros para rematarlos.

Habían tenido suerte. No comprendía nada de lo que había visto ni de lo que Cintya le había explicado, pero esperaba que pudiese resolver todas sus dudas cuando mejorase.

Aaron señaló hacia el otro extremo del descampado.

—Ven, iremos por ahí. Hemos quedado con el equipo en el templo —pronunció mientras comenzaban a caminar apresurado hacia un camino que descendía empinado. —Si atravesamos ese valle es posible que nos encontremos con la división de camino.

Scott giró su cuello hacia atrás para ver cómo los lobos acababan la faena y luego volcó toda su atención en el camino a seguir, incrementando su velocidad a medida que bajaban, sujetando a Cintya junto a él.

Ella estaba viva, era lo único que le importaba, y tenía la daga.

Aún existía una esperanza.

Eligos desapareció una fracción de segundo antes de que Scott le alcanzase con las dos dagas, pero no se fue lejos.

Se situó en una montaña cercana, desde donde podía divisarlo todo. Observó a la división entera bajar por una peligrosa ladera y, en la otra montaña, a Scott con Cintya en brazos y acompañados por los cuatro lobos.

Aquellos inútiles vampiros habían estado a punto de echar por tierra su plan, el plan de sus tres hermanos. Había ido por bien poco.

Se quedó observando, desde la lejanía, como Scott bajaba la ladera a toda prisa con la oráculo en brazos y esta, a su vez, llevaba la caja de madera con la daga del destino.

Se quedó observando hacia el lugar, controlando como bajaban, hasta que notó una presencia tras de él. Supo de quién se trataba pero no se giró, permaneció estático mirando a Scott y Cintya, que parecían dos puntos pequeños descendiendo hasta la falda de la montaña.

Mabus se colocó a su lado mirando en la misma dirección que él, comprobando cuál era la trayectoria de la mirada.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Mabus sin girarse—. Le has entregado el arma.

Eligos permaneció varios segundos más sin moverse, con las manos cogidas tras su espalda y totalmente firme. Inspiró y se giró hacia él.

—Has estado a punto de echarlo todo a perder —pronunció con fuerza.

Mabusladeó su rostro hacia el lado.

—¿De echarlo a perder? Mis hombres se habían hecho con la daga y...

—¿A eso les llamas hombres? —gritó enfurecido, interrumpiéndolo—. No son más que despreciables bestias que merecen ser aniquiladas. —Dio un paso al frente acercándose a él, retándolo con la mirada—. Tus bestias han estado a punto de echar por alto todo el plan, la misión.

Mabus apretó los puños y se enfrentó a él.

—¡Tu le has entregado la daga! —gritó hecho una furia, prácticamente desquiciado—. Es la única forma que tienen de matarme. ¡Y tú se la entregas!

Eligos se lo quedó mirando, sorprendido por la explosión de ira de su hermano. Ladeó su rostro y sonrió con malicia.

—No subestimes a la humanidad, hermano. Antes de tener la lanza del destino también consiguieron derrotarte. Recuerda la caja de pandora donde te metieron, —Le hizo recordar—. La humanidad no se rinde fácilmente —Ladeó más su cabeza y miró hacia aquel pequeño punto que se desplazaba ladera abajo a gran velocidad—, y si no es de una forma, lo intentarán de otra. —Se giró de nuevo hacia su hermano—. Pero ahora, sabemos qué arma pretenden usar y, que dicha arma, solo puede ser empuñada por el elegido. —Apretó los labios y lo miró con furia—. Hay que matar al elegido, es la única forma de estar tranquilos. La humanidad ya ha ideado armas anteriormente para derrotarte y volverá a hacerlo, pero muerto el elegido, no habrá ningún problema. —Miró hacia Scott y Cintya—. Necesitamos que lo encuentre.

Aquellas palabras, aunque mantenían a Mabus en estado de alerta, lo calmaron en cierto modo. Su hermano tenía razón. Debían acabar con el elegido, si lo dejaban vivo la amenaza persistiría y no podrían expandir su oscuridad por el mundo. La luz, aquel rayo de esperanza que representaba aquella persona, debía ser extinguido, solo así, cuando la luz desapareciese, las tinieblas y la oscuridad reinarían y él, sabía que solo había una forma de encontrarle. Cintya podría localizar al elegido a través de la daga del destino.

Mabus miró hacia la montaña que tenían en frente, pese a que la oscuridad ya reinaba en la zona pudo intuir los cuerpos de los vampiros tirados sobre la tierra.

—¿Quién los ha matado? —preguntó con rabia. Ciertamente que eran bestias,

pero le eran útiles.

Eligos lo miró de reojo y apretó los labios colocándose a su lado.

—La división —mintió—. Tus vampiros no valen nada frente a ellos.

Mabus se quedó contemplando la escena hasta que asintió, aunque acabó mirando de reojo a su hermano durante un segundo.

Se giró hacia atrás, observando el alto pico que había a su lado, haciendo que tuviese que inclinar su cuello para mirar la parte más alta.

—¡Drake! —gritó con fuerza—. ¡Kenai!

Escuchó como Eligos resoplaba, asqueado al comprender lo que su hermano hacía. Estaba claro que no eran del agrado de Eligos los lobos y los vampiros.

Drake apareció pocos segundos después, tomando una posición de reverencia. Kenai tardó un poco más en llegar, aunque adoptó la misma pose que él.

—Lo siento, señor... —comenzó diciendo Kenai, pero se calló cuando Mabus le cortó.

—La oráculo tiene la lanza del destino. —Dio unos pasos hacia delante—. Deben encontrar a la única persona capaz de empuñarla. Dejad que la encuentren y, cuando lo hagan, acabad con ella.

Tanto Drake como Kenai lo miraron sorprendidos, incluso este último parpadeó varias veces.

—¡Id! —gritó con todas sus fuerzas.

Tanto el lobo como el vampiro desaparecieron cumpliendo sus órdenes. Cuando se giró Eligos lo miraba con ironía, dio unos pasos hacia delante, con la mirada clavada en su hermano.

—Creo que te equivocas —dijo Eligos—. Los lobos y los vampiros no podrán contra la división —Le recordó.

—¿Y qué pretendes? ¿Qué me enfrente yo al elegido cuando empuñe la daga? —pronunció enfadado.

Eligos se acercó de nuevo y lo miró de los pies a la cabeza.

—Sabes que uno de los dos debe morir —pronunció—. Solo uno puede ganar. Esos lobos y vampiros no logran acabar con él. Ni siquiera sabemos de quién se trata o de qué dones tiene.

—Pero pueden mantener entretenida a la división —dijo con los labios apretados.

—Son más fuertes de lo que crees —dijo.

—¡Yo soy más fuerte que ellos! —sentenció—. Y que tú... y que todos nuestros hermanos —Le retó asqueado—. No lo olvides. —Eligos puso su espalda recta cuando Mabus pronunció aquello con tanta rabia acumulada—. Jamás olvides eso —acabó con la mirada fija en él.

Se quedó observándolo y antes de que Eligos pudiese decir nada más Mabus desapareció sin previo aviso.

Eligos cerró los ojos intentando calmarse. Solo pudo estar tranquilo cuando dejó de notar su presencia.

Tragó saliva y se subió la capucha de la capa cubriendo su cabeza, pues el aire que soplaba en aquella zona era casi huracanado.

Se acercó de nuevo al acantilado y se quedó observando a la división correr montaña abajo. No se movió de allí hasta que todos desaparecieron de su vista.

El momento de la verdad se acercaba, no tardaría en llegar. Todo cambiaría, fuese el desenlace que fuese. Jamás habían llegado tan lejos como aquella vez. Guerras, hambre, epidemias, algún desastre natural que otro... pero la humanidad siempre lo había logrado frenar antes.

Esta vez era diferente. Esta vez, estaban mucho más cerca de conseguir la misión que le había sido encomendada.

Habían llegado al templo cuando hacía más de dos horas de total oscuridad. Adrien los esperaba allí junto a Brahma. Los monjes habían organizado una excursión para el día siguiente con Brahma a la cabeza. Irían a buscar a su compañero caído y lo enterrarían en el templo, junto al resto de maestros predecesores que habían muerto. Habían pasado la noche allí y al día

siguiente habían seguido con el descenso.

Bajar era mucho más sencillo y, a medida que descendían Cintya se recuperaba. Tal y como les había dicho Gadesh presentaba claros síntomas de edema pulmonar, lo que era preocupante.

Al menos, con la dosis de medicamentos que había tomado en el templo y las que le habían dado Cintya aguantaba, pero necesitaba reposo urgente y curarse bien.

El viaje había sido agotador, en aquellas últimas semanas las catástrofes naturales se habían incrementado. Decenas de tornados habían destruido el estado de Kansas, terremotos en Japón que habían ocasionado maremotos en su costa e incluso en la de Australia. En Europa terremotos, incendios y diluvios la habían sumido en el caos. Corrimientos de tierra que habían sepultado poblados enteros en Irak, Irán y Pakistán, incendios que eran incapaces de apagar y que habían convertido en cenizas el archipiélago de las Azores... Su mundo estaba siendo devastado. Sabían que iban contrarreloj, que el tiempo apremiaba, o si no, su mundo desaparecería incluso antes de intentar salvarlo.

Millones de vidas se habían perdido, la población comenzaba a mermar, y aquello se confirmó mientras bajaban del avión en Carglary y Melanie, Sandra y Bethany los esperaban con los todoterrenos en el aeropuerto.

El camino hasta Banff había sido impactante, no solo por todas las noticias que escuchaban, si no por el paisaje que había cambiado radicalmente. Carglary solo mantenía unos pocos edificios en pie, los bosques aún ardían en aquella zona.

Habían tardado más de lo que esperaban en poder llegar hasta allí, pues los aviones escaseaban y habían debido dar una vuelta mucho más grande. Primero desde el Nepal a Moscú. De Moscú a Londres. De Londres a Nueva York. De allí a Bismarck, capital de Dakota del Norte y, finalmente, habían conseguido un vuelo a Carglary. Aquello les había llevado semanas.

Era extremadamente difícil viajar en avión puesto que la mayoría de aeropuertos comenzaban a ser cerrados. Sabían que en breve sería imposible viajar.

Todos los habían recibido con los brazos abiertos cuando finalmente Nicholas le había mandado un mensaje a Melanie diciendo única y

exclusivamente “aeropuerto Carglary”.

En poco más de una hora las tres se encontraban allí para recogerlos.

Scott se sentó sobre la cama y pasó una mano por la mejilla de Cintya. Aunque los medicamentos estaban haciendo su efecto aún seguía bastante pálida.

—Hora de la nifedipina —dijo dándole la pastilla. Con aquel medicamento que le habían dado los monjes conseguían bajar la tensión arterial y mejorar el edema pulmonar.

Cintya se sentó sobre el blando colchón y tomó la pastilla con el vaso de agua que le entregaba Dean.

Dado que se encontraba aún muy débil, las reuniones las solían hacer en la habitación de Scott donde ella permanecía descansando.

Nicholas se acercó a la ventana, cruzado de brazos y miró hacia el horizonte, donde podía intuirse la gran columna de humo promovido por el fuego. Por suerte, el aire iba en otra dirección, conduciendo el gigantesco incendio hacia el otro LADO, pero ya llevaban más de tres mil quinientas hectáreas quemadas en aquella zona de las Rocosas.

—Algo se nos escapa —susurró hacia la ventana. Se giró hacia Cintya y la miró confundido—. ¿Seguro que dijo eso?

—Claramente —respondió ella, con mucha más fuerza, pues entre los días de descanso y la medicación mejorando poco a poco—. Todo es más complejo de lo que piensas. No todo es lo que parece —repitió las palabras de Eligos.

—¿Y seguro que era él? —preguntó Dean.

Scott fue quien contestó esta vez.

—Segurísimo, al cien por cien.

Nicholas avanzó hacia la cama de nuevo, sin poder comprender aquella situación.

—¿Pero por qué iba a hacer eso?

—¿Y por qué mató a los vampiros? —preguntó Scott.

Dean dio unos pasos al frente y señaló la caja de madera que había permanecido durante aquellos últimos días en la habitación de Scott y Cintya.

—Ellos saben que la daga solo puede ser empuñada por el elegido. Necesitan encontrarlo... por eso te la entregaron. Quieren que los conduzcas hasta él.

—Pero eso no explica porque eliminó a los vampiros, son sus aliados, ¿verdad? —contraatacó Scott.

—Y las palabras que me dijo —continuó Cintya.

Taylor dio unos pasos al frente colocándose al lado de Adrien, intentando ordenar las ideas.

—Está claro que ellos necesitan saber dónde está el elegido, pero nosotros también. Debemos encontrarlo antes que ellos, y una vez que lo hagamos, ponerlo a salvo —dijo Taylor.

—Nos encontraron en el Nepal —recordó Adrien—. Pueden encontrarnos en cualquier parte del mundo.

Nicholas se pasó la mano por la nuca agobiado, colocándose al lado de Melanie.

—Está claro que debemos ir a buscarlo. Hay que mover ficha. —Se giró hacia Melanie cogiendo su mano con ternura—. ¿Sabes algún conjuro... o algo de eso que...?

—¿Algo de eso? —bromeó ella asombrada.

—Algo que permita a una persona pasar desapercibida, no detectada.

Melanie se quedó pensativa y acabó asintiendo.

—Intentaré hacer algo, pero no puedo asegurarlo.

Nicholas asintió y apretó los labios mientras se acercaba a la cama. Puso una mano en el hombro de Cintya y suspiró.

—¿Crees que podrás hacerlo? ¿Tendrás la suficiente fuerza?

Ella aceptó convencida.

—Sí, me encuentro mucho mejor.

Nicholas se giró hacia Adrien y Taylor. Taylor fue el encargado de desplegar un enorme mapamundi sobre la colcha y Adrien cogió la caja de madera colocándola sobre la mesita de noche.

—Toma —dijo Melanie entregándole unas pinzas de hierro, las mismas que usaban para remover el carbón de la chimenea y un cordel—. ¿Necesitas ayuda?

Cintya la miró y asintió.

Todos observaron la caja y cuando la abrieron, se asomaron para mirar la daga. A simple vista, todos hubiesen pensado que era una daga vieja y sucia, sin saber el poder que escondía y que era la única forma de salvar a la humanidad.

Melanie, a través de las pinzas sujetó la daga mientras Cintya pasaba el cordel sin tocarla, sujetando la daga por el mango.

—¿Por qué no usas la telequinesis? —Le preguntó Dean a Melanie.

Ella se giró hacia él cuando Cintya logró sujetar la daga, suspendida por el cordel, evitando así ser tocada. Melanie cogió la caja y volvió a colocarla sobre la mesita de noche.

—He estado entrenando esta mañana también. Estoy agotada —admitió.

Aquella respuesta le hizo comprender. Desde la invocación de Mabus, Melanie había estado entrenando cada día. Sin duda, era la más poderosa de todos, pero tal y como habían podido comprobar, con su poder actual no podían hacer nada frente a Mabus. Necesitaban que ella incrementase su poder hasta límites insospechados, y Melanie, estaba dispuesta a conseguirlo.

—Bien —dijo Scott levantándose de la cama, aunque acarició el cabello de Cintya—. Busca al elegido.

Todos la rodearon, atentos a lo que ocurría.

Cintya colocó su mano sobre el mapa. A través de sus dedos sujetaba el cordel que suspendía la daga comenzándola a hacer rodar suavemente.

Cerró los ojos y se concentró.

Todos miraron atentos como iba moviendo la daga sobre todo el mapa, haciendo con ella pequeños círculos mientras susurraba palabras, seguramente, preguntando dónde se encontraban la persona que podía empuñar dicha arma.

Tras varios segundos la daga se quedó totalmente firme, como si un imán

la arráyese desde abajo.

Cintya abrió los ojos impresionada y miró el sitio donde señalaba.

—Portland —dijo ella—, en el condado de Oregón.

—No pilla muy lejos —dijo Scott directamente, mirando a su jefe.

—Unas doce o trece horas en coche —confirmó Dean—. Nada en comparación a los viajes que hemos hecho últimamente.

—Espera... —dijo Nicholas mirando el mapa—. Esa parte está totalmente devastada —Volvió su mirada hacia Cintya—. Se destruyó con el terremoto.

Cintya introdujo con cuidado la daga en el interior de la caja y directamente la cerró mientras Scott la volvía a poner sobre la mesa de noche.

—Sí, la ciudad está totalmente destruida —dijo pensativa, como si esperase a que le llegara la información—, pero hay una colonia cerca de la ciudad —susurró—. Todas las personas de la zona se han juntado en ese punto, en ese campamento.

—Y... ¿está ahí? —preguntó Adrien con interés.

Ella asintió.

—¿Es hombre o mujer? —preguntó Dean, a lo que todos miraron intrigados a Cintya, pues hasta ese momento habían tratado al elegido como un hombre.

—Hombre —susurró ella—. Joven —apuntó. Luego medio sonrió—. Se llama Gabriel —dijo mirando directamente a Nicholas—. Gabriel Gibson —susurró.

—Lo tenemos —sonrió Dean hacia su equipo.

Nicholas sonrió también. Aquello era fantástico. Miró directamente a Melanie y acarició su espalda.

—Si encontramos a Gabriel, necesitamos que los vampiros y lobos no den con él, ni siquiera Mabus o cualquiera de los jinetes. ¿Crees que podrás hacer algo?

Ella se removió inquieta.

—¿Una piedra de sal? —preguntó como si no supiese qué otra cosa hacer

—. No se me ocurre otra cosa y eso solo funciona contra brujas, no contra vampiros, lobos o el anticristo.

Nicholas se encogió de hombros y chasqueó la lengua. Miró a sus compañeros con determinación.

—Preparad los todoterrenos y avisad a la manada —dijo Nicholas mirando a Adrien—. Salimos mañana. —Luego se volvió hacia Cintya con una sonrisa y miró a Scott—. Quédate con ella si quieres. Ya nos encargamos nosotros de ir a buscarlo.

Scott miró a Cintya no muy convencido y suspiró.

—Debo ir —Cintya asintió—. Debemos encontrarlo y traerlo sano y salvo aquí.

Nicholas asintió conforme con la respuesta.

—De acuerdo —dijo mientras se dirigía a la puerta—. Preparad los todoterrenos para el viaje. Quiero suministros, gasolina, armas... de todo. Y Adrien —dijo mientras avanzaba ya por el pasillo—, habla con Alex y Aaron. Pregunta si quieren acompañarnos...

—Sabes que van a decir que sí —ironizó.

Nicholas sonrió levemente mientras iba hacia el ascensor.

—Sí, lo imagino —bromeó—. Pide que el resto de la manada se quede en nuestra parcela. Quiero que esta casa esté bien protegida.

Adrien asintió mientras cogía su teléfono para llamar a Alex y que viniesen a hablar.

Nicholas cogió a Melanie de la mano y la condujo hacia las escaleras para subir a la planta alta y comenzar a revisar las armas que iban a llevarse.

—Te quedas al mando —dijo.

Ella se quedó sorprendida.

—Sí, al mando —insistió él—. Dirigirás a los lobos si hace falta. Luego hablaré con ellos.

Melanie apretó los labios, sorprendida por el grado de responsabilidad que entrañaba aquello. Nicholas ni siquiera le dejó contestar, la acercó, besó su frente y le sonrió intentando calmarla.

—Tranquila, lo harás bien. Tienes más cabeza que mucho de los miembros de esta división... y ya ni te hablo de los lobos.

Ella aceptó finalmente el ofrecimiento.

Cuando todos salieron de la habitación Scott cerró la puerta quedándose a solas con Cintya. Había mejorado mucho, ahora ya tenía buen color de cara y, aunque prefería que se quedase reposando varios días más para asegurarse de que el edema pulmonar había desaparecido su estado había mejorado considerablemente, lo cual era todo un alivio.

Había tenido tanto miedo de perderla. Jamás se había sentido tan vulnerable como cuando uno de los vampiros la había cargado en su hombro alejándola de él, saltando aquel enorme precipicio.

Se sentó al lado de ella y tomó su mano con delicadeza, acariciándola.

—No quiero dejarte —pronunció con algo de dolor—, pero...

—Es necesario —dijo ella interrumpiéndole.

Él afirmó y esta vez le sonrió más relajado. Ladeó su rostro hacia un lado y esta vez sonrió con más fuerza.

—¿Sabes qué, pelirroja? —preguntó haciendo que ella sonriese—. Cuando todo esto acabe nos vamos a ir a una isla paradisíaca tú y yo... Todo el día tomando el sol, tumbados en la playa. Me dijiste Cuba, ¿verdad?

Ella rio.

—Me gusta la idea —acabó diciendo con cierta melancolía. Suspiró y colocó una mano sobre la suya—. Pero primero tenemos que detener esto, o si no, no existirá un mundo donde podamos estar.

Scott pasó una mano por su mejilla y se acercó para besarla.

—Me bastaría esta habitación para ser feliz contigo.

Cintya enarcó una ceja sorprendida por sus palabras.

—Prefiero la playa —apuntó divertida.

Él afirmó con efusividad.

—Sí, y yo. —Cogió su mano y la llevó hasta sus labios para depositar un suave beso—. Descansa un poco. En breve estarás bien.

Cintya lo sujetó evitando que se levantase de la cama.

—No, espera... —suplicó cogiéndole del brazo—. Si vas a marcharte mañana... quédate aquí conmigo.

Scott la miró con ternura y sin decir nada más se sentó rodeándola con un brazo.

—De acuerdo —dijo mientras ella colocaba su rostro en su pecho y él comenzaba a acariciar su cabello—. Duerme tranquila, pelirroja, no me moveré de aquí.

Cintya cerró los ojos relajada, notando las caricias de Scott.

Mañana debían marcharse para encontrar a la única persona capaz de acabar con todo esto. Sabían que no sería fácil, que lo peor estaba por llegar. La batalla final se acercaba y ni siquiera estaban seguros de qué hacer o cómo proceder.

Solo esperaban que aquella persona, que aquel hombre, Gabriel, pudiese conducirlos hasta la salvación.

FIN

AGRADECIMIENTOS

En primero lugar quería agradecer a Marien Fernández Sabaniego la preciosa portada que me ha hecho. Gracias por tu paciencia, por atenderme siempre con una sonrisa y por tu gran profesionalidad. Ha sido un placer compartir mi ilusión contigo.

A Romeo por la maquetación. Eres todo un artista. Muchas gracias por dar forma a mis novelas y poner tanta dedicación en tu trabajo.

Y, sin ánimo de ser repetitiva: a todos los lectores.

De todo corazón, no tengo palabras suficientes para agradeceros todo lo que hacéis. Muchísimas gracias por seguir confiando en mí y compartir este sueño conmigo, por vuestras conversaciones, vuestra amistad y por apoyarme siempre.

Vosotros hacéis que mi ilusión crezca con cada nueva novela que escribo logrando que la disfrute más que la anterior.

Un fuerte abrazo.

Maríah.

Sobre la autora

Mariah Evans es el pseudónimo que usa esta escritora nacida en Barcelona en enero de 1983. Es licenciada en derecho y en la actualidad compagina su trabajo en la abogacía con la literatura. Se confiesa una lectura empedernida desde muy pequeña y es esa misma afición la que le ha llevado a crear sus propias historias, siempre con el objetivo de hacer disfrutar al lector.

No le gusta encasillarse en un mismo género y sus libros mezclan tanto la intriga, como la acción y el romance.

Entre sus libros destacan: La serie paranormal de Ciudad de Reyes, En tiempos de guerra, el Conjuero y Un océano entre los dos.